

Emiliano Jiménez Hernández

MARÍA

MADRE DEL REDENTOR



cruzgloriosa.org

MARÍA, MADRE DEL REDENTOR

Emiliano Jiménez Hernández

Versión electrónica creada sin fines de lucro para ser puesta al servicio de la Nueva Evangelización queriendo hacer llegar este texto a quienes tengan dificultad para obtenerlo en su versión impresa

cruzgloriosa.org

INTRODUCCIÓN	1
A) MADRE DEL REDENTOR	1
B) MARÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN.....	2
C) MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO	2
D) MARÍA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA	4
E) DANDO VUELTAS A LAS PALABRAS.....	5
1. PONDRÉ ENEMISTAD ENTRE TI Y LA MUJER	10
A) MARÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	10
B) LA MUJER DEL PROTOEVANGELIO.....	11
C) LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA	14
D) MARÍA, TIERRA VIRGEN DE LA NUEVA CREACIÓN	17
E) MARÍA-EVA	21
F) LA MUJER VESTIDA DE SOL	25
2. BENDITA TÚ QUE HAS CREÍDO	28
A) HIJA DE ABRAHAM.....	28
B) PARA DIOS TODO ES POSIBLE	31
C) CAMINO DE LA FE.....	33
D) DISCÍPULA DE CRISTO	36
3. BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES.....	39
A) MATERNIDAD VIRGINAL.....	39
B) MUJERES ESTÉRILES, FIGURAS DE MARÍA.....	42
C) MUJERES DE LA GENEALOGÍA DE JESÚS.....	44
D) DÉBORA, JUDIT Y ESTER.....	47
E) ¡BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES!.....	50
4. ALÉGRATE, MARÍA, LLENA DE GRACIA	53
A) EL NOMBRE DE LA VIRGEN ERA MARÍA.....	53
B) ¡ALÉGRATE!	55
C) LA LLENA DE GRACIA.....	56
D) EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO	58

E) LA PLENAMENTE REDIMIDA.....	60
F) ZARZA ARDIENTE	62
5. CONCEBIRÁS Y DARÁS A LUZ UN HIJO	65
A) LA VIRGEN-MADRE	65
B) LA MADRE DE JESÚS.....	67
C) THEOTÓKOS: MADRE DE DIOS.....	73
D) MARÍA Y LA MATERNIDAD VIRGINAL DE LA IGLESIA.....	77
6. ¿CÓMO ES QUE LA MADRE DE MI SEÑOR VIENE A MÍ?	82
A) ARCA DE LA ALIANZA	82
B) CUBIERTA CON LA SOMBRA DEL ALTÍSIMO	86
C) MI ALMA GLORIFICA AL SEÑOR	87
D) MARÍA MUESTRA A CRISTO A LOS PASTORES Y A LOS MAGOS.....	90
7. HE AQUÍ LA SIERVA DEL SEÑOR.....	94
A) ENTRE LOS POBRES DE YAHVEH.....	94
B) HIJA DE SIÓN.....	96
C) SIERVA DEL SEÑOR.....	101
8. UNA ESPADA ATRAVESARÁ TU ALMA	105
A) EL ANUNCIO A JOSÉ.....	105
B) LA PRESENTACIÓN: OFRENDA DEL HIJO.....	108
C) TOMA CONTIGO AL NIÑO Y A SU MADRE	112
D) TU PADRE Y YO, ANGUSTIADOS, TE BUSCÁBAMOS.....	113
E) JUNTO A LA CRUZ ESTABA SU MADRE	114
9. SE CELEBRABA UNA BODA EN CANÁ Y ESTABA ALLÍ LA MADRE DE JESÚS.....	117
A) EL SIGNO DE CANÁ.....	117
B) NO TIENEN VINO	120
C) HACED LO QUE EL OS DIGA.....	123
10. DICHOSO EL SENO QUE TE LLEVÓ	126
A) MARÍA, LA PRIMERA CREYENTE	126

B) DICHOSO EL QUE ESCUCHA LA PALABRA	130
C) MARÍA GUARDABA ESTAS COSAS EN SU CORAZÓN.....	133
D) EL CRISTIANO, MADRE DE CRISTO	134
11. JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS ESTABA SU MADRE	138
A) MARÍA, CORDERA SIN MANCHA.....	138
B) MUJER, HE AHÍ A TU HIJO.....	139
C) HE AHÍ A TU MADRE	143
D) MADRE DE LOS CREYENTES	146
E) EL DISCÍPULO LA ACOGIÓ CONSIGO.....	148
12. PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN CON MARÍA, LA MADRE DE JESÚS.....	150
A) MARÍA, ICONO DEL MISTERIO TRINITARIO	150
B) MARÍA, HIJA E ICONO DEL PADRE.....	153
C) MADRE DEL HIJO.....	156
D) ESPOSA EN EL ESPÍRITU SANTO	160
13. UNA MUJER VESTIDA DE SOL.....	164
A) ISRAEL-MARÍA-IGLESIA.....	164
B) LA ASUNCIÓN DE MARÍA A LOS CIELOS.....	168
C) IMAGEN E INICIO DE LA IGLESIA GLORIOSA	171
D) SIGNO SEGURO DE ESPERANZA.....	177
E) MARÍA, ESPLENDOR DE LA IGLESIA.....	179
SIGLAS.....	181

INTRODUCCIÓN

A) MADRE DEL REDENTOR

"La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación, porque, 'al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibieran la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!' (Ga 4,4-6).

Con estas palabras del apóstol Pablo, que el Concilio Vaticano II cita al comienzo de la exposición sobre la bienaventurada Virgen María (LG 52), deseo iniciar también mi reflexión sobre el significado que María tiene en el misterio de Cristo y sobre su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia. Pues, son palabras que celebran conjuntamente el amor del Padre, la misión del Hijo, el don del Espíritu, la mujer de la que nació el Redentor, nuestra filiación divina, en el misterio de la plenitud de los tiempos" (RM 1).

En este texto se habla de María desde tres ángulos: en la historia de la salvación, como madre de Cristo y como figura de la Iglesia. Estos tres aspectos se unifican en el misterio de Cristo, en el que confluyen, pues la historia de la salvación culmina en Cristo y la Iglesia es la prolongación de Cristo en su cuerpo. María sólo puede ser comprendida a la luz de Cristo, su Hijo. Pero el misterio de Cristo, "misterio divino de salvación, se nos revela y continúa en la Iglesia, a la que el Señor constituyó como su Cuerpo" (LG 52).

El misterio de María queda inserto en la totalidad del misterio de Cristo y de la Iglesia, sin perder de vista su relación singular de Madre con el Hijo, pero sin separarse de la comunidad eclesial, de la que es un miembro excelente y, al mismo tiempo, figura y madre. María se halla presente en los tres momentos fundamentales del misterio de la redención: en la Encarnación de Cristo, en su Misterio Pascual y en Pentecostés. La Encarnación es el momento en que es constituida la persona del Redentor, Dios y hombre. María está presente en la Encarnación, pues ésta se realiza en ella; en su seno se ha encarnado el Redentor; tomando su carne, el Hijo de Dios se ha hecho hombre. El seno de María, en expresión de los Padres, ha sido el "telar" en el que el Espíritu Santo ha tejido al Verbo el vestido humano, el "tálamo" en el que Dios se ha unido al hombre. María está presente en el Misterio pascual, cuando Cristo ha realizado la obra de nuestra redención destruyendo, con su muerte, el pecado y renovando, con su resurrección, nuestra vida. Entonces "junto a la cruz de Jesús estaba María, su madre" (Jn 19,25). Y María estaba presente en Pentecostés, cuando, con el don del Espíritu Santo, se hizo operante la redención en la Iglesia. Con los apóstoles, "asiduos y concordes en la oración, estaba María, la madre de Jesús" (Hch 1,14). Esta presencia de María junto a Jesús en estos momentos claves, aseguran a María un lugar único en la obra de la redención.

B) MARÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

María, "la Virgen que concibió por obra del Espíritu Santo" al Hijo de Dios, está en el centro del Credo apostólico. El parto virginal es, en primer lugar, una confesión de fe en Cristo: Jesús es de tal modo Hijo único del Padre que no puede tener ningún padre terreno. Bajo esta luz María aparece situada en su lugar privilegiado dentro de la historia de la salvación. Dios ha mirado "la pequeñez de su sierva" para cumplir en ella "las grandes cosas" que había prometido "a Abraham y a su descendencia". El *fiat* de María es, pues, la realización y la superación de la fe esperanzada de Abraham. "Ha acogido a Israel, su siervo, recordándose de su misericordia" (Lc 1,54).

En la alianza, que Dios establece con su pueblo, y en la comunión, que Cristo realiza con la Iglesia, María aparece como la Hija de Sión por excelencia y también como la Iglesia naciente, inicio y realización plena de la Iglesia. Así, pues, el misterio de María se encuentra inmerso en otro misterio más amplio: el misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia. Por eso los evangelios la describen como la madre virginal de Jesús y también como la Esposa de Cristo-Esposo en las bodas mesiánicas, que son la anticipación de las bodas de la Esposa y del Cordero en la realización escatológica de la Alianza.

En esta relación esponsal entre Dios e Israel, entre Cristo y la Iglesia, María se sitúa del lado de Israel, del lado de la Iglesia. Al llegar la plenitud de los tiempos una mujer representa al Israel de Dios, predestinada por Dios para desposarla. María, personificación de Israel, se convierte en la imagen de la Iglesia. Por eso se le ha llamado: "María, la primera Iglesia".¹ Implícitamente los evangelios darán a María el título de "Hija de Sión", que en el Antiguo Testamento designa a Israel en sus relaciones con Dios. Explícitamente, el Vaticano II llama a María: "la Hija de Sión por excelencia" (LG 55). Y Juan Pablo II habla de María como "la Hija de Sión oculta", que Dios asocia al cumplimiento de su plan de salvación. "El solo nombre de *Theotókos*, Madre de Dios, contiene todo el misterio de la salvación", afirma San Juan Damasceno. La *Theotókos* es el testimonio fundamental de la encarnación del Verbo, el icono de la Iglesia, el signo anticipado del Reino y la Madre de los vivientes.

Según la antigua y vital intuición de la Iglesia, María, sin ser el centro, está en el corazón del misterio cristiano. En el mismo designio del Padre, aceptado voluntariamente por Cristo, María se halla situada en el centro de la Encarnación, marcando la "hora" del cumplimiento de la historia de la salvación. Para esta "hora" la ha plasmado el Espíritu Santo, llenándola de la gracia de Dios.

C) MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

El capítulo VIII de la *Lumen gentium* lleva como título: "La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia". En este título se percibe el eco del texto de la carta a los Efesios sobre la significación del matrimonio

¹ J. RATZINGER.-H.U. VON BALTHASAR, *Marie première Église*, Editions Paulines 1981.

cristiano: "Gran misterio es éste, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,32). En la Escritura, la unión del hombre y la mujer es el símbolo de la alianza entre Dios y su pueblo: Dios es el esposo e Israel es la esposa; después, Cristo es el esposo y la Iglesia la esposa (2Co 11,2). El Concilio nos invita a situar a María en este contexto esponsal del misterio de Cristo y la Iglesia. Como dice una judía de nuestro tiempo: "La virginidad de María consiste en el don total de su persona, que la introduce en una relación esponsal con Dios".²

Uno de los iconos marianos más repetido de la Iglesia de Oriente es el de la *Odigitria*, es decir, "La que indica la vía" a Cristo.³ María no suplanta a Cristo, lo presenta a quienes se acercan a ella, nos guía hacia Él y, luego, escondiéndose en el silencio, nos dice: "Haced lo que Él os diga". Como dice San Ambrosio, "María es el templo de Dios, no el Dios del templo". Toda devoción mariana conduce a Cristo y, por Cristo, al Padre en el Espíritu Santo. Por ello, como Moisés, debemos acercarnos a ella con los pies descalzos porque en su seno se nos revela Dios en la forma más cercana y transparente, revistiendo la carne humana.

El *fiat* de María se integra en el *amén* de Cristo al Padre: "He aquí que yo vengo para hacer, oh Padre, tu voluntad" (Hch 10,7), "porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha mandado" (Jn 6,38). El *fiat* de María y el *amén* de Cristo se compenetran totalmente. No es posible una oposición entre Cristo y María. Como son inseparables Cristo cabeza y la Iglesia, su cuerpo. Quienes temen que la devoción mariana prive de algo a Cristo, como quienes dicen "Cristo, sí, pero no la Iglesia", pierden la concreción histórica de la encarnación de Cristo. Cristo queda reducido a algo abstracto, como un aerolito caído del cielo para inmediatamente volver a subir a él, sin echar raíces en la tierra y en la historia pasada y futura de los hombres.

La inserción de María en el misterio de Cristo cobra una inmensa importancia hoy para la Iglesia y para nuestra sociedad. Frente al modo tecnocrático de pensar, que valora el hacer, producir, planificar..., sin acoger nada de nadie, sino confiando sólo en sí mismo, María, que renuncia a sí misma y se ofrece para que acontezca en ella la Palabra de Dios, nos muestra el verdadero camino de la fe. De otro modo ocurre lo que proclama el profeta Ageo: "Vosotros habéis sembrado mucho sin cosechar nada" (Ag 1,6). "Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo" (CEC 487)

² AVITAL WOHLMAN, en María en el hebraísmo, *Simposio internacional de Mariología*, celebrado en Roma en octubre de 1986, Bologna 1987, p. 9-38.

³ Desde el punto de vista artístico e iconográfico el icono llamado *Brephocratousa*, o sea, Madre con el Niño, es el más frecuente y casi obligatorio en Oriente. Cfr G. GHARIB, *Le Icono Mariane*, Roma 1987.

D) MARÍA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA

La mariología se coloca en el misterio unitario de Cristo y de la Iglesia, como la expresión personal de su conexión. La Iglesia, en su hacerse un solo espíritu de amor con Cristo, permanece siempre un ser-en-frente del Esposo. Así la íntima unión de Cristo y la Iglesia aparece clara en la expresión esposo-esposa, cabeza-cuerpo.

María tiene su lugar en el acontecimiento central del misterio de Cristo, pero de Cristo considerado como Cristo total, Cabeza y cuerpo; y, en consecuencia, juntamente con la Iglesia. En ambos aspectos de este único misterio, María ocupa un puesto único y desempeña una misión singular. El culto de la Madre de Dios está incluido en el culto de Cristo en la Iglesia. Se trata de volver a lo que era tan familiar para la Iglesia primitiva: ver a la Iglesia en María y a María en la Iglesia. María, según la Iglesia primitiva, "es el tipo de la Iglesia, el modelo, el compendio y como el resumen de todo lo que luego iba a desenvolverse en la Iglesia, en su ser y en su destino".⁴ Sobre todo la Iglesia y María coinciden en una misma imagen, ya que las dos son madres y vírgenes en virtud del amor y de la integridad de la fe: "Hay también una, que es Madre y Virgen, y mi alegría es nombrarla: la Iglesia".⁵

San Pablo ve a la Iglesia como "carta escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones" (2Co 3,3).

Carta de Dios es, de un modo particular, María, figura de la Iglesia. María es realmente una carta escrita con el Espíritu del Dios vivo en su corazón de creyente y de madre. La Tradición, por ello, ha dicho de María que es "una tablilla encerada", sobre la que Dios ha podido escribir libremente cuanto ha querido (Orígenes); como "un libro grande y nuevo" en el que sólo el Espíritu Santo ha escrito (S. Epifanio); como "el volumen en el que el Padre escribió su Palabra" (Liturgia bizantina).

El misterio de María, misterio de la Iglesia, nos abre a la fecundidad de la fe, haciendo de nosotros la tierra santa, que acoge la Palabra, la guarda en el corazón y espera que fructifique. María es la expresión del hombre situado frente a la llamada de Dios. En María aparece la realización del hombre que, en la fe, escucha la apelación de Dios, y, libremente, en el amor, responde a Dios, poniéndose en sus manos para que realice su plan de salvación. Así, en el amor, el hombre pierde su vida y la halla plenamente. María, en cuanto mujer, es la representante del hombre salvado, del hombre libre. María se halla íntimamente unida a Cristo, a la Iglesia y a la humanidad (CEC 963ss).

María revela a la Iglesia su misterio genuino. María es la imagen de la Iglesia sierva y pobre, madre de los fieles, esposa del Señor, que camina en la fe, medita la palabra, proclama la salvación, unifica en el Espíritu y peregrina en espera de la glorificación final:

⁴ H. RAHNER, *María y la Iglesia*, Bilbao 1958.

⁵ CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Pedagogo* 1,6,42.

Ella, la *Mujer nueva*, está junto a Cristo, el *Hombre nuevo*, en cuyo misterio encuentra su verdadera luz el misterio del hombre (GS 22), como prenda y garantía de que en una pura criatura -es decir, en ella- se ha realizado ya el designio de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre. Al hombre moderno, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin término, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y de hastío, la Virgen, contemplada en su trayectoria evangélica y en la realidad que ya posee en la ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra confortante: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte (MC 57).

La única afirmación que María nos ha dejado sobre sí misma une los dos aspectos de toda su vida: "Porque ha mirado la *pequeñez* de su sierva, desde ahora *me dirán dichosa* todas las generaciones" (Le 1,48). María, en su pequeñez, anuncia que jamás cesarán las alabanzas que se la tributarán por las grandes obras que Dios ha realizado en ella. Es la fiel discípula de Cristo, el Cordero de Dios, que está sentado sobre el trono de Dios como vencedor, pero permaneciendo por toda la eternidad como el "Cordero inmolado" (Ap 13,8). Es lo mismo que confiesa Pablo: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2Co 12,10). Este es -el camino del cristiano, "cuya luz resplandece ante los hombres... para gloria de Dios" (Cfr Mt 5,14-16). El cristiano, como Pablo, es primero cegado de su propia luz, para que en él se encienda la luz de Cristo e ilumine al mundo.

También nuestra generación, lo mismo que todas las anteriores, está llamada a cantar a María, llamándola Bienaventurada. Y la proclamamos bienaventurada porque sobre ella se posó la mirada del Señor y en ella realizó plenamente el plan de redención, proyectado para todos nosotros. De este modo la reflexión de fe sobre María, la Madre del Señor, es una forma de doxología, una forma de dar gloria a Dios.

E) DANDO VUELTAS A LAS PALABRAS

Según la *Dei Verbum*, la revelación se realiza "con palabras y con hechos" (n.2). "También los hechos son palabras", dice San Agustín.⁶ Los personajes bíblicos nos manifiestan la Palabra de Dios con lo que nos dicen y con sus gestos. Nos hablan con lo que dicen y con lo que son. Abraham es, en su persona, una palabra de Dios. Como lo es Ezequiel: "Ezequiel será para vosotros un símbolo; haréis todo lo que él ha hecho" (Ez 24,24). María también es Palabra de Dios, no sólo por lo que dice, o lo

⁶ SAN AGUSTIN, *Discurso 95,3*: PL 38,905.

que se dice de ella en la Escritura (que es muy poco), sino por lo que hace y es ella. De este modo, con María, Dios habla a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. María es la única de la que se puede decir con todo realismo que está "grávida" de la Palabra de Dios.

En la presentación de María parto siempre de la Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, que se iluminan mutuamente, pues la primera alianza conduce a la nueva, que la ilumina y lleva a plenitud. Así las figuras de María encuentran en ella el esplendor pleno del designio de Dios. Esto es lo que han hecho los Padres, de cuya Tradición beberé, lo mismo que de la liturgia y de la iconografía cristiana. San Buenaventura escribe: "Toda la Escritura puede compararse con una cítara: una cuerda, por sí sola, no crea ninguna armonía, sino junto con las otras. Así ocurre con la Escritura: un texto depende de otro; más aún, cada pasaje se relaciona con otros mil".⁷ Los pocos textos del Nuevo Testamento que hablan de María están en relación con otros mil textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. A su luz se nos ilumina el sentido profundo del misterio de María dentro de la historia de la salvación. María es la "Mujer" que compendia en sí el antiguo Israel. La fe y esperanza del pueblo de Dios desemboca en María, la excelsa Hija de Sión.

Me acerco, pues, a María desde la Revelación bíblica, que es la perspectiva fundamental. En la Escritura, el Espíritu Santo, a través de autores humanos, nos ha diseñado el icono de la Madre de Jesús para ofrecerlo a la Iglesia de todos los tiempos. Y desde la Tradición patristica,⁸ porque la comunidad eclesial, en su existencia, ha profundizado en su comprensión bíblica, hasta llegar a la reflexión de la *Lumen gentium*, y al magisterio pontificio posterior, sobre todo la *Marialis cultus* de Pablo VI y la *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II. La *Lumen gentium* presenta en la primera parte (52-54) la mariología bíblica, en la que se subraya la unión progresiva y plena de María con Cristo dentro de la perspectiva de la historia de la salvación. Y en la segunda parte (55-59) presenta la relación entre María y la Iglesia y entre la Iglesia y María.⁹

También me acerco a María desde la liturgia, donde la comunidad cristiana expresa y alimenta su relación con María. La liturgia tiene su estilo propio de afirmar y testimoniar la fe. La liturgia, en su forma celebrativa, nos da una visión interior, de fe, basada en la revelación y enriquecida con toda la sensibilidad secular de la Iglesia. Es, sin duda, el lenguaje más apto para entrar en comunión con el misterio de Cristo, reflejado en su Madre, la Virgen María. La memoria de María en la liturgia va íntimamente unida a la celebración de los misterios del Hijo (MC 2-15) y así aparece como modelo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios (MC 16-23). "En la celebración del ciclo anual de los misterios de Cristo, la

⁷ SAN BUENAVENTURA, *In Hexaemeron*, col. 19,7.

⁸ C. IGNACIO GONZÁLEZ, *María en los Padres griegos, México 1993*.

⁹ La *Redemptoris Mater* se estructura según el esquema conciliar. Con una fuerte impregnación bíblica, presenta primero a María en el misterio de Cristo (7-24) y luego en el centro de la Iglesia en camino (25-38), para subrayar finalmente su mediación maternal (38-50). La novedad respecto al Concilio está en la insistencia en la dimensión histórica: presenta a María en su itinerario de fe, señalando su carácter de "noche" y "*kenosis*".

santa Iglesia venera con especial amor a María santísima, Madre de Dios, unida indisolublemente a la obra salvífica de su Hijo; en María admira y exalta el fruto más excelso de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, lo que ella desea y espera ser" (SC 103).

En los prefacios marianos y en los textos de las fiestas marianas -además de las fiestas marianas distribuidas a lo largo del año litúrgico, hay 46 Misas en honor de la Virgen María para los sábados y para celebraciones de los santuarios marianos-, en todos estos textos María aparece insertada en el misterio de Cristo y de la Iglesia, como único misterio de la salvación. También es importante ver la presencia de María en la Liturgia de las Horas, con sus himnos, antífonas, responsorios, preces, además de las lecturas bíblicas y patrísticas. Cada día, en las Vísperas, la comunidad cristiana se une al canto de María, al *Magnificat*, alabando a Dios por su actuación en la historia de la salvación.

A lo largo del año litúrgico, la Iglesia celebra las fiestas de la Virgen María, uniéndola su memoria al memorial del misterio de Cristo. Adviento y Navidad se han convertido en tiempo mariano por excelencia. En estos tiempos contemplamos, junto a Jesucristo, el Mesías esperado y encarnado, a María que lo esperó, lo dio a luz, le acogió en la fe y le presentó a los pastores, a Simeón y a Ana, símbolos de Israel, y a los magos de oriente, representantes de todos los demás pueblos. En cuaresma y pascua, en la Iglesia oriental, la liturgia celebra a María junto a la cruz de Cristo y junto a la Iglesia naciente en Pentecostés.

Las fiestas de la Anunciación, la Inmaculada, Santa María Madre y la Asunción nos van recordando a lo largo del año litúrgico la presencia materna de María junto a su Hijo, junto a la primera comunidad y junto a nosotros en nuestro camino hacia la gloria. En toda la liturgia, como nos la presenta la Iglesia después del Vaticano II, descubrimos la presencia entrañable de María, "unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo" (SC 103). Cristo Jesús, desde su nacimiento hasta su pascua, es el centro del culto litúrgico. Pero Dios, en su designio de salvación, quiso que en el anuncio del ángel, en el nacimiento en Belén, en la Epifanía, en la casa de Nazaret, en la vida pública, al pie de la cruz y en medio de la comunidad congregada en espera del Espíritu Santo, estuviera presente María, la Madre de Jesús, como primera discípula de Cristo. Por ello está también presente en la celebración litúrgica del misterio de Cristo.

Celebrando el misterio de Cristo, la Iglesia conmemora con frecuencia a la Bienaventurada Virgen María, unida íntimamente a su Hijo: pues recuerda a la *mujer* nueva que, en atención a la muerte de Cristo, fue redimida en la concepción de un modo sublime; a la *madre* que, por virtud del Espíritu Santo, engendró virginalmente al Hijo; a la *discípula*, que guardó diligentemente en su corazón las palabras del Maestro; a la *asociada al Redentor* que, por designio divino, se entregó total y generosamente a la obra del Hijo.¹⁰

¹⁰ Colección de Misas de la Bienaventurada Virgen María, Decreto de la C. para el culto del 15-8-1986.

Y de la liturgia, como prolongación, brota la piedad mariana, que la *Marialis cultus* ofrece a los fieles, resaltando la nota trinitaria, cristológica y eclesial del culto a María (25-28). La fe de la Iglesia permanece en su viva integridad, imperturbablemente celebrada en la liturgia. La mariología, pues, no puede considerarse como un tratado separado de los demás, sino en un contexto más amplio y orgánico, explicando sus conexiones con la cristología, la eclesiología y el conjunto del misterio de la salvación. "María, rostro maternal de Dios, es el signo de la cercanía del Padre y de Cristo, con quienes ella nos invita a entrar en comunión... Por medio de María Dios se hizo carne; entró a formar parte de un pueblo; constituyó el centro de la historia. Ella es el punto de enlace del cielo con la tierra. Sin María, el evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista".¹¹ "El Verbo inefable del Padre se ha hecho describible encarnándose de ti, oh *Theotókos*; y habiendo restablecido la imagen desfigurada en su antiguo esplendor, él la ha unido a la belleza divina. Visto que Cristo como Hijo del Padre es indescriptible, él no puede ser representado en una imagen... Pero desde el momento en que Cristo ha nacido de una madre describible, él tiene naturalmente una imagen que corresponde a la de la madre. Por tanto si no se le puede representar por la pintura, significa que él ha nacido sólo del Padre y que no se ha encarnado. Pero esto es contrario a toda la economía de la salvación".¹²

Las iglesias orientales se distinguen por su riqueza iconográfica. También por la *Redemptoris Mater* desfilan, como iconos de la *Theotókos*, las múltiples representaciones de la Virgen: "la que es camino que lleva a Cristo" (*Odigitria*), "la orante en actitud de intercesión y signo de la presencia divina en el camino de los fieles hasta el día del Señor" (*Déisis*), "la protectora que extiende su manto sobre los pueblos" (*Pokrov*), "la misericordiosa Virgen de la ternura" (*Eleusa*) y también "la que abraza con ternura" (*Glykofilousa*). Pero también "el icono de la Virgen del cenáculo" como "signo de esperanza para todos aquellos que, en diálogo fraterno, quieren profundizar su obediencia de la fe" (RM 31-34).¹³ Los iconos, en su lenguaje figurativo, nos revelan una realidad interior, que los creyentes de todos los tiempos nos han transmitido como voz de la presencia de María en la Iglesia.

En círculos abiertos en espiral, cada capítulo se apoya en los anteriores y en los posteriores. Se trata de un movimiento de ida y vuelta, del Nuevo Testamento al Antiguo y del Antiguo al Nuevo. Es un pensar y repensar, acercándonos a María, dando vueltas en torno a su misterio. La repetición es siempre igual y distinta, pues los diferentes estadios se apoyan y potencian mutuamente; se trata de un lenguaje y un saber no coactivo, sino persuasivo, que busca la comunión de amor con María en mente, corazón y fantasía. Se trata de una meditación-contemplación que vuelve sobre los mismos temas para saborearlos y asimilarlos vitalmente.¹⁴ Mi deseo es

¹¹ Documento de la III Conferencia del CELAM: *Puebla. Comunión y participación*, Madrid 1982, n. 282 y 301.

¹² Cfr el *Kondakion* del domingo de la Ortodoxia y en TEODORO ESTUDITA: PG 99,417C.

¹³ E. TOURON DEL PIE, *Redemptoris Mater*, NDM, p.1684-1689.

¹⁴ Éste es el estilo de Juan Pablo II, de un modo particular en la *Redemptoris Mater*.

dibujar ese rostro de *María*, que siempre se le puede seguir mirando y es siempre nuevo. La Escritura es profecía, anticipo y promesa de los tiempos futuros y, sobre todo, de su cumplimiento mesiánico y escatológico. La escucha atenta de la Palabra de Dios lleva al amor y a la sabiduría, pues se trata de volver la mirada hacia El para ser iluminados por El (Sal 34,6). Sólo quien escucha y medita en su corazón percibe la honda riqueza del plan de Dios, convirtiéndosele la Escritura en una fuente perenne, en un río siempre en crecida.

Se trata de seguir el método de *María* misma, que "guardaba todas las palabras en su corazón y las daba vueltas". *María* "compara", "simboliza", "relaciona" unas palabras con otras, unos hechos con otros, busca una "interpretación", "explicarse" los acontecimientos de su Hijo, a la luz de las prefiguraciones del Antiguo Testamento (como se ve en el *Magnificat*).¹⁵ El Papa Juan Pablo II invoca a *María*, diciéndole: "Tú eres la memoria de la Iglesia! La Iglesia aprende de ti, Madre, que ser madre quiere decir ser una memoria viva, quiere decir *guardar y meditar en el corazón*".

El misterio de la Virgen Madre, Esposa de la Nueva Alianza, la convierte en icono de todo el misterio cristiano. "Mi deseo es que tu Icono, Madre de Dios, se refleje continuamente en el espejo del alma y lo conserve puro hasta el fin de los siglos".¹⁶

¹⁵ Todos estos significados tiene el verbo griego *symbiálló*, que usa San Lucas (2,19).

¹⁶ Pseudo-Dionisio Areopagita.

1. PONDRÉ ENEMISTAD ENTRE TI Y LA MUJER

"El Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y el Antiguo está patente en el Nuevo" (DV 16).

A) MARÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Un único y mismo plan divino se manifiesta a través de la primera y última alianza. Este plan de Dios se anuncia y prepara en la antigua alianza y halla su cumplimiento en la nueva. Cristo está prefigurado en todo el Antiguo Testamento. Y con Cristo encarnado está unida su Madre, de quien El toma su carne. María, en el designio divino, forma parte del plan de salvación realizado en Cristo. También María, por tanto, está prefigurada en la antigua alianza. En el Antiguo Testamento se hallan textos que el Evangelio refiere explícitamente a María, viendo en ella su cumplimiento. "La economía del Antiguo Testamento estaba ordenada, sobre todo, para preparar, anunciar proféticamente y significar con diversas figuras la venida de Cristo redentor universal y la del reino mesiánico... Los libros del Antiguo Testamento *manifiestan la formas de obrar de Dios con los hombres...*, ofreciéndonos la verdadera pedagogía divina" (DV 15). "Los libros del Antiguo Testamento, recibidos íntegramente en la proclamación evangélica, adquieren y manifiestan su plena significación en el Nuevo Testamento, ilustrándolo y explicándolo al mismo tiempo" (DV 16).

La mirada al Antiguo Testamento es retrospectiva. Partiendo de Cristo y de María ascendemos por el cauce de la historia de la salvación, iluminando el itinerario que Dios ha seguido y descubriendo en la primera alianza la tensión íntima hacia la nueva. Así los textos del Antiguo Testamento, "como son leídos en la Iglesia y entendidos bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor, insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente" (LG 55).

Al anuncio del ángel, María responde: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Con esta respuesta expresa el deseo de que se cumpla el plan de Dios. De este modo, la Virgen de Nazaret acepta, en nombre de toda la creación, la salvación que Dios envía en el Mesías que ha de nacer de ella. Para que la salvación se realice es necesario que el Redentor se haga hombre y eso es lo que María acepta. En ella, la humanidad, aunque caída, se ha mostrado capaz de acoger la salvación. Mediante el *fiat de la fe*, María, en nombre de la humanidad y en favor de la humanidad, acoge la redención que Dios nos ofrece en Cristo: "Esta persona humana que llamamos María es en la historia de la salvación como el punto de esta historia sobre el que cae perpendicularmente la salvación del Dios vivo, para extenderse desde allí a toda la humanidad".¹

María, en quien se resume el misterio de la Iglesia, es también la síntesis de su larga historia. Los orígenes de María se remontan al alba de la creación, cuando el

¹ K. RAHNER, *María, Madre del Señor*, Barcelona 1967, p.47.

Padre ordena todas las cosas a Cristo. Pues la historia no comienza con el pecado de Adán, sino en el instante en que el Padre crea todas las cosas en Cristo y ordenadas a Él. Por ello, la concepción de María fue santa, inmaculada, en razón de Cristo, que nacería de ella. María, pues, es santa en su origen, con todos los hombres que, antes de nacer del pecador Adán, nacen del Padre, creados en el Hijo y en vistas a Él. Es virgen y madre, como la creación original sobre la que aletea el Espíritu, a fin de que de su seno nazcan Cristo y la multitud de los hombres, discípulos de Cristo. Es virgen y madre con la nación judía, que, por la fe en la palabra, llevaba la semilla mesiánica. Y con la Iglesia de la nueva alianza, María es virgen y madre de todos los fieles, en su comunión de muerte y gloria con Cristo.

En María tenemos, pues, la imagen, el icono del hombre redimido. Pablo la nombra una sola vez y sin nombre, pero la inscribe en la constelación trinitaria del Padre, que envía, y del Hijo y el Espíritu, que son enviados, para que nosotros recibiéramos la filiación divina: "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, *nacido de mujer*, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *¡Abbá,*

Padre!" (Ga 4,4-6). María es la humilde sierva, pero Dios la puso al servicio del misterio de la concepción del Hijo con el poder del Espíritu Santo, cuando le plugo realizar este misterio en el mundo. Por esto, el Espíritu Santo, que mueve a los fieles a amar a la Iglesia, vuelve su corazón también hacia aquella en quien la Iglesia se encuentra toda entera. San Jerónimo, comentando el versículo del Salmo: "La tierra ha dado su fruto" (Sal 67,7), dice: "La tierra es la santa María que es de nuestra tierra y de nuestra stirpe. Esta tierra ha dado su fruto, es decir, ha encontrado en el Hijo lo que había perdido en el Edén. Primero ha brotado la flor; y la flor se ha hecho fruto para que nosotros lo comiéramos y nos alimentáramos con él. El Hijo ha nacido de la sierva, Dios del hombre, el Hijo de la Madre, el fruto de la tierra".²

María es la tierra fecundada de donde ha brotado el Salvador; no sólo ha pasado a través de María, sino que procede de María. De María ha asumido el Hijo de Dios carne y sangre, ha entrado realmente en la historia de los hombres, participando de nuestro nacer y de nuestro morir.

B) LA MUJER DEL PROTOEVANGELIO

Dios creó el mundo y, al contemplar cuanto había hecho, vio que era muy bueno (Gn 1,31). Pero en este mundo armonioso, salido de las manos de Dios, el pecado introduce la división. Al diálogo con Dios, que desciende en la brisa de la tarde a pasear con su creatura, sigue el miedo de Dios. Aún antes de que Dios intervenga (Gn 3,23), Adán y Eva "se esconden de Yahveh entre los árboles" (3,8); Dios tiene que buscar al hombre, llamarle: "¿Dónde estás?". La expulsión del lugar de la comunión, del jardín del Edén, es la ratificación de esa ruptura con Dios. El diálogo entre el hombre y la mujer, que el amor unía en una sola carne, se cambia en deseo de

² SAN JERÓNIMO, Tratado sobre el salmo 66.

dominio (Gn 4,16). Al diálogo del hombre con la creación, como tierra que el hombre custodia y cultiva, sigue, en contraposición, el sudor y trabajo doloroso con que el hombre tiene que arrebatar el fruto a la tierra.

Estas rupturas y hostilidades, que entran en el mundo, no formaban parte del plan de Dios "en el principio" de la creación. Son el fruto del pecado del hombre que ha querido "ser como Dios", sustituir a Dios en la conducción de su vida. Pero algo no ha cambiado: la relación de Dios con el hombre. El hombre ha cambiado, pero Dios, no. Dios, que conoce el origen del pecado del hombre, seducido por el maligno, interviene para anunciar la sentencia contra la serpiente:

Por haber hecho esto,
 maldita seas entre todas las bestias
 y entre todos los animales del campo.
 Sobre tu vientre caminarás,
 y polvo comerás todos los días de tu vida.
 Pondré enemistad entre ti y la mujer,
 y entre tu stirpe y la suya:
 ella te aplastará la cabeza
 mientras tú acechas su calcañar (Gn 3,14-15).

La maldición divina contra la serpiente anuncia la lucha implacable entre la mujer y la serpiente, lucha que se extiende a la stirpe, al semen de la serpiente y a la descendencia de la mujer, que es Cristo. El combate permanente, que recorre toda la historia, entre el bien y el mal, entre la justicia y la perversión, entre la verdad y la mentira, en la plenitud de los tiempos se hace personal entre Cristo y Satanás. La stirpe de la mujer, que combate contra la stirpe de la serpiente, es una persona, el Mesías. El es quien aplastará la cabeza de la serpiente. Ciertamente "la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana... María, Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella enemistad, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación". Pero, con la entrada de María en el misterio de Cristo, como "bendita entre las mujeres", está decidido que la bendición triunfará sobre la maldición:

María permanece así ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios, de la que habla la Carta paulina: "Nos ha elegido en él (Cristo) antes de la fundación del mundo..., eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos" (Ef 1,4-5). Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella enemistad con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia, María sigue siendo una señal de esperanza segura (RM 11).

La serpiente acecha en todo momento el nacimiento de cada hombre para morderle el talón, pero María se le ha escapado, sin tocarla con su veneno. Es la Inmaculada concepción. Así se entrelaza el Génesis con el Apocalipsis, donde aparece

"una mujer vestida de sol", que está encinta y da a luz un hijo contra el que se lanza "un enorme dragón rojo". "El dragón se coloca ante la mujer que está a punto de dar a luz para devorar al niño apenas nazca". Pero la victoria será de la mujer y su hijo, de María y del Hijo de Dios, que nace de ella, "mientras que el gran dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo y Satanás porque seduce a toda la tierra, es precipitado sobre la tierra" (Ap 12).

La existencia de María, al contrario de la de todo hijo de Adán, se halla desde el primer instante bajo la gracia de Dios. Ni un momento estuvo marcada con el sello del pecado original, que está en el origen de nuestra concepción y de nuestra existencia. María es el signo de la total elección de Dios y de la entrega de todo su ser a Dios y a la lucha contra la serpiente. En ella se anticipa el triunfo de su Hijo sobre el pecado, salvación que se ofrece a cada hombre pecador en el bautismo. María, a través de su Hijo, inaugura la era del Reino de Dios, al ser totalmente salvada del pecado desde su misma concepción. María, en toda su persona, pertenece a Dios como su único Señor. Así es signo de la nueva creación que nace de lo alto, de Dios. Es la nueva Eva, la primera criatura del mundo futuro, del mundo nuevo inaugurado con la Encarnación. "Alégrate" es la primera palabra de la nueva alianza, la primera palabra de la aurora del mundo nuevo, anunciado por los profetas, heraldos del Mesías: "¡Exulta, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey" (Za 9,9). Esta es la primera palabra que, dicha a María, Dios dirige al mundo el día en que llegó su cumplimiento. El Salvador llega y se nos invita a aclamarlo con alegría.

Cristo destruirá el poder de la serpiente. Ya el profeta Isaías describe el mundo inaugurado por el Mesías como un mundo nuevo, recreado, en el que la serpiente no constituirá un peligro para el hombre, descendiente de la mujer: "El niño de pecho hurgará en el agujero del áspid y el niño meterá la mano en la hura de la serpiente venenosa" (Is 11,8). Como Adán es cabeza de la humanidad pecadora, Cristo es Cabeza de la humanidad redimida. Cristo es "la simiente de la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente":

Por eso Dios puso enemistad entre la serpiente y la mujer y su linaje, al acecho la una del otro (Gn 3,15), el segundo mordido al talón, pero con poder para triturar la cabeza del enemigo; la primera, mordiendo y matando e impidiendo el camino al hombre, "hasta que vino la descendencia" (Ga 3,19) predestinada a triturar su cabeza (Lc 10,19): éste fue el dado a luz de María (Ga 3,16). De él dice el profeta: "Caminarás sobre el áspid y el basilisco, con tu pie aplastarás al león y al dragón" (Sal 91,13), indicando que el pecado, que se había erigido y expandido contra el hombre, y que lo mataba, sería aniquilado junto con la muerte reinante (Rm 5,14.17), y que por él sería aplastado aquel león que en los últimos tiempos se lanzaría contra el género humano, o sea el Anticristo, y ataría a aquel dragón que es la antigua serpiente (Ap 20,2), y lo ataría y sometería al poder del hombre que había sido vencido, para destruir todo su poder (Lc 10,19-20). Porque

Adán había sido vencido, y se le había arrebatado toda vida. Así, vencido de nuevo el enemigo, Adán puede recibir de nuevo la vida; pues "la muerte, la última enemiga, ha sido vencida" (1Co 15,26), que antes tenía en su poder al hombre.³

Éste es el anuncio del protoevangelio, el anuncio de la victoria sobre el Tentador, mentiroso y asesino desde el principio. A la luz de Cristo y de la redención, se ilumina el significado último del anuncio del Génesis. Dios no se deja vencer por el mal. María es el signo glorioso de esta victoria de Dios sobre el poder del maligno. Con su Inmaculada concepción María es un signo de esperanza para todos los hombres redimidos por Cristo (CEC 410-411).

C) LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

La Inmaculada concepción de María es una verdad de fe, vislumbrada por algunos Padres, discutida en los siglos XII-XIII y proclamada por Pío IX el 8 de diciembre de 1854 con la bula *Ineffabilis Deus*. Proclamar la Inmaculada concepción de María significa reconocer que María, por gracia, ha sido redimida, anticipando en ella la salvación que Cristo ha traído al mundo para todos los hombres:

Redimida de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo, y a El unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo... Al mismo tiempo ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados (LG 53; CEC 490-493).

María no está situada fuera de la redención. Es de nuestra carne, de nuestra raza, "de la estirpe de Adán". Es redimida como todos nosotros por su Hijo. Pero ella es redimida desde su concepción, completamente iluminada para que el Sol que nace de ella, Cristo, no sea mínimamente ofuscado. Madre del Día, ella no conocerá la noche, será la primavera de la humanidad renovada.⁴ María es la profecía viviente de la realidad a la que todos estamos predestinados: "El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor" (Ef 1,4). A todos nos lleva el Padre en su corazón como hijos amados.

Todo fiel es liberado del pecado original por el bautismo, que lo hace remontarse más allá del pecador Adán, hasta la filiación divina de Cristo, que "existe antes de todas las cosas" (Col 1,17). La gracia, que el fiel encuentra en Cristo, es mucho más grande que el mal causado por la falta de Adán (Rm 5,15-17). En su raíz, el hombre ha sido creado en Cristo y hacia Cristo (Col 1,15s); luego, el pecado sobreviene, contradiciendo la alianza paternal y filial que Dios, al crear al hombre, establece con él. En su raíz, el hombre se sumerge, no en el pecado, sino en una

³ SAN IRENEO, *Adv. haer.*, III,23,7.

⁴ Cfr A.D. SERTILLANGES, *Il mese di Maria*, Brescia 1953.

gracia original, puesto que, antes de depender de Adán, ha sido creado por Dios en Cristo y hacia El.

Para María, la inocencia de su entrada en la existencia deriva de su relación materna con aquel cuya encarnación en el mundo es la fuente de toda gracia. El misterio de la mujer encinta, en perpetua enemistad con la serpiente antigua, es, en primer lugar, el misterio de María. María es santificada desde su concepción "en vista de los méritos de Cristo", por su comunión con El. María pertenece a la humanidad pecadora por la gracia misma que la distingue. Su santidad original no la separa, no es un privilegio de excepción, sino de plenitud y anticipación. El origen de María coincide con la inocencia original, inicial, en que toda la humanidad es creada. Pero, en ella, la inocencia es llevada a tal plenitud que el pecado no la alcanzó. Con toda la creación, María es creada en Cristo y hacia El; pero en ella la relación con Cristo es de tal inmediatez que el pecado no se ha interpuesto entre ella y su Salvador.⁵

Frente al "espíritu moderno", que ve al hombre como árbitro absoluto de su propio destino y artífice único de su vida, en María resuena la afirmación de la absoluta primacía de la iniciativa de Dios en la historia de la redención. Por ello, en la edad moderna se llegó a la definición del dogma de la Inmaculada Concepción. Sus raíces son indudablemente bíblicas: "En el título *llena de gracia*, utilizado por el ángel al dirigirse a María, leído a la luz de la tradición, se ofrece el fundamento más sólido en favor de la inmaculada concepción de María. El sentido de 'transformada por la gracia' parece constituir efectivamente el mejor fundamento del dogma".⁶ María entró en la existencia como un ser redimido. Como Madre de Dios, ha sido redimida de la manera más perfecta, desde el momento de su concepción.

Ciertamente, Lucas no dice que María fue tal desde el comienzo de su existencia; sin embargo, si se comprende bíblicamente el concepto de gracia como eliminación del pecado y de sus consecuencias en la riqueza del don de la vida nueva (Ef 1,6s), se puede concluir: "Si es verdad que María quedó totalmente transformada por la gracia de Dios, esto incluye que Dios la preservó del pecado, la purificó y santificó de modo radical. Según el testimonio pascual de los orígenes, en ella es donde se cumple el nuevo comienzo del mundo; ella es la Hija de Sión escatológica en la que el pueblo de Israel se convierte en nueva creación, sin dejar de ser el pueblo de las promesas: misterio de la continuidad de la estirpe en la discontinuidad de la gracia".⁷

Duns Escoto fue quien tuvo la intuición de la *praeservatio*: el mediador único y perfecto Jesucristo escogió para su Madre un acto perfectísimo de mediación, como fue el de "haber merecido *preservarla* del pecado original".⁸

⁵ EX. DURRWELL, *María, meditación ante el icono*, Madrid 1990.

⁶ Cfr *Ineffabilis Deus*.

⁷ Cfr R. LAURENTIN, *La Vergine Maria. Mariologia postconciliare*, Roma 1983, p.220.

⁸ J. DUNS ESCOTO, *Opus Oxiniense*, Ordinatio III.

De esta manera quedaba a salvo la necesidad universal de la redención realizada por el Señor, mientras que se subrayaba la elección absolutamente libre y gratuita de María por parte de Dios. La elección por parte del Padre realiza también en María a través de la mediación única y universal del Hijo Jesús, por cuyos méritos ante el Padre quedó preservada inmune de la condición universal del pecado original y puede, por tanto, existir de manera totalmente conforme al designio de Dios.

La liturgia de la Inmaculada, además de la exención del pecado original, celebra principalmente la plenitud de la gracia de María y su fidelidad a la voluntad de Dios. El misterio de María es un misterio de elección divina, de santidad, de plenitud de gracia y de fidelidad al plan de Dios:

Esta "resplandeciente santidad del todo singular" de la que fue "enriquecida desde el primer instante de su concepción" (LG 56), le viene toda entera de Cristo: "ella es redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo" (LG 53). El Padre la ha "bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1,3) más que a ninguna otra persona. El la ha "elegido en él, antes de la creación del mundo, para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor" (Ef 1,4). (CEC 492)

La tradición bizantina en Oriente y la tradición medieval en Occidente han visto en el *kecharitomene* ("llena de gracia") la indicación de la perfecta santidad de María. *Kecharitomene* indica que María ha sido *transformada* por la gracia de Dios: es la "gratificada", como traduce la Vetus latina. Se indica el efecto producido en María por la gracia de Dios. Es lo mismo que dice San Pablo de los cristianos que han sido tocados y transformados por la gracia de Dios: "Dios nos ha transformado por esta gracia maravillosa" (Ef 1,6), como comenta San Juan Crisóstomo, que conocía bien el griego.⁹ El *perfecto* de la voz pasiva, utilizado por Lucas, indica que la transformación de María por la gracia *ha tenido lugar* antes del momento de la Anunciación.

¿En qué consiste esta transformación por la gracia? Según el texto paralelo de la carta a los Efesios (1,6), los cristianos han sido "transformados por la gracia" en el sentido de que, "según la riqueza de su gracia, alcanzan la redención por su sangre, la remisión de los pecados" (1,7). María es, pues, "transformada por la gracia", porque había sido *santificada* por la gracia de Dios. Así lo interpretan los Padres de la Iglesia: "Nadie como tú ha sido plenamente santificado; nadie ha sido *previamente* purificado como tú".¹⁰ María ha sido *previamente* "transformada por la gracia" de Dios, en consideración de su misión: ser la Madre del Hijo de Dios. Mediante la gracia Dios prepara para su designio de salvación a la Madre virginal del Mesías.

El icono de la *Panagía* o "Toda Santa", que se venera en la Iglesia rusa, lo expresa maravillosamente. La Madre de Dios está en pie con las manos en alto en actitud de total apertura a Dios. El Señor está con ella bajo la forma de un niño rey, visible en la

⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In epist. ad Eph.* 1,1,3: PG 62,13-14.

¹⁰ SAN SOFRONIO, *Or. II, in Annut.* 25: PG 87/3,3248.

transparencia de su seno. El rostro de María es todo estupor, silencio y humildad, como invitándonos a "mirar lo que el Señor ha hecho de mí en el día en que dirigió su mirada a la pequeñez de su sierva".

Dios es el Santo por excelencia. Pero Dios hace partícipes de su santidad a sus elegidos, haciéndoles santos. Con esta participación en la santidad de Dios, sus elegidos entran a vivir en comunión con El, en la fe y en la respuesta al amor de Dios. De este modo los santos entran en la gracia de Dios, envueltos en la nube de su gloria, liberados de las tinieblas del pecado. Desde el siglo II, con San Justino, a quien siguen San Ireneo y San Epifanio, se ha contrapuesto la fe de María a la incredulidad de Eva. En esta fe de María la Iglesia ha visto la santidad singular de María, que supera "a los querubines y a los serafines":

Es verdaderamente justo glorificarte, oh *Theotókos*, siempre bienaventurada y toda inmaculada, Madre de nuestro Dios. Más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines, a ti, que sin mancha has engendrado a Dios, el Verbo, te magnificamos, oh verdadera *Theotókos*.¹¹

La tradición cristiana, como aparece en la iconografía, ha visto en el pronombre "ésta" una referencia a la mujer, madre del Mesías, es decir, a María. El arte cristiano ha representado a María aplastando con su pie la cabeza de la serpiente. La serpiente está enroscada en torno al globo terrestre, suspendido en el espacio. María, radiante y coronada de estrellas, domina el globo y con un pie pisa la cabeza de la serpiente. Ya la traducción de San Jerónimo de la Biblia, la *Vulgata*, traduce en femenino el texto del Génesis: "ésta te aplastará la cabeza" (Gn 3,15). Esta traducción se hizo tradicional en la Iglesia latina.

D) MARÍA, TIERRA VIRGEN DE LA NUEVA CREACIÓN

Mateo 1,1, -"Libro de la génesis de Jesucristo", recuerda a Génesis 2,4: "Éste es el libro de la génesis del cielo y de la tierra", así como a Gén 5,1: "Éste es el libro de la génesis de Adán". El paralelismo evidente parece significar que el nacimiento de Jesús inaugura una nueva creación: el segundo Adán se corresponde con el primero. María es, pues, la tierra del acontecimiento de este nuevo comienzo del mundo. Lo mismo que el Espíritu desplegó sus alas sobre las aguas de la primera creación, suscitando la vida (Gn 1,2), así desciende ahora sobre la Virgen, que le acoge, concibiendo a Jesús.

Los Padres, con una bella expresión, llaman a María la "tierra santa de la Iglesia", donde germina la Palabra y produce fruto, el ciento por uno, Cristo, la Palabra hecha carne. María "guardaba la Palabra en su corazón" (Lc 2,19;2,51) y ésta "no vuelve al Padre sin producir su fruto", el fruto bendito del seno de María. María no es otra cosa que "la madre de Jesús".¹² María, con su *fiat*, ha renunciado a sí misma

¹¹ Himno mariano "Es verdaderamente justo" de la liturgia y de la piedad bizantina.

¹² San Juan en todo el Evangelio no la llama nunca María, sino "mujer" o la "madre de Jesús". Cfr. I. DE LA POTTERIE, *Le mire de Jésus, Marianum* 40(1978)41-90.

para estar totalmente a disposición del Hijo. Y, de este modo, María ha logrado la plenitud de su persona y de su misión. María es la verdadera tierra, de suyo estéril, caos y vacío, pero fecundada por Dios con su Espíritu.

Cuando fueron creadas la tierra y la humanidad, en las que nacería el Hijo encarnado, su rostro no estaba sucio por el pecado. María, de la que iba a nacer el Hijo, comparte la inocencia original de la creación y de la humanidad salida de las manos de Dios. Concebida sin pecado, María es anterior al primer pecado del mundo y de cualquier otro pecado; ella es "más joven que el pecado, más joven que la raza de la que ha salido". Nacida largos milenios después del pecador de los orígenes, es anterior a él, mucho más joven que él; ella es "la hija menor del género humano", la que no ha llegado nunca a la edad del pecado.¹³

Jesús, en primer lugar, es anterior a todo antepasado, si bien es llamado el último Adán (1Co 15,45). El es descendiente de Adán, pero su origen es eterno, engendrado por el Padre en la santidad del Espíritu Santo. "Existe antes que todas las cosas" (Col 1,17). María es creada en este misterio del Hijo, inseparable de él en su inocencia original, anterior al pecado de sus antepasados. Cuando el anuncio del ángel vino a sorprenderla, la gracia la había preparado para ese anuncio: "¡Alégrate, llena de gracia! ¡Alégrate, tú, a quien la gracia ha santificado; tú, que has sido hecha agradable a Dios!". Fue santificada desde siempre y en vistas de este anuncio. La maternidad de la mujer coronada de estrellas, de la que habla el Apocalipsis, data de los orígenes de la humanidad. "La antigua serpiente", la del Génesis, está desde entonces ante la mujer dispuesta para devorar al hijo cuando nazca (Ap 12,4). La enemistad enfrenta desde siempre a la mujer embarazada y a la serpiente, a causa de la semilla mesiánica que lleva en ella. Las palabras del Génesis (3,15) valen para Eva, de cuya descendencia nacería el Mesías, pero mucho más para la mujer en quien se cumplirá la maternidad mesiánica.

Igualmente el nacimiento virginal de Cristo tiene una gran significación para la historia de la salvación. Como afirman los Padres, Jesús debía nacer de manera virgen para poder ser el nuevo Adán. Si Jesús, el nuevo Adán (1 Co 15,45-49), no hubiera nacido de una virgen, no podría ser el inicio y la cabeza de la nueva creación. Con el primer Adán nos encontramos en el momento de la creación, al comienzo de la historia humana; con el nacimiento virginal de Jesús nos situamos al principio de la nueva creación, en el umbral de la historia de la salvación. Algunos Padres, como San Ireneo, aluden a la arcilla con la que Dios formó al primer hombre, que era todavía "tierra intacta", "virginal", pues aún no había sido arada ni trabajada por el hombre. Ahora bien, Adán es el fruto del *seno* de esta tierra todavía virgen. Teniendo esta imagen ante los ojos, se comprende el simbolismo de este texto de Máximo de Turín, obispo del s. V:

Adán nació de una tierra virgen. Cristo fue formado de la Virgen María. El suelo materno, de donde el primer hombre fue sacado, no había sido aún desgarrado por el arado. El seno maternal, de donde

¹³ G. BERNANOS, *Diario de un cura rural*, Barcelona 1951, p.58-59.

salió el segundo, no fue jamás violado por la concupiscencia. Adán fue modelado de la arcilla por las manos de Dios. Cristo fue formado en el seno virginal por el Espíritu de Dios. Uno y otro, pues, tienen a Dios por Padre y a una virgen por madre. Como el evangelista dice, ambos eran "hijos de Dios" (Lc 3,23-38),¹⁴

Cristo, nuevo Adán, nace "de Dios", en el seno virginal de María. La promesa de Isaías se cumple concretamente en María. Israel impotente, estéril, ha dado fruto. En el seno virginal de María, Dios ha puesto en medio de la humanidad, estéril e impotente para salvarse por sí misma, un comienzo nuevo, una nueva creación, que no es fruto de la historia, sino don que viene de lo alto, don de la potencia creadora de Dios.

Cristo no nació "de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón". Por esta razón es el nuevo comienzo, las primicias de la nueva creación. "La acción del Espíritu Santo en María es un acto creador y no un acto conyugal, procreador. Pues bien, si es un acto creador, significa una repetición del comienzo primordial de toda la historia humana. Es un nuevo comenzar la creación, un retorno al tiempo anterior a la caída del pecado".¹⁵ La acción del Espíritu Santo en María es un acto creador Y significa una renovación del comienzo primordial de toda la historia humana. Así como el Espíritu Santo, en la creación, "se cernía sobre las aguas" (Gn 1,2), así también el Espíritu Santo descendió sobre María al principio de los tiempos de la nueva creación. El Espíritu Santo plasma a María como nueva criatura (LG 56),¹⁶ es decir, inmaculada, para que pueda acoger a Cristo con el *fiat* de su libre consentimiento y concebirlo en la carne.

María, plasmada por la gracia y acogedora de la palabra de Dios, nos ofrece en su virginidad los rasgos de la nueva creación. La iniciativa libre y gratuita del Padre está en el origen del nuevo comienzo del mundo, como lo fue del primer comienzo. El Espíritu cubre a la Virgen con su sombra lo mismo que un día cubrió las aguas de la primera creación. El acontecimiento se cumple gracias al Hijo, que toma carne en María, así como el primer comienzo tuvo lugar "por él y en él" (Col 1,16). En la primera creación, como en la nueva, hay una tierra virgen y un Padre celestial. "Por ello hay que decir con toda verdad que María, por nosotros y para nuestra salvación, franqueó al Verbo la entrada en nuestra carne de pecado".¹⁷ El seno de María, les gusta repetir a los Padres, es el templo donde se celebran las bodas entre la divinidad y la humanidad. Con María el tiempo gira sobre sus goznes dando paso a una nueva era, a la nueva creación.

El Espíritu aleteaba sobre la creación y la hacía materna, capaz de dar la vida. La tierra nacía virgen y ya materna, materna en su virginidad, por el poder del

¹⁴ MÁXIMO DE TURIN, *Sereno* 19: PL 57,571.

¹⁵ I. DE LA POTTERIE, *Mamá en el misterio de la alianza*, Madrid 1993, p.1 73.

¹⁶ Cfr las citas patristicas de este n° 56 de la LG.

¹⁷ K. RAHNER, La Inmaculada Concepción, en *Escritos de Teología I*, Madrid 1961, p.226.

Espíritu. Este instante original de la creación, al mismo tiempo virgen y materna, emerge en la historia de María y encuentra en ella su cumplimiento, por el mismo poder del Espíritu. El tiempo de plenitud, en el que Dios envía a su Hijo, nacido de una mujer, corresponde al tiempo primordial y lo lleva a su perfección. Las realidades del fin son preparadas, en secreto, desde los orígenes: "Publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo" (1VIIt 13,35). En la maternidad virginal de María se expresa humanamente el misterio de Dios, que engendra al Hijo en el Espíritu Santo. En María virgen el fruto madura sin que se marchite la flor; el fruto mismo confiere a la flor su esplendor. En ella es honrada la tierra virginal y materna, sobre la que aletea el Espíritu Santo; es honrada toda mujer que da a luz un hijo de Dios y es honrada la "Hija de Sión", la nación mesiánica que lleva, de parte del Espíritu, al Mesías en sus entrañas. Es glorificado Dios Padre en su paternidad respecto a Jesús, concebido del Espíritu Santo y de María.

Sobre María se refleja, como primicia, el resplandor del nuevo Adán, que ella lleva en su seno. En María, la modelada por la gracia, resplandece la criatura "recreada" en Cristo, imagen perfecta de Dios. "María es la planta no pisada por la serpiente, el paraíso concretado en el tiempo histórico, la primavera cuyas flores y frutos no conocerán jamás el peligro de la contaminación. En María brota un germen de vida eterna y de una nueva humanidad. En ella está simbólicamente encerrada toda la creación purificada y transparente de Dios... Con María nos damos cuenta de que el paraíso no se ha perdido totalmente en el pasado y el reino no está interminablemente asentado en el futuro; hay un presente en el que la tierra ha celebrado sus esponsales con el cielo, la carne se ha reconciliado con el espíritu y el hombre salta de gozo delante del Dios grande".¹⁸

María es el primer fruto de la nueva creación: "Ella, la mujer nueva, está al lado de Cristo, el hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre como prenda y garantía de que en una simple criatura -es decir, Ella- se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre" (MC 57). En cuanto plasmada por el Espíritu Santo, colmada y guiada por El, María es el modelo acabado del hombre realizado en conformidad con la voluntad y la gracia del Padre. "María no es una mujer entre las mujeres, sino el advenimiento de la mujer, de la nueva Eva, restituida a su virginidad maternal. El Espíritu Santo desciende sobre ella y la revela, no como 'instrumento', sino como la condición humana objetiva de la encarnación".¹⁹

Lo mismo que en el nuevo Adán se contemplan los rasgos de la nueva criatura, recreada según el proyecto de Dios, así también en María, unida singularmente a El por la maternidad, se reflejan estos mismos rasgos en la especificidad de su condición femenina. María atestigua que la vocación del hombre es el amor. Sólo amando, el hombre manifiesta la imagen de Dios que lleva dentro de sí, grabada en la creación y recreada en la redención. Fuera del amor el hombre no es realmente hombre.

¹⁸ L. BOFF, *El rostro materno de Dios*, Madrid 1979, p.284; 158-159.

¹⁹ P. EVDOKIMOV, *La mujer y la salvación del mundo*, Salamanca 1960, p.207.

Es cierto que Cristo es el "modelo trascendente de toda perfección humana", sin embargo, solamente en María, persona humana y sólo humana, nos es posible descubrir "todo lo que la gracia puede hacer de una criatura humana... La Virgen es, pues, nuestro modelo sin restricción. En María encontramos la perfección de una persona humana como nosotros, llevada al punto más alto que sea posible alcanzar",²⁰ Como se expresan los Padres, "María es el recinto primordial del paraíso, en donde la flor más bella de la nueva creación no es más que el signo de la fuente divina. Allí se esconde y se encuentra la fuente secreta, en donde el Logos mismo quiso manifestarse en el corazón de la criatura humana".²¹ Con su fe y obediencia, en contraposición a Eva, María, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, restaura nuestra relación filial con el Padre en Cristo, su Hijo.

E) MARÍA-EVA

Los dos primeros dogmas marianos -la virginidad y la maternidad- unen indisolublemente a María con la fe en Cristo. La atención a María surge dentro del ámbito de interés por su Hijo, Señor y Salvador. Cuando se afirma su condición divina y su misión salvífica se advierte la necesidad de hablar de la virginidad de María y de su maternidad divina. Se habla de la Madre para glorificar al Hijo, para confesar su origen eterno y su significado salvador para los hombres, al nacer de una mujer.

Un ejemplo evidente del valor cristológico y salvífico de la reflexión de fe sobre la Madre de Jesús es el paralelismo, que apareció enseguida en la reflexión patrística, entre Eva y María, forjado sobre el paralelismo paulino entre Adán y Cristo (Rm 5,14; 1Co 15,22-45). María es la primera testigo de la obra de salvación realizada por el Padre en el Hijo y el Espíritu Santo. Ella nos testimonia en primer lugar que la humanidad, por obra de Cristo y del Espíritu Santo, se ha hecho una humanidad nueva, recapitulada en el nuevo Adán y en la nueva Eva. El viejo Adán falló y su pecado arrastró en su caída a toda la humanidad (1Co 15,22). Pero Dios mantuvo su designio con relación a la humanidad y, de nuevo, lo recreó en el nuevo Adán, Cristo "espíritu vivificante" (Rm 5,14ss; 1Co 15,45ss). También Eva, la mujer primera, creada como "ayuda" de Adán, falló "ayudando" a Adán en su caída. Dios, para devolver al hombre la vida, ha suscitado una nueva Eva, María, que con su fe y obediencia ha "ayudado" al nuevo Adán, aceptando ser su madre y permitiéndole, de este modo, llevar a cabo la Redención. Como nueva Eva, "madre de los vivientes", junto a la cruz de Jesús está María, la "mujer", acogiendo como hijos a los "hermanos de Jesús" (Jn 20,17; Hb 2,11), hijos adoptivos del Padre (Jn 20,17; Ga 4,6-7). María, nueva Eva, personifica a la Iglesia en cuanto "madre de los vivientes", es decir, de los rescatados por Cristo. "En Cristo, nuevo Adán, y en María, nueva Eva, se revela el misterio de tu Iglesia, como primicia de la humanidad redimida".²²

²⁰ L. BOUYER, Humanisme marial, *Etudes* 87(1954)158-165.

²¹ L. BOUYER, *Le trône de la Sagesse*, Paris 1961.

²² Prefacio V de *Santa María Virgen*.

Este paralelismo entre Eva y María aparece ya en el siglo II con Justino y con Ireneo. San Justino ve una situación análoga en Eva y en María. Sólo que Eva, desobediente, engendra el pecado y la muerte, mientras que María, con su obediencia y su fe, engendra la salvación, al hacerse Madre del Salvador:

Si Cristo se ha hecho hombre por medio de la Virgen, es que ha sido dispuesto (por Dios) que la desobediencia de la serpiente fuera destruida por el mismo camino que tuvo su origen. Pues Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte; mas la Virgen María concibió fe y alegría cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y la fuerza del Altísimo la sombrearía, por lo cual, lo nacido en ella, santo, sería Hijo de Dios.²³

Y San Ireneo desarrolla este paralelismo entre Eva y María. Para él, el plan de salvación consiste en la recreación de lo que había destruido el pecado. Para ello, Cristo ocupa el lugar de Adán, la cruz sustituye al árbol de la caída y María sustituye a Eva. Después de enunciar las grandes líneas del designio de Dios, escribe:

Paralelamente hallamos a María, virgen obediente. Eva, aún virgen, se hizo desobediente y así fue causa de muerte para sí y para todo el género humano. María, virgen obediente, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano... De María a Eva se restablece el mismo circuito. Pues para desligar lo que está atado hay que seguir en sentido inverso los nudos de la atadura. Es por esto por lo que Lucas, al comienzo de la genealogía del Señor (Lc 3,23-38), ha llegado hasta Adán, mostrando que el verdadero camino de regeneración no va desde los antepasados hasta El, sino desde El hacia ellos. Y también así es cómo la desobediencia de Eva ha sido vencida por la obediencia de María. En efecto lo que la virgen Eva ató con la incredulidad, María lo desató con la fe.²⁴

Según San Ireneo, María toma el papel de Eva. Eva se hallaba en una situación particular, de la que dependía la condición y la salvación de todo el género humano. Eva falló y Dios en su lugar ha puesto a María, que ha vencido con la obediencia y la fe:

Y como por obra de una virgen desobediente fue el hombre herido y precipitado, murió, así también fue reanimado el hombre por obra de una Virgen, que obedeció a la palabra de Dios, recibiendo la vida... Porque era conveniente y justo que Adán fuese recapitulado en Cristo, a fin de que fuera abismado y sumergido lo que es mortal en la inmortalidad. Y que Eva fuese recapitulada en María, a fin de que una

²³ SAN JUSTINO, *Diálogo con Tritón* 100,4-5: PG 6,709D;712A.

²⁴ SAN IRENEO, *Adv. haer.* II,92: PG 7,958-960.

Virgen, venida a ser abogada de una virgen, deshiciera y destruyera la desobediencia virginal mediante la virginal obediencia.²⁵

Eva con su desobediencia atrajo la muerte para sí y para toda la humanidad. María, en cambio, con su obediencia fue causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad:

Como por la obediencia en el árbol de la cruz, el Señor disolvió la desobediencia de Adán en el otro árbol, así fue disuelta la seducción por la que había sido mal seducida aquella virgen Eva destinada a su marido, por la verdad en la cual fue bien evangelizada por el ángel aquella Virgen María ya desposada. Así como aquella fue seducida por la palabra del ángel para que huyese de Dios prevaricando de su palabra, así ésta por la palabra del ángel fue evangelizada para que llevase a Dios por la obediencia de su palabra, a fin de que la Virgen fuera abogada de la virgen Eva. Y, para que así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fuese desatado de ella por la Virgen. Y que la desobediencia de una virgen fuese vencida por la obediencia de otra Virgen. Si, pues, el pecado de la primera criatura fue enmendado por la corrección del Primogénito, y si la sagacidad de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma (Mt 10,16), entonces están desatados los lazos por los que estábamos ligados a la muerte.²⁶

Tertuliano aplica el paralelismo de Eva una vez a María y otras a la Iglesia.²⁷ La visión de la Iglesia como Nueva Eva aparece ya en la segunda carta de Clemente: "Porque la Escritura dice: hizo Dios al hombre, varón y mujer. El varón es Cristo; la mujer, la Iglesia".²⁸ La aplicación del doble paralelismo Eva-María y Eva-Iglesia, llevó a un tercer paralelismo: María-Iglesia. De una y de otra se dice: "La muerte nos vino por Eva, la vida por María",²⁹ o por la Iglesia. Inspirado en estos textos patrísticos se lee en el *Missale Gothicum*: "Eva ha traído la muerte al mundo; María, la vida. Aquella con el jugo de la manzana bebió la amargura; ésta, de la fuente de su Hijo bebió la dulzura".

Eva, "madre de los vivientes", es el nombre que le dio Adán después del pecado (Gn 3,20). Antes la había llamado "mujer", subrayando la relación entre él y ella (Gn 2,23). Eva había sido creada como "ayuda" del hombre (Gn 2,18-24). Siendo la primera mujer, Eva, como Adán, está puesta en una situación singular, de la que depende la suerte del género humano. Seducida por la serpiente, con su desobediencia, igual que la de Adán, arrastra en su caída a toda la humanidad. Pero, después de su caída, la mujer recibe la tarea de luchar contra la estirpe de la serpiente, contra el mal (Gn 3,15). Por eso con Eva y su descendencia se inicia una

²⁵ SAN IRENEO, *Demostración de la predicación apostólica* 33, Madrid 1992, p. 124ss.

²⁶ SAN IRENEO, *Adv. Haer.* V,19,1.

²⁷ TERTULIANO, *De carne Christi* 17: PL 2,782; *De anima* 43: PL 2,723; *Adv. Marcionem* 2,4:PL 2,4:PL 2,289; en este último texto une las dos aplicaciones: a María y a la Iglesia.

²⁸ CLEMENTE, *Epistola ad Corinthios* 14,2.

²⁹ SAN JERÓNIMO, *Epistola* 22,21: PL 22,408.

lucha perenne entre los hombres y la serpiente, el Maligno. En esta lucha la maternidad de la mujer cobra una importancia fundamental, pues será un descendiente de ella quien vencerá, aplastando la cabeza de la serpiente.

Cristo, nuevo Adán, también ha dado a su madre el nombre de "mujer" (Jn 2,4;19,26), nombre que la dará también la Iglesia (Ap 12,1.6). María toma el lugar de Eva, ocupando como ella un lugar único en la economía de la salvación. Frente a la desobediente Eva, María es "la sierva del Señor" (Lc 1,38), la que se ofrece como "ayuda" para llevar a término el designio de Dios:³⁰ "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios mandó a su Hijo, *nacido de mujer*, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4,4-5). María participa, como mujer, en la realización del plan de Dios: la salvación de los hombres. Como Cristo ocupa el lugar de Adán y la cruz sustituye al árbol del paraíso, María ocupa el lugar de Eva. Eva acoge la palabra de un ángel caído y María, en cambio, acoge a Gabriel, "uno de los ángeles que están ante Dios" (Lc 1,19). María, como sierva de Dios, participa en la salvación, acogiendo en su seno al Salvador y acompañándolo fielmente hasta la hora de la cruz. Con aceptación plena de la voluntad de Dios, María declara: "He aquí la sierva del Señor, hágase de mí según tu palabra". Es la expresión de su deseo de participar en el cumplimiento del designio de Dios. Con su obediencia se pone al servicio del plan de salvación, que Dios la ha anunciado. En cuanto mujer se ofrece totalmente como "ayuda" del hombre, convirtiéndose en Madre del Mesías, permitiéndole ser el Nuevo Adán, cabeza de la nueva humanidad. María, pues, a diferencia de Eva, ha asumido el papel de la virgen obediente, causa de salvación para sí y para todo el género humano.

Desde la cruz, cuando todo se ha cumplido, Jesús llama a su madre "Mujer" y le confiere una maternidad en relación a todos los hombres. Ella es "la madre de los vivientes". El árbol de la cruz ha sustituido al árbol de la caída.

La cruz es su contrario: árbol de la vida. Del costado de Cristo muerto, y con el corazón traspasado, como de Adán dormido, brota la nueva vida. Se ha cumplido el juicio sobre la serpiente: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera. Pues, cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,31-32). Todas las realidades del comienzo, destruidas por el pecado, han sido restituidas a su estado original. Cristo es puesto en "el jardín", "en el que había un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido puesto" (Jn 19,41).

La mujer, alegría y ayuda adecuada del hombre, se convirtió en tentación para el hombre, pero siguió siendo "madre de todos los vivientes": Eva, como es llamada después del pecado. Ella conserva el misterio de la vida, la fuerza antagonista de la muerte, que ha introducido el pecado, como poder de la nada opuesto al Dios creador de la vida. La mujer, que ofrece al hombre el fruto de la muerte, es también el seno de la vida; de este modo, la mujer, que lleva en sí la llave de la vida, toca directamente el misterio de Dios, de quien en definitiva proviene toda vida, pues Él es

³⁰ Siervo, en la Escritura, se aplica a los elegidos de Dios para realizar sus planes. Cfr Is 42,1-9; 49,1-6; 50,9- 11; 52,13-53,12.

el Viviente, la misma Vida. María es "la mujer", madre del Viviente y de todos los vivientes.

Esta simbología Eva-María la desarrolla ampliamente el arte cristiano. Sobre las puertas de la catedral alemana de Hildesheim, el obispo Bernward (s.XI) opuso a Eva y a María; y sobre su evangelario quiso que el busto de Eva fuese pintado sobre la puerta cerrada del paraíso, mientras María aparecía sobre la puerta abierta del cielo. En él puso esta inscripción: "La puerta del paraíso, cerrada por la primera Eva, ya ha sido abierta para todos por medio de santa María". María es la Viviente por excelencia, es decir, la nueva Eva, que transmite la vida, pues ha sido liberada del poder de la muerte por el Señor de la vida.

Concluyo con una cita del cardenal J.H. Newman: "Como Eva fue desobediente e infiel, María fue obediente y creyente. Como Eva fue la causa de la ruina, así María fue la causa de la salvación. Como Eva preparó la caída de Adán, así María preparó la reparación que debía realizar el Redentor. Si Eva cooperó a un gran mal, María cooperó a un bien aún más grande". Es lo que canta la liturgia del *Adviento*:

Te alabamos, Padre santo, por el misterio de la Virgen Madre. Porque, si del antiguo adversario nos vino la ruina, en el seno virginal de la hija de Sión ha germinado aquel que nos nutre con el pan de los ángeles... La gracia que Eva nos arrebató nos ha sido devuelta en María. En ella, madre de todos los hombres, la maternidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de una vida nueva. Allí donde había crecido el pecado, se ha desbordado tu misericordia en Cristo, nuestro Salvador.³¹

F) LA MUJER VESTIDA DE SOL

En la historia de la salvación, el final explica los comienzos, pues la plenitud ilumina y da sentido al conjunto. La mujer de Ap 12, que con los dolores del parto da a luz al Salvador, representa la unidad indisoluble de toda la comunidad de Dios: Israel-María-Iglesia.

El designio del Padre estaba inscrito en el mundo mismo antes de la historia de los primeros hombres, pues todo es creado en Cristo y hacia Cristo y todo subsiste en El. El germen de la nueva creación ya estaba sembrado en la primera. La creación estaba destinada desde siempre a concebir en ella al Hijo y a la multitud de sus hermanos reunidos en torno a El. La creación nace bajo el bautismo de las alas maternas del Espíritu: "Y el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" (Gn 1,2).

El Espíritu creador, eterna concepción divina, da a la tierra su ser maternal, el seno en el que Dios engendra a su Hijo en el mundo, la cuna de Aquel hacia quien todo fue creado. El Espíritu, que aleteaba sobre las aguas vírgenes y maternas de la creación, aleteará un día sobre una mujer del linaje de Adán. Sembrada en la creación entera, la promesa mesiánica se ha concentrado después en una nación

³¹ Prefacio IV de Adviento. Cfr S. ROSSO, *Adviento, NDM*, p. 33-64.

elegida, Israel, y se cumplirá en una mujer de ese pueblo, María, Hija de Sión. El Espíritu, que aleteaba sobre las aguas y acompañaba a Israel, se ha posado sobre María y ha hecho madurar en ella el fruto prometido, el fruto bendito de su vientre: Jesús. La vocación de esta mujer se remonta, pues, al alba de la creación: ella lleva a término la vocación de la tierra, la vocación de Israel. La liturgia pone en sus labios: "Desde la eternidad fui constituida; desde el comienzo, antes del origen de la tierra" (Pr 8,23).³²

La mujer vestida de sol es, en su interpretación más primitiva, el símbolo de la Iglesia. El número de estrellas es una prueba de ello. Los números, tan usados en el Apocalipsis, son "cifras", que todo lector iniciado sabe descifrar (Ap 13,18). Doce, y sus múltiplos, es la cifra eclesial, el indicativo de la Iglesia (Ap 21,14). Pero la Iglesia no es una colectividad, sino una comunidad de personas, unidas a Cristo y entre sí por el Espíritu Santo. La Iglesia, por ello, se personaliza en cada fiel: "La Iglesia entera está en cada uno".³³ Está toda entera, de un modo singular, personificada en María.

La mujer con doce estrellas, madre de Cristo, es símbolo de la Iglesia de la primera alianza,³⁴ que lleva en su carne al Mesías que había de venir. Es también el símbolo de la Iglesia del Nuevo Testamento, que, tras el nacimiento de Cristo, da a luz "al resto de su descendencia" (Ap 12,17). María es la persona en quien Israel ha dado a luz para el mundo a Cristo; y es también a María a quien Cristo, señalando al discípulo, ha dicho: "He ahí a tu hijo" (Jn 19,26). La Iglesia de la primera alianza y la de la última se unen en María y se expresan en ella: "La Iglesia está toda entera en María". María es el icono de la Iglesia, porque en ella se encuentra contenido, personalizado, todo el misterio de la Iglesia, como en ningún otro miembro de la Iglesia.

Para el pensamiento oriental, como se expresa su conocido representante P. Evdokimov, "la Virgen es el corazón de la Iglesia", pero también es "la ofrenda más pura" de la humanidad, la "consanguínea" de Cristo y la prefiguración de la Iglesia:

La humanidad lleva su ofrenda más pura, la Virgen, y Dios la convierte en el lugar de su nacimiento y en la Madre de todos los vivientes, la Eva cumplida: "¿Qué podemos ofrecerte, oh Cristo? El cielo te ofrece los ángeles, la tierra te presenta sus dones, pero nosotros los hombres te ofrecemos una Madre-Virgen", canta la Iglesia en la vigilia de Navidad. Como se ve, María no es "una mujer entre las mujeres", sino *el advenimiento de la Mujer* restituida a su virginidad maternal. En la Virgen toda la humanidad engendra a Dios y por eso María es la nueva Eva-Vida; su protección maternal, que cubría al niño Jesús, cubre ahora al universo y a cada uno de los hombres... Su

³² Fiesta de la Presentación.

³³ SAN PEDRO DAMIÁN, Opuso. XI, Dominus vobiscum, 5 y 6: PL 145,235.

³⁴ Iglesia es la traducción de la palabra hebrea *gahal*, que designa a la asamblea de Israel.

humanidad, su carne, se hacen la de Cristo; su Madre se hace "consanguínea" suya y ella es la primera que realiza el fin último para el que ha sido creado el hombre. Y al engendrar a Cristo, como Eva universal, lo engendra para *todos* y lo engendra en cada alma; por ello toda la Iglesia "se alegra en la Virgen bendita" (S. Efrén). De este modo la Iglesia es prefigurada en su función de matriz mística, de engendradora perpetua, de *perpetua Theothókos*.³⁵

La Virgen María, modelada por el Espíritu Santo, es cantada en la liturgia como primicia de la nueva creación:

En verdad es justo darte gracias, Padre Santo, porque hiciste a santa María Virgen madre y cooperadora de Cristo, autor de la nueva alianza, y la constituiste primicia de tu nuevo pueblo. Porque ella, concebida sin mancha, y colmada con los dones de la gracia, es en verdad la nueva mujer, la primera discípula de la nueva ley; la mujer alegre en el servicio, dócil a la voz del Espíritu Santo, solícita en custodiar tu palabra; la mujer dichosa por la fe, bendita por su Fruto, enaltecida entre los humildes; la mujer fuerte en la tribulación; fiel al pie de la cruz de su Hijo, gloriosa en su salida de este mundo.³⁶

³⁵ P. EVDOKIMOV, *L'ortodossia*, Bologna 1965, p. 215.

³⁶ Prefacio de la Misa "Santa María la mujer nueva".

2. BENDITA TÚ QUE HAS CREÍDO

A) HIJA DE ABRAHAM

La fe de María es la fuerza integradora de su vida. Si hay algo que revela la grandeza de María es la exclamación de Isabel: "Dichosa la que ha creído que se cumpliría lo que le fue dicho de parte del Señor" (Le 1,45).¹ María es un signo de la gracia de Dios y de la actitud responsorial a la iniciativa libre y benevolente de Dios.

La fe de María puede parangonarse a la de Abraham, llamado por el Apóstol "nuestro padre en la fe" (Rm 4,12). En la economía salvífica de la revelación divina, la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza (RM 14).

María está situada en el punto final de la historia del pueblo elegido, en correspondencia con Abraham (Mt 1,2-16). Abraham es el padre de los creyentes (Rm 4) y el paradigma de los justificados por la fe. A Abraham le fue hecha la promesa de un hijo y de una tierra (Gn 12,1ss); y efectivamente, aún siendo anciano, Dios le dio un hijo de Sara, su mujer estéril. Y, cuando Dios le pidió a Isaac, el hijo de la promesa, el patriarca obedeció, "pensando que poderoso era Dios aún para resucitar de entre los muertos" (Hb 11,19), y Dios en el monte proveyó con un cordero. Abraham en su historia vio que Dios es fiel; aprendió existencialmente a creer. Apoyado en Dios recibe la fecundidad de su promesa.

Abraham, el padre de los creyentes, es el germen y el prototipo de la fe en Dios. Y en María encuentra su culminación el camino iniciado por Abraham. El largo camino de la historia de la salvación, por el desierto, la tierra prometida y el destierro, se concretiza en el resto de Israel, en María, la hija de Sión, madre del Salvador. María es la culminación de la espera mesiánica, la realización de la promesa. El Señor, haciendo grandes cosas en María "acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre" (Lc 1,54-55). Así toda la historia de la salvación desemboca en Cristo, "nacido de mujer" (Ga 4,4). María es el "pueblo de Dios", que da "el fruto bendito" a los hombres por la potencia de la gracia creadora de Dios.²

María, hija de Abraham, con su fe supera las incredulidades de los hijos de Abraham. En María se cumple el signo que Acáz, en su incredulidad, no había querido pedir a Dios, cuando, por el profeta Isaías le invitaba a confiar en Él en vez de aliarse con Asiria: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel" (Mt 1,23; Is 7,14). María no duda de Dios, como lo hizo Acáz. La fe de María borra la incredulidad de Israel y así madura en el seno de Israel el "fruto bendito" de Emmanuel.

¹ R. GUARDINI, *El Señor I*, Madrid 1960, p.33 Y. CONGAR, *María y la Iglesia*, Barcelona 1967, p. 455-465.

² CEC 144-149.

El acto de fe presupone una experiencia inicial de conocimiento inmediato y sensible. Dios se comunica con los hombres a través del tacto, del oído, de la vista (1Jn 1,1-3). Esta es la experiencia de los apóstoles. Pero existe otra experiencia más profunda aún, corporal y espiritual, que es la experiencia de María: "En la encrucijada de todos los caminos, que van del antiguo al nuevo testamento, se sitúa la experiencia mariana de Dios, tan rica y al mismo tiempo tan misteriosa que apenas puede describirse; y tan importante que aparece siempre como trasfondo de lo que se manifiesta. En María, Sión se transforma en la Iglesia, el Verbo se hace carne, la cabeza se une al cuerpo. Ella es el lugar de la fecundidad sobreabundante".³ La característica de la experiencia de María es que se trata de una experiencia maternal, que implica las profundidades del cuerpo, de su seno.

Ya en las palabras de Isabel - "Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor" (Lc 1,45)- se ve que la maternidad divina de María no fue simplemente una maternidad física, sino maternidad espiritual, fundada sobre la fe. Como comentará san Agustín: "La Virgen María dio a luz creyendo al que había concebido creyendo... Después que habló el ángel, ella, llena de fe, concibiendo a Cristo antes en el corazón que en el seno, respondió: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra".⁴ La llena de gracia es también la "llena de fe". Ha creído lo increíble: que concebiría un hijo por obra del Espíritu Santo. Y concluye Agustín: "María creyó y en ella se cumplió lo que creyó. Creamos también nosotros para que lo que se cumplió en ella se realice también en nosotros".

Ser madre de Jesucristo implica acompañarle en su misión, participar de su misión, compartiendo sus sufrimientos, como dirá San Pablo: "Sufro en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo" (Col 1,24). María, como verdadera hija de Abraham, ha aceptado el sacrificio de su Hijo, el Hijo de la Promesa, pues Dios, que sustituyó la muerte de Isaac por un carnero, "no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros" (Rm 8,32), como verdadero Cordero que Dios ha provisto para que "cargue y quite el pecado del mundo" (Jn 1,29; Ap 5,6). María, pues, como hija de Abraham, acompaña a su Hijo que, cargado con la leña del sacrificio, la cruz, sube al monte Calvario. El cuchillo de Abraham, en María, se ha transformado en "una espada que le atraviesa el alma" (Lc 2,35).

Con la respuesta de María al ángel - "he aquí la sierva del Señor, se cumpla en mí lo que has dicho"-, la fe de Abraham y de todo Israel llega a su perfección. Ya a Abraham se le había pedido una obediencia de fe extraordinaria cuando Dios le pidió que le restituyera en el Moria aquel don que, por la fe, había recibido, el hijo de la promesa, en un sacrificio materialmente interrumpido pero espiritualmente cumplido. Pero con María Dios llega hasta el fondo. Cuando María está bajo la cruz no interviene ningún ángel que interrumpa el sacrificio del Hijo, y María debe realmente restituir a Dios su Hijo, el Hijo de la promesa cumplida.

³ U. VON BALTHASAR, Gloria. Una estética teológica I, Madrid 1985, p.299.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 215,4: PL 38,1074.

María ofreció a su Hijo ya en el templo,⁵ con un ofrecimiento que llega a su culminación en el Calvario. Jesús es el primogénito ofrecido como Isaac pero no perdonado. Todo primogénito de Israel es rescatado de la muerte, como lo fueron en Egipto cuando murieron los primogénitos egipcios. Pero Jesús, el Primogénito del Padre, no fue liberado de la muerte, pues fue ésta la que nos ha liberado a todos de la muerte. Y María, no sólo se somete a las leyes que mandan la oblación del primogénito (Ex 13,11-16) y la purificación de la madre (Lv 12,6-8), sino que se nos presenta como tipo de la aceptación y de la oblación: acoge al Hijo del Padre para ofrecerlo por nosotros.

Abraham sube al monte con Isaac, su único hijo, y vuelve con todos nosotros, según se le dice: "Por no haberme negado a tu único hijo, mira las estrellas del cielo, cuéntalas si puedes, así de numerosa será tu descendencia". La Virgen María sube al Monte con Jesús, su Hijo, y desciende con todos nosotros, porque desde la cruz Cristo le dice: "He ahí a tu hijo" y, en Juan, nos señala a nosotros, los discípulos por quienes El entrega su vida. María, acompañando a su Hijo a la Pasión, nos ha recuperado a nosotros los pecadores como hijos, pues estaba viviendo en su alma la misión de Cristo, que era salvarnos a nosotros.

Si Abraham recibe el nombre de "padre de todos nosotros, los creyentes" (Cf. Rm 4,16), ¿cómo no llamar a María "Madre de todos los creyentes"? Ella hace lo que siempre hubiera debido hacer el pueblo elegido en Abraham: vivir su historia a partir de la fe. Se diría que en María se le da una vez más la posibilidad de ser lo que siempre debiera haber sido según el plan de Dios. La fe que se requiere a María es propia del Antiguo Testamento: el reconocimiento de que Dios actúa aquí y ahora y la obediencia a la llamada a colaborar en tal actuación, encaminándose hacia lo desconocido. Así empezó la vida del pueblo elegido en Abraham. En la hora de la Anunciación, María se decide a existir enteramente desde la fe. En adelante ella no es nada al margen de la fe; todo lo que es, es cumplimiento de la fe. La fe se hizo la forma de su vida personal y la realidad en que creía se convirtió en contenido de su existencia. Con esa fe María pasa del Antiguo Testamento al Nuevo. Al hacerse madre se hace cristiana. Este hecho es tan sencillo como profundo. El Redentor de todos es su Hijo. En la tarea que afecta a todos, ella realiza lo más propio suyo: entrar como madre en su propia redención.

María, como nos la presenta el icono de la *Pistéusasa*, es "la que ha creído". Y el icono bizantino de la *Odigitria*, "la que indica el camino", nos la muestra indicándonos el camino de la salvación a través de la "obediencia de la fe": con la mano derecha nos muestra al Niño sostenido sobre su brazo izquierdo. Así nos la pinta también Juan Pablo II a lo largo de toda la encíclica *Redemptoris Mater*: "La fe de Abraham constituye el inicio de la antigua alianza, la fe de María da inicio a la nueva alianza" (n.14). "La obediencia de la fe" (Rm 4,11) es el *leitmotiv* de toda la encíclica.⁶ Y la culminación de

⁵ El verbo presentar (*parastesai*, poner delante) que usa Lc 2,22, es un verbo litúrgico-sacrificial; se usa para indicar la presentación de las ofrendas para el sacrificio.

⁶ Cf n.13,15,16,18,29.

esta obediencia está en el monte Calvario, que recuerda el monte Moria donde sube Abraham a sacrificar a su hijo Isaac (Gn 22). Esta obediencia de la fe sitúa a María en camino, recorriendo el *itinerario de la fe* (RM 39.43), como hizo el mismo Abraham, saliendo de Ur "hacia la tierra que te indicaré" (Gn 12,1-4), que la carta a los Hebreos nos presenta como "obediencia de la fe": "Por la fe Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la *fe*, *peregrinó* por la Tierra prometida..." (Hb 11,8ss). Este peregrinar en la fe es la expresión del camino interior de la historia de María, la creyente: "La bienaventurada Virgen María avanzó en la peregrinación de la fe y conservó fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz" (LG 58). El "punto de partida del itinerario de María hacia Dios" fue "el *fiat* mediante la fe" (RM 14). "En la penumbra de la fe" (RM 14) procede toda la vida de María, pasando "por la fatiga del corazón", "por la noche de la fe" (n.17) hasta llegar a la gloria plena del alba de la resurrección, el día que de lejos Abraham "vio y se alegró" (Jn 8,56).

B) PARA DIOS TODO ES POSIBLE

Abraham, el "padre en la fe" (Rm 4,11-12.16), es la raíz del pueblo de Dios. Llamado por Dios (Heb 11,8), con su Palabra creadora Dios fecunda el seno de Sara con Isaac como fecunda el seno de la Virgen María con Jesús, pues "ninguna Palabra es imposible para Dios" (Gn 18,14; Lc 1,37). La "descendencia" de Abraham llega en Jesucristo. La Palabra prometida se cumple por la Palabra creadora: en Isaac como figura y en Jesucristo como realidad definitiva (Ga 3,16).

Así como Cristo es llamado nuevo Adán, nuevo Isaac, Jacob, Moisés, Aarón..., sin embargo, no es nunca aludido como nuevo Abraham. Es Isaac, su hijo, la figura de Cristo. Abraham no es figura de Cristo, sino de María. Abraham es constituido padre por su fe; es la palabra de Dios sobre la fe. Y la fe nunca se le atribuye a Cristo. Sí se atribuye, en cambio, a María, proclamada bienaventurada por su fe. Abraham y María han hecho la experiencia de que "para Dios nada es imposible".⁷

La fe de María, en el instante de la Anunciación, es la culminación de la fe de Israel. Dios colocó a Abraham ante una promesa paradójica: una posteridad numerosa como las estrellas del cielo cuando es ya viejo y su esposa estéril. "Abraham creyó en Dios y Dios se lo reputó como justicia" (Gn 15,5). Así es como Abraham se convirtió en padre de los creyentes "porque, esperando contra toda esperanza, creyó según se le había dicho" (Rm 4,18). Como Abraham cree que Dios es capaz de conciliar la esterilidad de Sara con la maternidad, María cree que el poder divino puede conciliar la maternidad con su virginidad.

María, que había participado con ansiedad y esperanza virginales en la expectación de su pueblo en la venida del Mesías; ella, que sobresale entre los "pobres de Yahveh", que todo lo esperan del Señor; se siente llamada en el momento culminante de la historia de la fidelidad de Dios y da su consentimiento a los planes de Dios. Con su *fiat* María se coloca del lado del acontecimiento de la salvación en

⁷ Cfr M. THURIAN, *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Bilbao 1968, p. 94ss.

Cristo y deja espacio para que Dios actúe. La historia de la salvación, cuya iniciativa pertenece enteramente a Dios, se acerca al hombre en María, a quien Dios invita a entrar en ella con la libertad de la fe. Y María se ha fiado de Dios y se ha puesto a su disposición. Dios ha tomado posesión de su corazón y de su vida. En este marco de la Anunciación se repite la palabra clave de la historia de Abraham: "Porque nada es imposible para Dios". De las entrañas muertas de Sara y de la ancianidad de Abraham Dios suscita un hijo, que no es fruto de la "carne y de la sangre", sino de la promesa de Dios. Del poder de Dios y de la fe de Abraham ha nacido Isaac. La fe fue la tierra donde germinó la promesa; en la fe como actitud del hombre se recibe el poder de Dios. En la virginidad de María y por el poder del Espíritu nace el "llamado Hijo de Dios", fruto de lo alto y de un corazón hecho apertura ilimitada en la fe en "quien todo lo puede" (CEC 273).

María se inserta en la nube de creyentes (Hb 12,1; CEC 165), siendo la primera creyente de la nueva alianza, como Abraham es el primero de la antigua alianza. En María, hija de Israel, se hace presente toda la espera de su pueblo. Israel está sembrado por la palabra de Dios y engendra en la fe la Palabra. Abraham ha creído y su hijo es declarado "hijo del espíritu" (Ga 4,29). Sus descendientes son "hijos de la promesa". La Hija de Sión es consagrada a Dios, es madre por la carne y por la fe en Dios, que la toma por esposa, y la hace madre en su virginidad. Ella es por excelencia la hija de Abraham el creyente: "Dichosa tú que has creído" (Lc 1,45), le dice Isabel. Su mérito fue el de creer. Su virginidad maternal no la aparta de la comunidad judía, sino que la sitúa en el corazón de su pueblo y en su cumbre. Más que en Sara la palabra fue operante en ella. Más hijo de la fe que Isaac fue la concepción virginal del Hijo de Dios en María. La fe en el Dios de los imposibles brilló más en María que en Abraham.

Abraham creyó la promesa de Dios de que tendría un hijo "aún viendo como muerto su cuerpo y muerto el seno de Sara" (Rm 4,19; Hb 11,11). Y "por la fe, puesto a prueba, ofreció a Isaac, y ofrecía a su primogénito, a aquel que era el depositario de las promesas" (Hb 11,17). Son también los dos momentos fundamentales de la fe de María. María creyó cuando Dios le anunciaba a ella, virgen, el nacimiento de un hijo que sería el heredero de las promesas. Y creyó, en segundo lugar, cuando Dios le pidió que estuviera junto a la cruz cuando era inmolado el Hijo que le había sido dado. Y aquí aparece la diferencia, la superación en María de la figura. Con Abraham Dios se detuvo al último momento, sustituyendo a Isaac por un cordero: "Abraham empuña el cuchillo, pero se le devuelve el hijo... Bien diverso es en el Nuevo Testamento, entonces la espada traspasó, rompiendo el corazón de María, con lo que ella recibió un anticipo de la eternidad: esto no lo obtuvo Abraham".⁸

Ante lo incomprensible de la promesa divina, Abraham "no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido" (Rm 4,20). Es la fe que brilla en la anunciación y en toda la vida de María. Ante lo incomprensible de

⁸ S. KIERKEGAARD, *Diario XA* 572.

la actuación de Dios y de las palabras de su Hijo, María no ha cedido a la duda de la incredulidad, sino que lo ha acogido y ahondado con la meditación en su corazón. Ella ha acogido la palabra en la tierra buena de su corazón y ha esperado que diera su fruto.

"María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" (Lc 1,34). María, con esta pregunta, no pide una explicación para comprender -como hace Zacarías (Lc 1,18)-, sino para saber cómo realizar la voluntad de Dios. Pide luz y ayuda para hacer la voluntad de Dios, que el ángel le ha manifestado. María pronuncia el *fiat* en la forma en que Cristo lo pronunciará en Getsemaní: "hágase en mí según tu voluntad". "Sí, Padre, porque así te ha parecido a Ti..." (Mt 11,26). Es lo que la Iglesia y cada creyente repite cada día, con la oración del Padrenuestro: "Hágase tu voluntad".

"En un instante que no pasa jamás y que sigue siendo válido por toda la eternidad, la palabra de María fue la respuesta de la humanidad, el amén de toda la creación al sí de Dios" (K. Rahner). En ella es como si Dios interpelase de nuevo a la libertad humana, ofreciéndole una posibilidad de rescatarse. Este es el significado profundo del paralelismo, tan repetido en los Padres, Eva-María: "Lo que Eva había atado con su incredulidad, María lo desató con su fe".⁹

De aquí el significado de María para el hombre de hoy, que vive en la incertidumbre, sintiéndose amenazado por todas partes y ve en peligro el sentido de su vida. La figura de María le permite mirar con confianza el sentido de su existencia. En María se percibe con exactitud el eco de su fe en Cristo y el último sentido de la vida establecido por El: "María es la imagen del hombre redimido por Cristo. En ella se da a conocer el cambio obrado en el hombre salvado por Cristo y viviente en la Iglesia. En María se manifiesta con toda su luz la grandeza y dignidad del hombre redimido, tanto en su estadio inicial, que pertenece a la historia, como en su estadio de perfección, que cae más allá de la historia".¹⁰ "Si la Iglesia es el ámbito en que nace la nueva humanidad, María es la célula germinal y su plenitud. Pues ella ha llegado ya a esa plenitud, hacia la que marcha el pueblo de Dios en peregrinación larga e incansable".¹¹

C) CAMINO DE LA FE

El Concilio Vaticano II ha afirmado que María ha caminado en la fe; más aún, ha "progresado" en la fe: "También la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (Jn 19,25)" (LG 58). María se consagró a la voluntad salvífica de Dios, "como cooperadora de la salvación humana por la libre fe y obediencia" (LG 56). Esta fe de María, como la de Abraham, va

⁹ SAN IRENEO, *Adv. haer.* III,22,4.

¹⁰ M. SCHMAUS, *Teología dogmática I*, Madrid 1963, p.36.

¹¹ *Ibidem*, p.284.

mucho más allá de lo que comprende. Acepta sin reservas la palabra que el Señor la comunica. Y esa aceptación abarca todo lo que en el camino el Señor le irá mostrando a su tiempo.

"Ya desde el Antiguo Testamento la figura y la misión de María se presenta como envuelta en la penumbra de los oráculos proféticos y de las instituciones de Israel. En los umbrales del Nuevo Testamento se levanta sobre el horizonte de la historia de la salvación como síntesis ideal del antiguo pueblo de Dios y como madre del Cristo Mesías. Y luego, a medida que Cristo, 'sol de justicia' (Ml 3,20), va avanzando por el firmamento de la nueva alianza, María sigue su trayectoria como sierva y discípula de su Señor, en un *crescendo de fe*. En el punto más alto de su culminación, que es el misterio pascual, Cristo hace de su madre *la madre* de todos sus discípulos de todos los tiempos. De aquella *hora* la Iglesia aprende que María pertenece a los valores constitutivos de su propio *Credo*".¹²

María, desde el momento de su *fiat*, es Israel en persona, es la Iglesia en persona. Con su *fiat* se convierte en Madre de Cristo, pero no sólo en sentido biológico, sino como realización de la alianza establecida por Dios con su pueblo. María es proclamada dichosa "porque ha creído en el cumplimiento de las palabras del Señor" (Lc 1,45). Es lo que confirmará más tarde el mismo Jesús, ampliándolo a todos los creyentes: "Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la guardan" (Lc 11,28). En la maternidad de María se da el *factum* y el *mysterium*, el hecho y su significado salvífico: madre en su seno biológicamente y en su corazón por la fe. Las dos cosas son inseparables. El hecho sin significado quedaría ciego; y el significado sin el hecho, estaría vacío. La mariología se presenta auténticamente cuando se basa sobre el acontecimiento interpretado a la luz de la fe. No se puede, por tanto, confinar la maternidad de María en el orden biológico. La salvación operada por Dios en la historia se realiza plenamente en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Ya la concepción de Jesús supone una fe que supera la fe de Abraham (y más la de Sara que ríe incrédula). La Palabra de Dios, que quiere hacerse carne en María, requiere una aceptación sin reserva, con toda su persona, alma y cuerpo, ofreciendo toda la naturaleza humana como lugar de la Encarnación.

La fe de María es un acto de amor y de docilidad, suscitado por el amor de Dios, que está con ella y la llena de gracia. Como acto de amor es un acto totalmente libre. En María se da plenamente el misterio del encuentro entre la gracia y la libertad. Esta es la grandeza de María, confirmada por Jesús, cuando una mujer grita en medio de la gente: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron" (Lc 11,27). La mujer proclama bienaventurada a María que ha llevado a Jesús en su seno. Isabel la había proclamado bienaventurada, en cambio, porque había creído, que es lo que confirmará Jesús: "Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lc 11,28). Jesús ayuda a aquella mujer y a todos nosotros a comprender dónde reside la verdadera grandeza de su Madre, que "guardaba todas las palabras en su corazón" (Lc 2,19.51).

¹² A. SERRA, Biblia, en *NDM*, Madrid 1988, p.378-379.

Ante lo que no entiende, María guarda silencio, un silencio de acogida, conservando en su corazón esa palabra de Dios, que son los hechos de su Hijo. Es, a veces, un silencio doloroso, de renuncia, de abandono a los planes de Dios, el Padre de su Hijo. María fue preservada de todo pecado, pero no de "la fatiga de la fe". Si a Cristo le costó sudar sangre entrar en la voluntad del Padre, a María no se la privó del dolor, de la agonía en la peregrinación de la fe, para ser la madre, no sólo física, sino en la fe, de Jesús, "cumpliendo la voluntad de Dios" (Mc 3,33-35). San Agustín comenta este texto, diciendo:

¿Acaso la Virgen María no hizo la voluntad del Padre? Ella que, por la fe creyó, por la fe concibió y fue elegida por Cristo antes de que Cristo fuera formado en su seno, ¿acaso no hizo la voluntad del Padre? Santa María hizo la voluntad del Padre enteramente. Y por ello es más valioso para María haber sido discípula de Cristo que haber sido su Madre. Antes de llevar al Hijo, llevó en su seno al Maestro. Por ello fue dichosa, porque escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica.¹³

María es madre de Jesús en lo profundo de su corazón. Lo es por don de Dios y por su acogida del don: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). En su fe, María acoge a Dios, que engendra en ella a su Hijo en el mundo, por obra del Espíritu Santo. El mérito de María fue el de creer; el de acoger: "El ángel anuncia, la Virgen escucha, cree y concibe. El espíritu cree, el seno concibe".¹⁴ María acoge en su alma y en su cuerpo al que es la Palabra de Dios. Esta fe acogedora es, ella misma, un don de Dios, un fruto del Espíritu. El "he aquí la esclava del Señor" de María nos hace presente la distancia entre el Señor y la sierva. La sierva obedece al Señor. Pero esta obediencia, que caracteriza la vida de María y la existencia cristiana, es lo contrario de la pasividad. El "aguardar despierto", la "disponibilidad activa", es la arcilla húmeda en la cual, y sólo en ella, puede imprimirse la forma de Cristo.¹⁵ En el adviento, la Iglesia nos invita a abrazar con especial afecto a María, porque de ella misma, que durante nueve meses llevó a Jesús en su seno, tuvo origen nuestro adviento.

Fe y virginidad maternal están unidas en María. La fe es siempre virginal, se apoya siempre en Dios, busca en Él la salvación y cree en lo imposible. La Virgen María se entrega al poder que triunfa en la flaqueza (2Co 12,9), al Dios de lo imposible (Lc 1,37), que "de las piedras puede suscitar hijos de Abraham" (Mt 3,9). En su virginidad creyente, María es el símbolo acabado de la fe. El Espíritu es la fuerza de su fe y de su maternidad y el sello de su virginidad: él suscita la vida de María, dando la fe que acoge esta vida. La fe forma parte de la gracia de la maternidad que Dios concede a María.

¹³ SAN AGUSTÍN, *Sereno* 72A.

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 13: PL 38,1019.

¹⁵ U. VON BALTHASAR, *Gloria I*, p.502.

Pero siendo toda receptiva, María no está pasiva, coopera en su corazón y en su cuerpo. Pues el espíritu que se apodera de ella es el dinamismo de Dios, que se derrama en el hombre haciéndolo participar de su acción. Receptora, la fe es activa: acoge con solicitud. María concibió en su alma antes que en su cuerpo: ésta es la forma de actuar de Dios, cuya gracia se da haciéndose acoger por la fe.

D) DISCÍPULA DE CRISTO

El plan divino al que María presta su consentimiento, la trasciende por completo, hasta el punto de que ella misma tiene que abrirse a la fe en Él. Y el misterio, que la envolvió a ella, envuelve a todo creyente que se acerca a ella y, a través de ella, al misterio de Cristo, su Hijo.

Al principio es la madre la primera en educar al Hijo, introduciéndolo en el conocimiento del Antiguo Testamento, que lo lleva a descubrir la misión de su vida, como cumplimiento de las promesas. Pero, en realidad, no ha sido la madre, sino el descubrimiento propio, en el Espíritu, del mandato del Padre lo que le ha revelado su propia identidad y su misión salvadora. Y aquí se trastrueca la relación entre María y su Hijo. Será el Hijo quien eduque a su Madre, que pasa a ser discípula de su Hijo.

María, como discípula de Cristo, caminará en la fe hasta llegar a la madurez que la permita estar en pie bajo la cruz y poder, luego, en la Iglesia en oración, recibir el Espíritu Santo destinado a todos los creyentes.

Este camino de la fe, como discípula de Cristo, está marcado desde el principio por el signo de la espada anunciada por Simeón y que, a lo largo de su vida, traspasará su alma. Todas las escenas que nos transmiten los evangelios están marcadas por este signo de la espada. Es cierto que Jesús le ha estado sometido por treinta años (U 2,51). Pero Jesús ha llevado a su madre desde la relación física con Él a una relación en la fe. Lo importante es la fe en Él como Palabra de Dios hecha carne. Jesús, con sus bruscas respuestas irá cortando los lazos carnales, para llevar a su madre a una fe totalmente abierta al plan de Dios, su Padre, el único que cuenta, aunque José y María "no lo comprendan" (Le 2,50). Es la "hora" fijada por el Padre la que Él espera para manifestarse y no la de María: "¿Qué tengo que ver yo contigo, mujer?" (Jn 2,4). Sólo su fe, que la lleva a decir: "haced lo que Él os diga", obtiene una anticipación simbólica de la hora de la salvación en la cruz.

Cuando a Jesús le anuncien que su madre ha ido a visitarlo y que está a la puerta, no la recibirá, sino que señalando a sus discípulos dirá: "¡He aquí mi madre y mis hermanos! Quien cumple la voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mc 3,34-35). ¡La primera en cumplir la voluntad de Dios entre todos los presentes es María! ¿Pero lo habrá comprendido ella misma? La espada de Simeón seguramente ha seguido penetrando su alma en su regreso a casa. Su Hijo se le escapa. Ella sólo lo encuentra entre los oyentes de su palabra. Jesús no le consiente que se sienta dichosa "por haberlo llevado en su seno y haberlo amamantado". Dichosa, sí, pero "dichosa tú, porque has creído que se cumplirían en ti las palabras

que te han sido dichas", pues "dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan" (Lc 11,28).

Es el Hijo el primero en usar la espada que atraviesa el alma de María. Pero así Jesús prepara a su madre para que pueda permanecer junto a la cruz entregando al Hijo al Padre por los hombres y alumbrando a la Iglesia como madre del Cristo, Cabeza y cuerpo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26). Como Jesús experimenta el abandono del Padre así la madre experimenta el abandono del Hijo. Así la fe de María llega a su plenitud para poder asumir la maternidad espiritual de todos los nuevos hermanos de Jesús.

Si Jesús fue tentado, María, que se mantuvo siempre unida a Él, también lo fue. La fe se prueba en el crisol (1P 1,7). El Apocalipsis dirá que el "dragón se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz" y que "se lanzó contra la mujer que había dado a luz al Hijo varón" (Ap 11,4.13). Es cierto que aquí la mujer es directamente la Iglesia, pero María es "figura de la Iglesia" y no puede serlo sin pasar por esta prueba tan fundamental en la vida de la Iglesia. Los Padres han repetido que lo que se dice universalmente de la Iglesia se dice de modo singular de cada creyente y de modo especial de María.

En esta peregrinación de la fe, como hija de Abraham, María se mantuvo fiel hasta la cruz. Y habiendo seguido a Cristo en esta vida, le siguió también en el triunfo, asunta en cuerpo y alma a los cielos. Y por eso sigue presente, guiando en el camino de la fe a todos los discípulos de Cristo: "María, cuya historia nos atestigua que fue la Madre del Señor, vive hoy en la comunión de los santos; puesto que posee esta existencia actual, está en relación con la vida de la Iglesia y con la vida de fe de los cristianos"¹⁶ María, que participa de la liturgia celeste en torno al Cordero, continúa en el cielo, en la comunión de los santos, aquella oración que hacía en el cenáculo esperando Pentecostés (Hch 1,14).

"En la expresión *feliz la que ha creído* podemos encontrar como una *clave* que nos abre a la realidad íntima de María" (RM 19). Toda la encíclica *Redemptoris Mater* sigue esta clave. Según el Papa:

María recorrió un duro camino de fe, que conoció una particular fatiga del corazón" o "noche de la fe" (18), cuando participó en la "trágica experiencia del Gólgota" (26). Su fe fue como la de Abraham, "esperando contra toda esperanza" (14), de modo que al pie de la cruz llegó hasta el heroísmo (18). La fe de María fue un "constante contacto con el misterio inefable de Dios" (17), pero sobre todo un "abandono" en las manos de Dios sin reservas y una consagración total de sí misma al Señor (13). Y actualmente ya "la peregrinación de la fe no pertenece a la madre del Hijo de Dios" (16), pues ha superado el umbral de la visión cara a cara. Pero, "en la Iglesia de entonces y de siempre, María ha sido y es sobre todo la que es feliz porque ha creído: ha sido la

¹⁶ M. THURIAN, *Figura, dottrina e lode di Maria nel dialogo ecumenico*, *II Refino* 28(1983)245.

primera en creer" (26). Todos los testigos de Cristo, "en cierto modo participan de la fe de María" (27); más aún, "la fe de María se convierte sin cesar en la fe del pueblo de Dios en camino. Es una fe que se transmite al mismo tiempo mediante el conocimiento y el corazón. Se adquiere o se vuelve a adquirir constantemente mediante la oración" (28).

En el prefacio de "La Bienaventurada Virgen María, linaje escogido de Israel", la Iglesia canta:

En verdad es justo darte gracias, Señor, Padre santo: Que en la Bienaventurada Virgen María pusiste fin y coronamiento a Israel y diste inicio a la Iglesia, para hacer patente a todos los pueblos que la salvación viene de Israel, que tu nueva familia brota de un tronco sagrado. Pues, María, por su condición, es la hija de Adán que, por su inocencia, reparó la culpa de la madre; ella, por la fe, es del linaje de Abraham, porque, creyendo, concibió en su seno virginal; ella, por la estirpe, es del tronco y de la raíz de Jesé, de la que brotó, cual bella flor, Jesucristo, Señor nuestro.

3. BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES

*"Desde Sión, la hermosa, Dios resplandece"
Sal 50,2.*

A) MATERNIDAD VIRGINAL

La Iglesia en su profunda perfección es femenina. Ya en el Antiguo Testamento la comunidad de Israel es descrita ante Dios como novia o esposa. Y lo mismo la Iglesia, en el Nuevo Testamento, aparece como esposa en relación con Cristo (2Co 11, 1ss) que llega a las bodas escatológicas entre el Cordero y la mujer adornada para la fiesta. Esta femineidad de la Iglesia abarca la totalidad interna de la Iglesia, mientras que los ministerios, incluso apostólicos, no son más que funciones dentro de ella.

Para situar a María en el plan de salvación, que el Señor nos ha revelado, es necesario ver la continuidad entre el nuevo y el antiguo Testamento. Toda la obra salvífica tiene a Dios por autor, aunque la ha realizado mediante algunos elegidos. María entra en esta nube de elegidos, testigos del actuar de Dios. En ellos descubrimos el ser de Dios a través de su actuar. De este modo la vocación de algunas mujeres de la historia de la salvación nos ayuda a comprender la vocación de María dentro del plan de salvación de Dios. Las mujeres estériles, que conciben un hijo por la fuerza de Dios, son signo del actuar gratuito de Dios, que es fiel a sus promesas de salvación.

La llamada de María, en la plenitud de los tiempos, es una llamada singular, enteramente gratuita de parte de Dios. Y, sin embargo, no está dissociada de la historia de la promesa y del actuar de Dios en esa larga historia. No se trata de aplicar a María textos bíblicos "por acomodación", sino de ver a través de la actuación de Dios en otras vocaciones, cómo es el actuar de Dios en su plan de salvación y que se realiza plenamente en María, madre del Salvador. San Lucas mismo nos presenta la concepción de Jesús en el seno de María en continuidad -y discontinuidad, por su singularidad- con el Antiguo Testamento, al narrarnos el anuncio a María en paralelismo con el anuncio de Juan Bautista en el seno de Isabel, vieja y estéril (Lc 1,13.18) y al responder a María con las mismas palabras dirigidas a Sara, la estéril, al concebir a Isaac: "porque nada es imposible para Dios" (Lc 1,37). De este modo Lucas pone la maternidad virginal de María en correspondencia con las intervenciones de Dios en el origen de la existencia de sus elegidos.¹

La virginidad de María es un dato de fe proclamado por toda la tradición de la Iglesia. Ya San Ignacio de Antioquía escribía a los cristianos de Éfeso: "Nuestro Dios, Jesucristo, fue llevado en el seno de María según el designio divino porque ella provenía de la descendencia de David.

¹ C.I. GONZÁLEZ, *María, Evangelizada y Evangelizadora*, Bogotá 1989.

Pero esto sucedió por obra del Espíritu Santo". Y lo mismo proclama el Credo Apostólico, que confiesa que Jesús ha "nacido de María Virgen por obra del Espíritu Santo".

La virginidad de María exalta, en primer lugar, la divinidad de Cristo, que no nace "de la sangre, ni del deseo de la carne, o del deseo del hombre" (Jn 1,13). Si se niega la concepción virginal de Cristo por parte de María, se está admitiendo la intervención de un padre terreno en su nacimiento en la carne. Y esto significa negar el origen divino de Cristo o la unidad de la persona de Cristo, como hacía Nestorio, quien afirmaba que, en Cristo, junto a la persona del Hijo de Dios, había otra persona humana engendrada por un hombre. Poner entre Cristo y el Padre que está en los cielos un padre humano sería destruir todo el evangelio. San Ambrosio, contra los docetas, considera que el nacimiento de Cristo no es aparente, sino real. Cristo era simultáneamente Dios y hombre, verdadero Dios y verdadero hombre. Como consecuencia del nacimiento del Hijo, la *Theotókos* se ha hallado libre de la esclavitud del pecado y, por ello, su virginidad ha quedado intacta. Con la encarnación del Verbo se ha inaugurado la nueva creación y el nuevo nacimiento de la Iglesia, réplica y manifestación terrena de su nacimiento eterno y arquetipo y garantía del nacimiento bautismal.²

María resplandece con una luz que no es propia ni finalizada en ella. Está, como una vidriera, traspasada por la luz del Sol. Esa luz del sol, a través de María, nos llega viva y gloriosa. Todo cristiano está llamado a ser vidriera o espejo de la gloria de Dios: "Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos" (2Co 3,18). En María esto se ha realizado perfectamente: "En su vida terrena ella ha realizado la figura perfecta del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes".³ Como Juan Bautista, no es María la luz, pero da testimonio de la luz (Jn 1,8). Sólo Cristo es la luz del mundo, pero María, más que cualquier otro, da testimonio de la Luz. En María, pura transparencia, la luz de Dios se ha difundido viva en toda su riqueza: "Espejo nítido y santo de la infinita belleza".⁴

En los himnos marianos de las iglesias orientales se aplicarán a María, como expresión de su maternidad virginal,-diversos hechos milagrosos de la Escritura, como el de la zarza ardiente, que arde y no se consume (Ex 3), el vellón de Gedeón sobre el que cae el rocío milagrosamente (Jc 6,36-40), el bastón de Aarón que florece (Nm 17,16-26). Estos milagros revelan cómo el contacto con Dios renueva y transfigura la creación, superando las leyes naturales, que rigen el mundo caído por el pecado. Estos hechos son signos de la renovación escatológica de toda la creación y, al mismo tiempo, son figuras del milagro de la virginidad inviolada de María en el nacimiento del Verbo divino encarnado en ella.

² SAN AMBROSIO, *De incarnationis Dominicae sacramento liben unos*, PL 16,817-846.

³ PABLO VI, Discurso de clausura de la 3ª sesión del Concilio Vaticano II, el 21-11-1964.

⁴ Idem, Discurso de clausura del Concilio, el 8-12-1965.

Y esto lleva a la afirmación de la virginidad después del parto. La santificación única, fruto de la posesión de María por el Espíritu Santo, supone una vida singular, íntegramente consagrada a Dios. Se aplica a María la visión del templo de Ezequiel: la puerta del templo debe quedar cerrada porque ha pasado por ella el Señor (Ez 44,2). Este quedar permanentemente cerrada la puerta del templo se hace signo de la virginidad perpetua de María. Habiendo pasado por ella el Señor, queda cerrada como morada de Dios para siempre.

El vellón de lana de la historia de Gedeón es uno de los símbolos más repetidos en la liturgia y piedad mariana. "Gedeón dijo a Dios: Si verdaderamente vas a salvar por mi mano a Israel, como has dicho, yo voy a tender un vellón de lana sobre la era; si al alba hay rocío solamente sobre el vellón y todo el suelo queda seco, sabré que tú salvarás a Israel por mi mano, como has prometido" (Jc 6,36ss). En el simbolismo mariano el vellón es visto como imagen del seno de María, fecundado por el rocío de lo alto, el Espíritu Santo.

En un ambiente seco como el de Palestina, el rocío es signo de bendición (Gn 27,28), es un don divino precioso (Jb 38,28;Dt 33,13), símbolo del amor divino (Os 14,6) y señal de fraternidad entre los hombres (Sal 133,3); es, igualmente, principio de resurrección, como canta Isaías: "Revivirán tus muertos, tus cadáveres revivirán, despertarán y darán gritos de júbilo los moradores del polvo; porque rocío luminoso es tu rocío, y la tierra echará de su seno las sombras" (Is 26,19). Es fácil, pues, establecer el paralelismo entre el vellón y el rocío, por un lado, y, por otro, el seno de María fecundado por el Espíritu Santo y transformado en principio de vida divina. El vellón es el seno de María en el que cae el rocío divino del Espíritu Santo que engendra a Cristo. La liturgia sirio-maronita canta:

Oh Cristo, Verbo del Padre,
tú has descendido como lluvia
sobre el campo de la Virgen y,
como grano de trigo perfecto,
has aparecido allí
donde ningún sembrador
había jamás sembrado
y te has convertido en alimento del mundo...
Nosotros te glorificamos, Virgen Madre de Dios,
vellón que absorbió el rocío celestial,
campo de trigo bendecido
para saciar el hambre del mundo.

Virginidad y maternidad divina se entrecruzan en la imagen del vellón empapado de rocío. La grandeza de María está en esta irrupción de lo divino en lo humano, que está abierto y disponible a lo divino. Y, de este modo, en María brilla para la Iglesia un horizonte de luz y gracia, como signo de un mundo renovado sobre

el que desciende el rocío vivificante de Dios.⁵ Y, junto al símbolo del vellón, hay otros muchos en la tradición patrística. San Efrén canta: "Vara de Aarón que germina, tu flor, María, es tu Hijo, nuestro Dios y Creador". La "puerta cerrada" del templo de Ezequiel - "Esta puerta permanecerá cerrada. No se la abrirá y nadie pasará por ella, porque por ella ha pasado Yahveh, el Dios de Israel. Quedará, pues cerrada" (Ez 44,2)- es un signo de María: "Tú eres la puerta cerrada, abierta sólo a la Palabra de Dios". Junto con la imagen del "huerto cerrado" del Cantar de los cantares será un símbolo de la virginidad de María, por la que pasa el Señor sin romper los sellos de su virginidad.

La piedad mariana ha asumido toda esta constelación de símbolos del Antiguo Testamento, transfigurándolos y haciéndoles brillar con una nueva luz. En la Edad media Walther von der Vogelweide celebra a María: "Tú; sierva y madre, mira a la cristiandad en angustia. Tú, vara florida de Aarón, aurora de la mañana que nace, puerta de Ezequiel que jamás nadie abrió, a través de la cual pasaba la gloria del rey. Una zarza que arde y no deja ninguna quemadura: verde e intacta en todo su esplendor, preservada de todo ardor. Era ésta la sierva, la toda pura, la Virgen inmaculada; tú eres semejante al vellón de Gedeón, bañado por Dios con su celeste rocío".

B) MUJERES ESTÉRILES, FIGURAS DE MARÍA

Por su maternidad virginal María es situada en la línea de las mujeres de la historia de la salvación, cuya esterilidad fue especialmente bendecida por Dios, haciéndolas fecundas (CEC 488-489). Desde Sara, la mujer de Abraham, hasta Ana, la madre de Samuel, y en el nuevo Testamento Isabel, la madre de Juan Bautista, aparece la voluntad de Dios de conceder a una mujer estéril un hijo predestinado a una misión particular. En la esterilidad humana, Dios muestra que el hijo es fruto únicamente de su designio y de su poder. Cuando Dios quiere suscitar un salvador de Israel, Dios lo hace en la esterilidad humana para que aparezca clara la gratuidad de su intervención. En este contexto aparece la profecía de Isaías sobre la virgen que concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros. Esta actuación de Dios culmina en María, la virgen de Nazaret, que concebirá y dará a luz al Mesías. María, hija de Sión, recoge y sintetiza en sí la herencia de su pueblo. "La sorpresa inesperada del acontecimiento es la regla de la actuación de Dios. El ser más inadecuado, aquel en el que nadie habría pensado (y él menos que nadie), se convierte en objeto de la llamada de Dios. Inadecuadas son las mujeres estériles para concebir y alumbrar a los hijos de la promesa o a los profetas: Sara, Rebeca, Raquel, la madre de Sansón, Ana, Isabel; más inadecuada es la virgen María para dar a luz al Hijo del Altísimo".⁶

En su *deseo de virginidad*, María se sentía orientada hacia un estado de vida que, a los ojos de la gente, era igual a la *esterilidad*. De ello encontramos un eco en el

⁵ G. RAVASI, *L'albero di María*, Milano 1993.

⁶ U. VON BALTHASAR, *Teodrammatica*, Milano 1980-1983, III, p.250.

Magnificat, donde María habla de la situación de "humillación" (*tapeinosis*) de la sierva de Dios (Lc 1,48). En este versículo María repite las palabras de Ana, la madre estéril de Samuel, que había dirigido a Dios esta plegaria: "Si te dignas reparar en la humillación (*tapeinosis*) de tu esclava" (1S 1,11). También Isabel, madre de Juan, era estéril, más aún, llamada por todos "la estéril". Por ello dirá: "Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi *oprobio* entre los hombres" (Lc 1,25). María, como Isabel, entra a formar parte de la larga serie de mujeres "estériles" del Antiguo Testamento, que fueron madres gracias a la bendición de Dios.⁷ "Así, pues, la estéril prepara el camino a la Virgen".⁸

Todos estos casos de *mujeres sin hijos* bendecidas por Dios tienen un sentido para la historia de la salvación: son una preparación de la figura de María, que fue bendecida por Dios, haciéndola madre del Salvador, conservando su virginidad. La maternidad virginal de María es el término de esta historia de salvación: tanto en las estériles como en la Virgen, la maternidad es un don singular de Dios: "para quien nada de lo dicho es imposible" (Lc 1,37). Sólo Dios puede abrir el seno estéril a la maternidad y, más maravilloso aún, sólo Dios puede hacer que una virgen, sin dejar de ser virgen, sea madre. No sin motivo dirá el ángel a María: "El Señor está contigo". Sólo el Señor podía vincular la virginidad y maternidad de María, Madre del Hijo de Dios.

En todos estos casos se trata del nacimiento de hombres destinados a una misión en la historia de salvación de Israel. En ellos se revela la presencia de la palabra creadora de Dios en favor de su pueblo. Por eso dice Isaías: "Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, tú que no has tenido dolores de parto, pues son más los hijos de la abandonada que los hijos de la casada, dice Yahveh" (Is 54,1).

Ana, la mujer predilecta de Elkana, no tenía hijos, porque "el Señor le había cerrado el seno", "haciéndola estéril" (1S 1,5.6). El dolor y soledad de Ana se transforman en plegaria en su peregrinación al santuario de Silo, "desahogando su alma ante el Señor" (1S 1,15): "¡Oh Yahveh Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré a Yahveh por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza" (1,11).

El Señor, "que mira las penas y tristezas para tomarlas en su mano" (Sal 10,14), escuchó la súplica de Ana, que "concibió y dio a luz a un niño, a quien llamó Samuel, porque, dijo, se lo he pedido a Yahveh" (1S 1,20). Siendo estéril, el hijo que le nace es totalmente don de Dios, signo del amor bondadoso de Dios. Del seno seco de Ana, Dios hace brotar el vástago de una vida maravillosa. La esterilidad de Ana, que engendra al profeta Samuel, es imagen viva de la virginidad de María, que da a luz al

⁷ Sara (Gn 18,9-15), Rebeca (Gn 25,21-22), Raquel (Gn 29,31;30,22-24), la madre de Sansón (Je 13,2-7), Ana, madre de Samuel (1S 1,11.19-20).

⁸ SAN JUAN CRISÓSTOMO, Comentario al Génesis: PG 54,445-447.

Profeta, al Hijo de Dios. En ambos casos, con sus diferencias, el hijo es un don de Dios y no fruto del deseo humano.

Y Ana, consciente del don de Dios, entona el canto de alabanza a Dios, preludeo del Magnificat de María. El himno de Ana canta la victoria del débil protegido por Dios: la mujer humillada es exaltada y exulta de alegría, gracias a la acción de Dios. El núcleo del canto de Ana confiesa el triunfo de Dios sobre la muerte: un seno muerto es transformado en fuente de vida, devolviendo la esperanza a todos los desesperados: "Mi corazón exulta en Yahveh, porque me he gozado con su auxilio. ¡No hay Dios como Yahveh! El arco de los fuertes se ha quebrado, los que se tambalean se ciñen de fuerza. La estéril da a luz siete veces, la de muchos hijos se marchita. Yahveh da muerte y vida, hace bajar al Seol y retornar, enriquece y despoja, abate y ensalza. Yahveh levanta del polvo al humilde para darle en heredad un trono de gloria" (1S 2, 1ss). El cántico de alabanza se transforma en canto de esperanza para todos los pobres de Yahveh, que ponen su confianza en El. Y, si toda mujer de Israel veía en la bendición del propio seno un signo de la gracia de Dios, entre ellas María, Madre del Mesías, es la bendecida por excelencia; ella es realmente "la bendita entre las mujeres".

C) MUJERES DE LA GENEALOGÍA DE JESÚS

El relieve que se da a la madre de Jesús en la genealogía aparece ante todo en el cambio literario al llegar el momento de hablar de ella: "Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá... y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, el llamado Mesías" (Mt 1,2-16). En el relato siguiente (v.18-25) se aclarará el sentido de dicho cambio. Pero ya es significativa la presencia de cuatro mujeres en la genealogía, como preparación para el hecho insólito que supone el salto a María, como Madre de Jesús.

Todas estas mujeres fueron instrumento del designio de salvación de Dios, aunque caracterizadas por sus uniones matrimoniales irregulares (extranjeras o pecadoras). Estas son las mujeres que Mateo escogió y no otras quizás más significativas en la historia de Israel. La acción de Dios a través de modalidades humanamente "irregulares" subraya la gratuidad de la elección divina y prepara la narración de la maravilla realizada por el Altísimo en la Virgen María. Mateo comienza su evangelio (c.1-2) viendo a María como el seno de la nueva creación, en donde el Dios de la historia de la salvación actúa de una forma absolutamente gratuita y sorprendente.

Mateo, aunque subraye el vínculo legal de Jesús con "José, hijo de David", afirma que lo que aconteció en María no es obra de padre humano, sino del Espíritu Santo: "El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre María estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por obra del Espíritu Santo" (Mt 1,18).

Esta concepción es fruto de la acción de Dios: la misma acción que en las situaciones irregulares de las mujeres de la genealogía manifestó la fidelidad y el

poder de Dios. De este modo, si, gracias a la ascendencia davídica de José, Jesús es legalmente hijo de David, gracias a la inaudita concepción virginal por obra del Espíritu Santo, es Hijo de Dios (Mt 2,15). En María se realiza la esperanza mesiánica davídica mediante una acción divina sorprendente, improgramable. María es el seno de la nueva creación en donde la acción divina en el Espíritu realiza la maravilla de la Encarnación del Hijo y del nuevo comienzo del mundo.

Jesús, hijo de David, es hijo de Tamar, de Rut, Rahab y Betsabé, las cuatro mujeres, además de María, que incluye Mateo en la genealogía. Cada una de ellas tiene un significado. Tamar es una mujer cananea, que se fingió prostituta y sedujo a su suegro Judá, de quien concibió dos hijos: Peres y Zéraj; a través de Peres Tamar quedó incorporada a los antepasados de Jesús (Gn 38,24). Rahab es una prostituta pagana de Jericó, que llegó a ser ascendiente de Jesús, como madre del bisabuelo de David (Jos 2,1-21;6,22-25). Rut es una extranjera, descendiente de Moab, uno de los pueblos surgidos de la relación incestuosa de Lot y sus hijas y, por ello, despreciado por los hebreos; pero de Rut nació Obed, abuelo de David, entrando así en la historia de la salvación, como ascendiente del Mesías. En Israel se hará clásica la bendición de los ancianos, incorporando a Rut a las madres del pueblo elegido: "Haga Yahveh que la mujer que entra en tu casa (Rut) sea como Raquel y como Lía, las dos que edificaron la casa de Israel" (Rt 4,11). Betsabé, la mujer de Urías, el hitita, perpetró el adulterio con David (2S 11), pero se hizo ascendiente de Jesús, dando a luz a Salomón.

Con tales uniones cumplió Dios su promesa y llevó adelante su plan de salvación. Tamar fue instrumento de la gracia divina para que Judá engendrara la estirpe mesiánica; Israel entró en la tierra prometida ayudado por Rahab; merced a la iniciativa de Rut, ésta y Booz se convirtieron en progenitores de David; y el trono davídico pasó a Salomón a través de Betsabé. Las cuatro mujeres comparten con María lo irregular y extraordinario de su unión conyugal. Nombrándolas Mateo en la genealogía llama la atención sobre María, instrumento del plan mesiánico de Dios, pues fue "de María de quien nació Jesús, llamado Cristo" (Mt 1,16). Esto sucede, dice Lutero, porque Cristo debía ser salvador de los extranjeros, de los paganos, de los pecadores. Dios da la vuelta a la cosas. María, en el Magnificat, canta este triunfo de lo despreciable, que Dios toma para confundir lo que el mundo estima.

Desde el comienzo mismo del evangelio, advierte cuántas cosas se ofrecen a nuestra consideración... Conviene averiguar por qué, recorriendo el evangelista la línea genealógica por el lado de los varones, sin embargo intercala el nombre de varias mujeres; y ya que le pareció bien nombrarlas, por qué no las enumera a todas, sino que, dejando a un lado las más honorables, como Sara, Rebeca y otras semejantes, sólo menciona a las que se hicieron notables por algún defecto, por ejemplo a la que fue fornicadora o adúltera, a la extranjera o a la de bárbaro origen... Levanta tu mente y llénate de un santo escalofrío con sólo oír que Dios ha venido a la tierra. Porque esto es tan admirable, tan inesperado, que los ángeles en coro cantaron por todo el orbe las alabanzas y la gloria de semejante acontecimiento. Ya de antiguo los profetas quedaron estupefactos al contemplar que "se dejó ver en la tierra y

conversó con los hombres" (Ba 3,38). En realidad, estupenda cosa es oír que Dios inefable, incomprensible, igual al Padre, viniera mediante una Virgen y se dignara nacer de mujer y tener por ancestros a David y a Abraham. Pero, ¿qué digo David y Abraham? Lo que es más escalofriante: a las meretrices que ya antes nombré... Tú, al oír semejantes cosas, levanta tu ánimo y admírate de que el Hijo de Dios, que existe sin haber tenido principio, haya aceptado que se le llamara hijo de David, para hacerte a ti hijo de Dios... Se humilló así para exaltarnos a nosotros. Nació él según la carne para que tú nacieras según el Espíritu.⁹

La genealogía de Jesús, en Lucas, es más universal que la de Mateo, ya que se remonta, más allá de Abraham, hasta Adán. De los dos se dice: "hijo de Dios" (Lc 3,23.38), sin padre terreno. También para Lucas, en el nuevo comienzo del mundo, inaugurado por el nuevo Adán, se alude a la presencia de María, y a su concepción virginal. De este modo establece la relación entre Jesús, nuevo Adán, y el Adán primero, padre de todos los hombres.

El Señor, al hacerse Primogénito de los muertos (Col 1,18) recibió en su seno a los antiguos padres para regenerarlos para la vida de Dios, siendo él el principio de los vivientes (Col 1,18), pues Adán había sido el principio de los muertos. Por eso Lucas puso al Señor al inicio de la genealogía para remontarse hasta Adán (Lc 3,23-38), para significar que no fueron aquellos quienes regeneraron a Jesús en el Evangelio de la vida, sino éste a aquéllos. Así también el nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María; pues lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe.¹⁰

La genealogía de Mateo muestra a Jesús como "Hijo de Abraham", hijo de Israel, fruto bendito de la elección de Dios sobre Israel, que, a pesar de sus infidelidades, de su esterilidad, por la gracia inquebrantable de Dios, ha dado a luz en el seno virginal de María al hijo de la promesa, al Salvador.

La genealogía de Lucas asciende hasta Adán, "hijo de Dios". Un árbol genealógico que llega hasta Adán nos muestra que en Jesús no sólo se ha cumplido la esperanza de Israel, sino la esperanza del *hombre*, del ser humano. En Cristo el ser herido del hombre, la imagen desfigurada de Dios, ha sido unido a Dios, reconstruyendo de nuevo su auténtica figura. Jesús es Adán, el hombre perfecto, porque "es de Dios".

Las dos genealogías unidas nos dicen que Jesús es el fruto conclusivo de la historia de la salvación; pero es El quien vivifica el árbol, porque descende de lo alto, del Padre que le engendra en el seno virginal de María, por obra de su Espíritu Santo. Jesús es realmente hombre, fruto de esta tierra, con su genealogía detallada, pero no es sólo fruto de esta tierra, es realmente Dios, hijo de Dios, como señala la ruptura del último anillo del árbol genealógico: "...engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo" (Mt 1,16).

⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, Comentario al evangelio de Mateo, Homilía I y II: PG 57,21-26.

¹⁰ SAN IRENEO, *Adv. haer.*, III,22,4.

D) DÉBORA, JUDIT Y ESTER

Débora aparece como juez y profeta de Israel. El profeta bíblico es el intérprete de la historia a la luz de la Palabra de Dios: "Yahveh me ha dado una lengua de discípulo para que sepa dirigir al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como un discípulo: El Señor me ha abierto el oído" (Is 50,4). Es lo que Dios ha hecho con Débora. Con su palabra, recibida de Dios, Débora revela el poder de Dios en medio de un pueblo que vive desesperado. Su misión es desvelar que la historia que el pueblo vive es historia de salvación, porque Dios está en medio de su pueblo.

Israel, liberado de la esclavitud de Egipto, se halla conquistando la tierra prometida, que habitan los cananeos. Pero, en la fértil llanura de Izre'el, el rey Yabín, bien armado con sus carros de guerra, opone una fuerte resistencia a Israel, gobernado por el titubeante Sangar y su débil general Baraq. En este momento Dios elige una mujer para salvar a Israel: "En los días de Sangar, hijo de Anat, en los días de Yael, no había caravanas... Vacíos en Israel quedaron los poblados, vacíos hasta tu despertar, oh Débora, hasta tu despertar, oh madre de Israel" (Jc 5,6-7). Una mujer, en su debilidad, es cantada como la "madre de Israel", porque muestra a Israel la presencia potente de Dios en medio de ellos. Es lo que canta Débora en su oda admirable, que respira la alegría de la fe en Dios Salvador: "Benedicid a Yahveh" (Jc 5,9), que en la debilidad humana, sostenida por Él, vence la fuerza del enemigo Sisara, que "a sus pies se desplomó, cayó, yació; donde se desplomó, allí cayó, deshecho" (v.27). Esta es la lógica de Dios, que sorprende a los potentes y opresores. Es la conclusión del cántico: "¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Yahveh! ¡Y sean los que te aman como el sol cuando se alza con todo su esplendor!" (v. 31).

Es lo que se cumplirá plenamente en María. El Señor se fijará en la pequeñez de su esclava para realizar en ella "grandes cosas", "desplegando la potencia de su brazo... para derribar a los potentes de sus tronos y exaltar a los humildes" (Lc 1,51s). En realidad "Dios ha elegido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Dios ha escogido lo pobre y despreciable del mundo, lo que no es, para reducir a la nada lo que es" (1Co 1,27-28). "¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?" (St 2,5). La conciencia de la propia pobreza y simplicidad brilla en María, como en Débora, pero, al mismo tiempo, sabe que tiene una misión que cumplir en la historia de la salvación. Así se ofrece como "sierva del Señor" para que a través de ella realice su obra. Como Débora ha sido llamada "madre de Israel", María ha sido llamada desde la cruz "madre de los creyentes".

Judit, la "judía" por excelencia, como Débora y Ester, es madre de Israel. Judit es situada en Betulia, es decir, en Betel, la "casa de Dios". En Judit aparece el Dios de la revelación, que da la vuelta a la historia, exaltando al débil y humillando al potente: "No está en el número tu fuerza, ni tu poder en los valientes, sino que eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los

desvalidos, salvador de los desesperados" (Jdt 9,11). Judit es la judía fiel; Betulia es la casa de Dios, viuda defendida por Dios que destruye el orgullo de Nabucodonosor, aplastando la cabeza de su general Holofernes. De este modo Judit es el prototipo de la debilidad que vence la violencia, el mal, el Anticristo, como aparece en la catedral de Chartres y en infinidad de obras de arte.

La liturgia¹¹ repite en honor de María la bendición que el sacerdote Yoyaquim, con los ancianos de Israel y los habitantes de Jerusalén, pronuncian sobre ella: "Tú eres la gloria de Jerusalén, el orgullo de Israel, tú el honor de nuestro pueblo. Al hacer todo esto con tu mano has procurado la dicha de Israel y Dios se ha complacido en lo que has hecho. Bendita seas del Señor Omnipotente por siglos infinitos" (Jdt 15,8-10). Y Ozías, jefe de la ciudad de Betulia, la aclama: "¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra! Y bendito sea Dios, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos" (Jdt 13,18). Estas bendiciones se cumplirán plenamente en María, cuyo Hijo aplastará realmente la cabeza del jefe de nuestros enemigos.

Ester aparece en un momento en que Israel está amenazado de muerte. Entonces la Palabra de Dios, palabra de esperanza en medio de la persecución, se expresa una vez más a través de la debilidad de una mujer, huérfana de padre y madre, adoptada por su tío Mardoqueo. Ester, "bella de aspecto y atractiva", modelo de fe en Dios y de amor a su pueblo, se enfrenta al enemigo Asuero y Amán, que han decretado la aniquilación de Israel. Ester, en su debilidad se apoya únicamente en Dios, al que dirige su oración, alternando el singular y el plural porque se dirige a Dios en su nombre y en el del pueblo:

 Mi Señor y Dios nuestro, tú eres único. Ven en mi auxilio, que estoy sola y no tengo otra ayuda sino en ti, y mi vida está en peligro. Yo he oído desde mi infancia, en mi casa paterna, que Tú, Señor, elegiste a Israel de entre todos los pueblos, y a nuestros padres de entre todos sus mayores para ser herencia tuya para siempre, cumpliendo en su favor cuanto prometiste. Ahora hemos pecado en tu presencia y nos has entregado a nuestros enemigos porque hemos honrado a sus dioses. ¡Justo eres, Señor! Mas no se han contentado con nuestra amarga esclavitud, sino que ... han decretado destruir tu heredad, para cerrar las bocas que te alaban y apagar la gloria de tu Casa y de tu altar... No entregues, Señor, tu cetro a los que son nada. Que no se regocijen por nuestra caída, sino vuelve contra ellos sus deseos y el primero que se alzó contra nosotros haz que sirva de escarmiento. Acuérdate, Señor, y date a conocer en el día de nuestra aflicción... Dame valor y pon en mis labios palabras armoniosas cuando esté en presencia del león... Líbranos con tus manos y acude en mi auxilio, que estoy sola y a nadie tengo, sino a Ti, Señor.. Oh Dios, que

¹¹ Segunda antífona de Laudes del común de la Virgen María y en el salmo responsorial del tercer esquema de Misas del común de la Virgen.

dominas a todos, oye el clamor de los desesperados, líbranos del poder de los malvados y líbrame a mí de mi temor (Est 4 del texto griego).

La voz de Ester es la voz de todos los oprimidos, que esperan que Dios intervenga y les salve, dando la vuelta a su suerte. El impío Amán, que se había exaltado, es destruido y el perseguido Israel es exaltado y glorificado. Y "porque en tales días los judíos obtuvieron paz contra sus enemigos, y este mes la aflicción se trocó en alegría y el llanto en festividad, los días que conmemoran este acontecimiento deben ser días de banquetes y alegría en los que se intercambian regalos y se hacen donaciones a los pobres" (9,22). Ester queda en la historia y en la liturgia de Israel como testigo de vida y de alegría. Ester es semejante a un río de agua fresca que fecunda la vida de Israel, como afirma Mardoqueo en el final del libro:

De Dios ha venido todo esto. Porque haciendo memoria del sueño que tuve, ninguna de aquellas cosas ha dejado de cumplirse: ni la pequeña fuente, convertida en río, ni la luz, ni el sol, ni el agua abundante. El río es Ester, a quien el rey hizo esposa y reina. A través de ella el Señor ha salvado a su pueblo, nos ha librado de todos los males y ha obrado signos y prodigios como nunca los hubo en los demás pueblos (Del c. 10 del texto griego).

María, glorificada en el cielo, introducida como Ester en el palacio del Rey, no se olvida de su pueblo amenazado, sino que intercede por él hasta que el enemigo sea totalmente destruido. El Papa Juan Pablo II dice que "la mediación de María tiene el carácter de intercesión" (RM 21). La alegría vuelve a Israel no a través de la fuerza, sino a través de la palabra y de la persona de una mujer. Ella es el signo de la esperanza. En Ester que, confiando en Dios, salva a Israel con su intercesión ante Asuero, hallamos la imagen de María como "abogada" nuestra, como canta una de las primeras oraciones marianas: "*Sub tuum praesidium*", compuesta en Egipto hacia el siglo III:

Bajo tu misericordia buscamos refugio,
oh madre de Dios.
No desprecies las súplicas de quienes estamos en peligro,
mas líbranos del mal,
tú que eres la única pura y bendita.

En todos estos casos de vocaciones femeninas aparece con claridad la elección divina en favor de su pueblo. Es Dios que pone sus ojos en ellas para llevar adelante su designio de salvación. Con razón la Iglesia ha elegido para la liturgia mariana algunos textos de estos libros, que nos muestran el modo de actuar de Dios en favor del pueblo a lo largo de la historia de la salvación, que se continúa y llega a su culmen en María y en su Hijo Jesucristo.

E) ¡BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES!

María, como todas estas mujeres, y más que ellas, se ha dejado plasmar por el amor de Dios y por ello es "bendita entre todas las mujeres", "todas las generaciones la llamarán bienaventurada". En María se ha cumplido plenamente el designio creador y salvador del Padre para todo hombre. María ha recibido, anticipadamente, la salvación lograda por la sangre de Cristo. La singularidad de su gracia recibida sitúa a María entre las mujeres, en el corazón mismo de la humanidad. La singularidad propia de María es la de la plenitud y no la de la excepción. Dios le concede en plenitud la gracia impartida a la Iglesia entera, ofrecida a toda la humanidad. Ella es el icono de la salvación que Dios realiza para nosotros en Jesucristo. En la contemplación de esta imagen, cada cristiano tiene el gozo de descubrir la gracia que Dios le ofrece.

"¡Bendita tú entre las mujeres!", exclama Isabel. En la Biblia, la gloria de la mujer está en la maternidad. Isabel reconoce en María la maternidad más maravillosa que pueda haber: más que la suya y la de todas las mujeres agraciadas por Dios con la maternidad imposible. El Apocalipsis lanza sobre la historia del pasado una mirada de profeta y sondea el misterio escondido. Contempla a la Iglesia de la primera alianza bajo la imagen de una mujer que, desde siempre, llevaba a Cristo en su seno. La presencia de Cristo en la humanidad se remonta hasta el alba de los tiempos. La antigua serpiente colocada ante la mujer encinta y que acecha al niño que va a nacer para devorarlo es la del paraíso terrestre (Ap 12,4.9). La Iglesia de Cristo existía desde entonces, representada por la primera mujer, en quien estaba depositada, como una semilla, la promesa del Mesías (Gn 3,15). Ha llevado a Cristo en un adviento multiseccular, gritando en los dolores del parto, a través de su historia atormentada.

En la persona de Eva la promesa esta destinada a la humanidad entera. Poco a poco la promesa se concentra y se dirige a una raza, la de Sem (Gn 9,26); a un pueblo, el de Abraham (Gn 15,4-6;22,16-18); a una tribu, la de Judá (Gn 49,10); a un clan, el de David (2S 7,14). La promesa se precisa y el grupo se estrecha; se construye una pirámide profética en búsqueda de su cima: María.

¡Benditas son por ella todas las mujeres! El sexo femenino ya no está sujeto a la maldición; porque tiene un ejemplar que supera en gloria a los ángeles. Eva está curada. Alabamos a Sara, la tierra en que germinaron los pueblos; honramos a Rebeca, como hábil transmisora de la bendición; admiramos a Lía, madre del progenitor según la carne; aclamamos a Débora, por haber luchado sobre las fuerzas de la naturaleza (Jc 4,14); llamamos dichosa a Isabel, que llevó en el seno al precursor, que saltó de gozo al sentir la presencia de la gracia. Y veneramos a María, que fue madre y sierva, y nube y tálamo, y arca del Señor... Por eso digámosle: "Bendita tú entre las mujeres", porque sólo tú curaste el sufrimiento de Eva; sólo tú secaste las lágrimas de la que sufría; sólo tú llevaste el rescate del mundo; a ti sola se confió el tesoro de la perla preciosa; sólo tú quedaste encinta sin placer; sólo tú diste a luz al

Emmanuel, del modo como él dispuso. "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc 1,42).¹²

Israel es una nación materna. La bendición es concedida a la descendencia de Abraham: "Haré surgir un descendiente tuyo, que saldrá de tus entrañas" (2S 7,12); "yo suscitaré a David un vástago" (Jr 23,5). Una "virgen encinta que da a luz un hijo" (Is 7,14) será el signo de la salvación; "hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz" (Mi 5,2). Las promesas mesiánicas se repiten, pues se hacen al "seno de la hija de Sión". La nación llevaba, pues, oculto en ella al Cristo futuro: "No dice *a tus descendientes*, como si fueran muchos, sino *a tu descendencia*, refiriéndose a Cristo" (Ga 3,16). La risa, que suscitó el nacimiento de Isaac (Gn 17,17), es interpretada por Juan como la expresión de la alegría que hace estremecer a Abraham la vista de Cristo: "Vuestro padre Abraham se alegró deseando ver mi día: lo vio y se regocijó" (Jn 8,56). En el nacimiento milagroso de Isaac, el patriarca se alegra por el nacimiento de su descendiente más ilustre.

Dios se ha declarado padre de uno de los hijos de David: "Haré surgir un descendiente tuyo, que saldrá de tus entrañas... Yo seré para él padre y él será para mí hijo" (2S 7,12-14). La promesa concierne a Salomón y, tras él, a todo el linaje de David. Pero la tradición judía la ha interpretado como del último y más grande hijo de David (Sal 89); la epístola a los Hebreos (1,5) la aplica directamente a Cristo Jesús. Esta diversidad de interpretaciones posibles significa que la gloria filial del último de la estirpe refluye sobre sus antepasados, hasta Salomón. Jesús resucitado abrió a sus discípulos la inteligencia para que comprendieran las Escrituras: todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos acerca de El (Lc 24,44-45).

María pertenece a las tres fases de la historia de la salvación: al tiempo anterior a Cristo, al período de la vida terrena de Jesús y al tiempo posterior a Cristo. Y en estas tres fases está con un significado singular y, al mismo tiempo, desempeña un papel de unión en la transición de una fase a otra. María, Hija de Sión, une a Israel con la Iglesia de Cristo. Pero María precede a la Iglesia en cuanto que, antes de que ésta sea constituida, Israel se hace Iglesia en la persona de la Virgen en virtud de su obediencia y de su fe. La Iglesia está en María, su célula original, como está la planta en la semilla. Pero, al mismo tiempo, hay que afirmar que María está en la Iglesia, como uno de sus miembros. Así aparece en Pentecostés en medio de la comunidad orante que recibe el Espíritu Santo.¹³

Israel era, pues, una nación materna, bendita entre todas las naciones, que llevaba a Cristo en su seno. Mientras los paganos habían estado "sin Cristo" (Ef 2,12), el pueblo judío lo poseía. "Jesús era la sustancia de este pueblo".¹⁴ Y María es el lazo de la historia de Israel con la Iglesia, como madre de Cristo, a quien introduce en la estirpe humana. Así María queda indisolublemente unida a Cristo y asociada a El en

¹² PROCLO DE CONSTANTINOPLA, *Sereno 5,3*: PG 65,716-721.

¹³ R. LAURENTIN, María, prototipo y modelo de la Iglesia, en *Mysterium salutis*, IV/2, Madrid 1975, 312-331.

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* 17,11: PL 48,575.

la obra redentora, como queda ligada a la Iglesia, cuyo destino anticipa como primer miembro que realiza la forma más perfecta de su ser, es decir, la comunión con Cristo.¹⁵

En María se unen inseparablemente la antigua y la nueva alianza, Israel y la Iglesia. Ella es "el pueblo de Dios", que da "el fruto bendito" a los hombres por la potencia de la gracia creadora de Dios. Es el Espíritu de Dios, que aleteaba en la creación sobre las aguas del abismo, el que desciende sobre María y la cubre con su sombra, haciendo de ella la tienda de la presencia de Dios, la tienda del Emmanuel: Dios con nosotros.

¹⁵ R. LAURENTIN, *Compendio di mariologia*, Roma 1956.

4. ALÉGRATE, MARÍA, LLENA DE GRACIA

A) EL NOMBRE DE LA VIRGEN ERA MARÍA

El relato de Lucas de la Anunciación es, sin duda, el texto más importante sobre María.¹ En unos pocos versículos se halla expresado el contenido central de la historia de la salvación. María, verdadera hija de Israel, recibe de un ángel el anuncio de que ella va a ser la Madre del Mesías, hijo de David e Hijo de Dios. Casi todos los aspectos del misterio de María están recogidos en este texto. María viene a ser la Madre del Hijo de Dios, a quien concibe virginalmente. En vista de su maternidad divina María ha sido colmada de gracia, "la llena-de-gracia", como la llama el ángel en su saludo. Y es que toda la vida de María es el fruto y eclosión en ella de la gracia de Dios.

Lucas, -como los demás evangelistas-, hace teología al mismo tiempo que narra hechos reales. Teología e historia no se contraponen, sino que se complementan mutuamente. La teología es la explicación del hecho y el hecho es el fundamento de la teología. El mejor historiador es el que no se conforma con narrar escuetamente el acontecimiento, sino el que le enmarca en las causas que lo motivan y en el significado que tiene en su entorno. Esta relación entre teología e historia explica el recurso constante al Antiguo Testamento para interpretar los hechos que narran. Descubrir el trasfondo veterotestamentario de los relatos del evangelio no es negar su con-tenido histórico, sino situarlos en su contexto, para descubrir su auténtico significado.

María no es un mito ni una vaga abstracción. Su identidad es bien precisa. Es "la virgen, prometida a un hombre de la casa de David llamado José", que vive "en una ciudad de Galilea, llamada Nazaret", una aldea insignificante y despreciada (Jn 1,46), y lleva un nombre bastante común en su ambiente: *Miryám*. Su esposo es conocido como el carpintero (Mt 13,55), y se sabe de él que era un hombre "justo" (Mt 1,19), que supo aceptar y compartir con ella el misterio de Dios que había entrado en su vida. Del relato evangélico se deduce la fe profunda de esta mujer, que se dejó plasmar totalmente por el Señor y acompañó a su Hijo en el camino de una existencia marcada por los designios misteriosos del Eterno. María fue una mujer meditativa (Le 2,19.51), experta en el silencio y en la atención a la palabra de Dios, mujer fuerte en el dolor. Como "los pobres de Yahveh", de cuya espiritualidad se siente cercana, María celebra las maravillas del Señor y aguarda en la esperanza su salvación. Es la "sierva del Señor" que, en la escuela de su Hijo, entra a formar parte de la comunidad mesiánica, la Iglesia...

Esta mujer concreta, María de Nazaret, fue el lugar elegido para la llegada de Dios en carne al mundo.

¹ Es incontable el número de artistas, pintores y escultores, que han representado esta escena; los Padres de la Iglesia, teólogos y autores espirituales han dejado incontables homilias, comentarios y meditaciones sobre esta página del Evangelio.

Ella es la mujer elegida por Dios para realizar el nuevo comienzo del mundo. A ella es enviado el ángel Gabriel:

Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la *casa* de David; el nombre de la virgen era María. Y, entrando donde ella, le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1,26-28).

Dios Padre responde a las esperanzas de su pueblo y envía su ángel a María, hija de Sión. Y María, nueva hija de Sión, acoge la promesa mesiánica en nombre de todo el pueblo. Dios vuelve a habitar en medio de su pueblo, en María, que se convierte así en el nuevo templo de Dios, en la nueva arca de la alianza. La elección de María, como hija de Sión, por parte del Padre de las misericordias se basa en la extrema gratuidad del amor de Dios, que la colmó de gracia.

En el relato de la Anunciación es posible ver el esquema de la alianza, con las palabras del mediador y la respuesta de fe del pueblo: "Nosotros haremos todo lo que el Señor nos ha dicho".² El mediador sería el ángel Gabriel y la respuesta de fe la de María, que aparece como figura del Israel fiel, que acoge la nueva y definitiva alianza. Al final, Lucas señala que "el ángel la dejó", como para llevar a Dios la aceptación de María, como Moisés subió a referir a Dios la respuesta del pueblo (Ex 19,8-9). También se puede ver el esquema de la vocación con su saludo, sor-presa del destinatario, mensaje, signo y consentimiento.

María, de este modo, aparece como la criatura llamada por Dios, que se deja plasmar incondicionalmente por El.

En su total libertad el Padre quiso que el Hijo naciera de una virgen. Dios está con María y María con Dios. La plenitud de gracia es un índice de la santidad de María virgen y de su consagración plena a Dios. La virginidad de María es signo de la novedad del Reino, signo de pobreza, que apela a la omnipotencia de Dios y de consagración total al servicio de Dios.

María se hace Madre de Dios, del Cristo histórico, en el *fiat* de la anunciación, cuando el Espíritu Santo la cubre con su sombra... En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. María, por su cooperación libre en la nueva alianza de Cristo, es junto a El protagonista de la historia... Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo. La maternidad divina la llevó a una entrega total.³

² Cfr Ex 19; *Jos* 1,1-18; 24,1-24...

³ PUEBLA, *Comunión y participación*, Madrid 1982, n. 287,292,293.

B) ¡ALÉGRATE!

¡Alégrate! (*chaire*) es el eco de la invitación a la alegría que los profetas dirigen a Sión.⁴ En la Anunciación de Jesús llega a su cumplimiento la invitación de los profetas. La salvación de Dios llega a la tierra. Es la hora del cumplimiento: "¡Alégrate, hija de Sión, lanza gritos de júbilo, hija de Israel! ¡Regocíjate y llénate de gozo con todo el corazón, hija de Jerusalén! Yahveh ha revocado los decretos dados contra ti y ha rechazado a tu enemigo. El rey de Israel, Yahveh, está en medio de ti. No verás ya más el infortunio" (So 3,14-15). "Concebirás en tu seno" (Lc 1,31) corresponde a la palabra de Sofonías: "Yahveh está *entre tus muros*", literalmente "dentro de ti", "en ti" (So 3,15), como traducen los Setenta. María es la ciudad nueva de la presencia de Dios, el arca de la presencia de Dios en medio de los pueblos.

La alegría que los profetas deseaban a la Hija de Sión llega y se propaga con María, que concentra y personifica los deseos y las esperanzas de todo el pueblo de Israel. Así lo entienden los Padres de la Iglesia. San Germán de Constantinopla, por ejemplo, dice: "Alégrate, tú, la nueva Sión, la Jerusalén divina, la ciudad santa de Dios, el gran Rey; en tus moradas se conoce al mismo Dios".⁵ "Ella (María) es verdaderamente la ciudad gloriosa, ella es la Sión espiritual".⁶ A partir de ahora, Dios mismo se hará presente y se dará a conocer en la morada divina de la Hija de Sión, la ciudad santa de Jerusalén: aquí, en el seno de María, la nueva Hija de Sión.

Con razón el Concilio Vaticano II dice: "María sobre-sale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan con confianza la salvación. En fin, con ella, excelsa Hija de Sión, tras la larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía" (LG 55). Y con tal título llama a María repetidas veces Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater* (RM 3,8...).

San Sofronio, patriarca de Jerusalén (+638), en una homilía, comenta: "¿Qué dirá el ángel a la Virgen bienaventurada? ¿Cómo le comunicará el gran mensaje? ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo".⁷ Cuando se dirige a ella, comienza por la *alegría*, él, que es el mensajero de la *alegría*. En la liturgia bizantina, la alegría llena sus himnos y antífonas. Merece la pena citar el primer canto del célebre himno *Akátisto*:

"Un ángel de primer orden fue enviado desde el cielo a decirle a la *Theotókos*: ¡Alégrate! Y lleno de admiración al ver que os encarnabais, Señor, al son de esta palabra inmaterial, estaba ante ella exclamando:

⁴ Cfr. Jr 2,21-23; So 3,14; Za 9,9; Lm 4,21.

⁵ SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, *In Present. SS. Deiparae* 1,16: PG 98,306D.

⁶ IDEM, *In S. Mariae Zonam*: PG 98,373A.

⁷ SAN SOFRONIO DE JERUSALEN, *Or. II in Annunt* 17: PG 87/3, 3236D. Esta larga homilía es un precioso comentario a todo el evangelio de la anunciación, que habría que citar por entero: PG 87/3, 3217-3288. Cfr. igualmente, las homilias marianas de SAN ANDRÉS DE CRETA: PG 97,805ss.

¡Alégrate, tú, por quien resplandecerá la alegría!
 ¡Alégrate, tú, por quien se acabará la maldición!
 ¡Alégrate, tú, por quien Adán se levanta de su caída!
 ¡Alégrate, tú, que enjugas las lágrimas de Eva!
 ¡Alégrate, cima inaccesible al pensamiento humano!
 ¡Alégrate, abismo impenetrable aun a los ojos de los ángeles!
 ¡Alégrate, porque tú eres el trono del gran Rey!
 ¡Alégrate, porque tú llevas en tu seno
 a aquel que sostiene todas las cosas!
 ¡Alégrate, Estrella mensajera del Sol!
 ¡Alégrate, Seno de la divina encarnación!
 ¡Alégrate, tú, por quien se renueva la creación!
 ¡Alégrate, tú, por quien y en quien es adorado el Creador!
 ¡Alégrate, Esposa no desposada! ¡Virgen!".⁸

La alegría, a la que invita el ángel a María, resuena en todo el evangelio de la infancia según Lucas. La resonancia de esta alegría se percibe en el *fiat* de María y, más claramente, en la visita de María a Isabel: "Pues así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno" (Lc 1,44). Y es también un pregón de alegría el que se escucha en el mensaje de los ángeles a los pastores: "No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo" (Lc 2,10).

El júbilo mesiánico al que la "Hija de Sión" fue tantas veces invitada por los profetas invade el corazón de María. ¡Alégrate!, dice el ángel, y estalla la alegría del Espíritu Santo, que es la alegría de Dios en su paternidad respecto al Hijo. En María brota un sentimiento poderoso y se despliega en el canto: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador, porque se ha fija-do en la pequeñez de su sierva" (Lc 1,46-48).

C) LA LLENA DE GRACIA

En el saludo, el ángel no llama a María por su nombre, sino que la llama simplemente "llena de gracia" (*kecharitomene*). La gracia es la identificación plena de María. Es la gracia de Dios la que hace que María sea María, la elegida para Madre del Mesías. "Alégrate, tú que has sido colmada de gracia". Llamada por Dios a ser la Madre del Mesías, María ha encontrado gracia a los *ojos* de Dios, como ella misma canta en el *Magnificat*: "Ha puesto sus *ojos* sobre la pequeñez de su sierva". María es la Hija de Sión con la que Yahveh celebra sus desposorios porque la ha visto "con complacencia" (Is 62,4-5), y, como la "virgen Israel", se alegra porque Yahveh "conserva su amor" sobre ella (Jr 31,3-4).

⁸ Este himno griego, compuesto en honor de la Madre de Dios, se atribuye a Romano el Melode (s.VI-VII), el gran cantor de la Iglesia griega; su nombre *akátisto*, "no sentado", indica que se cantaba en pie: PG 92, 1335-1348. Cfr. E. TONIOLO, *Akátistos*, NDM, p.64-74.

Llena de gracia es un título único. Efectivamente en María derramó el Padre la plenitud de su gracia y de su amor, con vistas a su vocación de madre del Mesías. Por eso María fue colmada de gracia *a priori*, por su predestinación a la maternidad divina. María es, pues, la proclamación viviente de que el comienzo de toda relación con Dios es la gracia de Dios, que se inclina sobre la criatura. La gracia es el lugar del encuentro entre Dios y el hombre. Dios es presentado en la Escritura como "rico", lleno "de gracia" (Ex 34,6). Pero Dios es "rico de gracia" en forma activa, como quien llena de gracia. María es "llena de gracia" como quien es colmada de gracia. Y entre Dios y María está Jesucristo, el mediador, que es "lleno de gracia" (Jn 1,14) en ambos sentidos: como Dios El llena de gracia a la Iglesia y, en cuanto hombre, es colmado de gracia por el Padre; más aún, "crece en gracia" (Lc 2,52). San Pablo exclama: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo, el amado" (Ef 1,3.5). En la *Redemptoris Mater*, Juan Pablo II comenta ampliamente este texto:

En el misterio de Cristo María está presente ya "antes de la creación del mundo" como aquella que el Padre "ha elegido" *como Madre* de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad... Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única (RM 8-10).

Pablo (Ga 3) y Juan nos revelan el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento en su raíz más profunda: "De su plenitud hemos recibido gracia por gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo" (Jn 1,16-17). Los padres de Juan "eran justos porque guardaban irreprochablemente la ley del Señor" (Lc 1,6); María, en cambio, es la llena de gracia, más allá de la justificación de la ley, por la elección libre y gratuita de Dios. María es la plenamente agraciada, colmada de la gracia de su Hijo Jesucristo.

De la gracia de Dios, María es un icono para todos nosotros. De María se puede decir lo que vale para todos nosotros, ¿qué había hecho María para merecer el privilegio de dar al Verbo su humanidad? ¿Qué había creído, pedido, esperado u ofrecido para venir al mundo santa e inmaculada? Busca, dirá San Agustín, el mérito, la justicia, busca lo que quieras y verás que en ella, al comienzo, no encuentras más que la gracia. María puede hacer tuyas las palabras de San Pablo: "Por gracia soy lo que soy" (1Co 15,10).

La gracia es el favor de Dios, que "hace gracia a quien quiere hacer gracia y tener misericordia de quien quiere tener misericordia" (Ex 33,19). Se trata de un don totalmente gratuito de parte de Dios "rico de gracia y fidelidad, que mantiene su palabra por mil generaciones" (Ex 33,12). Así es como María ha hallado gracia a los ojos de Dios.

Este saludo del ángel a María como "la-llena-degracia" prepara el primer anuncio:

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin (Lc 1,30-33).

El hijo recibirá el trono de David, su padre, es decir, será el heredero de David, el hijo de David por excelencia, el Mesías. El hijo que María concebirá en su seno y dará a luz será "Hijo del Altísimo" y Mesías.

D) EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO

La segunda parte del saludo del ángel: "El Señor está contigo", es una fórmula que encontramos frecuente-mente en el Antiguo Testamento. Se usa siempre que el hombre recibe una misión que supera su capacidad humana, como en el caso de Moisés (Ex 3,12), Josué (Jos 1,9), o Gedeón (Jc 6,12). A David le dice igualmente: "He estado contigo en todas tus empresas" (2S 7,9). Con dicha fórmula se promete la asistencia de Dios para el cumplimiento de la misión encomendada. La afirmación del ángel, - "El Señor está contigo"-, sitúa a María en el hilo conductor de la alianza pactada por Dios con su pueblo. En María se reanuda la alianza sellada con Abraham, con Moisés y con David.

"El Señor está contigo" o "Yo estoy contigo" se repite en la Escritura siempre que Dios confía una misión especial en favor del pueblo. Tras la muerte de Abraham se le garantiza esta presencia del Señor a Isaac (Gn 26,23), a Jacob (Gn 28,15). Es lo que escucha Moisés cuando Dios lo envía a liberar al pueblo de la esclavitud de Egipto; lo que escucha Gedeón en situación parecida (Jc 6,12.16). Saúl saluda con estas palabras a David en el momento del combate singular contra Goliat, donde peligra la existencia misma del pueblo (1S 17,37). Cuando David encomienda a Salomón y a los jefes de Israel la construcción del templo les repite este mismo saludo (1Cro 22,18-19). Es la bendición que da Ozías a Judit cuando ésta parte para cumplir su misión salvadora: "Ve en paz, el Señor esté contigo" (Jdt 8,35). Con estas mismas palabras es confortado el joven Jeremías para su misión (Jr 1,8). De la misma forma se siente alentado el "resto de Israel" al regresar a Jerusalén para reconstruirla (2Cro 36,23). Y el mismo Jesucristo alienta a sus discípulos a la misión de anunciar el evangelio a todas las naciones, diciéndoles: "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). Así el anuncio "el Señor está contigo, no temas" está dirigido a la pequeñez de María como invitación a participar en el plan divino de salvación por su Hijo Jesucristo.

Todos los elegidos por Dios han experimentado su impotencia ante la misión que se les encomendaba. Al anunciarle a Moisés su misión, dijo: "¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?". Y Dios le contestó: "Yo estaré contigo" (Ex 3,11-12). Lo mismo acontece con Gedeón. Al

aparecersele el ángel, empieza por decirle: "Yahveh está contigo, valiente guerrero". Con ello se anticipa a la objeción de Gedeón, que, con todo, alega la debilidad de su familia y su propia pequeñez para salvar a Israel de Madián: "Pero, Señor, ¿con qué liberaré a Israel?". La respuesta es siempre la misma: "Puesto que estaré contigo, derrotarás a Madián como a un solo hombre" (Jc 6,11-16).

¿Puede decirse lo mismo del saludo del ángel a María? ¿Es la maternidad, para una mujer, una misión que supera su capacidad? Más bien es la vocación ordinaria de la mujer. Pero lo que una mujer no puede hacer es dar a luz un hijo sin la intervención del varón, es decir, virginalmente. Este segundo miembro del saludo del ángel prepara la segunda parte del anuncio del ángel: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti". La virtud del Altísimo cubrirá a María para que ella pueda concebir y dar a luz virginalmente a aquel que "será llamado Hijo de Dios". Para que esto pueda realizarse es absoluta-mente indispensable que "el Señor esté con ella".

Por ello hay que decir que con María Dios no sólo ha usado gracia, dándola un don gratuito, sino que se ha dado El mismo en su Hijo: "El Señor está contigo". María es "la llena de gracia porque está llena de la Gracia".⁹ Esta gracia, la presencia de Dios en ella, hace de María la "Inmaculada", como la llama la Iglesia latina, o la "Toda santa" (*Panagía*) como la llama la Iglesia ortodoxa. La primera subraya el elemento negativo de la gracia de María, que consiste en la ausencia de todo pecado, incluso del pecado original; y la segunda pone de relieve el aspecto positivo, es decir, el esplendor de la santidad de Dios reflejado plenamente en María. María es la Iglesia naciente, según el designio de Dios, "toda gloriosa, sin mancha ni arruga o algo semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5,27).

La Iglesia es librada, purificada, de toda mancha; María es preservada de toda mancha. La una tiene arrugas que serán un día quitadas; la otra, por gracia de Dios, no pasó por ellas. Pero María, la llena de gracia, muestra a la Iglesia, a cada uno de nosotros, que al comienzo de todo está la gracia, la elección gratuita de Dios, que en Cristo se ha acercado a nosotros y se nos ha dado por puro amor.

A la Iglesia, los mensajeros de Dios se dirigen siempre con el mismo saludo del ángel a María: "Gracia y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo. Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en El habéis sido enriquecidos en todo..., pues ya no os falta ningún don de gracia" (1Co 1,1-6). Pablo no se cansa de anunciar a los creyentes la gracia de Dios. Lo considera como la misión que le ha sido encomendada por Cristo: "dar testimonio del mensaje de la gracia de Dios" (Hch 20,24). El "Evangelio es la proclamación de la gracia de Dios" (Hch 14,3;20,32). Es su misma experiencia: "Por medio de Cristo hemos obtenido, median-te la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Rm 5,2).

La gracia es el principio de la gloria. La gracia hace que comience en nosotros la vida eterna, nos hace gustar ya en esta vida la presencia de Dios, como primicia.

⁹ C. PEGUY, *Le mystère des Saints Innocents*, Milan 1979,p.123.

"Quien tiene la primicia del Espíritu y posee la esperanza de la resurrección tiene ya presente lo que espera".¹⁰ La gracia es la presencia de Dios. Las dos expresiones: "llena de gracia" y "el Señor está contigo" van unidas, una detrás de la otra. Esta presencia de Dios se realiza en la Iglesia en Cristo, el Emmanuel, Dios con nosotros. "Cristo en nosotros es la esperanza de la gloria" (Col 1,27). Como testimonia Sor Isabel de la Trinidad: "Yo he encontrado el cielo sobre la tierra porque el cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día que he entendido esto se me ha iluminado todo y quisiera comunicar este secreto a cuantos amo".¹¹

Como María, como Pablo, cada creyente puede decir: "Por la gracia de Dios soy lo que soy". La salvación, en su raíz, es gracia y no resultado del deseo o esfuerzo humano: "Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios" (Ef 2,8). Y toda la vida cristiana es gracia antes que ley; más aún, la gracia es la ley nueva del cristiano, ley del Espíritu. Este es el distintivo cristiano en relación con toda otra religión o ética humana. En el cristianismo existe la gracia, porque hay una fuente de la gracia: la muerte redentora de Cristo.

En la cultura tecnológica actual ha desaparecido hasta la noción de gracia de Dios. La mentalidad moderna se funda en el pelagianismo más radical. María, imagen de la Iglesia, nos invita a proclamar que en la vida cristiana todo es gracia, don de Dios. A cada cristiano es dirigido el anuncio del ángel a María: ¡Alégrate, llena de gracia! Y si nos sorprende este anuncio, el ángel también a nosotros nos dice: ¡No temas, porque has hallado gracia delante de Dios! Este hallar gracia a los ojos de Dios es la fuente de nuestra alegría.¹² La gracia es la que engendra la alegría y, una vez experimentada, nos lleva, en medio de las tribulaciones, a "buscar la alegría en el Señor" (Sal 37,4), pues sólo en Él se halla la alegría verdadera y plena. Y el Señor, que es "gracia y fidelidad" (Ex 34,6), no nos defrauda. En medio de nuestras debilidades Él siempre nos repetirá: "Te basta mi gracia" (2Co 12,9). Y, como la gracia de Dios provoca nuestra acción de gracias, le res-ponderemos: "Tu gracia vale más que la vida" (Sal 63,4).

E) LA PLENAMENTE REDIMIDA

En María, la primera redimida, la plenamente redimida, resplandece la maravillosa gratuidad del amor de Dios. María nos sitúa ante el designio y la iniciativa del Padre, que la elige como Madre de su Hijo. Nos sitúa ante el Hijo, que en su amor gratuito se hace carne para rescatarnos del señor de la muerte. Y nos sitúa ante el Espíritu Santo, que realiza el designio del Padre en su seno, engendrando al Redentor, sin la colaboración "de varón".

¹⁰ CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario a 2Cor 5,5*: PG 74,942.

¹¹ SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Cartas 107*, Roma 1967, p.204.

¹² En griego *charis* (gracia) y *chara* (alegría) casi se confunden.

En María aparece todo el misterio cristiano como realización del designio salvífico del Padre, que se realiza en la historia de los hombres mediante las misiones del Hijo y del Espíritu Santo. El capítulo dedicado a la Virgen en la LG se abre y se cierra con una referencia trinitaria (n.52 y 69). María se sitúa en el punto final de la antigua alianza y en el punto de partida del misterio de salvación, realizado en Cristo.

La gracia de Dios, que hace de María la Iglesia santa e inmaculada, es "gracia de Cristo". Es la "gracia de Dios dada en Cristo Jesús" (1Co 1,4). Se trata de la gracia redentora de Cristo. Su gracia es gracia de la nueva alianza. María -según la definición dogmática de la Inmaculada concepción- "ha sido preservada del pecado en previsión de los méritos de Jesucristo Salvador".¹³ En este sentido, María, como es madre virgen, es también hija de su Hijo, como la llama Dante: "Virgen Madre, hija de tu Hijo".¹⁴ Y, antes, San Pedro Crisólogo, en una homilía, dice a María: "Virgen, tu Creador es concebido de ti, de ti nace la fuente de tu ser; quien trajo la luz al mundo de ti viene a la luz en el mundo".

La encarnación del Hijo de Dios en el seno de María es la aurora de la nueva alianza. Tomando nuestra carne y nuestra sangre de una de nuestras "hermanas", Dios realiza una nueva e inaudita forma de "estar con nosotros", "en medio de nosotros". La comunión de Dios con el hombre, su alianza, alcanza la expresión plena.

Y lo primero que suscita la gracia de Dios es la acción de gracias: "Continuamente doy gracias a Dios por vosotros a causa de la gracia de Dios" (1Co 1,4). Este dar gracias a Dios no es devolverle el favor, sino que significa reconocer la gracia, aceptar la gratuidad; "no querer salvarse uno a sí mismo y pagar a Dios" (Sal 49,8). Dar gracias significa aceptarse en la propia indigencia y dependencia de Dios: reconocer que todo es obra de Dios. Es lo que expresa María en el *Magnificat*: "Mi alma glorifica al Señor..., porque grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente". Es la alabanza, la exultación, proclamando las maravillas del Señor. María no se atribuye a sí ningún mérito; proclama que ha hallado gracia a los ojos de Dios, que se ha inclinado hacia su pequeñez.

El tiempo litúrgico, que se asigna a María, es fundamentalmente el adviento. En María se hace espera gozosa y cierta el nacimiento inminente del Hijo, al comienzo del Evangelio. Y María está también presente, al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, en la espera gozosa del nacimiento de la Iglesia con el descenso del Espíritu Santo. Y con María, asunta al cielo, esperamos la vuelta gloriosa del Señor y nuestro triunfo con El.

En la liturgia bizantina se proclama en todas las fiestas marianas -excepto la de la Presentación de María en el templo- el texto de la visión nocturna de Jacob de *la escala* que une el cielo y la tierra. La elección de María es vista en relación con la elección de Israel. En María se cumplen las promesas hechas a Jacob. María es el

¹³ Denz. n.2803.

¹⁴ DANTE, Paraiso XXXIII,1.

punto culminante de la misión de Israel en cuanto pueblo elegido. A través de María Dios ha bajado a la tierra, poniendo su tienda entre nosotros. Con su maternidad divina, María entra en el designio salvador de Dios, convirtiéndose en la escala a través de la que Dios desciende a la tierra. Así en el himno *Akátisto* se saluda a María con estas palabras: "Alégrate, escala celeste vista por Jacob". El texto subraya la presencia de Dios en el lugar de la teofanía: "Este lugar no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo" (Gn 28,17). María, Madre de Cristo, es el lugar de la presencia divina, casa de Dios y puerta del cielo. Por María Dios desciende a la tierra.¹⁵

F) ZARZA ARDIENTE

La liturgia mariana, a veces, saca el texto bíblico de su contexto original y lo aplica a la Virgen como imagen o alegoría de una verdad de fe. En este caso no se trata de dar fundamento bíblico a dicha verdad, sino de dar una expresión bíblica y poética a esa verdad. Otras veces no se trata sólo de un uso alegórico, sino de un uso tipológico de un acontecimiento del Antiguo Testamento, que halla su cumplimiento en el misterio de Cristo, al que está unida la Virgen, su Madre, que ocupa un lugar único en el designio de Dios. La antigua y la nueva alianza forman una unidad en el plan de Dios. De este modo en el Evangelio, en la Liturgia y en la Tradición de la Iglesia, ciertos textos del Antiguo Testamento hallan su "sentido pleno" en María.

El Exodo es un *memorial* de la intervención salvadora de Dios. Cada vez que se proclama se hace presente esa fuerza salvadora de Dios. "Cada generación debe considerarse como si ella misma hubiera salido de Egipto", dice el tratado del Talmud sobre la Pascua. Por eso el Exodo es una revelación de Dios que actúa dentro de la historia. La confesión de fe de Israel proclama constante-mente: "Yahveh que nos ha hecho salir de Egipto". Este acontecimiento fundamental de la historia y de la fe de Israel es vivido, anticipadamente por Moisés, el primer peregrino "al monte de Dios, el Horeb", donde Dios le revela su nombre en la teofanía de la zarza ardiente "que ardía, pero no se consumaba" (Ex 3,1ss).

El fuego en las teofanías es el símbolo de la cercanía y de la trascendencia divina. La llama está fuera de nosotros y, como la luz, no puede ser aferrada; es algo que nos trasciende. Y, sin embargo, nos traspasa con su calor y con su esplendor; nos envuelve y nos penetra con su presencia. "En María, el Espíritu Santo *manifiesta* al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (Lc 2,15-19) y a las primicias de las naciones" (CEC 724).

Desde este simbolismo, los Padres y la liturgia han llamado a María "Zarza ardiente". La zarza que arde y no se consume es aplicada como signo de la virginidad y de la maternidad divina. Un texto litúrgico, dirigiéndose a María, proclama: "En la

¹⁵ La liturgia bizantina es la más intensamente mariana de todas las liturgias cristianas por su rica teología y por su dulce sentimiento de devoción y afecto a María. Una imagen aparentemente poética como la de la "escala de Jacob" aplicada a María, la liturgia la da un sentido tipológico pleno, insertándola en el contexto de la historia de la salvación. Cfr. A. KNIAZEFF, *La madre di Dio nella Chiesa ortodossa*, Milán 1993.

zarza que Moisés vio que no se consumaba nosotros reconocemos tu virginidad permanente". Y, de los innumerables textos patrísticos, podemos citar a San Gregorio de Nisa, el gran Capadocio del siglo IV:

Lo que era figurado en la llama y en la zarza fue abiertamente manifestado en el misterio de la Virgen. Como sobre el monte la zarza ardía y no se consumaba, así la Virgen dio a luz pero no se corrompió. Y no te parezca inconveniente la semejanza con la zarza, que prefigura el cuerpo de la Virgen, que ha dado a luz a Dios.

Ya antes de que el concilio de Éfeso proclamara a María como *Theotókos*, Madre de Dios, Proclo, en una homilía dará a María este título, revistiéndolo con multitud de imágenes bíblicas, entre otras la de la zarza ardiente:

El motivo de nuestra reunión de hoy es la santa Virgen María *Theotókos*, tesoro inmaculado de virginidad, paraíso espiritual del segundo Adán, oficina en la que se ha llevado a cabo la unión de las dos naturalezas en Cristo, mercado del salvífico intercambio, tálamo en el que el Verbo ha desposado la carne, zarza viva que no fue consumada por el fuego del parto divino, verdadera nube ligera que dio a luz a Aquel que, con su cuerpo, está por encima de los querubines, vellón regado con el rocío celestial.

En uno de los himnos marianos de la Iglesia etiópica, se canta a María: "Tú eres la zarza vista por Moisés en medio de llamas y que no se consumaba, la que es el Hijo del Señor. El vino y habitó en tus entrañas y el fuego de su divinidad no consumió tu carne". Y en la Iglesia bizantina, en el *Ottoico* se dice:

La sombra de la ley desapareció cuando apareció la gracia. En efecto, como la zarza ardiente no se consumaba, así tú engendraste siendo Virgen y permaneciste Virgen. En lugar de la columna de fuego, se ha alzado el Sol de justicia; en lugar de Moisés, Jesús, salvador de nuestras almas.

En este mismo sentido el *Ottoico* aplica a María otros hechos milagrosos del Antiguo Testamento:

Ya antiguamente el Mar Rojo ofreció una imagen de lo que aconteció a la Virgen María. Allí fue Moisés quien dividió las aguas; aquí fue encomendada a Gabriel la misión de intermediario del prodigio. Entonces Israel atravesó el abismo a pie enjuto; ahora la Virgen engendra a Cristo sin semen humano. Después del paso de Israel el mar permaneció intransitable; la Inmaculada, después del nacimiento del Emmanuel, permaneció sin mancha. Oh *Theotókos*, te sabemos Madre por encima de las leyes naturales. Tú has permanecido Virgen de modo inefable e incomprensible. La lengua no puede expresar la maravilla de tu parto. En efecto tú has concebido en forma gloriosa e insondable es el modo como aconteció el parto. Allí donde Dios quiere, el orden natural es superado.

Como el cuerpo glorioso de Cristo resucitado participa de la gloria del mundo futuro, y nosotros estamos llamados a "ser semejantes a El, pues le veremos como es" (1Jn 3,2), la himnografía aplica a la virginidad de María en el parto la analogía de la gloria de la resurrección: "Dejando intactos los sellos, oh Cristo, saliste del sepulcro, tú que en el nacimiento has dejado intacto el seno de la Virgen y nos has abierto las puertas del paraíso".¹⁶ "Cuando te has encarnado has dejado intacto el seno de la Virgen y tampoco has roto los sellos de la tumba, Rey de la creación".¹⁷

¹⁶ 1º *Tropario*, oda 6ª del canon de San Juan Damasceno.

¹⁷ 2º *theotokion* de Teofanes.

5. CONCEBIRÁS Y DARÁS A LUZ UN HIJO

A) LA VIRGEN-MADRE

La virginidad y maternidad están indisolublemente unidas, iluminándose mutuamente tanto en María como en la Iglesia. Tanto María como la Iglesia están virginalmente orientadas a unirse totalmente con Cristo en el Espíritu Santo, sin dejarse seducir por los ídolos o seducciones ideológicas del mundo. Por ello, ambas son fecundas, engendrando vida para el mundo. María es la puerta celestial por la que entró Dios visiblemente en este mundo. Ahí se manifiesta el título de Virgen Madre. En efecto, para engendrar a Dios en la carne, tenía que ser virgen, es decir, desposada con Dios; y como engendró a Dios en la carne, fue madre.

¡Cosa admirable! La Virgen se hace Madre y permanece virgen. Observa de nuevo el orden de la naturaleza. Entre las otras mujeres, si una es virgen no es madre. Y cuando se hace madre, ya no tiene la virginidad. En este caso, ambos atributos concurren en la misma persona. Porque ella misma es madre y virgen. Ni la virginidad impidió el parto, ni el parto disolvió la virginidad.¹

En virtud de la gracia de Dios, de la que está llena, María fue preparada para su misión: ser la Virgen-Madre del Hijo de Dios. En su espíritu llevaba grabada la vocación a la virginidad y a la maternidad. Este es el fruto de la gracia de Dios, que ha modelado a María, infundiendo en ella el deseo de virginidad, para hacerla madre de su Hijo. Y la misma gracia le da esa gozosa aceptación de los designios de Dios: "Hágase en mí según has dicho".² El *fiat* expresa la alegría del abandono total al querer de Dios.

María, desposada con José, aspira existencialmente a la virginidad y a la maternidad. Lo que no sabe es cómo se pueden compaginar las dos cosas. Dios ha concedido muchas veces un hijo a mujeres estériles. Pero su situación es única, sin precedentes. ¿Cómo será lo que se le anuncia? Es lo que pregunta al ángel y lo que éste le aclara: será una maternidad virginal, sin intervención de varón: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo cual, el que nacerá será llamado Hijo de Dios" (Lc 1,35).

"Pues yo no conozco varón", dice María, es decir "soy virgen", como traduce Cayetano y otros comentaristas antiguos. ¿Cómo hay que interpretar estas palabras de María? Ciertamente sería un anacronismo en este momento de la historia de la salvación hablar de un propósito, y más aún de voto, de permanecer virgen.

Pero sí expresa una orientación, una inclinación profunda a vivir virginalmente, un deseo de virginidad, que María experimenta y vive existencialmente, aunque no haya tomado forma de resolución, pues ha aceptado los desposorios con José,

¹ S. GREGORIO NISENO, *Hom. in natalem Domini*: PG 46,1136.

² Lucas, para expresar el *fiat* de María emplea el optativo *genoito*, que expresa "un gozoso deseo" de que no tiene nada de resignación u obligada sumisión.

siguiendo las costumbres de su tiempo y de su ambiente. Pero la aspiración de su alma se orienta en otra dirección. Esta paradoja interior recibe una solución maravillosa en el momento en que el ángel le anuncia que ella será madre del Mesías, del Hijo de Dios, de una manera virginal. Por obra del Espíritu Santo, virginidad y maternidad irán unidas en María por caminos llenos de misterio.

Esta es la interpretación de Santo Tomás, que habla "del deseo de virginidad".³ Con fina intuición lo ha expresado Romano Guardini en este texto que sintetizo: "María ha concluido sus esponsales y no ha podido vivirlos más que como el inicio de un camino que habría de conducirla al matrimonio en el pleno sentido de la palabra. Sin embargo, no podía comprenderse a sí misma en una situación semejante, porque a ello se oponía *la orientación más profunda de su vida*. Si se le hubiera preguntado qué sesgo debían tomar las cosas, hubiera respondido que no lo sabía. María no tiene a mano más que las nociones de matrimonio y de maternidad. De aquí que María se ha desposado o, más bien, ha aceptado los desposorios que le ha propuesto su tutor, pero, al mismo tiempo, abriga la convicción íntima de que los acontecimientos seguirán un curso diferente... En este estado, María vive para Dios, llena de confianza, perseverando en presencia de lo incomprensible, dejándolo todo en manos de Dios. Y cuando al fin el ángel le transmite el mensaje de que ha ser Madre por obra y gracia del Espíritu Santo, su alma profunda dirá: ¡De modo que era esto!".⁴

San Bernardo termina su comentario de la Anunciación, dirigiéndose a María con transido lirismo:

Has oído, Virgen, el hecho; ya has oído también el modo. Las dos cosas son maravillosas, las dos son jubilosas. Alégrate, hija de Sión; grita exultante, hija de Jerusalén (Za 9,9). Ya que a tus oídos se les anunció el gozo y la alegría, escuchemos también nosotros de tu boca la gozosa respuesta que anhelamos, para que se alegren los huesos quebrantados (Is 51,10)... El ángel está aguardando la respuesta. Señora, también nosotros esperamos esa palabra tuya. Responde ya, oh Virgen, que nos urge... Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento y las entrañas al Creador. Mira que está a la puerta llamando el deseado de todos los pueblos (Ap 3,20). ¡Ah, si por retrasarte pasa de largo! Después tendrás que volver angustiada a buscar de nuevo al amor de tu alma (Ct 5,6). ¡Levántate, corre, abre! Levántate por la fe, corre con la devoción, abre con el consentimiento.⁵

El mensaje del ángel a María, además del anuncio de la concepción virginal, anuncia también el nacimiento virginal de Jesús, según numerosos testimonios de la

³ SANTO TOMÁS, *Sum. Theol.* III,q.28 a.4.

⁴ R. GUARDINI, *La Madre del Señor*, Madrid 1960,p. 39-43.

⁵ SAN BERNARDO, *De Laudibus Virginitatis Matris* IV,8: PL 183,83-84.

tradición patristica. San Cirilo de Jerusalén, comentando Lc 1,35, dice: "Su nacimiento fue puro, inmaculado; porque allí donde alienta el Espíritu Santo queda suprimida toda mancha. El nacimiento carnal del Hijo único de la Virgen fue, pues, un nacimiento sin mácula".⁶

En virtud de la concepción virginal y del parto virginal el niño será llamado "Hijo de Dios". Tanto la concepción virginal como el nacimiento son obra del Espíritu Santo: forman un todo. La diferencia está en que la concepción virginal tuvo lugar *secretamente*, en el seno de María, mientras que el nacimiento, como signo de aquella, fue *exterior*, sin lesión corporal para la madre y, por consiguiente, sin pérdida de sangre ("no de la sangre", dirá Juan). A la luz de estos dos signos se revela la filiación divina de Jesús. Jesús es el Hijo de Dios, porque no es José, sino Dios mismo su Padre: de ello es signo el nacimiento virginal.⁷ Romano el Melode pone en labios de María estas palabras dirigidas a su Hijo:

Tú eres mi fruto, tú eres mi vida. Por ti he sabido quién soy y que tú eres mi Dios. Por el sello inviolado de mi virginidad, yo puedo proclamar que tú eres el Verbo inmutable hecho carne.⁸

B) LA MADRE DE JESÚS

La virginidad de María es la explicitación del dato cristológico de que Jesús reconoce como padre únicamente al Padre celeste. Cuando, a los doce años, María le diga: "Mira *tu* padre y yo, angustiados, te buscábamos", Él le responderá: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de *mi* Padre?" (Lc 2,48-49). Un hombre no puede tener dos padres, dice con concisión Tertuliano.⁹ Por consiguiente, para ser la madre del Hijo de Dios, que no puede tener ningún otro padre más que Dios, María debe ser virgen, cubierta con la sombra del Espíritu Santo.

El evangelio de Juan es muy diferente de los sinópticos. Juan nos ofrece una visión teológica y espiritual de la vida de Jesús, el Verbo hecho carne. El misterio de la Encarnación es el corazón del cuarto evangelio, aunque no contenga ningún relato de la infancia de Jesús. Un hecho llamativo es que Juan nunca nombra a María por su nombre. Si no tuviéramos los otros evangelios, ni siquiera conoceríamos el nombre de "la madre de Jesús", como la designa Juan.¹⁰ Juan presenta a ciertas personas como "tipos" o símbolos y entonces el nombre de esas personas es secundario. Dos ejemplos típicos son el de "la madre de Jesús" y el del "discípulo que Jesús amaba". En el evangelio de Juan, todo lo que Jesús dice y hace viene a ser "signo" y "símbolo" de

⁶ SAN CIRILO DE JERUSALEN, *Cat. XII*, 32: PG 33,765A.

⁷ Cfr. el análisis detallado de I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, Madrid 1993.

⁸ ROMANO EL MELODE, *Homilía de Navidad*, II,1. Sobre la virginidad de María: CEC 496-511.

⁹ TERTULIANO, *Adv. Marc.* 4,10.

¹⁰ Cfr. Jn 2,1.3.5.12;6,41;19,25.

otra realidad misteriosa que sólo se percibe con los ojos de la fe. Esto no quiere decir que los episodios que se narran no hayan ocurrido, sino que son tan reales que para quien los mire y contemple con los ojos de la fe le revelan el misterio oculto en ellos.

Con relación a María, Juan concentra toda su atención en la función que ella cumple en relación a Jesús: es la *madre* de Aquel que es el Hijo de Dios, la madre del Verbo encarnado. La Encarnación consiste en que el Hijo de Dios se hace hombre, asumiendo un cuerpo humano, *nacido de mujer*, "la madre de Jesús". Siendo Jesús la figura central del evangelio, Juan nunca dice que "sea el Hijo de María", poniendo el acento sobre la persona de la madre. Para Juan, la madre importa en relación al Hijo. Ella es "la madre de Jesús".

En cambio, por dos veces, Juan usa la fórmula "el hijo de José" (1,45; 6,42). Pero, en ambos casos, lo hace para describir la convicción de otros y no la suya propia. Juan conoce perfectamente la concepción virginal de María y le atribuye un valor fundamental en el contexto concreto del misterio de la Encarnación del Verbo (1,12-13). Son los habitantes de Galilea quienes murmuran porque Jesús ha dicho que "ha bajado del cielo". Ellos no pueden admitirlo y dicen: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos?" (6,42). Pero al final de la perícopa, Juan invierte totalmente la situación: "Sólo el que viene de parte de Dios, ése ha visto al Padre" (6,46). Juan, partiendo de la opinión de los hombres, pasa a afirmar la filiación divina de Jesús: El viene de Dios, ha visto al Padre, tiene a Dios por Padre. Es el camino desde la incredulidad de los judíos en el misterio de la Encarnación y de la filiación divina de Jesús a la verdadera fe en la revelación del Padre y del "Unigénito que viene del Padre" (1,14). Todo hombre que recorre este camino tiene "vida eterna" (6,47). Juan, pues, cita la opinión de las gentes únicamente para responder: Jesús no es el hijo de José. ¿Por qué? Porque Jesucristo es "el Hijo del Padre" (2Jn 3; Jn 5,18).

De aquí que en Juan la maternidad de María se vea, igualmente, en la perspectiva de la Iglesia, porque su maternidad y su virginidad se prolongarán en la maternidad virginal de la Iglesia con relación a los creyentes. Es decir, lo que le interesa a Juan es el papel que María ha desempeñado en la historia de la salvación, en el misterio de Cristo y en el misterio de la Iglesia.

Para Juan, el hombre concreto Jesús es el templo de la presencia de Dios. En Jesús, Dios está presente en medio de nosotros. El es el Hijo de Dios. La unidad entre el *Hijo de Dios*, que viene del Padre, y el *hombre Jesús*, que ha aparecido en medio de nosotros, es lo que Juan quiere mostrar en todo su evangelio: "El Verbo se hizo carne" (1,14; Cfr. 1 Jn 1,2). Pero, ¿se interesa de la concepción virginal o no dice nada de ella? En el prólogo, Juan dice:

Mas a cuantos le recibieron, les dio poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; el cual no de las sangres, ni

de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios fue engendrado (Jn 1,12-13).¹¹

En este pasaje Juan juega con dos tiempos del mismo verbo: el perfecto para los cristianos y el aoristo (en singular) para Cristo, lo mismo que en su primera carta: "Sabemos que todos los que han nacido de Dios no pecan, pues el Engendrado por Dios les guarda y el maligno no les toca" (1Jn 5,18). Para los creyentes, en los que se ha hecho realidad el renacimiento bautismal, Juan utiliza el perfecto, indicando una situación actual, consecuencia de una acción pasada. El cristiano es alguien que ha nacido de Dios, alguien en quien la Palabra de Dios y el Espíritu han transformado en un nuevo ser: un hijo de Dios. La Encarnación de Cristo, en cambio, es un hecho histórico, que tuvo lugar en un momento determinado, a principios del siglo primero. Para expresarlo, Juan emplea el aoristo, el tiempo pasado: "Aquel que fue engendrado por Dios". Es el tiempo usado en Jn 1,13, donde se describe, por tanto, la Encarnación de Cristo, y no el nuevo nacimiento de los cristianos.¹²

Si Cristo no ha sido engendrado por "la voluntad de varón" es claro que su concepción ha sido virginal. Si ningún hombre ha intervenido en la manera en que el Hijo de Dios ha tomado carne humana, es que ha sido una *concepción virginal*. Ya San Ireneo escribe:

No nació de la voluntad de un varón. José no tuvo parte alguna en su nacimiento; únicamente María colaboró con Él, manteniéndose disponible, para que comprendiésemos que su venida en la carne *no era fruto de la voluntad de un hombre, sino de la voluntad de Dios*.¹³

¹¹ Esta traducción en singular del v. 13 es la de la Biblia de Jerusalén, aunque casi todas las traducciones lo leen en plural, refiriéndose al nacimiento espiritual de los cristianos. Para la justificación del singular, ver I. DE LA POTTERIE, o.c., p.128-158, con la bibliografía correspondiente.

Las citas patrísticas del siglo II, del v.13, traen todas el singular. Los manuscritos de la Biblia, que son posteriores, traen, en cambio, el plural. La forma plural aparece, por primera vez en Alejandría, en el contexto de la polémica contra los gnósticos. Tertuliano acusa a los valentinianos de haber introducido fraudulentamente el plural "para apoyar sobre un texto de Juan la existencia de sus elegidos-espirituales": "¿Qué significa, pues, el cual no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios ha nacido?" Es éste el giro que yo empleo con preferencia, y quiero acorrallar a sus falsificadores. Pretenden ellos, en efecto, que se ha escrito así: "los cuales no de la sangre, ni de la voluntad de la carne o del hombre, sino de Dios son nacidos", como si estas palabras designaran a aquellos que creen en su nombre, y que se mencionan más arriba; lo hacen a fin de mostrar que son ellos esta simiente misteriosa de "Elegidos" y "Espirituales", que se atribuyen a sí mismos. Pero, ¿cómo puede afirmarse tal cosa, siendo así que todos aquellos "que creen en su nombre" nacen, según la ley común del género humano, de la sangre y de la voluntad de la carne y del hombre, incluyendo al mismo Valentino? Así que está escrito en singular, de modo que se aplica al Señor: "sino de Dios ha nacido"; aplicación justísima, en cuanto Verbo de Dios. TERTULIANO, De Carne Christi 19,1-2.

¹² Cuando Juan, en su evangelio, describe una cualidad de la vida cristiana, lo hace siempre por analogía con Cristo: "Yo soy la resurrección y la vida... El que cree en mí vivirá" (11,25). Esta analogía se encuentra también en el prólogo, siempre que se lea en singular el v.13: venimos a ser hijos de Dios en la medida en que creemos en el nombre de aquel "que ha sido engendrado por Dios". Él es el Hijo de Dios; nosotros llegaremos a ser hijos de Dios. Si nos abrimos al misterio de Cristo por medio de la fe, entonces se imprimirán en nuestra vida los diversos aspectos del misterio de Cristo. Éste es el comienzo y la conclusión del cuarto evangelio: "Estas señales fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (20,31).

¹³ SAN IRENEO, *Adv. haer.* III,21,5,7. Cfr. SAN JERÓNIMO, *Epist.* 65,8,2: PL 22,267.

Y no sólo la concepción virginal, sino también el *parto virginal* se encuentra en el evangelio de Juan: "El cual *no nació de las sangres...*" (Jn 1,12). En castellano es extraño hablar de "sangres" (*damin*), pero es como está en el original, haciéndose eco del texto del Levítico, sobre las leyes de purificación de la mujer que ha dado a luz: "ella quedará en casa durante treinta y tres (o sesenta y seis) días *en las sangres* de su purificación... Luego el sacerdote hará por ella la expiación y será pura del flujo de sus *sangres*" (12,4-7). En este contexto se comprende la expresión de Juan: "el cual no nació de las sangres". Jesús, al nacer, no causó efusión de sangre en su madre. En otros términos: en el nacimiento de Jesús no habría tenido lugar impureza ritual alguna de la madre, porque no se dio pérdida de sangre. Tenemos aquí un indicio escriturístico de lo que los teólogos llaman "virginidad en el parto".

Hipólito, en el siglo segundo o comienzo del tercero, contraponiendo el nacimiento de Simón el Mago al de Cristo, escribe: "Simón no era Cristo, el que ha sido, es y será; era simplemente un hombre, salido de simiente humana, puesto en el mundo por una mujer, nacido *de las sangres y del deseo carnal*, como cualquier otro".¹⁴ Y así otros muchos Padres. San Ambrosio escribe: "Abrió el seno de su madre para salir de él inmaculado". Y San Jerónimo: "Admitimos que la madre que da a luz un hijo queda manchada por la sangre...; ¡pero que nadie piense esto de la Madre del Salvador!".¹⁵

San Gregorio de Nisa es el primero de los Padres griegos que expone de manera explícita la virginidad de María en el parto, entendida como integridad física. Dice:

Así como la Virgen misma no supo de qué manera en su cuerpo se formó el cuerpo portador de Dios, así tampoco sintió su nacimiento, según el profeta dio testimonio de que el parto sería indoloro. Porque dice Isaías: "Antes de que viniesen los dolores del parto, dio a luz un varón" (Is 66,7). Por eso él fue elegido para renovar el orden de la naturaleza en ambos sentidos: porque ni empezó a existir por placer; ni salió de la madre con fatiga. Y todo esto sucedió de modo conveniente y no sin razón. Pues así como aquella (Eva) que por el pecado introdujo la muerte en la naturaleza, fue condenada a dar a luz en medio de dolores y fatigas, convenía que la madre de la vida comenzara a concebir con gozo, y con gozo terminara con el parto. Por eso el arcángel le dice: "Alégrate, llena de gracia" (Lc 1,28), liberándola con esa palabra de la tristeza que desde el principio acompaña el dar a luz, a causa del pecado.¹⁶

En Juan se da una conexión entre el hecho y su significación, entre el acontecimiento histórico y su sentido teológico. La maternidad virginal de María es un hecho histórico, pero con un significado teológico que sitúa a María en el corazón del misterio de la salvación. La doble misión de María, como madre y como virgen, la coloca en relación permanente con la venida del Hijo de Dios al mundo, es decir, con el misterio de la Encarnación y del anuncio de la salvación a los hombres. El hecho

¹⁴ HIPÓLITO, *Elenchos* III,9,2.

¹⁵ SAN AMBROSIO, *In Lc2,57*: PL 15,1655; SAN JERÓNIMO, *Adv. Helvidium* 8: PL 23,201B-C.

¹⁶ SAN GREGORIO DE NISA, *Sobre el Cantar de los cantares* PG 44,1037-1062.

biológico de la concepción virginal no puede nunca separarse del significado profundo que el hecho encierra. Se trata, a la vez, del hecho asombroso y singular consistente en que una mujer sea madre sin dejar de ser virgen y, al mismo tiempo, de su significación para la fe cristiana. Dios se revela en los acontecimientos concretos de la historia de la salvación.

El nacimiento virginal se presenta como *signo* de la filiación divina de Jesús. Su nacimiento fue un nacimiento "santo" (Lc 1,35), un nacimiento que tuvo lugar sin pérdida de las "sangres" (Jn 1,13), sin intervención de varón. "El nacimiento virginal es el origen necesario de aquel que es el Hijo de Dios"; "Nacer sin intervención alguna de un padre terreno es el origen intrínsecamente necesario de aquel que podía decir a Dios *Padre mío*, de aquel que, incluso en cuanto hombre, era radicalmente hijo, el Hijo de ese Padre".¹⁷ "Ha de quedar claro que el nacimiento virginal es, ante todo, una afirmación cristológica: Jesús es el Hijo del Padre eterno de una manera tan singular que no podía tener también un padre terreno".¹⁸ "La maternidad virginal constituye el signo de la filiación divina; es su manifestación en la carne".¹⁹

Es lo que hallamos en la tradición patrística. Tertuliano dice: "Si Cristo nació de un ser humano, entonces es claro que tuvo que ser de una virgen. De lo contrario, si su madre no hubiera permanecido virgen, hubiera tenido dos padres: Dios y un hombre".²⁰ Lo mismo dice Proclo de Constantinopla, gran mariólogo de la Iglesia griega del siglo IV-V "Un Hijo único no puede nacer de dos padres. Aquel que no tiene madre en el cielo, no tiene padre en la tierra".²¹ Decir, pues, que María es virgen es, ante todo y esencialmente, proclamar un misterio de Cristo, el misterio de Cristo, "verdadero Dios y verdadero hombre". "Nacimiento de Cristo del Padre, sin madre. Nacimiento de Cristo de la Madre, sin padre. Los dos son maravillosos. El primer nacimiento tuvo lugar en la eternidad; el segundo, en el tiempo".²²

A los Padres les gusta repetir que "la profecía de Isaías preparó la credibilidad de algo increíble, explicando lo que es un signo: 'Pues el Señor os dará un signo: He aquí que una virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo' (Is 7,14). Un signo enviado por Dios no sería tal, si no envolviese alguna novedad extraordinaria. ¡No es un signo lo que todos los días sucede, es decir, que una joven no virgen conciba y dé a luz! Pero ¡sí es un signo el que una virgen sea madre!".²³

¹⁷ J. RATZINGER, *La figlia de Sion*, Milano 1972, p.49.

¹⁸ H. URS VON BALTHASAR, *Marie, première Église*, p. 7.

¹⁹ J. GALOT, La conception virginal du Christ, *Gregorianum* 49(1968)637-666.

²⁰ TERTULIANO, *Adv. Marcionem* W 10,6-7.

²¹ PROCLO, *Or. 4, in natalem diem Domini 3*: PG 61,714B.

²² SAN AGUSTÍN, *Sermo 4*: PL 46,982.

²³ TERTULIANO, *Adversus Marcionem* III 13,4-5: contra los que afirman que *almah* significa sólo joven y no virgen. Cfr. San JUSTINO, *Apología* I" 33,1; *Diálogo* 43,7-8; 66,1-67,2; 71,3; 84,1-3; SAN IRENEO, *Adversus haereses* III,21,1-5; ORÍGENES, *Contra Celso* I 32-51; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matheum Hornilla* 4,2-3...

Rufino de Aquileia dirá que para aceptar que Jesús nació de la Virgen por obra del Espíritu Santo "se requiere un oído limpio y un entendimiento puro":

¡Un parto nuevo fue dado al mundo! Y no sin razón. Pues quien en el cielo es el Hijo único, también en la tierra nace único y de modo único. De todos conocidas y evocadas en los Evangelios (Mt 1,22ss) son, a este respecto, las palabras de los profetas, afirmando que "una virgen concebirá y dará a luz un hijo" (Is 7,14). Pero también el profeta Ezequiel había preanunciado el modo admirable del parto, designando simbólicamente a María "puerta del Señor", es decir, a través de la cual el Señor entró en el mundo: "La puerta que da al oriente estará cerrada y no se abrirá ni nadie pasará por ella, porque el mismo Señor Dios de Israel pasará a través de ella, y estará cerrada" (Ez 44,2). ¿Pudo decirse algo más claro sobre la consagración de la Virgen? En ella estuvo cerrada la puerta de la virginidad; por ella entró en el mundo el Señor Dios de Israel y, a través de ella, salió del vientre de la Virgen, permaneciendo asimismo cerrada la puerta de la Virgen, pues conservó la virginidad.²⁴

Con la confesión de fe en la concepción virginal, la Iglesia confiesa que Cristo, el Salvador, es puro don, irrupción gratuita de Dios, no logro humano. Y esto para todo cristiano. La salvación en Cristo es don y no conquista humana. Cristo es don, que se acoge en la fe, como María Virgen.

Una concepción por obra del Espíritu Santo y cuyo fruto es el Hijo de Dios, nacido del Padre antes de los siglos, sólo puede ser virginal. Y además la acción del Espíritu Santo transforma totalmente el ser de María. Por eso la Iglesia confiesa la virginidad de María en el nacimiento y también después del nacimiento. San Ambrosio fue el primero en dar el fundamento teológico a la fe en la *perpetua virginidad* de María. Pero en los Padres y en la liturgia la Iglesia celebró siempre a la "siempre Virgen".²⁵

San Cirilo de Alejandría exclama en el concilio de Efeso: "Ella es, a la vez, madre y virgen: ¡oh misterio admirable! ".²⁶ He aquí la paradoja de la fe cristiana, pues lo que se dice de la madre de Jesús reviste un valor tipológico para la vida de los creyentes en la Iglesia. La virginidad de María, ligada desde el principio al núcleo central de la fe en Cristo, tiene un valor soteriológico. El misterio del parto virginal se relaciona con el misterio de la pascua: "¿Dónde está la fanfarronería de los llamados inteligentes? La verdad es que nuestro Dios Jesús, el Ungido, fue llevado por María en el seno conforme a la disposición de Dios; del linaje, cierto, de David; por obra, empero, del Espíritu Santo. El cual nació y fue bautizado, a fin de purificar el agua con su pasión. Y quedó oculta al príncipe de este mundo la virginidad de María y el parto de ella, del mismo modo que la muerte del Señor: tres misterios sonoros que se

²⁴ RUFINO DE AQUILEIA, *Expositio symboli*, 8-11.

²⁵ C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974.

²⁶ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Hom.* 4: PG 77,991C.

cumplieron en el silencio de Dios".²⁷ El "parto virginal" es el acontecimiento en que Dios se hizo visible al mundo en forma humana por primera vez, así, como, después de los dolores de la pasión y de la cruz, el Señor se manifestó a los hombres en la gloria de la resurrección.

Así es como también, al nacer, el Hijo, "lejos de menoscabar, consagró la integridad virginal de la Madre" (LG 57). El desarrollo del tema de la virginidad de María *después del parto* es fruto del deseo de ver en María un modelo luminoso de la existencia ofrecida totalmente a Dios. La "toda santa" es guía concreta para la vida de los monjes y de las vírgenes consagradas, así como para todos los bautizados que desean vivir en plenitud la gracia del don recibido en el bautismo mediante la radicalidad de su fe.

C) THEOTÓKOS: MADRE DE DIOS

Con Pablo comienza la vinculación de la mariología a la cristología, mediante el testimonio de la maternidad divina de María y de su significado salvífico: "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, *nacido de mujer*, nacido bajo el régimen de la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4,4-5).

María, como mujer, está inserta en la Encarnación mediante su maternidad: "La palabra de Dios puede entrar realmente en la serie generacional de la humanidad sólo mediante la concepción, la gravidez y el parto de una mujer. De esta manera se advierte la relación adamítica, como señala Pablo: 'lo mismo que la primera mujer se deriva del hombre, así ahora el hombre existe de nuevo mediante la mujer' (1Co 11,12). Y si la madre en cuestión es la madre de un niño humano que es personalmente Dios, entonces deberá llamarse con derecho *Theotókos*, engendradora de Dios".²⁸

El Evangelio de Lucas señala los dos momentos fundamentales de la maternidad de María: *concebirás y darás a luz* (Lc 1,31), que aparecen también en Mateo: "lo engendrado" en María es obra del Espíritu Santo y "ella dará a luz un hijo" (Mt 1,20s). Los dos momentos estaban anunciados en la profecía de Isaías: "Una virgen concebirá y dará a luz un hijo" (Is 7,14). La Iglesia latina ha subrayado el primer momento llamando a María *Dei Genitrix*, que se fija en el engendrar, mientras que la Iglesia griega subraya el segundo, al llamarla *Theotókos*, que se refiere al momento del parto.

Sin embargo hay que decir que en la lista genealógica de Jesús, recogida por Mateo, el verbo "engendrar" se reserva a los hombres; el papel de las mujeres se expresa con la preposición *de (ek)*: "Judá engendró a Fares y a Zéraj *de* Tamar. Salma engendró a Booz *de* Rajab. Booz engendró a Obed *de* Rut. David engendró a Salomón *de* la mujer de Urías" (Mt 1,3.5.6). Hablando del nacimiento de Jesús, Mateo

²⁷ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios* CVIII-XIX.

²⁸ U. VON BALTHASAR, *Teodramática* III, p.269.

usa por tres veces la misma preposición *de* (*ek*), una vez para María, *de* la que fue engendrado Jesús (1,16), y dos veces para el Espíritu Santo: "Lo que ha sido engendrado en ella es *de* (*ek*) el Espíritu Santo" (1,18.20). Es el Padre quien engendra al Hijo. Concebido del Espíritu Santo y de María, Jesús es "Hijo de Dios". Dios es el Padre que engendra, el Espíritu es su acción. María es el seno donde se cumple en la tierra la obra de Dios en su paternidad eterna.

Jesús nace divina y humanamente de su Dios y Padre, concebido a la vez *del* Espíritu Santo *y de* María. Los hijos de Dios nacen igualmente *de* (*ek*) el Espíritu Santo (Jn 3,5.6.8), en el agua bautismal de la Iglesia.

Madre de Dios es el más antiguo e importante título dogmático de la Virgen. Es la definición dogmática del Concilio de Éfeso en el año 431 para combatir la herejía de Nestorio. Es cierto que en el Nuevo Testamento no aparece explícitamente el título "Madre de Dios", dado a María. Pero, sí hallamos las afirmaciones que, bajo la atenta reflexión de la Iglesia iluminada por el Espíritu Santo, llevan a sacar esa conclusión. De María se dice que ha concebido y dado a luz un hijo, que es Hijo del Altísimo, santo e Hijo de Dios (Lc 1,31-32.35). Es llamada corrientemente en los evangelios: la Madre de Jesús, la madre del Señor (Lc 1,43), o simplemente "la madre", "su madre" (Jn 2,1-3). A la vez que la Iglesia, en su comprensión progresiva de la fe, se esclarece a sí misma quién es Jesús, se le esclarece, consiguientemente, de quién es madre María.

Los Padres sabían muy bien que en las controversias en torno a la divinidad del Hijo estaba en juego el mismo anuncio y ofrecimiento de la salvación, que acontecieron en El. La glorificación y confesión de Jesús tuvieron, desde los orígenes, un carácter soteriológico. Y la defensa de la fe en Cristo, causa de nuestra salvación, se convirtió al mismo tiempo en testimonio en torno a María, la Madre del Señor. En ciertos ambientes judíos (como los ebionitas) y en ambientes helenistas (como los adopcionistas), se tendía a acentuar la dimensión humana de Jesús, llegándose a eliminar su divinidad. En este contexto, el interés ortodoxo por María se preocupó por afirmar la concepción virginal de María, que implicaba la absoluta iniciativa divina ya desde el comienzo de la historia de su Hijo. En dirección opuesta, contra los gnósticos y los docetas, que reducían a pura apariencia la humanidad de Cristo, la Iglesia afirmó la verdadera humanidad de Cristo y, en consecuencia, su *nacimiento de mujer*. Así es como, junto a la virginidad de María, signo del origen divino del Hijo, la Iglesia afirma la maternidad divina de María.

El título de Madre de Dios nos testifica que Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. De otro modo se podría únicamente decir que María es Madre de Jesús. Pero, confesando que María es Madre de Dios, afirmamos que Cristo es Dios y hombre en una misma y única persona. Dios se ha unido al hombre en la unidad más profunda que exista: la unidad de la persona.

En un principio, durante el período de lucha contra las herejías gnóstica y donatista, la maternidad de María es considerada sólo como maternidad física. Los gnósticos y los donatistas negaban que Cristo tuviese un verdadero cuerpo humano;

no aceptaban que hubiese tomado un cuerpo de la carne de una mujer. Contra ellos, la Iglesia afirmó con fuerza que Jesús era verdaderamente hijo de María, "fruto de su seno" (Lc 1,42). María, por tanto, era verdadera madre de Jesús. Según algunos de estos herejes, Cristo había nacido de María, pero no había sido concebido en María, es decir, de su carne. Cristo habría nacido *a través* de la Virgen, pero no *de ella*: "puesto desde el cielo en María salió de ella pasando por ella y no siendo engendrado por ella, de modo que María en vez de madre sería la *vía* del nacimiento de Cristo".²⁹ "María no habría llevado en su seno a Jesús como hijo, sino como huésped".³⁰

La referencia a la maternidad divina de María está ya presente en el Símbolo apostólico, atestiguado en la *Traditio apostólica* de Hipólito, del comienzo del siglo III: ¿Crees tú en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació por el Espíritu Santo de la Virgen María...?³¹ La maternidad de María, en esta primera fase, sirve más que nada para demostrar la verdadera humanidad de Jesús. Y en este período se formó el artículo del Credo: "Nacido del Espíritu Santo y de la Virgen María". Es la confesión de fe en Jesús como Dios y hombre, en cuanto engendrado por el Espíritu Santo y por María. Pero es en el Credo niceno constantinopolitano (381) donde la mención de la Virgen María está cargada de significado soteriológico. Afirmando que Jesucristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, concluye: "que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo y de María la Virgen".³² La virginidad de María se presenta como la señal ineludible del hecho de que aquel que es concebido en ella no es fruto de acción humana, sino de Dios, aunque se afirma igualmente que en ella y de ella se ha hecho verdaderamente hombre.

Luego, durante las controversias del siglo V cuando el problema central no es el de la humanidad de Cristo, sino el de la *unidad de su persona*, María es proclamada *Theotókos*, Madre de Dios. La maternidad de María es vista en relación a la única persona del Verbo hecho hombre. Y, como esta única persona que María concibe según la carne no es otra que la persona divina del Hijo, consecuentemente ella es verdadera "Madre de Dios". Aunque María ha dado a Jesús sólo su humanidad y no la divinidad ha de ser considerada Madre de Dios, porque en Cristo humanidad y divinidad forman una sola persona. Con el Concilio de Efeso, la Iglesia profesa: "Si alguno no confiesa que Dios es verdaderamente el Emmanuel y que, por tanto, la

²⁹ TERTULIANO, *Contra los Valentinianos* 27,1. Desde San Ireneo son muchos ,los Padres que rechazan la expresión de los docetas: "El Verbo ha pasado por el seno de María como agua por un canal".

³⁰ TERTULIANO, *Sobre la carne de Cristo* 21,4. San Ireneo dirá que quien no comprende el nacimiento de Dios de la Virgen María tampoco podrá comprender la Eucaristía. Cfr. *Adv. haer.* V,2,3.

³¹ HIPÓLITO DE ROMA, *Tradición apostólica*, Salamanca 1986, p.76.

³² Es significativo que en el texto original griego la preposición *de* rige tanto para la mención del Espíritu Santo, principio divino, como para María, principio humano de la encarnación del Hijo de Dios.

Santa Virgen, habiendo engendrado según la carne al Verbo de Dios hecho carne, es la *Theotókos*, sea anatema".³³

Así se responde a los intentos reduccionistas respecto a Cristo y, en consecuencia, respecto a María de parte de Nestorio, que ve en Cristo dos personas: la divina y la humana; el Verbo divino se habría hospedado en el hombre Jesús como en un templo. En consecuencia María sería sólo Madre de Jesús y no se le podría llamar *Theotókos*, Madre de Dios. Contra Nestorio el Concilio de Efeso declara, según la carta de Cirilo a Nestorio:

Los santos Padres no tuvieron inconveniente en llamar *Madre de Dios* a la santa Virgen, no en el sentido de que la naturaleza del Verbo y su divinidad hayan tomado su principio del ser de la santa Virgen, sino en el sentido de que el Verbo se dice nacido según su carne, habiendo sacado de ella su santo cuerpo perfeccionado por el alma racional, con el cual estaba unido según la hipóstasis.³⁴

En contra del monofisismo, que tendía a eliminar la carne de Cristo, la afirmación de la maternidad de María declara la plenitud de la humanidad del Hijo; igualmente, el título de Virgen, afirmando la primacía de Dios en la encarnación, no niega la humanidad del Verbo. El concilio de Calcedonia (451) da la fórmula definitiva:

Siguiendo, pues, a los santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo..., engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad.³⁵

Finalmente, el concilio del Laterano, convocado en el 649, dará la formulación oficial de lo que se había ido definiendo en los siglos V y VI: María es virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Así se expresa en el tercer canon:

Si alguno no confiesa, según los santos Padres, que la santa siempre virgen e inmaculada María es en sentido propio y verdadero Madre de Dios, ella que al final de los siglos, sin semen humano, ha concebido en modo único y verdadero por obra del Espíritu Santo al mismo Dios Verbo, nacido de Dios antes de todos los siglos, y

³³ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, Anatematismo I contra Nestorio en *Enchiridium syrnborum*, n.252. La proclamación de María como *Theotókos* provocó el júbilo en el pueblo de Éfeso, que esperaba a los Padres fuera del aula conciliar y los acompañó con velas y cantos a sus casas. Entonces se multiplicaron las fiestas, iconos, himnos e Iglesias dedicadas a María Madre de Dios.

³⁴ DS 251.

³⁵ DS 301.

que le ha engendrado permaneciendo íntegra su virginidad, permaneciendo íntegra también después del parto, se anatema.³⁶

Quien confiese, por fidelidad a la Escritura, que Jesús es Señor y Cristo, reconocerá también la concepción virginal y la maternidad divina de María en su integridad. El que niegue estas verdades relativas a ella comprometerá inevitablemente la fe en el Hijo de Dios, hecho hombre en la Virgen María por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Dios mismo se ha encarnado en el seno de María, verdadero Dios y verdadero hombre, pues en Cristo no hay dos personas, sino una única Persona.³⁷

El título de Madre de Dios es una defensa contra todo intento de hacer de Jesús una idea en vez de aceptarlo como una verdadera persona. María ha anclado a Dios en la tierra y en la humanidad, haciendo de él para siempre el Emmanuel, el Dios con nosotros. María acoge e introduce en el género humano al Salvador y la salvación. La Virgen de Nazaret se ha abierto al Espíritu Santo en la fe y en la obediencia y en ella se ha realizado el nacimiento terreno del Hijo nacido eternamente del Padre en el Espíritu Santo. Ya a comienzos del siglo II, San Ignacio de Antioquía, escribe a los fieles de Esmirna: "Estáis bien persuadidos en cuanto a Nuestro Señor; que es en verdad de la estirpe de David según la carne, Hijo de Dios por la voluntad y el poder divinos, verdaderamente nacido de una Virgen". Y a los Efesios les escribe: "Pues nuestro Dios, Jesús el Cristo, según la dispensación divina, fue concebido por María en su seno, de la semilla de David y del Espíritu Santo".³⁸

D) MARÍA Y LA MATERNIDAD VIRGINAL DE LA IGLESIA

En las controversias cristológicas de los padres griegos, el título de *Theotókos* estaba más en función de Cristo que de María, aunque fuera un título mariano. Fueron los Padres de la Iglesia latina, sobre todo san Agustín, los que dieron un tercer paso. María es madre en sentido personal y no solamente en sentido biológico. La maternidad de María es vista como *maternidad en la fe*. La insistencia en la fe de María es precisamente el motivo de inspiración de este desarrollo del dogma mariano de la maternidad virginal. En sintonía con la perspectiva evangélica, la Virgen es

³⁶ DS 503. CEC 456-469. Y con precisión total, la constitución *Cum quoruindan hominum* condena a quienes confiesen que la "beatísima" Virgen María no es verdadera Madre de Dios ni permaneció siempre en la integridad de la virginidad, a saber, antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto: DS 1880.

³⁷ "Para aclarar el título de *madre de Dios* hay que analizar el sentido de la maternidad, que no consiste sólo en el acto con el que la mujer concibe y da a luz al niño. Constituye una relación permanente de persona a persona, sobre el fundamento de la generación. Una madre es madre de la persona de su hijo. Según la expresión repetida en el concilio de Calcedonia, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es 'uno solo y el mismo'. Así, pues, no hay antes una relación de María con el hombre Jesús, a la que se añadiría posteriormente una relación con Jesús Hijo de Dios. Hay 'una y misma' relación de la persona María con la persona divina del Hijo. Se trata de una relación directa con Dios, puesto que el Hijo es Dios...La filiación temporal es la prolongación de la filiación eterna, como su manifestación en el mundo. El Padre engendra, temporalmente, a su Hijo por obra del Espíritu Santo, y lo hace con el concurso de María. La grandeza de María consiste en ser la asociada del Padre en esta generación": J. GALOT, *María, la donna nell'opera della salvezza*, Roma 1984, p.99-107.

³⁸ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Esm.* 1,1; *Efes.* 18,219,1.

considerada como la figura ejemplar del creyente. San Agustín fue quien llevó a su plenitud el desarrollo del tema de la fe de María:

Mayor merecimiento de María es haber sido discípula de Cristo que el haber sido madre de Cristo. María es bienaventurada porque oyó la palabra de Dios y la puso en práctica; porque más guardó la verdad en la mente que la carne en el vientre. Verdad es Cristo; carne es Cristo; verdad en la mente de María, carne en el vientre de María, y vale más lo que se lleva en la mente que lo que se lleva en el vientre.³⁹

Así es como la fe de María es ejemplar; ya que expresa su entrega incondicional a Dios en la fe: "Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco maternal a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne".⁴⁰ Bajo esta luz Agustín afirma la perpetua virginidad de María:

Debido a su santa concepción en el seno de una virgen, realizada no con el ardor de la concupiscencia de la carne, sino con el fervor de la caridad que emana de la fe, se dice que Cristo nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. ¿Quién comprenderá la novedad inusitada, única en el mundo, increíble pero hecha creíble y creída increíblemente en todo el mundo, de que una virgen concibió, una virgen dio a luz y, dando a luz, siguió siendo virgen?⁴¹

En la Iglesia, la virginidad sólo tendrá sentido con este significado: para, a imitación de María, ser una persona "indivisa, santa e inmaculada, dedicada únicamente a las cosas del Señor" (1Co 7,34), en una especie de maternidad espiritual, según la promesa de Jesús a quienes escuchan y guardan con fe pura la Palabra de Dios (Lc 8,12).

María es llamada la Virgen, la Santísima Virgen. Aparece, pues, en contraste con la "Virgen Sión" o la "Virgen Israel" a la que los profetas reprochan sus infidelidades al Dios de la alianza. En el Nuevo Testamento, pues, la Virgen Sión se aplica a María para dar a entender que, por primera vez, la virginidad de la hija de Sión, su perfecta fidelidad a la alianza, se realiza ahora en la Madre de Jesús. De este modo María, *figura Synagogae*, es al mismo tiempo icono y arquetipo de la Iglesia en el contexto de la alianza. Su virginidad de la carne es signo de su "virginidad del corazón" o "virginidad de la fe", es decir, de la integridad y pureza de la fe. Esta virginidad interior de María es la que da valor a su virginidad física. Y a este nivel del corazón, a este nivel interior de la virginidad, se aplica a María el tema profético de la "Virgen Sión", la Hija de Sión. Y es precisamente esta fidelidad interior o virginidad del corazón la que hace a María figura de la Iglesia. La virginidad del corazón es

³⁹ SAN AGUSTÍN, *Sereno* 25,7

⁴⁰ SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate* 3,3.

⁴¹ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 214,6: PL 38,1069; *Sermo* 190,2: PL 38,1008.

necesaria para todos en la Iglesia (2Co 11,2), porque consiste en la "virginidad de la fe"; la Iglesia ha de pasar de la "fornicación" a la "virginidad".⁴²

Esta actitud de fidelidad es la que expresó el pueblo de Dios en el momento de la conclusión de la Alianza en el Sinaí: "Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yahveh" (Ex 19,8). En el *fiat*, expresando su pleno consentimiento a lo que ha dicho el Señor, María personifica a la Hija de Sión y se hace imagen del nuevo pueblo de Dios, que es la Iglesia.

María es Madre de Dios no sólo porque lo ha llevado físicamente en su seno, sino porque lo ha concebido antes en su corazón con la fe. Nosotros no podemos tomar a María como modelo en el primer sentido, pero sí en el segundo, concibiendo a Cristo en el corazón por la fe. Haciéndose intérprete de la tradición, San Agustín dice:

María alumbró a vuestra Cabeza, la Iglesia os alumbró a vosotros, puesto que también ésta es madre y virgen al mismo tiempo: madre por el seno de amor, virgen por la incolumidad de la fe. Ésta alumbró a pueblos que son miembros de uno solo, de la que es cuerpo y esposa, comparable también en esto a aquella única Virgen María que en muchos es madre de la unidad.⁴³

San Agustín relaciona constantemente el nacimiento virginal de Cristo, por obra del Espíritu Santo y de la Virgen María, y la maternidad virginal de la Iglesia:

Nacido por obra del Espíritu Santo y de la Virgen María. He aquí por qué vía vino, quién vino y a quién viene: a través de la Virgen María en la que actuó el Espíritu Santo, y no un marido humano, el Espíritu Santo fecundó a la casta, dejándola intacta... Igualmente la Santa Iglesia es virgen y da a luz. Imita a María que dio a luz al Señor. ¿Acaso la Santa María no era virgen y, sin embargo, dio a luz y permaneció virgen? Así también la Iglesia: da a luz y es virgen. Y si reflexionas, da a luz también a Cristo, porque son sus miembros quienes son bautizados... Por tanto, si la Iglesia da a luz los miembros de Cristo, quiere decir que es completamente semejante a María.⁴⁴

Jesús fue el primero en aplicar a la Iglesia creyente el título de "Madre de Cristo", cuando declaró: "Mi madre y mis hermanos son quienes escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 8,21; Mc 3,31; Mt 12,49). Y comenta San Agustín:

Comprendo que nosotros seamos hermanos de Cristo y que sean hermanas de Cristo las santas y fieles mujeres. ¿Pero en qué sentido

⁴² SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.* 147,10.

⁴³ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 192,2: PL 38,1012. Cfr. H. RAHNER, *María y la Iglesia*, Bilbao 1958.

⁴⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 213,3.7: PL 38,1061.1064.

podemos ser madres de Cristo? ¿Nos atreveremos a llamarnos madres de Cristo? ¡Ciertamente, nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo! No me atreveré a negar lo que ha afirmado el mismo Cristo. Animo, pues, hermanos, observad cómo la Iglesia es la esposa de Cristo, lo cual es evidente. Lo que es más difícil de comprender, aunque es verdad, es que sea la madre de Cristo. La Virgen María ha precedido a la Iglesia como su figura. Ahora os pregunto: ¿cómo es que María es madre de Cristo si no es porque ha dado a luz los miembros de Cristo? Miembros de Cristo sois vosotros, a quienes estoy hablando: ¿quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: "la Madre Iglesia", esta madre santa, semejante a María, da a luz y es virgen... Los miembros de Cristo dan a luz, por tanto, con el Espíritu Santo, como María virgen dio a luz a Cristo con su vientre; así, pues, seréis madres de Cristo. No es una cosa lejana a vosotros; no está fuera de vuestro alcance; no es incompatible para vosotros; os habéis convertido en hijos, sed también madres.⁴⁵

"¿De qué me sirve a mí -decía Orígenes- que Cristo haya nacido una vez de María en Belén, si no nace también por la fe en mí?".⁴⁶

La *Lumen gentium*, en fidelidad a la Tradición patristica, afirma:

La Bienaventurada Virgen, por el don de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, está unida también íntimamente a la Iglesia. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia "en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo".⁴⁷ Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre, pues creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como nueva Eva, prestando fe, no adulterada por duda alguna, no a la antigua serpiente, sino al mensaje de Dios. Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó como primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), a saber: los fieles a cuya generación y educación coopera con materno amor. Ahora bien, la Iglesia, contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también es hecha Madre, por la palabra de Dios fielmente recibida; en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo e, imitando a

⁴⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 72A.

⁴⁶ ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de Lucas* 22,3.

⁴⁷ SAN AMBROSIO, *Expos. Lc II,7*: PL 15,1555.

la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la caridad sincera (LG 63-64).

En la piscina bautismal, la Iglesia "se hace madre de todos los fieles por obra del Espíritu Santo, permaneciendo virgen".⁴⁸ "La santa Iglesia, virgen por la castidad, fecunda por la prole, nos da a luz cual virgen fecundada no por un hombre, sino por el Espíritu Santo".⁴⁹ San Cipriano dirá con concisión: "No se puede tener a Dios por Padre si no se tiene a la Iglesia por madre".⁵⁰ Llegamos a Dios, nuestro Padre, por medio de la Iglesia, nuestra madre. Algo similar dirá San Agustín: "La Iglesia sola es nuestra madre, según lo que dice el Apóstol: 'quien os engendré fui yo' (1Co 4,15). Quien desprecia a la Iglesia, no puede confiar en la gracia de Dios, su Padre".⁵¹

⁴⁸ DÍDIMO ALEJANDRINO, *Sobre la Trinidad* II,13: PG 39,692.

⁴⁹ SAN AMBROSIO, *Exposición del Evangelio según San Lucas* II,7.

⁵⁰ SAN CIPRIANO, *De catholica Ecclesiae unitate* 6.

⁵¹ SAN AGUSTÍN, Sermo 92.

6. ¿CÓMO ES QUE LA MADRE DE MI SEÑOR VIENE A MÍ?

A) ARCA DE LA ALIANZA

"Concebirás en tu seno" (Lc 1,31) expresa el cumplimiento de los anuncios proféticos a la Hija de Sión: "Alégrate, Hija de Sión; Yahveh, Rey de Israel, está en tu seno (o en medio de ti)" (So 3,16-17). Por medio de María se realiza la aspiración del Antiguo Testamento, la habitación de Dios en *el seno de su pueblo*.¹ El "seno de Israel" indica la presencia del Señor en el Templo (So 3,5; Jl 2,27). El tabernáculo y el templo son la morada de Dios en el seno de Israel, en el arca de la alianza: "No tiembles ante ellos, porque en tu seno está Yahveh, tu Dios, el Dios grande y terrible" (Dt 7,21). María, Hija de Sión, va a ser la Madre del Mesías y, en el momento de su concepción virginal, Yahveh vendrá a morar en su seno, como en el arca de la alianza. Hija de Sión, Madre del Mesías, Morada de Dios, tales son los títulos que pueden darse a María, contemplándola desde la perspectiva del Antiguo Testamento, que San Lucas ha querido subrayar.²

María, pues, es presentada en el evangelio como la nueva arca de la alianza, sobre la cual baja la nube del Espíritu, lo mismo que descendía y moraba sobre la tienda de la reunión de la antigua alianza (Lc 1,35; Ex 40,35). Dios que en su espíritu bajó a morar en el monte Sinaí, más tarde en el arca y luego en el templo bajo la forma de nube, descansa ahora en el seno de María de Nazaret. Ella, envuelta por la nube del Espíritu, fuerza del Altísimo, está llena de la presencia encarnada del Hijo de Dios.

El saludo gozoso, que el ángel dirige a María, anuncia el cumplimiento de la nueva alianza, que viene a realizarse en ella, la virgen esposa de José, madre virginal del Hijo de Dios. El Espíritu creador, anunciado por los profetas (Is 32,15; 44,3; Ez 37,1-14), realiza en María el milagro de la nueva creación. El "Espíritu nuevo" viene a realizar la nueva alianza.

María se encuentra entre la antigua y la nueva alianza, como la aurora entre el día y la noche.³ Juan Bautista, aún en el seno de su madre, exulta de alegría al oír la voz del Esposo de la nueva alianza, presente en el seno de María: "El que tiene a la novia es el novio, pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz de novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud" (Jn 3,29).

La descripción de Lucas, que nos presenta a María subiendo "con prisa" a la montaña de Judá, evoca las palabras del libro de la Consolación de Isaías: "¡Qué hermosos son sobre las montañas los pies del mensajero de la buena nueva que proclama la paz, que trae la felicidad, que anuncia la salvación, que dice a Sión: Tu

¹ Is 12,6; Sal 46,6; Os 11,9; Mi 3,11.

² M. THURIAN, *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Zaragoza 1966, p. 29.

³ SANTO TOMÁS, In libro IV Sententiarum d.30,q.2,a.1.

Dios reina!" (Is 52,7). María es la primera mensajera de la Buena Nueva; en su seno lleva el Evangelio. La exultación suscitada por el Mesías en Isabel y en el hijo que salta de gozo en sus entrañas es la alegría del Evangelio que se difunde, transformando a las personas, "llenándolas del Espíritu Santo".

Lucas nos presenta, en paralelo, el anuncio a Zacarías (1,5-25) y el anuncio a María (1,26-38). Colocando el uno junto al otro y comparándolos, Lucas nos muestra cómo en Juan, el hijo de Zacarías e Isabel, se cumple el tiempo de la preparación y con Jesús, el Hijo de María, se inaugura el cumplimiento del designio salvífico de Dios. Cada uno de los dos anuncios tienen su lugar propio. El anuncio a Zacarías tiene lugar en el Templo de Jerusalén, "a la derecha del altar del incienso" (Lc 1,11). Es el lugar más santo de Israel, el pueblo de la Antigua Alianza. El anuncio a María, en cambio, se realiza en "una ciudad de Galilea, llamada Nazaret" (Lc 1,26). Con Jesús cesa la economía del templo de piedra. En vez del lugar sagrado, el anuncio a María ocurre en una zona profana, la "Galilea de los gentiles" (Is 8,23; Mt 4,14-15), en los confines entre Israel y los otros pueblos, una región despreciada (Jn 1,46; 7,52). El anuncio de la nueva y eterna Alianza no se hace en Jerusalén, ni en el templo, sino en Galilea, en la franja de la Tierra Santa, donde conviven hebreos y no hebreos. En el designio de Dios, Nazaret y María aparecen como el signo de la superación de las barreras, signo de la universalidad de la salvación. Jesús, presencia de Dios entre los hombres, no viene a habitar en el templo, sino en María y en "aquellos que escuchan la palabra". La persona misma de la Virgen parece presentarse ya como el nuevo templo. Lucas nos dice que el ángel Gabriel "entró donde ella" (Lc 1,28). La persona misma de María es el lugar donde Dios desciende a dialogar con ella. Están comenzando los tiempos nuevos. El Dios de la Alianza, encarnándose en el seno de una mujer de "la Galilea de los gentiles" es el Dios que se acerca a "toda persona de cualquier nación, que lo tema y practique la justicia" (Hch 10,35).

El anuncio del Precursor está rodeado de toda la solemnidad del culto judío; el ángel se dirige a un sacerdote mientras ejerce su ministerio en el Santo de los Santos, con afluencia del pueblo, que en silencio aguarda y se une a la oración del sacerdote. Frente a esta solemnidad es sorprendente la simplicidad de la anunciación a María, de la que sólo se nos da su nombre, mientras que de Zacarías se hace constar su linaje sacerdotal, como descendiente de Aarón, igual que su esposa Isabel. De María, San Lucas no nos da ninguna noticia de sus antepasados ni de sus méritos. María es la muchacha elegida gratuitamente por Dios: "la llena de gracia". Zacarías "tiene una visión" "a la hora del incienso", cuando el ángel le declara que su oración ha sido escuchada. De María no nos dice ni la hora, ni lo que estuviera haciendo ni que tuviera ninguna visión. María simplemente "oyó una voz que la saludaba".

En el paralelismo de los dos anuncios aparecen las diferencias entre la antigua y la nueva alianza. Es el mismo ángel Gabriel el que hace los dos anuncios, como lazo que los relaciona. Pero las diferencias son notables. Zacarías e Isabel eran "irreprochables ante Dios y seguían escrupulosamente todos los preceptos del Señor" (1,6), María es "la llena de gracia", es decir, se encuentra bajo el favor de Dios, colmada de su benevolencia gratuita. En Zacarías se destaca la acción humana; en

María resplandece la iniciativa libre, gratuita y poderosa de Dios. Zacarías "entra en el santuario del Señor" y allí encuentra al ángel. María no tiene que desplazarse, porque es el ángel quien "es enviado donde ella". En la nueva alianza, no es el hombre quien va hacia Dios, sino Dios quien viene a buscar al hombre. Antes los hombres debían "subir" al templo para hallar la presencia de Dios, ahora es Dios quien "baja" a los hombres. En María Dios desciende en medio de los hombres. El anuncio del nacimiento del Hijo de Dios tiene lugar lejos de Jerusalén y de su templo, porque con la Encarnación María es consagrada como nuevo templo, como nueva arca de la alianza, como nueva morada de Dios. Más tarde serán llamados templo de Dios, además de Cristo, también la Iglesia y los cristianos (Jn 2,21; 1Co 3,16; 6,19).

En Zacarías, la objeción "**¿En qué** puedo conocer esto?" revela una falta de fe, pues ante el anuncio pone sus ojos en la edad avanzada suya y de su mujer (v.18.20). La pregunta de María, en cambio, no se refiere al contenido del anuncio, sino a la modalidad de la misma: "**¿Cómo** será esto, si no conozco varón?" (v.34). María no duda del poder de Dios, sino que pide que se le indique el camino a seguir. Lo que María desea es discernir los caminos del Señor para ofrecerle su disponibilidad radical. Se trasluce la actitud de fe en la respuesta: "He aquí la esclava del Señor, que me suceda según dices" (v.38). El *fiat* de María está en el original griego en optativo, que expresa el deseo gozoso de colaborar con lo que Dios quiere de ella. Es el gozo de abandonarse a la voluntad de Dios. El elogio de Isabel, llena del Espíritu Santo - "bendita tú que has creído que se cumplirían las cosas que te fueron dichas de parte del Señor"- es el contrapeso al reproche del ángel a su esposo, "porque no diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo".

El paralelismo de las dos anunciaciones culmina en la confrontación entre los dos hijos que van a nacer: Juan "quedará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre" (v.15) y preparará los caminos del Señor (v.16). Jesús no sólo será "lleno del Espíritu Santo" (Lc 4,1), sino que es concebido por obra del Espíritu Santo y, por eso, será llamado "Hijo del Altísimo" (1,32), "Hijo de Dios" (v.35). Mientras que Isabel *engendra*, María *da a luz*, porque está excluida la acción del varón; la concepción del Hijo de María será obra del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios" (v.35). Lo mismo que la nube "cubría" la tienda (Ex 40,34-35), como signo de que el interior de la tienda estaba lleno de la gloria de Dios, así el poder del Altísimo "cubrirá" con su Sombra a María, convirtiéndola en la morada llena del Espíritu Santo. Lo que en Juan es preparación y espera, en Jesús es cumplimiento maravilloso.

La imagen del arca, lugar en donde se revela de un modo singular la presencia de Dios a Israel, aparece en filigrana sobre todo en la narración de la visitación de María a Isabel. María, que lleva en su seno al Mesías, es el arca de la nueva alianza, el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. En el episodio de la visita de María a Isabel (Lc 1,39-59), el relato de Lucas parece modelado sobre el del traslado

del arca de la alianza a Jerusalén⁴. El contexto geográfico es el mismo: la región de Judá. El arca de la alianza, descrita en el libro del Exodo, capturada por los filisteos, tras la victoria de David sobre ellos, es llevada de nuevo a Israel en diversas etapas, primero a Quiriat Yearim y luego a Jerusalén. En ambos acontecimientos hay manifestaciones de gozo; David y todo Israel "iban danzando delante del arca con gran entusiasmo", "en medio de gran alborozo"; "David danzaba, saltaba y bailaba" (v.5.12.14.16). Igualmente, "el niño, en el seno de Isabel, empezó a dar saltos de alegría" (v.41.44). El gozo se traduce en aclamaciones de sabor litúrgico: "David y todo Israel trajeron el arca entre gritos de júbilo y al son de trompetas" (v.15). También "Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces" (v.41-42).

Durante la peregrinación, se revela la presencia de Dios en el arca: Uzzá que, viéndola balancearse sobre el carro, la toca para sujetarla, queda fulminado al instante. Ante esta manifestación de Dios, David, lleno de temor sagrado, exclama: "¿Cómo va a venir a mi casa el arca de Dios?". Entonces la llevó a casa de Obededom de Gat. "El arca de Yahveh estuvo en casa de Obededom tres meses y Yahveh bendijo a Obededom y a toda su casa". Entonces David hizo subir el arca de Dios de casa de Obededom a la ciudad de David con gran alborozo. María sube a la Montaña, a la casa de Zacarías. La exclamación de Isabel coincide totalmente con la de David: "¿Cómo es que viene a mí la madre de mi Señor?". Tres meses estuvo el arca en casa de Obededom, llenándola de bendiciones, como tres meses estuvo María en casa de Isabel, dichosa de tener junto a sí el arca de la nueva alianza.

De todo este paralelismo se deduce que María es el Arca de la nueva alianza, el lugar de la presencia de Dios con nosotros. Además, al llamar Isabel a María "la Madre de mi Señor" (v.43), empleando el título pascual de Jesús como Señor, señala la condición mesiánica, real, divina del Hijo de María. María es la Madre de Aquel a quien "Dios ha constituido Señor y Mesías" resucitándolo de entre los muertos (Hch 2,36), el Hijo de Dios entre nosotros (v.35), el Salvador, Jesús (v.31). Todo esto hace de María la "Bienaventurada porque ha creído" (v.45). La liturgia, inspirada en el Evangelio, aplicará a María las figuras del arca, el tabernáculo y el templo. Como la canta la liturgia maronita: "Bendita María, porque se convirtió en trono de Dios y sus rodillas en ruedas vivas que transportan al Primogénito del Padre eterno".

María es el lugar privilegiado de la Epifanía de Dios. En ella nos es mostrado y ofrecido el Salvador del mundo. María encinta es el lugar de la *Shekinah* de Dios. Cubierta por la sombra del Espíritu, la Virgen es el arca santa, morada del Altísimo, cuya presencia irradia gozo y exultación en el Espíritu Santo. A la luz de todos los paralelismos entre María y el arca, Lucas nos ha presentado a María como el Arca de la nueva alianza en camino. Jesús sube en María hacia Jerusalén, iniciando así aquella larga subida a Jerusalén que es el hilo conductor del tercer Evangelio.

San Juan Damasceno en una *homilía sobre la Dormición de María* imagina así la sepultura de la Virgen:

⁴ 2S 6,2-16; 1Cro 15-16 y Sal 132.

La comunidad de los apóstoles, transportando sobre sus espaldas a ti, que eres el arca verdadera del Señor, como en otro tiempo los sacerdotes transportaban el arca simbólica, te depositaron en la tumba, a través de la cual, como a través del Jordán, te condujeron a la verdadera tierra prometida, a la Jerusalén de arriba, madre de todos los creyentes, cuyo arquitecto es Dios.

Y San Atanasio, patriarca de Alejandría, nos ofrece este comentario del encuentro entre María e Isabel:

María saludó a Isabel: la madre del Señor saludó a la madre del siervo. La madre del Rey saludó a la del soldado. La Virgen saludó a la mujer casada. Y cuando se hubieron saludado, el Espíritu Santo, que habitaba en el seno de María, apremió al que estaba en el seno de Isabel, como quien incita al propio amigo: ¡De prisa, levántate! Sal, endereza las sendas del Mesías, para que El pueda realizarla salvación que se le ha encomendado.

B) CUBIERTA CON LA SOMBRA DEL ALTÍSIMO

En la Anunciación Lucas evoca ya la sombra que la nube divina extendía sobre el arca como signo de la presencia del Señor: "Sobre ti extenderá su sombra la potencia del Altísimo" (Lc 1,35). "La presencia divina que descansaba antes sobre el tabernáculo, llenaba la casa hasta el punto de impedir a Moisés la entrada en ella, y luego habitaba el templo de Jerusalén, o más exactamente la parte más secreta de ese Templo, el Santo de los santos; esa presencia que debía consagrar por fin el Templo simbólico de la era mesiánica, el ángel Gabriel declara a María cómo va a realizarse y actualizarse en su seno, transformando sus entrañas virginales en un santuario, en el Santo de los santos viviente. Esa Presencia divina que había aprendido a venerar desde su infancia en un único lugar de la tierra, allí donde sólo el gran sacerdote entraba una vez al año en el gran día de la Expiación, el ángel Gabriel le enseña ahora que en adelante deberá adorarla en sí misma".⁵

Isaías había predicho que la nube de gloria de Dios reposaría sobre Sión: "El Señor formará, sobre toda la extensión del monte Sión y sobre sus asambleas, una nube de humo durante el día y un resplandor de fuego llameante por la noche. Y por encima la gloria de Yahveh será toldo y tienda para sombra contra el calor diurno, y para abrigo y reparo contra el aguacero y la lluvia" (Is 4,5-6). En el día de la concepción del Mesías, la nube de gloria reposa sobre la Virgen María, cubriéndola "bajo su sombra" y llenándola de bendiciones.

En el canto de Isabel se escucha el coro de la comunidad cristiana de los orígenes, que proclama a María "Madre del Señor" y de los creyentes. María es *la creyente* por excelencia: "En el saludo de Isabel cada palabra está cargada de significado y, sin embargo, parece ser de importancia fundamental lo que dice al final: ¡Feliz *la que ha creído* que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del

⁵ P. LYONNET, Le récit de l'Annonciation et la maternité divine de la sainte Vierge, *L'Ami du Clergé*66(1956)43-46.

Señor!" (RM 12). En María se cumplen las bendiciones de Dios proclamadas en favor de Israel, fiel esposa de Dios. En María se cumple la bendición de Judit: "Bendita eres tú, hija, delante del Dios altísimo más que todas las mujeres de la tierra y bendito el Señor Dios, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado" (Jdt 13,18). Se cumple también la bendición de Jael, exaltada en el canto de Débora: "Bendita entre las mujeres Jael" (Jc 5,24). En María, hija de Abraham, el primer creyente, llega a plenitud la fe y, por ello, a ella se extiende la bendición de Melquisedec sobre Abraham: "Bendito sea Abraham del Dios Altísimo, Creador de cielos y tierra y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos" (Gn 14,19-20). María, la hija de Israel fiel y obediente, recibe la bendición prometida: "Si tú escuchas la voz de Yahveh, tu Dios..., El te levantará por encima de todas las naciones de la tierra y te alcanzarán todas las bendiciones..., bendito será el fruto de tus entrañas" (Dt 28,1-14).

C) MI ALMA GLORIFICA AL SEÑOR

"El abrazo suave de la estéril y de la virgen"⁶ se ha hecho canto de exultación a Dios ante la mutua experiencia de su bondad gratuita. En el relato evangélico, tras las palabras de Isabel, viene el cántico de María, el *Magnificat* (Lc 1,46-55). El canto de María es portavoz de las esperanzas de los pobres, que encuentran su cumplimiento en la humilde sierva de Dios. En labios de María resuena anticipadamente la Buena Nueva de Jesucristo, que viene a buscar a los pecadores, a los últimos, viudas, samaritanos, a los pequeños,⁷ a quienes Jesús proclama bienaventurados (Lc 6,20-26). María, que es "bienaventurada" porque ha creído, es la primera en quien se realiza la novedad del evangelio. En la Virgen Madre, que acoge en la fe la sorprendente iniciativa de Dios, se ofrece el misterio cristiano en su integridad, revelado a los pobres y sencillos.

El canto del *Magnificat* nos muestra cómo María vive inmersa en la tradición de Israel, basada en la promesa hecha a Abraham y a su descendencia, que se cumple en las "grandes cosas" realizadas por la misericordia de Dios, que derriba a los potentes y exalta a los humildes. En esta tradición, en la que vive María, ella introduce a su Hijo, de tal modo que Jesús, viéndose a sí mismo en las promesas, descubre en ellas su propia misión.

En filigrana el canto de María revela la matriz bíblica de la inspiración de su vida, como quien está inmersa en la fe y esperanza de los '*anawim*', "los pobres de Yahveh". Los pobres de Yahveh son los humildes, enfermos, oprimidos, la viuda y el huérfano, lo contrario de los ricos y poderosos. Los pobres de Yahveh son, por tanto, los que ponen su confianza únicamente en Yahveh, sin confiar en la fuerza del hombre, en el orgullo o presunción del dinero o el poder. María, y tras ella la Iglesia a lo largo de los siglos, con el *Magnificat* exalta el triunfo

⁶ SAN BUENAVENTURA, *Lignum vitae* 1,3.

⁷ Cfr. Lc 7,11-17.36-50; 10,29-37; 17,11-19...

de Dios a través de los sencillos, los pobres y olvidados. Como comenta Lutero "María alaba a Dios porque es Dios": "Lo que quiere decirnos María es: Dios ha dirigido su mirada hacia mí, pobre sierva, despreciada e insignificante, mientras hubiera podido hallar reinas ricas, grandes, nobles y potentes... En cambio ha dirigido hacia mí sus ojos llenos de pura bondad y se ha servido para sus designios de una simple sierva. Todo es gracia y bondad divina y no mérito mío... ¡Oh, bienaventurada Virgen Madre de Dios, qué gran consuelo nos ha mostrado Dios en ti! Pues, habiendo mirado con tanta gracia a tu humildad y nulidad, nos ha recordado que desde ahora no despreciará, sino que mirará graciosamente a nosotros pobres hombres como tú".⁸

El *Magnificat* se abre con la explosión de alegría personal de María, que exulta por las maravillas que Dios ha hecho en ella: "*mi alma..., mi espíritu..., mi salvador..., me llamarán bienaventurada..., por lo que ha hecho en mí el Omnipotente*". Es el estilo bíblico de los salmos: "Bendeciré a Yahveh en todo tiempo, sin cesar en mi boca su alabanza; en Yahveh mi alma se gloria, ¡ójiganlo los humildes y se alegren! Celebrad conmigo a Yahveh... Mi alma exultará en Yahveh por la alegría de su salvación... Yo me alegraré en Yahveh, en Dios mi Salvador... Te glorificaré, Señor Rey mío, te alabaré Dios mío, mi Salvador, glorificaré tu nombre" (Sal 34,2-44; 35,9; Si 51,1). Pero esta explosión de alegría y exultación personal *se hace invitación a todos los pobres a bendecir a Dios que ha elegido para realizar sus designios de salvación a los sencillos, a los enfermos, a los atormentados de dolores y enfermedades, a los endemoniados, a los epilépticos y a los paralíticos* (Mt 4,24) y ha descartado a los potentes, ricos y orgullosos.

María anticipa la llamada que hará su Hijo: "Venid a mí, todos vosotros que estáis cansados y oprimidos y yo os aliviaré" (Mt 11,28). María es la primera de esta lista de pobres que ha hallado gracia ante Dios. Ella es una esperanza para todos los pobres que ponen su confianza en Dios. Partiendo de las "grandes cosas" que Dios ha hecho en ella, María le bendice por sus obras salvadoras, por su fidelidad a las promesas hechas a los padres: "Auxilia a Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre". Ella muestra a todos el corazón de Dios:

Con las palabras del *Magnificat*, en primer lugar, María proclama los dones especiales que el Omnipotente le ha concedido y, luego, enumera los bienes universales con los que no cesa de proveer al género humano... "Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente". Nada se debe, pues, a sus méritos, ya que ella refiere toda su grandeza al don de El, quien, siendo potente y grande, suele hacer fuertes y grandes a sus fieles, que son pequeños y débiles.⁹

⁸ M.LUTERO, Comentario del Magnificat, en *Scritti rebgiati*, Torino 1967, p.431-512.

⁹ BEDA EL VENERABLE, Homilía I,4.

María es la primera cristiana, nos precede en la acción de gracias a Dios, que nos salva en Cristo. El corazón de María está lleno de la alabanza a Dios. Le resulta espontáneo referirlo todo a Él. Como su Hijo más tarde, María reconoce la acción de Dios sobre ella, se alegra y canta agradecida, anticipando el himno de júbilo de Jesús: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Mt 11,25). María, Hija de Sión, ha sido inundada por la alegría anunciada por los profetas a Israel. En María el anuncio se ha cumplido. María proclama la fidelidad de Dios a sus promesas. A Israel se le había prometido un Salvador y ella es testigo de su llegada. Alborozada lo grita a todos los hombres. La salvación en ella se ha hecho presente para todos los pobres, que tienen puesta su confianza en Dios. Nada es imposible para El., como evidencian el embarazo de la que todos llamaban "la estéril" y su propia maternidad virginal.

El *Magnificat* es el canto de María, aunque no lo haya escrito ella, porque quien lo ha escrito lo ha hecho por ella y sobre ella.

El Magnificat es espejo del alma de María. En ese poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Yahveh y el profetismo de la Antigua Alianza. Es el canto que anuncia el nuevo Evangelio de Cristo; es el prelude del Sermón de la Montaña. Allí María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre.¹⁰

Las expresiones del Magnificat, cantadas por la comunidad primitiva, revelan la situación vital de quienes han conocido la victoria de la resurrección-exaltación sobre la muerte-humillación del Hijo de María: "Desplegó la fuerza de su brazo y dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes" (v.51-52). Todo lo que ha sucedido en la humilde esclava de Dios, proclamado a la luz de la pascua, es motivo de alegría y esperanza para los creyentes de las primeras generaciones cristianas, probados por la persecución. Y lo es para todas las generaciones que siguen llamando a María "bienaventurada". A veinte siglos de distancia esta profecía se ha cumplido. ¿No ha estado en estos veinte siglos María en los labios de todos los creyentes, en la oración, en los himnos, en los iconos, en los templos construidos bajo su advocación...?¹¹

Iluminada por el Espíritu del Señor, que es fuente de profecía, María eleva su mirada sobre el horizonte de la historia y proclama: "Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí grandes cosas el Poderoso, Santo es su nombre" (Lc 1,48-49). A lo largo de los siglos María será proclamada bienaventurada porque el Poderoso se ha fijado en su pequeñez, la ha llenado de su gracia, la ha hecho Madre de su Hijo. El origen y el término de la bienaventuranza coral a la Madre es el Hijo: para siempre ella será "la Madre de mi Señor" (Lc 1,43). La bendición de la Madre es inseparable de la bendición del Hijo: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc 1,42).

¹⁰ JUAN PABLO II, Homilía en Zapopán, AAS 71, p.23

¹¹ También este libro es una voz de nuestra generación que quiere llamar a María bienaventurada.

D) MARÍA MUESTRA A CRISTO A LOS PASTORES Y A LOS MAGOS

San Lucas cuenta que, al nacer Jesús en Belén, un ángel del Señor se apareció a los pastores que vigilaban por turno durante la noche su rebaño. La gloria del Señor les envolvió en su luz y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor. Esto os servirá de *señal*: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2,8-20).

El ángel ofrece como signo a los pastores los pañales en que está envuelto el niño. Esto quiere decir que el gesto de María, tan común, tiene un significado, encierra un mensaje por encima de las apariencias. El Hijo de Dios, hecho hijo de María, ha asumido la condición humana, común a todos nosotros. La "gloria del Señor que les ha envuelto con su luz" (v.9), y que compete al Hijo de Dios, se esconde en la pobreza de "los pañales, que envuelven al niño" (v.12). Allí deben buscarla y reconocerla. "El Señor de la gloria está envuelto en pañales", canta la liturgia bizantina. Su divinidad se oculta bajo el velo de su humanidad.

Pero, cuando los pastores a toda prisa van a verificar el signo que se les ha ofrecido, el Evangelio nos dice que "encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre" (v.16). En el lugar de los pañales, Lucas menciona a María y a José. El niño no está abandonado, sino circundado por el amor de María y de José, como Salomón, que exclama: "También yo, apenas nacido, me crié entre pañales y *circundado de cuidados*" (Sb 7,3-4; Cfr. Jb 38,8-9). No así Jerusalén: "Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no se te cortó el cordón, no se te lavó con agua para limpiarte, no se te frotó con sal, ni se te envolvió en pañales. Ningún ojo se apiadó de ti para brindarte alguno de estos cuidados, por compasión a ti" (Ez 16,4-5). Fue Yahveh, quien pasó a su lado y tuvo piedad de Israel y le colmó de su amor y cuidados.

Sobre el primogénito Israel, abandonado en abierta campaña el día de su nacimiento en Egipto, se inclinó amorosamente el Señor. Sobre el primogénito Jesús, para quien no hay sitio en la posada, se inclinan María y José con sus cuidados amorosos. Lucas atestigua que María concibe virginalmente al Niño, lo da a luz "y lo envuelve en pañales" (Lc 2,7).

En una antífona de la liturgia bizantina se canta así el nacimiento del Señor:

El autor de la vida ha nacido de nuestra carne de la madre de los vivientes. De ella ha nacido un niño y es el Hijo del Padre. Con sus pañales desata los lazos de nuestros pecados y enjuga para siempre las lágrimas de nuestras madres. Danza y exulta, creación del Señor, porque ha nacido tu Salvador.. Contemplo un misterio extraño y sorprendente: la gruta es el cielo, la Virgen es el trono de los querubines, el pesebre es el lugar donde reposa el incontenible, Cristo Dios. ¡Cantémosle y exaltémosle!

La tradición de la Iglesia ha visto además, y sobre todo, el signo de los pañales y del pesebre en relación a las "vendas" y al "sepulcro": "José de Arimatea, pidió a

Pilato el cuerpo de Jesús y, después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca" (Lc 23,52-53). El Hijo de Dios, nacido en la carne, asumiendo la condición humana, asume también la muerte. Para ello ha venido al mundo (Jn 12,27). Un famoso icono ruso de la Navidad representa a Jesús niño envuelto en pañales y colocado en un pesebre en forma de sepulcro.

Los pañales de la cuna y las vendas de la tumba, dicen los Padres de la Iglesia, presentan a Cristo en la condición de Adán y Eva al salir del paraíso (Gn 3,7-21). Después del pecado, pierden su condición de inocencia y se ven sometidos al dolor y a la muerte. Cristo toma sobre sí esta condición y, a través de la cruz, la transforma, pasando de nuevo a la gloria: "¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en la gloria?" (Lc 24,26). La tumba queda vacía, donde quedan únicamente *las vendas* (Lc 24,12; Jn 20,5-7). Jesús, al resucitar, no ha dejado la condición humana, sino sólo el aspecto de debilidad, significado en las vendas de que estaba envuelto. La vendas quedan en el sepulcro, mientras que Jesús resucita con su humanidad envuelta en los fulgores de la gloria de Dios. El, nuevo Adán, vuelve al Edén, en la desnudez de la gloria, como se encontraba Adán antes del pecado, porque la amistad de Dios era su manto.¹²

San Pablo resume todo esto en un denso texto: "Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó" (Flp 2,6ss).

Éste es el ámbito concreto en que se desenvuelve la fe de María. Desde el día en que el Hijo de Dios tomó carne en su seno, ella fue llamada a reconocer la presencia de Dios en la humanidad de un Niño, en nada diferente a los demás. "¡Verdaderamente tú eres un Dios escondido!" (Is 45,15), podía decir María cada vez que le cambiaba los pañales.¹³

No es extraño que se maravillara de lo que los pastores decían y "lo guardara y lo diera vueltas en su corazón". Los pastores hallaron a Jesús en brazos de su madre y se alegraron: "se volvieron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído". Otros, "oyendo lo que los pastores contaban, quedaron maravillados", pero ahí quedó todo: "escucharon la palabra, la recibieron con alegría, pero no echó raíces en ellos" (Lc 8,13). María, en cambio, "escuchó la Palabra y la conservó en su corazón bueno y recto y dio fruto con perseverancia" (Lc 8,15). San Agustín nos interroga: "¿Estás con los pastores que glorifican y alaban? ¿Estás con María que conserva y

¹² Cfr. SAN HIPÓLITO, De Cantico Cantorum 25,5; SAN EFRÉN, Comentario al Evangelio concordado XX,17.23; SAN AMBROSIO, In Lucam X,110.

¹³ "Merece la pena citar un texto de Jean-Paul Sartre: "María advierte al mismo tiempo que Cristo es su hijo, su niño, y es Dios. Lo mira y piensa: 'Este Dios es hijo mío. Esta carne divina es carne mía. Está hecho de mí, tiene mis ojos; su boca tiene la forma de la mía; se me parece. Es Dios y se parece a mí'. Ninguna mujer ha podido jamás tener en este mundo a su Dios para ella sola, un Dios niño que se puede tomar en brazos y cubrir de besos, un Dios caliente que sonrío y suspira. Un Dios que se puede tocar y que ríe". Citado por G. RAVASI, *L'albero di María*, Milán 1993,p.324.

medita? ¿O estás con los que simplemente se maravillan? Son dichosos los que escuchan la palabra y la guardan".

Mateo (2,1-12) responde a las objeciones de los judíos, que decían: "¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?". "¿Acaso va a venir el Mesías de Galilea? ¿No afirma la Escritura que el Mesías procede de la familia de David y de su mismo pueblo, Belén?".¹⁴ Y, al mismo tiempo y quizás principalmente, Mateo propone a la comunidad judeo-cristiana la ascendencia davídico-real del Mesías y de la salvación que se ofrece a todas las gentes, significadas por los magos de Oriente. En ese cuadro mesiánico real, María es presentada como la Madre del Mesías Rey; los sabios de Oriente parten en busca del "rey de los judíos que acaba de nacer" (v.2); "entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados por tierra" (v.11). Encuentran a Jesús en los brazos de María.

En la escena de la adoración de los Magos se realiza la profecía del capítulo 60 de Isaías. El profeta celebra la gloria de Jerusalén al regreso de los exiliados de Babilonia.¹⁵ Jerusalén entonces se convierte en madre universal. Dentro del seno de sus muros acoge a todas las naciones, que suben a la ciudad santa a adorar al único Señor en el templo. Reyes y príncipes "rostro en tierra se postrarán ante ti y besarán el polvo de tus pies" (Is 49,23; 60,14). A los ojos del profeta, Jerusalén aparece como la "Ciudad-Madre".

A esta Ciudad-Madre se encaminan los Magos "llevando oro, incienso y mirra" (Mt 2,11; Is 60,6). Pero los Magos no encuentran al Mesías recién nacido en Jerusalén, en el Templo, sino en el regazo de María, la Madre Virgen del Emmanuel. María es el arca donde reposa la *Shekinah* divina. Es María quien muestra a Cristo a los pastores y también a los magos. Y en los Magos están significados todos los gentiles que se abren a la fe en Cristo (Mt 8,11; 28,19). Al entrar en la casa: "vieron al niño con María su madre". Es María quien presenta al mundo a Dios hecho hombre, "Dios con nosotros".

El simbolismo de la estrella, que guía a los magos a Cristo, se hace imagen del caminar cristiano al encuentro con Dios. La estrella recoge la imagen de la columna de fuego que guiaba a Israel por el desierto. Se trata de "**su** estrella", la estrella del Mesías, que pone en camino a los magos. "Nosotros somos siempre forasteros" confiesa David (1Cro 29,15) y la carta a los Hebreos nos amonesta: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro" (13,14). También Dios es un peregrino con su pueblo, caminando con él en el arca de la alianza; es el pastor que camina con su rebaño (Sal 23); tras el encuentro de los magos, José "tomará al niño y a su madre" y con ellos marchará a Egipto, y de Egipto volverá a Israel. Dios está siempre en camino. El viaje de los magos es, pues, el símbolo de la vida cristiana como seguimiento de Cristo, como camino tras las huellas de Cristo. Quien se instala, como los sacerdotes de Jerusalén, puede conocer las profecías, pero no encuentra a

¹⁴ Cfr. Jn 1,46; 7,41-42.52.

¹⁵ Cfr. también Is 56,3-8; 66,20-21; Tb 13,11-13; 14,5-7.

Cristo. Quien se instala en la Jerusalén terrestre no subirá a la celeste. Con los magos, sin embargo, "muchos irán de oriente y de occidente a sentarse en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos" (Mt 8,11). El creyente verá la luz de la estrella *y saldrá* de su casa, de su patria, y llegará "a encontrar al Niño y a María su madre".

7. HE AQUÍ LA SIERVA DEL SEÑOR

A) ENTRE LOS POBRES DE YAHVEH

María se halla entre los *anawim*, es decir, entre los "pobres de Yahveh", en el "resto" fiel a la alianza (So 3,12-13). Son los pobres de espíritu, abiertos a los designios de Dios, que no confían ni esperan la salvación más que de Yahveh. El *Magnificat* de María vibra con los sentimientos y piedad de esos pobres. En él oímos la voz de una mujer, que asimiló de manera tan profunda el espíritu de los "pobres" que en el momento de la Encarnación llegó a ser su exponente más perfecta y conmovida. Aunque prometida a un descendiente de David, María se sitúa entre los pobres. Pobre de corazón, donde Dios se fija, María fue elegida para la misión más alta, la de dar al mundo el Salvador. Y es esto, la mirada bondadosa de Dios hacia su pequeñez, lo que María celebra.

Invitada por el ángel a la alegría, María canta: "Mi alma glorifica al Señor" (Lc 1,46). Ella representa a una nación a; la que Dios viene a salvar, nacida en el desierto, encontrada por Dios al borde del camino polvoriento, que Él ha recogido, lavado, alimentado, que ha amado misericordiosamente y adornado como a una esposa (Ez 16). La mujer de las doce estrellas representa también a Eva, a quien Dios hace misericordia cuando anuncia la enemistad entre ella y la serpiente. Aun siendo santa, inmaculada, María es ante Dios la criatura que invoca la piedad de Dios y a quien Dios responde: "Has encontrado gracia" (Lc 1,30). María es madre por misericordia, creada en la salvación que Dios realiza en Cristo.

Los "pobres de Yahveh" confían tan fuertemente en el poder y en la ayuda de Dios que su actitud ha pasado a ser típica de la fe bíblica en Dios. El hombre no puede esperar nada de sí mismo, sino todo de Dios y de su gracia. María ha demostrado esta fe con su asentimiento y su obediencia a la misión divina y, en el *Magnificat*, da expresión agradecida a esa fe en Dios, "Santo es su nombre". María es una de esas personas que viven enteramente de santo temor y temblor ante Dios, como antes de ella habían vivido otros en el pueblo de Dios y que, como ella, habían experimentado la misericordia de Dios: "Su misericordia, de generación en generación, para los que le temen".

Esta fe, que exalta la misericordia de Dios, no deja huella en María de resentimiento hacia los poderosos. Ella sabe que el poder de Dios está por encima de los potentes y que actúa según su gracia. La admiración por la grandeza de Dios llena toda el alma de María. Dios actúa de forma tan asombrosa que el hombre temeroso de Dios reconoce la mano divina y experimenta su intervención en protección del humilde y del pobre. Por eso María, en la acción incomprensible y exultante de Dios experimentada por ella, ve la acción de Dios para todos los pobres que ponen en Él su confianza. Ella se sabe miembro del pueblo de Israel, el "siervo" elegido de Dios (Is 41,8). En ella llega a su cima la historia de la salvación, llegan a su cumplimiento todas las promesas divinas. En ella es glorificada la fidelidad de Dios.

El centro de interés fundamental de los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas es Israel. Los personajes particulares no tienen ningún relieve individual; se les describe no por ellos mismos, sino como manifestación de la fe de Israel, de su esperanza, de su gozo. Sus cánticos, personales, son ante todo cánticos de acción de gracias de Israel. Bajo este aspecto María no es un caso aparte, a no ser en cuanto que ella es la personificación más alta de Israel.¹

La identificación de María con Israel estuvo preparada por la historia de la salvación, que se presenta como una concentración progresiva de la elección divina. De la nación se pasa al "resto" de los pobres de Yahveh, para llegar a María, el último paso de la preparación del pueblo elegido, ápice de la pirámide de las elecciones, concentración del "resto" en una persona. Lucas, en la Anunciación, recoge la profecía de Sofonías (3,14-17), identificando a la Hija de Sión con María, que exulta por la venida del Mesías a su seno.

El *Magnificat* está entrelazado de expresiones que se aplican a Israel: el gozo, la pobreza, el servicio, la bienaventuranza se le atribuyen a Israel o a la Hija de Sión.² En el *Magnificat* se pasa insensiblemente de la acción de gracias de María a la de Israel, de la pobreza de María a la de todos los pobres; así de la personificación original de Israel en Abraham, pasando por la ampliación del pueblo, se vuelve a la personificación en María, en quien se realiza la promesa.

El *Magnificat* nos revela que María vive profundamente en el mundo espiritual y cordial del Antiguo Testamento. El *Magnificat* expresa lo que siente y piensa su pueblo entero; hace presente toda su historia. María vive dentro de la gran expectación del Mesías. María siente que está llegando la "plenitud de los tiempos"; la revelación en ella puja por su cumplimiento. Como quien está llamada a dar inicio a ese cumplimiento ella percibe interiormente esa tendencia. La expectación del Mesías, que vive todo el pueblo, en María se hace personal, aunque no pueda delinarse de modo muy concreto. Cuando en la hora de la Anunciación llegó el cumplimiento, con toda la conmoción de aquel hecho inaudito, en el interior de María, como respuesta a su inexplicable presentimiento, surgiría como una voz: ¡Con que era esto!³

María vivió siempre bajo la mirada de Dios en el reconocimiento de su pobreza y en el incesante himno de alabanza a Aquel que había hecho en ella grandes cosas. Como "pobre de Yahveh", la Virgen está totalmente llena de la presencia del Señor, habitada y conducida por El, dócil en dejarse amar por El, que la escogió y la llenó de su gracia. En su virginidad, María es el silencio en el que resonó la Palabra eterna, la noche acogedora en que refulge la luz que ilumina a todo hombre. María es el templo de Dios, la morada santa, habitada por la presencia del Eterno; es el vacío virginal colmado de la divina presencia, el ambiente en el que el Omnipotente realiza sus prodigios. La oscuridad y el recogimiento del seno de María contienen en la

¹ R. LAURENTIN, *Structure et Théologie de Luc I-II, Paria* 1957, p.150.

² Ha 3,16-18; Dt 26,7; Esd 9,15; Ml 3,11; Dt 2,21.

³ R. GUARDINI, *La madre del Señor, o.c.* p.40-43.

interioridad y en el silencio la aurora de la nueva mañana del mundo. La Virgen está en lo profundo, en la fuente de donde brota pura el agua que saciará la sed de los hombres. María, en su pequeñez, está bajo la mirada de Dios y se deja plasmar por su gracia. María es la mujer que agrada a Dios, pues "su adorno no es exterior, sino el interior del corazón, el adorno inmarchitable de un espíritu apacible y sereno. Esa es la belleza a los ojos de Dios" (1P 3,4).

Como escribe Lutero, comentando el *Magnificat*: "Para comprender bien este santo canto de alabanza hay que notar que la bendita Virgen María habla por propia experiencia, habiendo sido iluminada y amaestrada por el Espíritu Santo, ya que nadie puede entender rectamente a Dios ni la Palabra de Dios, si no le es concedido directamente por el Espíritu Santo. Pero recibir tal don del Espíritu Santo significa hacer la experiencia de El, gustarle, sentirlo. El Espíritu Santo enseña en la experiencia como en su propia escuela, fuera de la cual no se aprende sino palabras y charlatanerías. Por tanto a la santa Virgen, habiendo experimentado en sí misma que Dios obra grandes cosas en ella, humilde, pobre y despreciada, el Espíritu Santo le enseña este rico arte y sabiduría, según la cual Dios es aquel Señor que se complace en ensalzar lo que es humilde y en abajar lo que está en alto".⁴

Esta primacía del ser sobre el tener y sobre el obrar dispone a María para escuchar la palabra de Dios, la permite estar atenta a los signos del paso de Dios y acoger el anuncio del ángel, dejándose cubrir por la sombra del Espíritu Santo: "Atender con María y en María es escuchar el murmullo irresistible de la fuente que está dentro de nosotros, el Espíritu Santo. Es él la fuerza motora del amor que reconcilia el universo".⁵ La virginidad acogedora se expresa en María como asentimiento en la libertad, como colaboración en la obra de aquel que la eligió y la plasmó en la gracia, como vínculo indisoluble de su ser virgen con su ser madre. La oración colecta de la Misa "La Bienaventurada Virgen María, linaje escogido de Israel", implora:

Oh Dios, que has escogido como Madre del Salvador a la Bienaventurada Virgen María, que *sobresale entre los pobres y humildes*; concédenos, te rogamos, que, siguiendo sus ejemplos, te presentemos el obsequio de una fe sincera y pongamos sólo en Ti la esperanza de nuestra salvación.

B) HIJA DE SIÓN

Sión es el signo vivo de la presencia de Dios entre los hombres, como el seno de María es el lugar de Dios con nosotros, el Emmanuel. Sión es "el lugar que Yahveh ha elegido para que en ella habite su nombre" (1R 11,13; 2R 21,4; 23,27). La Sabiduría divina proclama: "En Sión me ha establecido, en la ciudad amada me ha hecho Él habitar; he echado raíces en medio de un pueblo santo" (Si 24,10-12). "Sabréis entonces que yo soy Yahveh vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo, santa

⁴ M. LUTERO, *Comentario al Magnificat*, Weimar 7,p.546.

⁵ C.M. MARTINI, *La donna della riconciliazione*, Milán 1985, p.12.

será Jerusalén" (Jl 14,17). "En adelante el nombre de la ciudad será: Yahveh está allí" (Ez 48,35), concluye el libro de Ezequiel. Sión es el signo "de la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial" (Hb 12,22).

Hacia Sión, la santa morada del Altísimo, confluirán todos los pueblos, como cantan los salmos de peregrinación.⁶ "Se llamará a Jerusalén trono de Dios y en torno a él se congregarán todos los pueblos" (Jr 3,17). Sión es cantada en su personificación con todas las cualidades de la mujer: virgen, esposa, madre, viuda, estéril, hija.⁷ "Tu esposo es tu creador" (Is 54,5). Sión es como un seno materno, donde todos han nacido.⁸ Sión es también, como las mujeres estériles de la historia de Israel, una mujer viuda y estéril, que la fuerza de la gracia de Dios transforma en fuente de vida: "Exulta, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, tú que no has tenido los dolores, que más son los hijos de la abandonada que los hijos de la casada, dice Yahveh" (Is 54,1). Así puede "no recordar más la afrenta de su viudez" (Is 54,4), porque "no ha enviudado Israel ni Judá de su Dios" (Jr 51,5).⁹

Sión es **hija**, "la virgen hija de Sión" (Lm 2,13), amada de Yahveh, que es para ella esposo, padre y madre (Os 11; Is 49,15). El seno de la hija de Sión es la sede de la presencia de Dios en el templo y en la casa o dinastía de David. A esta hija de Sión invita a alegrarse el profeta Sofonías: "¡Alégrate, hija de Sión, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! ¡Yahveh, rey de Israel, está en medio de ti (en tu seno: *be-qereb*)... Yahveh, tu Dios, está en medio de ti, ¡poderoso salvador! Exultará de gozo por ti, te renovará por su amor; danzará por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta" (So 3,14ss).

En el saludo del ángel en la Anunciación: "¡Alégrate!" (Lc 1,28) resuena el anuncio denso del gozo mesiánico, dirigido a la "Hija de Sión". El motivo de ese ¡Alégrate! está en el hecho de que el Señor viene a residir en Sión como Rey y Salvador. El anuncio "el Señor es rey de Israel en medio de ti", "el Señor, tu Dios, en tu seno" (So 3,15.17) halla su cumplimiento pleno en María: "concebirás en tu seno... y reinará sobre la estirpe de Israel por siempre" (Lc 1,31.33). La Hija de Sión, personificación abstracta de Israel, se actualiza en la persona de María, que acoge la promesa mesiánica en nombre de Israel. La presencia de Yahveh en la Hija de Sión se actualiza en el misterio de la concepción virginal de María. En María encuentra un cumplimiento nuevo e inaudito la esperanza de Israel. El cumplimiento es tal que supera toda esperanza.

En el anuncio mesiánico se le había dicho a Sión: "¡Alégrate vivamente, hija de Sión! ¡Exulta, hija de Jerusalén! He aquí que el rey viene a ti; es justo y victorioso, humilde y montado en un asno, sobre un pollino, hijo de asna" (Za 9,9). "¡Alégrate,

⁶ Sal 120-134; 46;48; 84;87; Is 2,2-5; 60.

⁷ Como esposa, cfr. Os 1-3; Is 5,1-7; Jr 2,2; 31,21-22; Ez 16; Ap 21-22. Como ciudad-madre cfr. Is 49,21; 54,1; 51,18; 48,2; 49,20; 51,18-20; Sal 87.

⁸ Sal 87; Is 66,7-8.10-11.13; Is 26,18; Mi 4,10.

⁹ E.G. MORI, Hija de Sión, *NDM*, p.824-834.

hija de Sión! ¡Lanza gritos de alegría, Israel! Regocíjate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! Yahveh ha retirado las sentencias contra ti, ha alejado a tu enemigo. ¡Yahveh, Rey de Israel, está en medio de ti, no temerás ya ningún mal! Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión, no desmayen tus manos!

Yahveh, tu Dios, está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! El exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta" (So 3,14-18). "Tierra, no temas, exulta y regocíjate, porque Yahveh ha hecho maravillas... Hijos de Sión, exultad y regocijaos en Yahveh vuestro Dios... Sabréis que yo mismo estoy en medio de Israel" (JI 2,21.23.27). "Lanza gritos de alegría, estéril, que no das a luz; estalla de gozo y de júbilo tú, que no has conocido los dolores del parto, porque más numerosos son los hijos de la abandonada que los de la desposada, dice Yahveh" (Is 54,1). La invitación a la alegría es el anuncio de la fecundidad maravillosa de la hasta entonces estéril, fecundidad debida a que Yahveh vuelve a reanudar sus relaciones de esposo con Sión. María es el "resto santo" del pueblo de Israel que se transforma en el germen del pueblo cristiano; es al mismo tiempo "hija de Israel" y "madre de la Palabra".¹⁰

Sobre todo, el símbolo "Hija de Sión" caracteriza a Israel como esposa, madre y virgen. Se la designa como la "Hija de Sión", la "Madre Sión" y la "Virgen Sión". Así, pues, bajo el simbolismo de la "Hija de Sión" se presentan los tres aspectos principales del misterio del pueblo de Israel, que vendrá a ser el misterio de María. Ella es, en primer lugar; la "Esposa" de Yahveh. Por ello se convierte en la "Madre" del pueblo de Dios, la "Madre Sión" (Sal 87), pero es simultáneamente la "Virgen Israel".

El texto hebreo del salmo 87 dice así: "De Sión se dirá: Este y el otro han nacido de ella" (v.5). Y en la versión de los Setenta dice: "Madre-Sión, dirá un hombre; y un hombre ha nacido de ella. Y El, el Altísimo la ha fundado". Y en el *Targum del Cantar de los cantares* (8,5) se encuentra este comentario: "En esta hora (mesiánica), Sión, la **Madre de Israel**, alumbrará a sus hijos y Jerusalén acogerá a sus hijos que vuelven del exilio".¹¹ María recibe la alegría mesiánica en nombre de Sión y en nombre de la nueva Sión, la Iglesia.

En el Nuevo Testamento, la figura simbólica de la "Mujer-Sión" o de la "Hija de Sión" se aplica a una mujer concreta, María, la Madre de Jesús. María es la mujer en cuyo seno Dios se hace plenamente presente entre nosotros. A través de María, la "Mujer", como siempre la llama San Juan, nos ha venido a nosotros la salvación. El Antiguo Testamento desemboca en María que, al mismo tiempo, es el punto de partida del Nuevo Testamento, del tiempo mesiánico, del tiempo de la Iglesia. Toda la esperanza, que ha vivido Israel a lo largo de los siglos, se condensa en María. María se convierte así en la "Hija de Sión", la Mujer mesiánica. Con ella comienza el tiempo mesiánico, que no es únicamente el término de las esperanzas mesiánicas, sino también el tiempo de partida del tiempo escatológico, del tiempo de la Iglesia, que se

¹⁰ J. RATZINGER, *La figlia di Sión*, Milano 1979, p. 62.

¹¹ Cfr. también Is 60,1-7, donde Isaías celebra el esplendor de Jerusalén, imagen de la nueva Jerusalén, que se revelará al final de los tiempos como madre radiante.

prolongará hasta la consumación final de la historia de la salvación. María es, por ello, imagen de la Iglesia, donde se realiza el nacimiento de los hijos de Dios, los hijos del Reino: "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo, nacido de **mujer**, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibamos la filiación adoptiva" (Ga 4,4-5; Cfr.4,21ss).

San Pablo dirá de la Iglesia, nuevo Israel: "Os he desposado a vuestro único esposo, Cristo, para presentaros a Él como casta virgen". María, Iglesia naciente, es en su persona concreta esposa, virgen y madre, la imagen perfecta de la Iglesia. Pero María, en su persona y en su misión, es ya la Iglesia virgen y fecunda. Ella, según la iconografía, es la Mujer que, al pie de la cruz, recoge el agua y sangre que brota del costado atravesado de Cristo. María es la Iglesia fecunda en el agua bautismal, donde engendra a los hijos de Dios, y en la Eucaristía con la que los alimenta.¹²

Cuando los profetas emplean la imagen de la "Virgen Israel", referida a Israel, lo hacen siempre en el contexto de la alianza (Jr 18,13; 31,4.21). En Am 5,1-6 Israel, la "virgen", es humillada por sus enemigos -como una virgen que es violada y deshonrada- porque ha sido infiel a los ojos de Yahveh. El pueblo de Dios sólo puede ser la "virgen Israel" manteniéndose fiel a la alianza con Dios. La fidelidad a la alianza es el amor intacto por el que la "virgen Israel" se une a Yahveh, su único "Esposo".

El ángel Gabriel se dirige a María como a la hija de Sión. Pero, en su relación de alianza con Dios, la hija de Sión no era únicamente la "Virgen Sión", sino que, ante todo, era la Esposa de Yahveh. La virginidad de Israel no es otra cosa que la fidelidad de su relación esponsalicia con Dios. Esta relación esponsalicia entre Dios y la Hija de Sión es el símbolo de la relación de alianza entre Dios y su pueblo. En María el deseo de vivir plenamente para Dios, de vivir en total fidelidad a la alianza es el deseo de vivir esta relación esponsalicia con Dios. En María se da la paradoja cristiana: la virginidad se proyecta y expresa en las relaciones esponsalicias con Dios. La Virgen que se consagra a Dios se hace esposa de Cristo.¹³ San Cirilo, en el concilio de Efeso, dice: "Celebramos a María siempre Virgen, es decir, a la Santa Iglesia, y a su Hijo, Esposo suyo sin tacha".¹⁴

La virginidad del corazón de María, que constituye el verdadero significado de su virginidad corporal, nos permite descubrir el centro del misterio de María, conduciéndonos al centro del misterio de la alianza. En María hallamos el modelo perfecto del discípulo de Cristo, que está siempre a la escucha de la Palabra de Dios (Hch 2,42;22,3). Es lo que nos describe el evangelio, contraponiendo a Marta y María. Marta, "andaba afanada en los muchos cuidados de la casa". María, en cambio, "sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra" (Lc 10,38-42). Es la virgen "preocupada sólo de las cosas del Señor, de cómo agradecerle, con el corazón

¹² Puede verse en la catedral de Parma el bajo relieve en marfil, del s. XI-XII, esta escena.

¹³ 13 Cfr. el texto litúrgico de la "Consecratio virginum".

¹⁴ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Hom.* 4: PG 77,996B-C.

indiviso, sin distracción" (1Co 7,33-35). Esto es válido también para los casados, pues Pablo invita a "que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran".

Esta es la actitud de María en la Anunciación. María está "desposada con un varón de nombre José", pero, después de la invitación a la alegría mesiánica, después del anuncio de su maternidad, María responde: "¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón". Aunque está unida a un varón, ella, que ha sido transformada por la gracia, "vive como si no lo tuviera". María está totalmente orientada a la virginidad, entregada totalmente a Dios, "al trato asiduo con el Señor, sin división" (1Co 7,35). María abre las filas del cortejo triunfante de los "ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra y que siguen al Cordero adondequiera que va" (Ap 14,4).

La unión con el Señor de un corazón virginal y no dividido, permite al hombre abrirse a todos los hombres con amor ilimitado. Así es como se manifiesta la fecundidad del don total al Señor, que constituye la esencia' de la virginidad cristiana. La unión indivisa con el Señor no encierra el corazón en sí mismo, en una especie de intimismo espiritual, porque "Dios es amor" y lleva al amor. En María aparece esta fecundidad de su virginidad maternal. Su maternidad corporal con respecto al Hijo de Dios se dilata en una maternidad espiritual con respecto a todos los hijos de Dios: "Ella es la madre de sus miembros, es decir, de todos nosotros; porque, por su amor, contribuyó a que los creyentes nacieran en la Iglesia".¹⁵ Es la Madre Sión, la Madre del nuevo pueblo de Dios. Es lo que, inspirándose en antiguos textos, recoge la *Lumen gentium*, presentando el paralelismo entre María y la Iglesia:

La Iglesia, contemplando la profunda santidad de la Virgen e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la Palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegra la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre del Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera (LG 64).

La fe cristiana percibió, desde los orígenes, la presencia de Cristo en el Antiguo Testamento. Bajo esta luz, el corazón cristiano, amante y orante, fue comprendiendo que los elogios dirigidos en la Escritura a la Hija de Sión apuntaban, sobre todo, a la madre de Jesús, en quien encontraban su más alta justificación. Si Dios estableció enemistad entre la serpiente y Eva, la antepasada más remota, ¿no valdrían aquellas palabras para María, la madre del Mesías, el descendiente que aplastaría la cabeza de la serpiente? En la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, la Iglesia pone en sus labios: "Me ha puesto los vestidos de la salvación, me ha envuelto en el manto de la justicia" (Is 61,10). Le dirige las alabanzas otorgadas a Judit: "Tú eres la gloria de Jerusalén, la gloria de Israel, el orgullo de nuestra raza" (Jdt 15,9). Isabel,

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate* 6: PL 40,399.

exclamando: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!" (Lc 1,43), aplicó a María la alabanza dirigida a Judit: "Bendita seas tú, hija del Dios altísimo, entre todas las mujeres de la tierra, y bendito el Señor Dios" (Jdt 13,18). María es la ciudad de Dios, "de la que se dicen cosas hermosas" (Sal 87,3). La Iglesia la proclama "reina de los patriarcas", pues es por ella por quien éstos son antepasados venerables; "reina de los profetas", pues es a su seno al que han anunciado "el fruto bendito". María permanecerá por siempre como gloria de Israel. La Iglesia de hoy honra en ella al pueblo de la primera alianza. Dios, mirándola, "se acuerda de Abraham y de su descendencia para siempre" (Lc 1,55). La nube luminosa reposa eternamente sobre "la hija de Sión".

C) SIERVA DEL SEÑOR

Sierva del Señor es el único título que María se atribuye a sí misma. Este título significa obediencia al Padre y aceptación de su plan de redención a través de la encarnación del Hijo. La vocación de María es el servicio al Padre y al Hijo. María, como sierva de Dios, responde al plan de Dios personalmente y en nombre del nuevo Israel, que es la Iglesia de Cristo. Lo que Israel no llevó a cabo debido a su incredulidad y desobediencia, lo lleva a cabo María por su fe y obediencia al Padre. Lo mismo que el primer Israel comenzó con el acto de fe de Abraham, así el nuevo Israel comienza con el acto de fe de María, sierva de Dios. Dios Padre quiso que la encarnación del Hijo estuviera precedida de la aceptación de la madre, de manera que lo mismo que la primera mujer, en el orden de la creación, contribuyó a la muerte, así esta primera mujer, en el orden de la redención, contribuyera a la vida. La misión de esta sierva -lo mismo que la del siervo del Señor- será oscura y también dolorosa. El camino que el Padre le ha trazado al Hijo, lo ha trazado también para María, su madre. Y María, lo mismo que el Hijo, se abandona obediente a la voluntad del Padre.

En su pequeñez, María es la "mujer fuerte", que persevera en su fidelidad hasta la cruz de su Hijo, invitando a todos los discípulos a esperar la manifestación de la gloria prometida en su Hijo: "Cuando hayan acabado nuestros esfuerzos terrenos, nuestras 'puertas' serán ver y alabar a Dios. Ya no se le dirá a la mujer fuerte: levántate, trabaja, escarda la lana, atiende a la lámpara, sé diligente, levántate de noche, abre las manos a los pobres, maneja el huso y la rueca. No tendrás que hacer nada de esto, ya que entonces mirarás a Aquel a quien tendía tu corazón y cantarás sin cesar sus alabanzas. Porque allí, en las puertas de la eternidad, se celebrará a tu Esposo con alabanza eterna".¹⁶ Pasarán las obras de los hombres, cuando pase la escena de este mundo (1Co 7,31), pero no pasará la acogida fecunda de la mujer fuerte, que se mantiene siempre junto al Hijo. Ella vivirá eternamente.

En el Antiguo Testamento se reconocen *siervas del Señor* Ana, madre de Samuel (1S 1,11) y Ester (Est 4,17) y el salmista se reconoce "hijo de tu sierva" (Sal 86,16; 116,16). Israel mismo es, ante todo, "siervo de Yahveh" (Is 41,8...). María canta las

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 37,20: PL 38,235.

maravillas que Dios ha hecho con su "siervo Israel", "poniendo los ojos en la pequeñez de su *sierva*" (Lc 1,48.49). Para ello ha dado su *fiat*: "hágase en mí según tu palabra". Con esta expresión recalca el carácter personal de la aceptación. María expresa el deseo de que suceda en ella lo que el ángel le ha anunciado. Ofrece su persona a la acción de Dios.

María es la síntesis del antiguo pueblo de la alianza y la expresión más pura de su espiritualidad. Ella es realmente la "propiedad particular" (Ex 19,5) del Señor, consagrada enteramente a su servicio. Pero, al mismo tiempo que compendia en sí misma la fe de la antigua alianza, María es la primera creyente del nuevo testamento, la primera de aquel pueblo de "corazón nuevo y de espíritu nuevo que caminará en la ley del Señor" (Ez 36,26-27). Sobre ella, criatura sin pecado y llena de gracia, desciende el Espíritu que plasma todo su ser y la hace templo de Dios vivo, después de haber dado su consentimiento libremente: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Con esta palabra, en respuesta al anuncio del ángel, María, "se consagró enteramente como sierva del Señor a la persona y a la obra de su Hijo" (LG 56).

"Dijo María: He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Con esta respuesta, comenta Orígenes, es como si María hubiera dicho a Dios: "Heme aquí, soy una tablilla encerada, que el Escritor escriba lo que quiera, haga de mí lo que quiera el Señor de todo".¹⁷ Compara a María con una tablilla encerada que es lo que, en su tiempo, se usaba para escribir. Hoy diríamos que María se ofrece a Dios como una página en blanco sobre la que El puede escribir lo que desee.

La Anunciación tiene la estructura "trinitaria" de una pascua anticipada. La iniciativa de Dios cumple mediante el Espíritu Santo la presencia del Hijo entre nosotros. A esta excepcional experiencia de gracia, María responde con la acogida de fe humilde y disponible. El nuevo comienzo del mundo se realiza en el misterio de la acogida creyente que la Virgen María presta a la iniciativa de gracia del Eterno.

La humildad de María no es la de la pecadora contrita. Se trata de la humildad inocente, alegre, de quien no le pasa por la mente dudar que las grandes cosas que la acontecen son un puro don de Dios. María, en su humildad, puede decir: "Todas las generaciones me llamarán bienaventurada", no por lo que yo soy, sino porque "el Poderoso ha hecho grandes cosas en mí".

Como escribe Luis Bouyer, la santidad de María es el fruto maduro de la acción del Espíritu en el seno de Israel: "La santidad y la maternidad de la Virgen son la flor y el fruto de la santidad y de la maternidad de gracia de Israel, fruto de la incubación del Espíritu. Lo mismo que la Iglesia, María sube de la tierra, de su desierto que florece bajo las ondas de ese cielo, y, sin embargo, baja de Dios, como el don mismo de la gracia incorporada al ser de la humanidad, a la criatura caída en trance de salvación". "En María llega el momento supremo de la historia humana y cósmica, cuando la palabra salvadora es escuchada plenamente mediante una fe perfecta, su

¹⁷ ORÍGENES, *Comentario al evangelio de Lucas*, 18.

creación suprema, y suscita la respuesta que alumbrará, no sólo a los salvados, sino ante todo al Salvador mismo".¹⁸

María, plasmada por el Espíritu Santo, es la persona más libre que exista: "Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (2Co 3,17). La libertad se nos da para decir un "sí" gozoso al amor de Dios. Nunca es más libre el hombre que cuando pronuncia su "sí" en los momentos decisivos de su vida, cuando al ser llamado responde con todo su ser: "heme aquí".¹⁹ Se es plenamente libre cuando se es capaz de responder con el sí del amor al amor ofrecido. La libertad no coincide con la autonomía. La autonomía se expresa frecuentemente con el "no", la libertad, en cambio, se vive en el "sí". Para ello, nuestra libertad es redimida, capacitada, por el Espíritu Santo (Ga 5,13). Plenamente libre para el amor, María responde: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra":

El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida... Así, María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha madre de Jesús, y abrazando la verdad salvífica de Dios con generoso corazón y sin el impedimento de . pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual sierva del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, los Santos Padres estiman a María no como mero instrumento pasivo, sino como cooperadora a la salvación humana por la libre fe y la obediencia (LG 56).

En María, la Iglesia aprende el amor al silencio interior, la escucha profunda en donde la palabra planta su tienda entre los hombres. Los Padres celebraron la virginidad de María y de la Iglesia, comparándolas con la luna, que no brilla con luz propia, sino que se deja iluminar e irradia la luz del sol, que es Cristo: se trata de "la mujer vestida de sol" del Apocalipsis: "La gran mujer no es solamente la gloriosa, sino la que sigue siendo terrena, la que engendra con dolor, la que clama, la perseguida por el dragón, la que huye al desierto, la que buscando amparo mira a su Hijo arrebatado al trono de Dios. Todo esto ciertamente se lleva a cabo primero en el destino de la Iglesia que sufre en la tierra, pero también estuvo prefigurado en el destino terreno de la Madre de Dios... Así como la luna, astro nocturno, solamente es iluminada por la luz del sol, así como se transforma y mengua, así sucede con el destino de la Iglesia no transfigurada".²⁰

Y lo mismo que la Virgen María, también la virgen Iglesia canta su *Magnificat*, porque ha escuchado la Palabra de Dios, la ha acogido, permanece en ella, la

¹⁸ L. BOUYER, *La Iglesia de Dios*, Madrid 1973, p.668-672.

¹⁹ Cfr. Ordenación sacerdotal o el "sí" que se dicen mutuamente dos novios, que se aman, el día de su boda.

²⁰ HUGO RAHNER, *María y la Iglesia*, p.121-122.

proclama y la pone en práctica. "La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del *Magnificat*" (RM 37).

Por eso el cántico de María es a la vez el cántico de la Madre de Dios y el de la Iglesia, cántico de la Hija de Sión y del Nuevo Pueblo de Dios, cántico de acción de gracias por la plenitud de gracias derramadas en la Economía de la salvación, cántico de los "pobres" cuya esperanza ha sido colmada con el cumplimiento de las promesas hechas a nuestros padres, "en favor de Abraham y su descendencia por siempre" (CEC 2619).

8. UNA ESPADA ATRAVESARÁ TU ALMA

A) EL ANUNCIO A JOSÉ

Aunque el Hijo no iba a nacer de unas relaciones conyugales entre María y José, éste, sin embargo, era el esposo legítimo de María y, en el matrimonio, tenía una misión importante como padre del hijo de María. José es un "justo" ante Dios, elegido por Dios para una misión fundamental en la historia de la salvación. Si Lucas nos presenta el anuncio del nacimiento del Hijo de Dios hecho a María, Mateo nos presenta el mismo anuncio dirigido a José. Partiendo de la paternidad legal de José, "hijo de David", Mateo introduce a Jesucristo desde el principio en la historia de la salvación: Jesús es el cumplimiento de la promesa.

El origen de Jesús como Cristo fue así: estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló encinta por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo y no queriendo denunciarla (o revelarlo), resolvió separarse secretamente (Mt 1,18-19).

La intención de Mateo -como aparece en la genealogía (1,1-18)- es mostrar que Jesús desciende de Abraham y de David y que es, por tanto, el Mesías esperado. La dificultad de Mateo es que Jesús, el Mesías, no desciende de José, en quien desemboca la genealogía.¹ La cadena de padre a hijo queda rota en el último eslabón: aquí no se habla ya del padre, sino de la madre de la que nace Jesús. ¿Cómo puede ser Jesús el Mesías si no es hijo de José? A esta pregunta responde Mateo. "Jesús, llamado Cristo" concluye la genealogía, y ahí empalma la continuación de Mateo: "De Jesús como Cristo el origen fue así". Con otras palabras: Jesús, el Mesías, nació de la manera siguiente: a pesar de no ser hijo carnal de José, le corresponden los derechos hereditarios de David y de Abraham. Es, pues, el Mesías.

Por este motivo José ocupa el centro del relato. Pero se afirma que lo acontecido en María no es obra de padre humano, sino del Espíritu Santo. Mateo conoce la concepción virginal de Jesús y trata de demostrar que, a pesar de ella, Jesús es el Mesías. Es lo que hace con el anuncio a José.

Los dos anuncios, a María y a José, tuvieron lugar en el intervalo de tiempo entre los desposorios y la cohabitación definitiva de los esposos. Según una interpretación, María no dice nada a José de lo ocurrido en ella. No quiere interferir en los planes de Dios para con José. Espera que, como Dios ha mandado un ángel para revelarles su designio sobre ella, intervenga también con José revelándole los designios sobre él. En el silencio sufre las dudas y sospechas de José, aguardando la intervención de Dios.

¹ Mateo, no obstante su preocupación por mostrar el ascendiente davídico de Jesús, transmitió el dato más difícil para su intención: el hecho de que Jesús no hubiera sido engendrado por José, hijo de David, como se esperaba. Si actuó así es evidente que "se sentía más ligado por el acontecimiento que por la letra de las Escrituras". No interpretó los hechos a la luz de sus esperanzas, sino estas esperanzas a la luz de los hechos. Cfr. R. LAURENTIN, *Evangelii dell'infanzia di Cristo*, Torino 1985, p.430.

Pero quizás explique mejor el texto de Mateo otra interpretación. Es posible que José hubiese llegado a comprender, escuchando el relato de los hechos de labios de María, cómo había ocurrido todo realmente.² Y sabiendo que el embarazo de María se debe a la acción del Espíritu Santo, José decide "apartarse ante el misterio". José, comprendiendo que Dios está actuando, decide no interferir en el designio de Dios con María. Por ello decide apartarse de María en secreto. ¡Cómo podría él tomar por esposa a María, la llena de gracia! Es el sentimiento de respeto y de temor ante el misterio de Dios lo que lleva a José a querer alejarse de María. José, justo³ no ante la ley sino ante Dios, acepta totalmente la voluntad de Dios. Esto le lleva a decidir alejarse de María en secreto, sin revelar el misterio de la concepción virginal del Hijo de Dios en María.⁴

José guarda en su corazón como un secreto precioso el misterio descubierto en su esposa. José no se pregunta si María es culpable o no. Su *duda o* indecisión es acerca de lo que él debe hacer. ¿Cómo ha de comportarse él, el esposo, en la situación excepcional en que se encuentra su esposa: encinta por obra del Espíritu Santo? ¿Qué debe hacer él? Lleno de temor reverencial ante el misterio, realizado en María, su esposa, José no ve otra salida que retirarse: "separarse de ella secretamente". José "se dio cuenta claramente de que Dios había puesto la mano en su mujer y que, por tanto, era intangible para él".⁵ Como dice Santo Tomás: "José quiso devolver a la Virgen su libertad, no porque la creyera culpable de adulterio, sino por respeto a su santidad: sentía temor de convivir con ella".⁶ Y San Bernardo:

¿Por qué quiso dejarla? Escucha, no mi opinión, sino la de los Padres. La razón por la que José quiso dejar a María es la misma por la que Pedro alejó de sí al Señor, diciéndole: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Es también la razón por la que el centurión le apartaba de su casa con estas palabras: Señor, no soy digno de que entres en mi casa. Del mismo modo, José, juzgándose indigno y pecador, pensaba que una persona tan grande como María, cuya maravillosa y superior dignidad admiraba, no debía avenirse a hacer vida común con él. Veía, con sagrado asombro, que en ella resplandecía la marca inconfundible de la divina presencia. Ante la profundidad del misterio, como hombre que era, tembló y quiso dejarla secretamente... También Isabel, ante la presencia de la Virgen

² El silencio frente a José contrastaría con la actitud de María con respecto a Isabel con la que comparte su alegría y acción de gracias.

³ El hombre *justo* ante la intervención de Dios se retira respetuosamente. Es la reacción de los *justos* del Antiguo Testamento: la de Moisés en la teofanía del Sinaí; la de Isaías en la visión de Yahveh en el templo. Cuando Dios interviene en la historia del hombre, el *justo se* retira con temor reverencial ante Dios. Esta interpretación que presenta San Bernardo como "eco de los Padres" supera el nivel de la moral y se sitúa en el plano de la historia de la salvación.

⁴ El verbo *deigmatísai* puede significar: denunciar, exponer a la afrenta, pero significa también sacar a la luz, revelar, hacer visible, manifiesto.

⁵ R. GUARDINI, o. c., p. 49. Esta interpretación parte de Eusebio de Cesarea: PG 22,879-886.

⁶ SANTO TOMÁS, *Sum., theol. Supplementum* III q.62 a.3 ad 2.

embarazada, se sintió llena de respetuoso temor y, por eso, exclamó: ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Ésta es, pues, la razón por la que José quiso dejarla.⁷

Lleno de respeto hacia María, en quien el Espíritu Santo ha obrado grandes cosas, José está decidido a dejarla totalmente en las manos de Dios. Pero, en ese momento decisivo, "estando él en esos pensamientos, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: No temas recibir en tu casa a María, tu esposa" (Mt 1,20). José escucha la misma palabra que ha recibido María: "No temas, María" (Lc 1,30). Este "no temas"⁸ tiene en la Escritura una gran significación: es la palabra de Dios ante el "santo temor" que experimenta el hombre ante una revelación de la presencia de Dios. Es este temor ante la presencia y acción de Dios en María lo que el evangelio supone en José. De aquí que el ángel le diga: "No temas recibir en tu casa a María, tu esposa; pues, cierta-mente, lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, por-que El salvará a su pueblo de sus pecados" (v.20-21).

El ángel revela a José su misión en el misterio de María y de Cristo: su misión de esposo de María y de padre legal de Jesús, a quien como padre "tú pondrás el nombre". Aunque no sea su padre carnal, José recibe la misión de hacer de padre a Jesús. Así, al mismo José le queda indicado el sentido y la forma de su vida ulterior en el servicio del misterio que se ha de cumplir en su casa.

Esto tiene su significación en el cumplimiento de la historia de la salvación, como señala Mateo: "Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice: He aquí que una virgen llevará en su seno y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros" (v.22-23).⁹ Mateo se interesa de la misión de José y le incluye en la profecía. Y, según Mateo, será José, y no María, quien dé el nombre al niño: "Y él le puso por nombre Jesús" (v.25). José, acogiendo la voluntad de Dios, actúa como esposo de María y como padre legal del Niño-Mesías. A través de José, Jesús es el descendiente de David, el Mesías de Israel. San Mateo no olvida anotar el nombre con que el ángel se dirige a José: "José, hijo de David" (v.20).

Aquí queda confirmada la maternidad virginal de María, en la que Mateo - valiéndose de la versión griega de los LXX que traduce *-almah* por *parthenos*- ve cumplida la profecía: "Ved que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel" (Is 7,14; Mt 1,23). Mientras subraya el cumplimiento de la esperanza mesiánica en Jesús, pone de manifiesto el alumbramiento prodigioso de María de aquel que es Emmanuel, el Dios-con-nosotros. La virginidad de María a los ojos de Mateo y de la tradición cristiana es vista en relación a Cristo. Cristo no es fruto de un amor humano, sino del Espíritu Santo. En María el protagonista es el

⁷ SAN BERNARDO, *Hom 'Super missus est'*, II 14: PL 183,68.

⁸ Cfr. Mt 14,25; 17,7; Mc 9,32; Ap 1,17.

⁹ Mateo modifica la cita del profeta, cambiando el singular en plural. En vez de "ella le pondrá por nombre" (Is 7,14), dice: "le pondrán por nombre".

Señor y la virginidad es la expresión de esta primacía. Cristo no surge del semen humano o del amor que une a María con José, sino del amor de Dios.

El relato de Mateo nos muestra, finalmente, cuál debe ser la manera cristiana de acoger con espíritu de fe el misterio de la concepción virginal de María. En José, el esposo de María, hallamos la actitud de fe, humildad y respeto con que acoger este misterio de la acción de Dios en María: "José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús" (Mt 1,24-25).

B) LA PRESENTACIÓN: OFRENDA DEL HIJO

La Anunciación y Encarnación tienen lugar en Nazaret, pero Jesús, hijo de David, nace en "Belén de Judea, la ciudad de David, por ser José de la casa y de la familia de David" (Lc 2,4; Mt 2,5). De Belén pasará, como David, a Jerusalén, donde el anciano Simeón le proclamará Mesías y Salvador, viendo en Él la gloria del pueblo de Israel. Jesús ya en el seno de su madre comienza la subida hacia Jerusalén y hacia el Templo. El Hijo de Dios, que ha descendido del Padre, comienza su ascensión hacia el Padre (Jn 16,28). Es María, la Madre, quien lleva por primera vez a Jesús a Jerusalén y al templo, para "dedicar-lo" al Padre, a las cosas del Padre.

A los ocho días es circuncidado y José "le puso por nombre Jesús" (Mt 1,25), nombre "que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno" (Lc 2,21) y que reveló a José en sueños (Mt 1,21). Después de la circuncisión de Jesús, llegado el tiempo de la purificación, José y María subieron a Jerusalén a *presentar* al Niño "para ofrecerlo al Señor" (Lc 2,22ss). No se trata, según el Levítico (c.12) de una purificación moral, sino ritual, en cuanto que las fuentes de la vida son protegidas por la ley de Dios. María es el Israel de Dios que invoca la purificación. Jerusalén, cananea de nacimiento, abandonada en el campo, como objeto repugnante, el día de su nacimiento, es vista por Dios, que se compadece de ella: "Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo. Te vestí con vestidos recamados, zapatos de cuero fino, una banda de lino y un manto de seda... Te hiciste cada día más hermosa y llegaste al esplendor de una reina. Tu fama se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor con que yo te había revestido" (Ez 16). Esta esposa, colmada de dones, provoca los celos de Dios con sus infidelidades. Pero Jerusalén sigue siendo la esposa del Señor: "Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud y estableceré en tu favor una alianza eterna... Yo mismo restableceré mi alianza contigo y sabrás que yo soy Yahveh" (60-63).

En estas palabras hallamos la profecía de la Jerusalén de la Nueva Alianza, la Iglesia, que Cristo ama hasta entregarse a sí mismo por ella "para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin mancha ni arruga, sino santa e inmaculada" (Ef 5,25-27). En María se cumple ya lo que Cristo hará con toda la Iglesia. En la presentación del templo, en el misterio de la ofrenda al Señor de su Hijo, la Hija de

Sión vuelve al primer amor de la Alianza. Y Jesús es ofrecido a su Padre celestial, de quien es realmente Primogénito y a quien pertenece desde siempre.

"El primogénito abre el seno materno" (Nm 3,12), permitiendo a los demás hermanos pasar por él. Jesús ha abierto el seno de la misericordia del Padre y ha pasado, el primero, a través de la muerte, dejándonos abierto el acceso al Padre. Así se ha ofrecido al Padre al ser presentado en el templo: "Por eso, al entrar en este mundo, dice: Sacrificios y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10,5.7).

En toda la escena de la presentación, el Espíritu Santo aletea en el templo (Lc 2,25.26.27), moviendo, con-solando e inspirando a los ancianos Simeón y Ana. Simeón es el hombre de la espera mesiánica. Aunque avanzado en edad mantiene en alto la llama de la esperanza: "él esperaba la consolación de Israel" (v.25), junto con "los que esperaban la redención de Jerusalén" (v.38). Simeón es el hombre de la esperanza y del Espíritu. El encuentro con Simeón acontece antes de la presentación propiamente dicha. Las palabras de Simeón, iluminado por el Espíritu Santo, iluminan a María el significado del rito. Al coger al niño en sus brazos, inspirado por el Espíritu, Simeón empieza por dar gracias a Dios, porque le concede ver al Mesías en el que tenía puesta toda su esperanza. Simeón descubre en Jesús el cumplimiento de las promesas esperadas, reconociendo en él "al Cristo del Señor", "la consolación de Israel", y "la luz de las naciones" como "el Siervo de Yahveh".¹⁰ También Ana,¹¹ que día y noche servía al Señor en el templo, reconoce en el niño al Esperado, "la redención de Israel". Los dos ancianos reconocen que María, la Hija de Sión, lleva al templo la Luz verdadera, luz para iluminar a los gentiles y gloria de Israel. Estos dos ancianos encarnan las palabras del salmo: "En la vejez darán aún fruto, se mantienen frescos y loza-nos para anunciar lo bueno que es Yahveh, nuestra roca" (Sal 92,15-16).

A la luz de la profecía de Simeón el gesto de la presentación de Jesús adquiere la plenitud de su significado: el primogénito es ofrecido totalmente a Dios para salvación de todos sus hermanos. Desde la Anunciación se le ha dicho a María que su hijo es el Salvador. Simeón se lo hace presente a la hora de ofrecerlo a Dios en el templo. Y además Simeón le aclara que su hijo salvará a los hombres como Siervo de Dios, que será "traspasado por nuestras culpas" (Is 53,5), de modo que también a ella "una espada le atravesará el alma". María, en ene-mistad desde Eva con la serpiente, está situada en el corazón del combate que acompañará a su Hijo, signo de contradicción: o con El o contra El. Santa Catalina de Siena escribirá: "¡Oh dulcísimo y amantísimo Amor, la lanzada que tú recibiste en el corazón es la espada que traspasó el corazón y alma de tu madre. El Hijo era golpeado en el cuerpo y, de modo semejante, era herida la madre, porque aquella carne era de ella".¹²

¹⁰ Simeón se inspira en los cantos del Siervo de Isaías: 52,10; 42,6; 49,6; 50,4-9; 52,13-53,12.

¹¹ Ana parece la viuda que describe Pablo: "La viuda pone su esperanza en Dios y se consagra a la oración día y noche" (1Tm 5,5; Lc 2,37-38).

¹² SANTA CATALINA DE SIENA, Carta 30.

El episodio de la presentación de Jesús en el templo nos sugiere el relato de la historia de Samuel. Lo mismo que Elcaná y Ana presentan a su hijo en el santuario de Silo (1S 2,20), así María y José presentan al niño en el templo. Como Elí bendice a los padres de Samuel (2,22), así Simeón bendice a los de Jesús; lo mismo que en Silo hay algunas mujeres que sirven en el santuario (2,22), así también en Jerusalén Ana "sirve al Señor día y noche con ayunos y oraciones" (Lc 2,37); y lo mismo que Samuel "iba creciendo y se ganaba el aprecio del Señor y de los hombres" (2,26), así también "el niño Jesús crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor del Señor" (Lc 2,40). La diferencia más notable es que Jesús, a diferencia de Samuel, no se quedó en el templo.

La llegada de Jesús al templo es el cumplimiento de la esperanza mesiánica, anunciada por Malaquías como "purificación del templo y del pueblo" (Ml 3,1-3). Simeón, en el *Nunc dimittis*, canta el cumplimiento de la promesa y de su esperanza. Pero, tras cantar el cumplimiento de la promesa, Simeón anuncia su profecía a María. Aquel en quien se cumple la promesa de la salvación es también "signo de contradicción", objeto de acogida y de rechazo por parte de Israel. Y esto se repercutirá en María: "A ti misma una espada te atravesará el corazón" (Lc 2,35). Aquella que ha sido presentada con José como fiel observante de la ley de los padres está también ligada al drama del rechazo de su pueblo. En realidad Lucas no se ha fijado en la ceremonia de la purificación de la madre. Sólo nos ha narrado la presentación de Jesús, la ofrenda de Jesús a Dios. Esta será la purificación de la fe de María a lo largo de toda su vida. La ley no prescribía que se llevase al Templo al primogénito; el rescate se podía hacer sin necesidad de presentarlo. Al llevar a Jesús al templo, María manifiesta su fe en que su Hijo es propiedad del Señor, como Ana lo pensó respecto a su hijo Samuel, que "lo ofreció a Yahveh para todos los días de su vida, diciendo: es un consagrado a Yahveh" (1S 1,28).

El evangelio de Lucas no habla de la presencia de María al pie de la cruz. Pero en su evangelio, la cruz se dibuja ante ella desde el comienzo. La maternidad de María está marcada por el signo pascual, pues su Hijo no podía llegar sino por la muerte al pleno nacimiento filial (Rm 1,3). En Israel, todo primogénito pertenece a Yahveh; los padres deben rescatarlo para que sea su hijo (Ex 13,2.12). Ahora bien, Jesús es llevado al templo, no para ser rescatado, sino "para ser presentado al Señor" (Lc 2,22), pues ya había anunciado el ángel que "el niño que nacerá será santo" (Lc 1,35), consagrado al Señor para siempre. El arrebatamiento junto a Dios (Ap 12,5) comienza desde el nacimiento, para acabar un día en una separación total. Tal es el nacimiento completo de Jesús, hasta allí se extiende la relación materna de María con El. San Bernardo comenta:

El amor de Cristo es como una flecha elegida, que no sólo hirió el alma de María, sino que la traspasó, para que en su seno virginal no quedara ni una pequeña parte vacía del amor y, así, ella amase a Dios con toda su persona y fuera realmente llena de gracia. La traspasó para llegar hasta nosotros y que todos nosotros

participáramos de su amor y, así, ella se convirtiera en la madre de aquel amor del que Dios es Padre.¹³

Por eso los vínculos humanos entre el Hijo y la madre se van aflojando continuamente: "¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?" (Lc 2,49). En torno a Jesús se va formando una nueva familia, unida a él por los lazos de la fe: "Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen" (Lc 11,27). La fe prevalece sobre la carne. A los ojos de María, los rasgos de Jesús van adquiriendo los rasgos del Cristo de Dios. Es el Padre quien atrae a sí a su Hijo, quien se lo arrebató a la madre. Juan desde el comienzo de su evangelio anuncia ya la "hora" suprema: "¿A ti y a mí qué? Mi hora todavía no ha llegado" (Jn 2,4). La hora de Jesús, la de su pascua, es también la de la Iglesia en su paso de la antigua a la nueva alianza. Jesús cumple en Caná el primero de sus signos, que son todos anuncios de "su hora". Y "la madre de Jesús estaba allí" (Jn 2,1). María no es llamada por su nombre: es la madre de Jesús, a la que Jesús llama con un nombre inusual: ¡Mujer! Los dos términos convienen a María: ella es la mujer-madre, el símbolo de la nación de la alianza.

La espada evoca en el lenguaje bíblico la palabra de Dios.¹⁴ Esta palabra está presente ahora. Los mismos poemas del Siervo, con los que Simeón describe a Jesús como luz de las naciones y gloria de Israel (Is 42,6; 49,6), afirman: "Convirtió mi boca en espada afilada" (Is 49,2). La "espada" que atravesará el corazón de María será, pues, la Palabra de Dios, que se hace presente en su Hijo Jesús: lo mismo que Israel, también María tendrá que enfrentarse con esta palabra; no se le ahorrará el esfuerzo de creer (Lc 2,48-51), puesto que tendrá que guardar y meditar hechos y palabras que no siempre entiende. Pero a diferencia de muchos en Israel, María, como expresión del Israel fiel, perseverará en la fe hasta el fin, hasta el momento de la cruz.

Como la vida de Cristo, según el evangelio de Lucas, fue una lenta y decidida "subida a Jerusalén" (Lc 9,31), la de María fue igualmente un acompañar a Jesús en su camino hasta la cruz. Ya las palabras de Simeón: "Una espada atravesará tu alma", que María, sin duda, guardó en su corazón, fueron un prelude de su misión: "estar con Jesús junto a la cruz". Juan Pablo II, en la *Redemptoris mater*, aplica a María la palabra de la *kénosis*, que Pablo ha aplicado a Cristo (Flp 2,6-7): "Mediante la fe, María está perfectamente unida a Cristo en su despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda *kénosis* de la fe en la historia de la humanidad" (RM 18). Esta *kénosis* se consumó bajo la cruz, pero comenzó mucho antes, en Nazaret y a lo largo de toda la vida pública de Jesús, en esa "peregrinación de la fe":

No es difícil notar una particular fatiga del corazón, unida a una especie de "noche de la fe" -usando una expresión de san Juan de la Cruz-, como un velo a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio.¹⁵

¹³ SAN BERNARDO, Sermón 29 sobre el Cantar de los Cantares.

¹⁴ Cfr. Is 49,2; Sb 18,15; Ap 1,16; 2,12.16; 19,15.21; Ef 6,17; Hb 4,12.

¹⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo* L.II, cap. 3,4-6.

Pues de este modo María, durante muchos años, *permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de la fe* (RM 17).

En lugar de hablar de los "privilegios" de María, el Vaticano II nos presenta a María siguiendo las huellas de su Hijo, asociada a El. Y Cristo, aunque no tuvo pecado alguno, experimentó por nosotros la fatiga, el dolor, la angustia, las tentaciones y la muerte, todas las consecuencias del pecado. María, como Cristo, siendo su Madre, aprendió lo que es la obediencia con el sufrimiento, de modo que podemos decir que tenemos una madre que puede comprender nuestras enfermedades, nuestra fatiga, nuestras tentaciones, habiendo sido ella probada en todas esas cosas, semejante en todo a nosotros, excepto el pecado (Hb 4,15;5,8).

Ella es la Virgen, Hija de Sión, que cumpliendo la ley, te presentó en el templo a su Hijo, gloria de tu pueblo Israel y luz de todas las naciones. Ella es la Virgen, puesta al servicio de la obra de la salvación, que te ofrece al Cordero sin mancha, que será inmolado por nuestra salvación en el ara de la cruz. Así, Señor, por tu designio, el mismo amor asocia al Hijo y a la Madre; los une el mismo dolor y los impulsa la misma voluntad de agradarte.¹⁶

C) TOMA CONTIGO AL NIÑO Y A SU MADRE

La última perícopa del evangelio de la infancia de Mateo (2,13-21) lleva a Jesús de Belén a Nazaret. Pero en medio lo conduce a Egipto, haciéndole partir de allí hacia Nazaret. "El ángel se aparece, no a María, sino a José y le dice: Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre. No le dice, como había hecho antes, 'toma a tu esposa', sino 'toma a su madre'. José escucha, obedece y acepta con alegría todas las pruebas".¹⁷ "José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes". Y durante su estancia en Egipto, Mateo coloca la matanza de los inocentes, comentada con las palabras que Jeremías empleó para describir a las tribus del norte en su destierro. Así presenta a Jesús cumpliendo la historia de Israel, al revivir el éxodo y el destierro de Israel. En Jesús se cumple, pues, la esperanza mesiánica. Y a su lado, siempre presente, está María, su madre, como manifiesta la repetida expresión: "el niño y su madre" (Mt 2,13.14.20.21). María aparece, pues, como figura de Israel que esperaba la salvación mesiánica y que entra ahora en ella. La madre del Mesías, que acoge a todas las gentes (sabios de oriente), es aquí la mujer del éxodo y del exilio, conducida con el Nazareno a la tierra de sus padres. María representa así el umbral a través del cual se pasa de la espera al cumplimiento.

María, hija de Sión, peregrina como Israel por el exilio. Su Hijo, es hijo de Israel, a quien Dios saca de Egipto (Os 11,11), pero es también el Hijo de Dios en quien se cumple plenamente la profecía: "De Egipto llamé a mi Hijo" (Mt 2,15).

¹⁶ Prefacio de la Misa "Santa María en la presentación del Señor". Prefacio de la Misa "Santa María en la presentación del Señor".

¹⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario del Evangelio de San Mateo*, VIII, 25.

D) TU PADRE Y YO, ANGUSTIADOS, TE BUSCÁBAMOS

El evangelio de la infancia de Lucas se cierra con el episodio de la presencia de Jesús a los doce años en el templo: "Sus padres iban cada año a Jerusalén, por la fiesta de pascua. Cuando el niño cumplió doce años, *subieron* a celebrar la fiesta, según la costumbre" (Lc 2,41-42). Al final "*bajó* con ellos a Nazaret" (v.51). Entre la subida y la bajada tiene lugar la revelación de Jesús, que llena de asombro a los que le escuchan en el templo (v.47), y a sus padres (v.48), que "no comprendieron lo que les decía" (v. 50).¹⁸ Esta revelación está compendiada en las palabras: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?" (v.49). Esta es la primera palabra de Jesús que nos ha recogido el Evangelio. Desde el comienzo Jesús pronuncia la palabra fundamental de su vida: "Mi Padre", revelando el misterio de su ser y de su misión. Su primera palabra se refiere al Padre que le ha engendrado eternamente y le ha enviado a hacerse hombre en el seno de María. También a su Padre celestial dirigirá su última palabra: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46). Y, una vez resucitado, también sobre el Padre será su última palabra: "Yo mandaré sobre vosotros el Espíritu que mi Padre ha prometido" (Lc 24,49).

Esta palabra de Jesús, marcando el contraste con las palabras de María "tu padre y yo", dejan sorprendidos a María y a José. Es lo mismo que experimentarán más tarde sus discípulos: "Ellos no comprendieron nada de lo que les decía porque era un lenguaje oscuro para ellos y no entendían lo que decía" (Lc 18,34). Pero María conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón. Poco a poco irá comprendiendo que el desapego de su Hijo no es un signo de distancia, sino de una nueva cercanía. En la fe irá comprendiendo que su Hijo tiene una misión que cumplir y se asociará a ella de corazón.

Este episodio tiene un significado simbólico. Es un hecho excepcional, querido por Jesús, que hasta entonces y después "estaba sometido" a María y a José (Mt 2,51). Jesús recuerda a José y a María la ofrenda que han hecho de El al Padre en su primera presentación en el templo: él se debe a su Padre. Y un día se substraerá a sus cuidados, para dedicarse enteramente a la misión que el Padre le ha confiado. Y, en el cumplimiento de esa misión salvadora, se perderá y no será hallado hasta el tercer día. Ellos "no entendieron sus palabras", pero "María las conservó en su corazón". El final del episodio con el encuentro del Hijo en medio de los doctores admirados de su inteligencia y de sus respuestas es un anuncio, guardado en el corazón de María, de la gloria en la que encontrará a su Hijo resucitado.

A través de las palabras de María oímos el eco del gemido de la Esposa del Cantar de los Cantares: "He buscado al amor de mi alma. Le busqué y no le hallé. Me levantaré y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al amor de mi alma" (3,1-2). Pero, también, resuena el gemido de María Magdalena, en la mañana de Pascua: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto" (Jn 20,13). Cuando María suba por última vez a Jerusalén, a la montaña santa de Abraham, la

¹⁸ Cfr. el paralelismo con la revelación de Dios a Moisés: Ex 3-4; 33,18-34; o a Elías: 1Re 19.

montaña donde Dios había "provisto un Cordero", durante tres días, María recordará los tres días en que buscó a su Hijo hasta que lo encontró en el Templo, ocupado en las cosas de su Padre. La *memoria*, "las palabras guardadas en el corazón", le ayudará a vivir en la esperanza.

Pues el episodio del templo es la prefiguración de la Pascua de Cristo, cuando por tres días será substraído por la muerte a la vista de los suyos. Los dos acontecimientos tienen como escenario Jerusalén y están enmarcados en la liturgia de la Pascua. La angustiada búsqueda de María y de José evoca la tristeza de los discípulos, que han perdido al Maestro (Lc 24,17), a quien buscan (Lc 24,5) hasta que El se les aparece "al tercer día" (Lc 24,21). La diferencia entre María y los demás discípulos es que éstos son "torpes" para comprender y "cerrados" para creer "lo que dijeron los profetas" (Lc 24,25). María, "aunque no comprendiera", "guardaba todos estos hechos en su corazón" (v.51). Así María permanece abierta al misterio y se deja envolver por él. Así, preparada por el anticipo de la pérdida del hijo a los doce años, puede acoger el designio de la muerte de su Hijo y "estar en pie junto a El en el momento de la cruz", aceptando que cumpla la voluntad del Padre. Ella acepta que su Hijo ponga su relación con el Padre por encima de los vínculos familiares de la carne. Su fe, sin privarla del dolor, le permite aceptar que la "espada" anunciada le atravesase el corazón hasta la plena manifestación de la luz pascual.

Este negarse a sí misma en relación al Hijo es el camino constante durante toda la vida pública (Jn 2,4; Lc 11,27-28). Es la *kénosis de María*, llevada por su Hijo de un conocimiento en la carne a un conocimiento de El en la fe, pasándola por "la noche oscura de la memoria", dice San Juan de la Cruz.¹⁹ Esta noche oscura de la memoria consiste en olvidarse del pasado para estar orientados únicamente hacia Dios, viviendo en la esperanza. Es la radical pobreza de espíritu, rica sólo de Dios y, esto, sólo en esperanza.

María es, pues, la creyente, que consiente a la palabra de Dios en la fe y se deja conducir dócilmente por ella, experimentando el misterio, que se le va aclarando progresivamente. María, guardando la palabra en su corazón, permite que ésta, como espada de doble filo, la traspase el corazón. De este modo sus pensamientos van siendo penetrados por el esplendor de esa palabra (Lc 2,35), que es luz que ilumina a las gentes (Lc 2,32). Es la figura del verdadero discípulo, que asiente a la iniciativa de Dios, dejándose plasmar por El. La Iglesia naciente se mira en ella como en un espejo para descubrir su verdadero rostro. Y así nos la ofrece a nosotros hoy.

E) JUNTO A LA CRUZ ESTABA SU MADRE

Llegó el día en que el niño iba a nacer, para ser llevado junto a Dios: "Estaba encinta y gritaba con los dolores del parto..., dio a luz a un hijo varón... El hijo fue arrebatado hacia Dios y a su trono" (Ap 12,2.5). Se sabía que los tiempos mesiánicos nacerían en medio de dolores de parto. Estas tribulaciones han atravesado los siglos; desde los comienzos, la mujer encinta grita en sus dolores. El Apocalipsis une el

¹⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo* III, 2,10.

nacimiento doloroso y la glorificación junto a Dios del hijo varón que da a luz la mujer.

Es sobre el hijo sobre quien han caído los dolores de parto de los últimos tiempos: "¿No era necesario que Cristo sufriera todo esto para entrar en su gloria?" (Lc 24,26). Pero en el Apocalipsis son los dolores de la madre los que simbolizan las pruebas mesiánicas, pues la comunidad es inseparable del hijo que lleva en su carne. Esta comparte los dolores a través de los cuales el niño nace hasta estar junto a Dios (Jn 16,21).

Jesús es el punto de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, el final de uno y el principio del otro. El es el paso del uno al otro: su "carne es el gozne de la salvación".²⁰ Pasa de la carne al Espíritu y arrastra a la Iglesia en esta pascua. Durante su vida terrena, Jesús, "nacido de mujer, bajo la ley" (Ga 4,4), pertenecía en alguna medida a la primera alianza; estaba reducido a "la condición de siervo", en la que su misterio filial se encontraba oculto, "hecho en todo semejante a los hombres" (Flp 2,7). Tenía todavía que "ir hacia el Padre" (Jn 13,1), al que estaba, sin embargo, unido en lo profundo de su ser (Jn 10,30). Es así como pertenece en su carne a un pueblo que vivía "según la carne", aun estando destinado a la filiación (Ga 4,1-3). Pero en la cruz, Jesús muere a la carne, a la ley (Ga 2,19) y, desde entonces, vive en su Padre (Rm 6,10), en el Espíritu Santo: "Nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santificación por su resurrección de la muerte" (Rm 1,3), cuando "el Hijo fue arrebatado hacia Dios y a su trono" (Ap 12,5). Tal es la obra de la salvación: "A través de la cortina, es decir, de su propia carne desgarrada, Jesús entró de una vez para siempre en el Santuario, adquiriéndonos una liberación eterna" (Hb 9,12;10,20).

Durante la primera alianza, "la mujer" había sido madre de Cristo según la carne. Pero, por la cruz, Cristo sube de la carne al Espíritu. A su muerte, el velo del templo se desgarró, la primera alianza expira con él: "vuestra casa queda desierta" (Mt 23,38). Pero "este templo", Jesús lo reedifica: "El hablaba del templo de su cuerpo resucitado" (Jn 2,21). Entre uno y otro templo, entre una y otra alianza, hay ruptura y continuidad: el templo es *destruido*, pero este templo yo *lo levantaré* renovado. La Iglesia de Dios se reúne en este templo reconstruido. En otro tiempo madre según la carne, la Iglesia pasa a ser compañera en la pascua de Jesús; como una esposa que formara un cuerpo con él, se duerme con él en su muerte y se despierta con él en su resurrección.²¹

"En pie junto a la cruz de Jesús estaba su madre" (Jn 19,25). En torno a la cruz, en la persona de María, la hija de Sión, está Israel. Con María, los patriarcas, los profetas y todos los justos de Israel pasan a la nueva alianza. Y en María, la Iglesia celebra el *cumplimiento* del misterio pascual de Cristo en su forma plena, semejante a la del Señor resucitado, puesto que ella realizó en cuerpo y alma el "paso" pascual de la

²⁰ TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 8,2: PL 2,931.

²¹ Cfr. SAN AMBROSIO, In Ps. 118. Sermo 1,16.

muerte a la vida. "Las fiestas marianas son una manera de hacer presente el misterio pascual, del que se celebra el *éxito total* en un miembro eminente de la Iglesia".²²

²² T. FEDERICI, Anno liturgico, en *Diccionario del concilio Vaticano II*, Roma 1969, p.605-606.

9. SE CELEBRABA UNA BODA EN CANÁ Y ESTABA ALLÍ LA MADRE DE JESÚS

A) EL SIGNO DE CANÁ

Los dos textos del evangelio de Juan en que aparece de forma destacada María, aunque no se mencione su nombre, son el relato de las bodas de Caná (2,1-12) y el de su presencia junto a la cruz de Jesús (19,25-27). Iluminado por el Espíritu Santo, que conduce a los discípulos a la verdad plena (Jn 16,13), Juan nos narra el signo de las bodas de Caná, viendo la relación entre la revelación del Sinaí, Caná y la Cruz. Caná es la culminación de la revelación del Sinaí y el prelude de la revelación plena de la Pascua. En el comienzo y en el final de la obra de Cristo, está junto a Jesús su madre, la Mujer, símbolo de la Hija de Sión, la Virgen Israel. La fe de Israel culmina en la fe de María:

Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de El esperan con confianza la salvación. Con ella, excelsa Hija de Sión, finalmente, tras la larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía (LG 55).

Se trata de la "hora" de la glorificación de Cristo. Como en el Sinaí, "al tercer día", Yahveh manifestó su gloria a Moisés y el pueblo creyó en Él (Ex 19,9.11), así, "al tercer día", Jesús manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en El (Jn 2,1.11). En la Cruz será plenamente glorificado y, "al tercer día", manifestará su gloria en la resurrección, "levantando el santuario de su cuerpo" (Jn 2,19-21). Los tres momentos -Sinaí, Caná y Cruz gloriosa- están unidos como tres momentos fundamentales de la historia de la salvación.

En el Sinaí, Moisés se hallaba entre Yahveh y la asamblea de sus hermanos (Dt 5,5). En Caná, María se halla entre Jesús y los servidores. Ella ocupa el lugar del mediador: Dice la Madre de Jesús a El: "No tienen vino"... Y dice su madre a los servidores: "Cuanto El os diga, hacedlo" (Jn 2,3.5). En el Sinaí, el pueblo se declaró dispuesto a hacer y escuchar todo lo que Yahveh les dijera a través de Moisés. En Caná, María exhorta a los servidores a hacer cuanto les diga Jesús. En el Sinaí se oyó el "sí" de la Esposa, la asamblea de Israel, al Esposo, Yahveh, que establecía la alianza con el pueblo. En Caná nos hallamos también en el comienzo de las bodas mesiánicas. En el Sinaí, tras la respuesta del pueblo, Yahveh les dio el don de la Ley. En Caná, cuando los servidores hicieron lo que Jesús les dijo, según la invitación de María, Jesús dio el don del "vino bueno", símbolo de la nueva Ley.

En la tradición judía, Yahveh es el Esposo e Israel es la Esposa. Moisés es el padrino de bodas. El Sinaí es parangonado a la cámara nupcial. La respuesta de fe pronunciada por la asamblea de Israel es el "sí" que sella la alianza, como la apostasía del becerro de oro es el adulterio cometido en el mismo tálamo nupcial. La invitación de María coincide con las palabras de la asamblea de Israel en el Sinaí. En la intención del evangelista hay una identificación entre la asamblea de Israel y María,

la madre de Jesús, a quien Él da el título de "Mujer", con el que es representado en el Antiguo Testamento y en la literatura judía el pueblo elegido. La "Mujer" de Juan es la "Hija de Sión", a la que aludirá Lucas (MC 57).¹

San Juan, en su evangelio, nos presenta principalmente a Cristo. También en el relato de las bodas de Caná, fundamentalmente nos habla de Cristo, del "comienzo de los signos", con los que "manifiesta su gloria", para que "los discípulos crean en El". Pero, en este primer signo, es significativa la presencia de María: "Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús" (Jn 2,1). Lo que sí es cierto es que el significado de la "madre de Jesús" procede de su *relación* específica con su Hijo. Lo que a Juan interesa es la misión de esta "Mujer" en la economía de la salvación. En esta perspectiva de salvación, María tiene una significación única. El misterio de María sólo se comprende vinculado al misterio de Cristo y de la Iglesia.

En el evangelio de Juan hay tres etapas fundamentales en la manifestación gloriosa de Cristo. La primera es la encarnación misma: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado *su gloria*, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14). La segunda es la de Caná, cuando con su primer signo "Jesús manifestó *su gloria*" (2,11). Esta etapa se prolonga en todos los demás signos hasta la manifestación plena cuando *sea glorificado en la cruz*. María está presente significativamente en los tres momentos.

En el relato de Caná lo importante son las bodas y el vino, que en la tradición bíblica están cargados de un simbolismo excepcional. Desde el principio se subraya su importancia: "Al tercer día hubo una *boda* en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la *boda*. No tenían *vino*, porque el *vino* de la *boda* se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste: No tienen *vino*" (2,1-3). En los primeros versículos ya aparecen las dos palabras repetidas tres veces, sin que se diga nada de los novios. Desde esta óptica podemos decir que Juan ve, en las bodas de Caná, un símbolo de las bodas mesiánicas de Jesús con el nuevo pueblo de Dios, representado en María y los discípulos. Así "Caná es un signo, un símbolo de la Nueva Alianza".²

Las bodas de Caná anticipan como signo el misterio pascual como acontecimiento de alianza nupcial, cumplimiento y superación de la alianza del Sinaí. Con el trasfondo del simbolismo veterotestamentario de los esponsales entre Yahveh y su pueblo, expresión de la alianza mesiánica,³ el signo de Caná revela a Jesús como el Esposo divino del nuevo pueblo de Dios, con el que establece la alianza nueva y definitiva en su misterio pascual. Bajo esta luz, el banquete nupcial de Caná aparece como el signo de la llegada del tiempo prometido. Dios, en Jesús, llega a colmar sobreabundantemente la espera y transforma el agua de las purificaciones de la antigua ley en el vino nuevo del Reino. El agua de la letra se transforma en el vino del

¹ A. SERRA, *María a Cana e presso la croce*, Roma 1991.

² A. FEULLET, *L'heure de Jésus et le signe de Cana*, *Études johanniques*, Desclée de Brouwer 1962, p.11- 13.

³ *Cfr.* Os 2,16-25; Jr 2,1-2;3,1.6-12; Ez 16; Is 50,1 54,4-8 62, 4-5; *Ct* y Sal 45.

Espíritu. Esto se realizará plenamente en la "hora" de Jesús, en el acontecimiento pascual de la pasión, muerte y resurrección, que recorre todo el evangelio de Juan. Esa "hora" es el momento esperado, anunciado, preparado y realizado. Es la "hora" de pasar de este mundo al Padre. Es la "hora" de Cristo como cumplimiento de las promesas. La respuesta del Hijo: "Mujer, ¿qué tengo yo contigo? Aún no ha llegado mi hora" (2,4), es la invitación a María a pasar del plano de la necesidad material y de la antigua espera al plano de la novedad del Evangelio.

En las bodas de Caná, los personajes principales no son los novios, sino Jesús y su madre, a la que Jesús se dirige llamándola "Mujer", como hará más tarde, cuando llegue "su hora" en la cruz (Jn 19,26). María y Jesús, dos invitados a las bodas, son quienes dan órdenes a los sirvientes: "haced lo que él os diga", "llenad las tinajas de agua", "sacadlo ahora y llevadlo al maestresala". Y los sirvientes hacen lo que les ordenan: "llenaron las tinajas hasta el borde y, luego, se lo llevaron al maestresala". Juan subraya la obediencia inmediata y perfecta de los sirvientes, a quienes no llama criados (*douloi*) sino sirvientes (*diakonoi*).⁴ Con esta palabra Juan designa a los verdaderos discípulos de Jesús: "Si alguno me sirve (*diakonéi*), que me siga, y donde yo esté, allí estará mi servidor (*diakonos*)". Los "servidores" que obedecen a Jesús representan al nuevo pueblo de Dios, los discípulos de Jesús, que "siguen" fielmente a su Maestro, le "sirven" y se mantienen a su lado.

Los esposos de Caná no aparecen sino para la puesta en escena; la acción se realiza entre Jesús y su madre, sobre el fondo de un banquete nupcial. La madre constata la falta de vino. No tienen de ese vino cuya abundancia caracteriza a los tiempos mesiánicos (Is 25,6; J12,24; 4,18; Am 9,13s). El esposo es progresivamente reemplazado por Jesús, mientras que la esposa se halla totalmente ausente. Pero, en un plano diferente al del matrimonio, su papel pasa a ser representado por María. Jesús y María actúan como si fueran ellos los personajes principales del relato. San Agustín ya lo comprendió así:

El esposo de estas bodas representaba a la persona del Señor; es a él a quien se dice: Tú has guardado el vino bueno hasta ahora.⁵

Como esposo designará a Cristo, un poco después, Juan Bautista, el "amigo del Esposo", que "se alegra grandemente" porque "ha oído la voz del Esposo" (Jn 3,29-30). Cristo es el verdadero Esposo de la Nueva Alianza, que nos da el "vino bueno", el "vino de las bodas". Como Yahveh con Israel en el pasado, Jesús concluye con su pueblo la Nueva Alianza. El milagro que realiza es el signo con el que se manifiesta como Esposo divino del nuevo pueblo de Dios, con el que quiere establecer una alianza nueva y definitiva, una alianza que llegará a su pleno cumplimiento en el misterio pascual, cuando la selle con su sangre. También allí estará presente María. Como escribe San Efrén: "El esposo terrestre de Caná invitó al Esposo celeste. Y el Señor, pronto a desposarse, vino a las bodas. Pero El, a su vez, nos ha invitado a

⁴ El relato *está cargado* de palabras *significativas* diáconos, hora, esposo, agua para las purificaciones, vino, comienzo, signo, gloria, *creer*, discípulos...

⁵ SAN AGUSTÍN, *Trac. in Ioan.* IX,2: PL 35,1495.

nosotros, lo mismo que El y los discípulos habían sido invitados". La antífona de Laudes de la Epifanía, fiesta de la manifestación del Señor, canta:

Hoy, la Iglesia se ha unido a su Esposo celeste, porque Cristo, en el Jordán, la ha lavado sus pecados; los magos, cargados de presentes, acuden a las bodas del Rey y los invitados se alegran por el agua convertida en vino. Aleluya.

En Caná "el Esposo de aquellas bodas era figura de Jesucristo en persona".⁶ Entonces, si Jesús es el Esposo, ¿quién es la Esposa en estas bodas simbólicas? Israel, concretizado en "la excelsa hija Sión" (LG 55), María. "Ella, desde el principio, se halla tan íntimamente presente y vinculada a estas bodas, que el milagro que aquí se realiza se reduce, en realidad, a la colaboración de estas dos personas: Jesús y la madre de Jesús".⁷ "En sus gestos y en su diálogo, la Virgen María y Cristo trascienden ampliamente el plano humano y material de aquella fiesta, suplantando a los jóvenes esposos de Caná, para venir a ser el Esposo y la Esposa espirituales del banquete mesiánico".⁸ "Si en la densidad del símbolo Jesús es el Esposo del nuevo pueblo de Dios, María aparece como la figura sponsal de la mujer, la virgen Israel, la Iglesia virgen y madre, en el pacto nupcial, que es la nueva y eterna alianza".⁹

María, la Mujer, se comporta como estrecha "colaboradora" de Jesús en la preparación del "vino bueno", signo de las bodas mesiánicas. "En su calidad de Esposa de Cristo, María es la primera colaboradora de Cristo. En cuanto Esposa de Cristo, se hace verdaderamente una ayuda semejante a El (Gn 2,18). En Caná, ella le ayuda a preparar el vino, a aderezar la mesa del banquete y dirige el servicio de la casa (Pr 9,1-5). Ya en la hora en que se realiza el signo, Juan nos muestra a la Virgen-Esposa integrada de la manera más profunda en el plan redentor".¹⁰ María es quien dice a los servidores: "Haced lo que El os diga". Esto significa que ella les impulsa a adoptar la verdadera actitud de alianza: la obediencia a Dios en Cristo. No por causalidad son llamados "servidores", que hace referencia a los verdaderos "discípulos" de Jesús.

B) NO TIENEN VINO

En el Antiguo Testamento Yahveh manifiesta su gloria a través de las "grandes obras", los "prodigios", las "maravillas" que realiza en la creación y en la historia de su pueblo.¹¹ Igualmente, Jesús manifiesta su gloria con los signos que realiza. El primer signo de Caná es el inicio de la revelación del misterio de su persona. Jesús comienza

⁶ SAN AGUSTÍN, *In Johannis Evangelium, Tract. CXXIV* 9,2: PL 35,1459.

⁷ E. PRYWARA, *citado por I. DE LA POTTERIE*, o.c., p.248.

⁸ J. CHARLIER, *Le signe de Gana. Essai de Théologie johannique*, Bruselas 1959, p.77.

⁹ B. FORTE, *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca 1993, p.102.

¹⁰ *Ibidem*, p.80.

¹¹ *Cf.*: Sal 19,2; Nm 14,21-22; Ex 14,18; 16,7; 24,15ss; 29,43; 40,34; 1R 8,10...

revelándose como el Esposo divino de las bodas mesiánicas, las bodas de la Nueva Alianza. El "vino bueno" es el primer signo y el prototipo de los demás signos que realizará Jesús, encaminados siempre a "manifestar su gloria" y a suscitar la fe en Él. Es también el preludio del *signo* del "tercer día" de su muerte-resurrección, sello definitivo de su obra redentora: "Jesús realizó en presencia de los discípulos otros muchos signos. Estos, -concluirá Juan al final del Evangelio-, han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y, para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn 20,30-31).

El signo del agua convertida en vino es el comienzo de los tiempos mesiánicos, el inicio de la nueva alianza. "Hasta ahora" no se había dado el "vino bueno". "Ahora" es sacado, han llegado los tiempos mesiánicos, aunque sólo sea como comienzo, anticipo de la verdadera hora, la de la cruz, en la que Cristo será glorificado. Pero ya aquí "Jesús manifestó su gloria y los discípulos creyeron en El".

El banquete nupcial es un símbolo mesiánico (Mt 22,1-14) y el Mesías es presentado como el Esposo de su pueblo (Is 54,4-8; 62,4-5; Ap 19,9). Y la abundancia del vino, "que alegra el corazón del hombre" (Sal 104,15), es igualmente símbolo de la era mesiánica (Am 9,13-14; Os 14,7; Jr 31,12). La era mesiánica se caracterizará porque "Yahveh preparará para todos los pueblos, sobre este monte, un banquete de manjares frescos y de vinos excelentes, de vinos depurados" (Is 25,6). Cristo es el "vino bueno" y "último", es decir, el Mesías enviado por el Padre. Y María, la "mujer", es quien nos presenta a Cristo.

En la Escritura, la promesa del vino es con frecuencia el anuncio y el símbolo de la nueva alianza; el vino es uno de los elementos importantes del festín mesiánico.¹² En el Cantar de los Cantares es frecuente la referencia al vino para celebrar la unión del esposo y la esposa.¹³ Y en el evangelio de Mateo, Jesús habla explícitamente del vino de la Nueva Alianza: "Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otro modo se romperían los odres, el vino se derramaría y los odres se perderían; sino que se echa el vino nuevo en odres nuevos, y así el uno y los otros se preservan" (Mt 9,17). En forma de banquete de bodas es prometida la salvación final de Dios: "Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado de lino deslumbrante... Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero" (Ap 19,7-9). Pero ya en la literatura sapiencial aparece la relación entre el vino y la Sabiduría. La Sabiduría ha organizado un banquete e invitado a las gentes a beber el vino que ella ha preparado.¹⁴ Y en el Targum y en los escritos rabínicos, "el vino es uno de los símbolos preferidos de la Torá".¹⁵

¹² Cfr. Am 9,13-14; Jl 2,24; 4,18; Is 25,6.

¹³ Ct 1,2.4; 4,10; 5,1; 7,3.9; 8,2.

¹⁴ Pr 9,2.5; Si 24,17-21.

¹⁵ A. SERRA, *Contributi dell'antica letteratura giudaica per l'esegesi di Gv2,1-12 e 19,25-27*, Roma 1977. En el Targum sobre Cant 8,1-2 se lee: "En aquel tiempo, se manifestará el Rey-Mesías a la asamblea de Israel, y los hijos de Israel le dirán: Ven, sé nuestro hermano, subamos a Jerusalén y gustaremos contigo las palabras de la Ley; contigo beberemos el vino añejo".

En la narración de las bodas de Caná el *vino* tiene una importancia singular. Se le nombra cinco veces (v. 3.5.10). Su abundancia es significativa: seis tinajas llenas hasta el borde. Y es el "vino bueno", muy superior al anterior. ¿Cuál es su significado dentro del primer signo de Jesús? Los Padres han visto en el "agua de las purificaciones" una figura de la Ley, que Jesús transforma en la gracia del Evangelio.¹⁶ La purificación mediante la Ley de Moisés ha terminado; ahora será fruto del Evangelio, de la Palabra de Cristo (Jn 15,3).

El vino nuevo de las bodas de Caná es el vino mesiánico que El ha guardado hasta ahora, vino que procede del agua de las tinajas destinadas a la "purificación" de los judíos. Estas tinajas estaban llenas del agua ritual de la Ley de Moisés. Jesús transforma el agua de la Ley antigua en el vino de la Ley nueva: "Si la Ley fue dada por mediación de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo" (Jn 1,17). Esta palabra del capítulo primero se hace relato en el segundo. La Ley nueva, Ley de gracia y verdad, nos es dada por Jesucristo, en la "manifestación" que El hace de sí mismo. Como dice San Agustín: "Cristo ha reservado hasta ahora el vino bueno, es decir, su Evangelio".¹⁷ Así lo interpretó la tradición monástica y litúrgica de la Edad Media:

En lo que se refiere al milagro de Caná, el simbolismo es tan rico como simple: Jesús convierte el agua de la letra en el vino del espíritu. Habiéndola heredado de la Ley antigua, la transforma en la gracia del Evangelio... De entre los símbolos que el Evangelio nos ofrece, es éste el más utilizado en la literatura exegética y en la liturgia.¹⁸

María, la hija de Sión, recoge la profecía que compara a Israel con una viña pisoteada y convertida en erial, en la que "ya no hay vino",- "se lamentan en las calles por el vino", "desapareció toda alegría, emigró el alborozo de la tierra" (Is 5,1-7; 24,7-13)- y se lo hace presente a su Hijo. Y Jesús, el Esposo, cambia el agua en vino y "en abundancia". Para esto ha venido Jesús: "para que tengan vida y en abundancia": seis tinajas de dos o tres metretas, que equivalían a unos seiscientos litros. ¡Aún hoy nosotros estamos bebiendo de aquel vino! Con Cristo llega la abundancia y la alegría de las bodas de Dios con los hombres, anunciada por los profetas.¹⁹ Mandando llenar las tinajas hasta el borde Jesús expresa su deseo de colmar los corazones de su alegría: "Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y que vuestra alegría se vea colmada" (Jn 15,11).

¹⁶ El vino en el Antiguo Testamento es símbolo de la era mesiánica por su abundancia (Am 9,13; Jl 2,19-26; Jr 31,12); por su cualidad (Os 14,8; Is 25,6; Za 9,17); por su gratuidad (Is 55,1). El simbolismo del vino está unido al de las bodas de Dios con su pueblo (Os 2,21-24; Is 62,5-8; Jr 31,8-10.31-37; Ct 1,2.4; 2,4; 4,10; 5,1; 7,3.10; 8,2). El *Targum* aún es más explícito en este simbolismo. Y el Nuevo Testamento sigue uniendo el símbolo del vino con el Reino de Dios y la Nueva Alianza (Mc 14,25; Lc 22,20; 1Co 11,25... Jesús es el Esposo de las bodas mesiánicas, que ofrece el "vino bueno" del Evangelio (Mt 9,14-17; Mc 2,18-22; Lc 5,33-39). Cfr. más textos comentados en A. SERRA, o.c.

¹⁷ SAN AGUSTIN, *Trae. in Ioannem* IX,2: PL 35,1459.

¹⁸ H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale* I, París 1959, p.334-346.

¹⁹ Cfr Os 2,4-18; Ez 16; Jr 3,1-10; Is 54,4-5.

La gloria pascual comienza a despuntar, la fe pascual comienza a nacer: "Así Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en El" (Jn 2,11). Caná es la primera etapa hacia la hora, en la que el pueblo de la primera alianza pasará a la alianza nueva en el Espíritu Santo. A esta "mujer", presente en el primer signo de Jesús, Juan la vuelve a encontrar al pie de la cruz: "En pie, junto a la cruz de Jesús, estaba su madre" (Jn 19,25). En pie, "la Iglesia vertical"²⁰ paralela a la cruz del Hijo, está unida a El en la subida hacia el Padre, a través de la muerte.

En conclusión, el "vino bueno" de Caná, "conservado hasta ahora" (v.10), es símbolo de los tiempos mesiánicos, inaugurados con el primer signo de Jesucristo, que se proyecta a su consumación en la Cruz, cuando llegue realmente la "hora" de Jesús. "En aquel día" los discípulos conocerán que Jesús es igual que el Padre en la divinidad, es decir, "que estoy en el Padre y vosotros en mí" (Jn 14,20). Aquel día será el día de la alianza nueva de Dios con los hombres, continuación y superación de la antigua alianza.

C) HACED LO QUE EL OS DIGA

Mientras María hace presente a Jesús la falta del vino material, Jesús habla de otra realidad, habla de "su hora". Seguramente que María, como le sucedió en el templo (Lc 2,48-50), no entendió a qué se refería. Pero María acepta la voluntad del Hijo y se pone a su disposición, invitando a los sirvientes a hacer lo mismo: "Cuanto El os diga, hacedlo". María no sabe aún lo que El hará, ni qué sucederá, pero invita a ponerse a disposición de El.

En María, la Mujer-Israel, resuena la esperanza del pueblo elegido. Ella recoge la fe de Israel y se abre al signo inaudito que el Hijo ha venido a realizar, superando con el "vino bueno" y abundante todas las expectativas de la antigua alianza. Y, con ella, invita a los "sirvientes" a asumir la misma actitud, propia de la alianza: la docilidad plena a la voluntad de Dios. Ella se abre al paso de la antigua a la nueva alianza e invita a Israel a ser Iglesia, a pasar de la ley al evangelio: "Haced lo que El os diga" (2,5).

Esta fórmula se repite en el Antiguo Testamento en relación con la alianza. Israel, en respuesta a las promesas que Dios le ha hecho, promete obediencia a Dios. Así aparece en la conclusión de la alianza en el Sinaí (Ex 19,8; 24,3-7; Dt 5,27) y, más tarde, en la renovación de la alianza (Jos 24,24; Esd 10,12; Ne 5,12): "Nosotros haremos todo cuanto nos ha dicho Yahveh". A lo largo de la historia, Israel, Esposa del Señor, hará memoria continua de su "sí" en la falda del Sinaí. Guardando en su corazón el eco de aquel momento, saborea la frescura de su primer amor. Las palabras de María -las últimas palabras de María que recogen los evangelios- son la profesión de fe de María, la Mujer Sión, como lo hizo toda la comunidad del pueblo

²⁰ P. CLAUDEL en su poema *Stabat Mater* escribe: Al pie del árbol triunfal, \ he aquí a la Iglesia vertical \ que mira a su primogénito".

elegido en el Sinaí, acogiendo la alianza con Dios.²¹ Lo que María pide a todos los servidores respecto a Jesús es que adopten la actitud de la alianza, la aceptación plena de su palabra, de la voluntad de Dios. Así ella mueve a los discípulos a creer en El (2,11).²²

Los servidores son los que obedecen a Cristo, siguiendo la invitación de María. A ellos manifiesta Jesús su gloria: "Quien acoge mis mandamientos y los cumple, éste me ama. Y quien me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14,21). Éste es el verdadero servidor de Jesús a quien el Padre "honrará" (Jn 12,26). Al servicio a Cristo, obedeciendo a su palabra, sigue la manifestación de Cristo. Esta es la experiencia de los servidores de Caná; ellos son los que "conocen de dónde procede el vino bueno" (Jn 2,9), porque son ellos quienes han sacado el agua, obedeciendo la palabra de Jesús: "En esto sabemos que le conocemos, porque observamos sus mandamientos" (Jn 2,3). Los servidores de Caná son el prototipo del servicio y obediencia a Cristo para entrar en la Nueva Alianza, como amigos de Jesús: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado... Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando" (Jn 13,34; 15,14).

Después de la boda Jesús "bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, y se quedaron allí algunos días" (Jn 2,12). Al principio del relato, María y Jesús con sus discípulos han llegado separados. Al final, parten unidos. La fe de María y de los discípulos les ha congregado en torno a Jesús. Son la nueva familia en la fe: "Al final de la narración, María y los discípulos forman la comunidad mesiánica, unida en la fe en el Hijo de Dios, que ha manifestado su gloria. Allí está el núcleo de la Iglesia en torno al Señor, escuchando su palabra y cumpliendo la voluntad del Padre. María está presente en esta comunidad eclesial. Podemos imaginar a Jesús que, mientras contempla a este grupo reunido en torno a Él, dice: He aquí mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12,49-50).²³

Con el don del vino nuevo y abundante nace el nuevo pueblo de Dios, la comunidad escatológica basada en la fe, de la que María es testigo y modelo: "Este fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y los discípulos creyeron en El" (v.11). La Virgen es presentada como discípula de su Hijo, unida a los demás discípulos en el testimonio de la gloria que se ha manifestado en Cristo. En los albores de la Iglesia naciente María se presenta como miembro significativo de la comunidad asidua y concorde en la plegaria (Hch 1,14); la experiencia de Pentecostés es común a María y a los discípulos.

El Evangelio nos dice: "Estaba allí la madre de Jesús". Allí está María como Esposa y como Madre. Ella es la "Mujer", como la llama Jesús. Este título reviste aquí,

²¹ Ya en el *fiat* de la anunciación hay una alusión al *fiat* pronunciado por Israel al aceptar la alianza en el Sinaí. Y al final del encuentro con el ángel, éste "partió de ella", como Moisés que "volvió a referir al Señor las palabras del pueblo" (Ex 19,8).

²² Cfr. JUAN PABLO II, El *fiat* de María cumplimiento del *fiat* de Israel en el Sinaí, en el Ángelus del 3-7-1983.

²³ M. THURIAN, o.c., p.158.

lo mismo que en el momento de la cruz, una significación especial. Jesús comienza *a manifestarse como Mesías*, por ello las relaciones entre El y María no son ya las mismas: no son ya simplemente las relaciones de un hijo con su madre. Al llamar a María "Mujer", Jesús la está implicando directamente en la misión que Él comienza con su primer signo. Jesús inicia con María -más allá de su maternidad carnal- una relación distinta en el misterio de la salvación.

Desde aquella hora ya no es "María", sino la "Madre de Jesús". Parece como si quedara sólo su misión de "madre", toda ella relativa al Hijo. Sólo existe para Él, repitiéndonos las palabras de la Alianza: "Haced lo que El os diga". Esta es la interpretación del papa Pablo VI en la conclusión de su exhortación *Marialis cultus*:

Sean el sello de nuestra Exhortación y una ulterior prueba del valor pastoral de la devoción a la Virgen para conducir los hombres a Cristo, las palabras mismas que ella dirigió a los servidores de las bodas de Caná: *haced lo que Él os diga* (Jn 2,5); palabras que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que en las perspectivas del cuarto Evangelio son una voz que aparece como una resonancia de la fórmula usada por el pueblo de Israel para ratificar la alianza del Sinaí, o para renovar los compromisos, y son una voz que concuerda con la del Padre en la teofanía del Tabor: *Escuchadle* (Mt 17,5) (n.58).

Y Juan Pablo II en su homilía del 8 de marzo de 1983, en el Santuario de Nuestra Señora de Suyapa, en Honduras, decía:

No podemos acoger plenamente a la Virgen como Madre si no somos dóciles a su palabra, que nos muestra a Jesús como Maestro de la verdad, a quien debemos escuchar y seguir: "Haced lo que El os diga". María repite continuamente estas palabras, mientras con la mirada nos muestra al Hijo que lleva en sus brazos.²⁴

La Iglesia es el sacramento de Cristo y tiene la tarea de conducir al hombre a Cristo. Icono de la Iglesia, María es pura relación a Cristo. Contemplando a María, los fieles no se detienen en ella; la imagen no forma pantalla, la madre conduce al Hijo. En Caná, María con su fe e intercesión prepara el "signo" que manifiesta la gloria de Cristo, suscitando la fe de los discípulos. En la Iglesia, María sigue siendo y haciendo lo mismo: Movida a compasión por la indigencia humana, sin vino, ella dispone el corazón de los hombres a la fe en la Palabra de Cristo y mueve a Cristo a darnos el "vino bueno" de la fiesta nupcial.²⁵

²⁴ JUAN PABLO II, Oss. Romano 10 de marzo de 1983.

²⁵ R. LAURENTIN, *La Madonna del Vaticano II*, Bergamo 1965.

10. DICHOSO EL SENO QUE TE LLEVÓ

A) MARÍA, LA PRIMERA CREYENTE

María es la tierra buena, preparada por Dios, para sembrar en ella su Palabra. María acogerá esta Palabra con fe: "Hágase en mí según tu palabra". María no ha reído como Sara, no ha dudado como Zacarías: ha acogido en la fe de Abraham "la palabra que le fue dicha de parte de Dios" (Lc 1,45). Como hija de Abraham, "no vaciló en su fe al considerar su cuerpo..., sino que, ante la promesa divina, no cedió a la duda con la incredulidad; más bien, fortalecido(a) en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido" (Rm 4,19-21; Lc 1,37).

María es, en verdad, la primera cristiana, la verdadera creyente que, predestinada por la gracia divina, entra en su plan de salvación por la total ofrenda de su ser, por la obediencia alegre y la plena confianza en la palabra de Dios. Dios no obra a pesar de María y su pobreza, sino en ella y con ella, dándole por gracia la posibilidad de unirse y de asentir con una fe pura a la verdad de la Buena Nueva. En esto, María es la bienaventurada creyente, la primera cristiana, la madre de los creyentes.

La vida de María quedó determinada por la hora de la Anunciación. Esta se convirtió en el centro vivo de su existencia, desplegándose y ahondándose cada vez más. En esta hora comenzó su relación con el Hijo de Dios, hecho carne en sus entrañas. En la convivencia posterior con su Hijo, María hizo y sintió todo lo que hace y siente una madre. Pero, por otra parte, Jesús era el Hijo de Dios y transcendía, por tanto, toda posibilidad de relación meramente humana (2Co 5,6). Por eso, en la relación con su Hijo, en medio de la más entrañable confianza, hubo siempre una cierta distancia, una cierta falta de comprensión, que también nos manifiestan los evangelios. María creció en la fe, es decir, en la relación con su Hijo: "Ellos no comprendieron las palabras que Él les dijo" (Lc 2,50). Continuamente las palabras, acciones y gestos de Jesús, su manera de vivir y actuar, van más allá de la comprensión de María.

En vida de Jesús seguramente María no había reconocido todavía en Él al Hijo de Dios en el sentido pleno de la revelación cristiana. Él era el Hijo de Dios y como tal estaba en la vida de ella y, paso a paso, iba cobrando vigencia en ella. Con respeto y confianza sobrellevó ese misterio palpable, perseveró en él, avanzó en el fe, hasta llegar a la altura de una comprensión que sólo le fue otorgada plenamente en Pentecostés, cuando Él ya no estaba exteriormente a su lado. También para María valen las palabras de Jesús a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito... Cuando Él venga os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16,7.13). En Pentecostés se le iluminarían a las palabras y hechos de Jesús que había ido "guardando en su corazón".

La imagen del perfecto discípulo se da en primer lugar en María. En todo el Nuevo Testamento María es el modelo de la apertura atenta, de la docilidad fiel y de la adhesión virginal a Dios y a su Hijo. "Por ese motivo es proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplo acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad" (LG 53). En frase de K. Rahner: "María es la realización concreta del cristiano perfecto. Si el cristianismo, en su forma acabada, es la pura recepción de la salvación del Dios eterno y trinitario que aparece en Jesucristo, entonces es María el cristiano perfecto, puesto que ella ha recibido en la fe del Espíritu y en su bendito seno -por tanto en cuerpo y alma y con todas las fuerzas de su ser- la Palabra eterna del Padre".¹

El evangelio de Marcos sólo presenta dos textos en relación a María:

Llegaron su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, lo mandaron llamar. La gente estaba a su alrededor, y le dijeron: ¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan. Él les responde: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y, mirando en torno a los que estaban sentados a su alrededor, dice: Éstos son mi madre y mis hermanos. Quien cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre (3,31-35).

Jesús afirma, en primer lugar, la prioridad de los discípulos respecto a cualquier relación de sangre. La familia según la carne tiene que ceder el puesto a la nueva familia "escatológica". También la madre es invitada a pasar a la fe con relación a su Hijo. Así María percibió cómo su Hijo se apartaba de ella, empujándola a una nueva relación, más elevada, con Él. María asumió este hecho con su actitud peculiar: perseverando en la fe, guardando en su corazón lo que no entendía, aguardando hasta que Dios se lo iluminara. En segundo lugar, Jesús nos dice que todo el que, bajo el impulso del Espíritu, abre su corazón a la palabra de Dios se hace madre de Jesús, tabernáculo de su presencia, pues "si uno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y herremos morada en él" (Jn 14,23).

El segundo texto de Marcos sobre María está en la misma línea. La predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret suscita el asombro de sus oyentes, que se preguntan: "¿No es éste el carpintero, el hijo de María?" (Mc 6,3). Pero el asombro se transforma en escándalo, provocando la observación de Jesús, "sorprendido por la falta de fe": "Un profeta sólo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa" (v 4.6).

Es la única vez que el Nuevo Testamento usa la expresión: "el hijo de María".² Esta expresión en labios de sus paisanos incrédulos puede reflejar los rumores malévolos que circulaban en Nazaret, eco de lo que afirmaban algunos judíos: "Nosotros no somos hijos ilegítimos" (Jn 8,41), que equivaldría a decir "a diferencia de ti". María estaba incluida en el recelo que sentían sus paisanos contra su Hijo. María,

¹ K. RAHNER, *María, Madre del Señor*, Barcelona 1967, p.45.

² En el texto paralelo de Mateo (13,53-58), Jesús es llamado "el hijo de José", subrayando su ascendencia davídica, como hace siempre Mateo.

unida a su Hijo, participa también de la incomprensión, hostilidad y sospechas que sufrió Jesús. También María debe entrar progresivamente en la revelación de Jesús como Mesías y Siervo sufriente. Es la "noche" de la fe, que supone una "*kénosis*", como afirma la *Redemptoris mater*:

María sabe que lo ha concebido y dado a luz sin conocer varón, por obra del Espíritu Santo... Pero no es difícil notar una particular fatiga del corazón, unida a una especie de *noche de la fe...*, avanzando en su itinerario de fe... Por medio de esta fe, María está unida perfectamente a Cristo en su *kénosis*... Es ésta tal vez la más profunda *kénosis de la fe* en la historia de la humanidad... Jesús es realmente "signo de contradicción" y, por ello, a "ella misma una espada la atravesará el corazón" (RM 17-18).

Las palabras que Jesús destina a su madre nos delinean el perfil interior de María, la primera creyente. Jesús parece que aleja a su madre de Él, pero lo que quiere es mostrar cómo se realiza la verdadera intimidad con Él: "cumpliendo la voluntad de Dios". Y María es la que, desde el día en que aceptó ser la madre de Cristo hasta la hora de la cruz, se ha mostrado fiel cumplidora de esa voluntad, como "sierva del Señor". La Virgen es presentada en la liturgia bizantina como la inocente Cordera que sigue al Cordero de Dios: "La cordera María, viendo al propio Hijo conducido al matadero, lo seguía".³

El testimonio de la Escritura nos muestra cómo María supo aceptar y vivir su relación con Cristo en la fe. Creyendo en Cristo, entra en la comunidad de los discípulos, unida a ellos en el seguimiento de Cristo, fiel más que ellos en la hora de la cruz, es testigo con ellos de la experiencia del Espíritu Santo. María aparece en el evangelio "no como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como una mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (Jn 2,1-12) y cuya función maternal se dilató asumiendo en el calvario dimensiones universales" (MC 37). Se puede decir que "si por medio de la fe María se ha convertido en madre del Hijo que le ha sido dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad, en la misma fe ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad, revelada por Jesús durante su misión mesiánica" (RM 20). A partir de su concreta e intensa relación de madre, María fue avanzando en la fe hasta participar, con su amor de madre, en la misión universal de su Hijo.

La fe de María es al mismo tiempo *vinculación* a su Hijo y *distancia*. Jesús, en la medida que avanza en su camino, se aleja de su madre. María ve que Jesús, su Hijo, vive del misterio de Dios, su Padre, distanciándose de ella. Jesús va saliendo de su familia como ámbito de su existencia para vivir desde su Padre, entregado a la misión encomendada, cuyo punto culminante será la "hora" de la glorificación en la cruz. Éste es el tiempo del distanciamiento, pero también de la *vinculación* de María a la obra salvadora de su Hijo. María "con la fatiga del corazón" avanza en la fe,

³ Comienzo de un himno de ROMANO EL MELODE.

aceptando y asociándose a la misión de su Hijo. "No sin designio divino" (LG 58) se hallará presente "junto a la cruz de Jesús" (Jn 19,25). El *fiat* de la Anunciación, mantenido en fidelidad y silencio, llega en la cruz a su manifestación plena. Allí es proclamada por Cristo la fecundidad de su fe. Si por su fe "Abraham recibió una gran descendencia", por su fe, en la hora de la cruz, María recibió como hijos a todos los redimidos por su Hijo. Con fidelidad, María ha acompañado el despliegue de la obra salvífica del Hijo. Si con su consentimiento participó en el inicio de la salvación, su presencia junto a la cruz es la consumación de su condición de Madre del Salvador. De aquí brota su solicitud constante por los que en la "hora" de Jesús ha recibido como hijos. María creyó el anuncio del ángel y concibió al Salvador; en la fe acompañó los pasos de Jesús. En la fe participó en la realización de la salvación y, como Madre del Salvador, acompaña maternalmente el camino de los hombres, por quien su Hijo entregó su vida.

Si María hubiera sido solamente la madre física del Señor, no la podríamos llamar "bendita entre las mujeres". El Señor mismo rechaza secamente esta opinión. Pero María, escuchando la palabra y guardándola en su corazón, se convirtió en verdadera Madre de Cristo. En esto María se une a la Iglesia y se hace el "tipo excelso de la Iglesia", en cuanto Virgen, Esposa y Madre. La maternidad física fue un privilegio singular de María. Pero más importante, fundamento de dicha maternidad física, es su maternidad en la fe. Y ésta la comparte con toda la Iglesia. En efecto toda la Iglesia es la virgen esposa de Cristo, prometida y desposada con Él. De este modo, toda la Iglesia vive para formar a Cristo en ella, haciéndose madre de Cristo.

Miembro de la Iglesia, la Virgen es al mismo tiempo su imagen y modelo, precisamente a partir de su condición virginal de "perfecta adoradora": "Tal es María. Tal es también la Iglesia nuestra madre: la perfecta adoradora. Aquí está la cumbre más alta de la analogía que hay entre ambas".⁴ En la Virgen María, como en la virgen Iglesia, la virginidad consiste ante todo en guardar pura la fe, que las hace acogedoras del misterio divino de Jesús, y vivir plenamente su obediencia creyente al Dios vivo y santo. Como dice San Agustín en una homilía de Navidad: "Hoy la santa virgen Iglesia celebra el nacimiento virginal. Porque el Apóstol le ha dicho: 'Os he desposado con un hombre para conducirlos a Cristo como virgen pura'. ¿Por qué como virgen pura, sino por la incolumidad de la fe en la esperanza y en el amor? La virginidad que Cristo quería en el corazón de la Iglesia, la fomentó primero en el cuerpo de María. La Iglesia no podría ser virgen si no hubiese encontrado al esposo, a quien debía ser entregada, en el Hijo de la Virgen".⁵ Igualmente, el Vaticano II ve en María, en su *fiat*, el icono y arquetipo de la Iglesia:

En el misterio de la Iglesia, que con razón es también llamada madre y virgen, precedió la santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre... La Iglesia contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace

⁴ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1984, p.295.

⁵ SAN AGUSTÍN, Sermo 178,4: PL 38,1005.

también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad... y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y, a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera (LG 63-64).

María, la primera creyente, nos muestra siempre a Cristo. Siguiendo los pasos de su vida, meditando en el corazón como hacía ella, aprendemos a vivir con Cristo y para Cristo en la cotidianidad de la vida. Contemplando la existencia de María aprendemos a vivir en la disponibilidad constante a las llamadas de Cristo en cada instante. Las devociones marianas, como el Ave María, el Ángelus y el Rosario, nos llevan a vivir en esta proximidad con el Señor, a penetrar en el misterio de su redención.⁶

B) DICHOSO EL QUE ESCUCHA LA PALABRA

Jesús se encuentra en casa de Pedro; ante la puerta se ha reunido una muchedumbre, que ha venido para escucharle. Lc comunican que su madre y sus hermanos están fuera y desean verle. Jesús, entonces, responde: "Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: Éstos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21). La familia de Jesús se halla constituida por aquellos que cumplen la voluntad del Padre.

La palabra de Jesús, como una espada, proclama que la obediencia a la voluntad del Padre está por encima de todo lazo carnal. María es invitada a caminar en la fe, renunciando a sus afectos, para entregar a su Hijo al Padre y acompañarlo en su misión hasta el final. Sierva de la Palabra, en obediencia al designio del Padre, caminará en la fe hasta la cruz. Jesús la invita a fundar su alegría no sobre lo que ha vivido en el pasado, sino abierta al futuro desconocido que le marque la Palabra del Padre. En fidelidad a esa Palabra, es decir a Dios, María pasará de Madre de la Palabra a discípula de la Palabra. Jesús mismo se encarga de purificar a María en su fe y en su memoria, para que ella viva, lo mismo que Él, de la voluntad del Padre, de toda palabra que sale de su boca.

En Lucas (11,27-28) -sin paralelos- se evoca una vez más a María en su cualidad de creyente, modelo del verdadero discípulo: "Mientras Jesús hablaba, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron. Pero Jesús dijo: Más bien, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la guardan". Jesús transfiere el elogio desde el plano natural al plano de la fe. Ya Lucas había unido los dos aspectos en el relato de la visitación: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre", pero, sobre todo: "¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá" (Lc 1,42.45). La verdadera bienaventuranza no está en engendrar físicamente, sino en creer en la palabra.

⁶ Ver el comentario al Ave María en CEC 2878-2877.

La leche de que habla la mujer es claramente la de la madre que nutre a su hijo de su seno. Pero Jesús cambia el acento de la dicha, aludiendo a otra leche, la de la palabra de Dios. La tradición hebrea considera frecuentemente a la Torá con una madre que amamanta a su hijos. Las palabras de la Torá son comparadas a la leche materna. En el Cantar de los Cantares, la Esposa dice al Esposo: "¡Ah, si tú fueras mi hermano, amamantado al pecho de mi madre!" (Ct 8,1). El Targum arameo lo parafrasea, diciendo: "En aquel tiempo, el rey Mesías se manifestará a la asamblea de Israel, y los hijos de Israel le dirán: ven y sé con nosotros como un hermano nuestro. Subamos a Jerusalén, y mamemos contigo las palabras de la Torá, como un lactante mama al pecho de su madre".⁷

También San Pablo escribe a los Corintios: "Como a niños en Cristo os di a beber leche y no alimento sólido pues no lo podíais soportar" (1Co 3,1-2). Y San Pedro escribe esta exhortación: "Ésta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros... Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno" (1P 1,25-2,3).

En conclusión, quien escucha la palabra de Dios es semejante a un niño que se alimenta de la leche del seno materno. Jesús es fiel a su convicción de que la verdadera relación familiar con Él no es la carnal sino la que nace de la acogida en la fe de su palabra. Esto lo dice para todos los que le están escuchando. Pero se refiere también a su Madre. Ella ha respondido con el *fiat* a la palabra de Dios, que conserva en su corazón incluso cuando no la comprende, y "ha creído en el cumplimiento de las palabras del Señor" (Lc 1,45). María, como tierra buena que acoge la semilla, "ha escuchado la Palabra, la ha conservado con corazón bueno y recto y ha dado fruto con perseverancia" (Lc 8,15). "María, si fue dichosa por haber concebido el cuerpo de Cristo, lo fue mucho más por haber creído en Cristo. Ningún valor hubiera tenido para ella la maternidad divina, si no hubiese llevado a Cristo en el corazón".⁸ Maravilloso fue para María haber amamantado al Hijo de Dios, pero mucho más maravilloso fue para ella el haberse nutrido de la leche espiritual, que es la palabra de Dios.

La *Lumen gentium* afirma que "en el decurso de la predicación de su Hijo, su Madre recibió las palabras con las que, elevando el reino de Dios por encima de los motivos y vínculos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados a los que escuchaban y observaban la palabra de Dios *como ella lo hacía fielmente*" (LG 58). Y Juan Pablo II comenta este texto, diciendo:

Hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo y manteniendo fielmente la unión con su Hijo, avanzaba en la peregrinación de la fe. Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (Mc 3,21.35); de

⁷ U. NERI, *El Cantar de los Cantares. Antigua interpretación hebrea*, Bilbao 1988. A. SERRA, *Maria de Nazaret. Una fede in cammino*, Milán 1993.

⁸ SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate* 3.

donde, día tras día, se cumplía en ella la bendición pronunciada por Isabel en la visitación: ¡Feliz la que ha creído! (RM 17).

Si los discípulos (Mt 12,49) y los que siguen a Jesús (Mc 3,34) son llamados por Jesús "mi madre y mis hermanos", quiere decir que son invitados a formar con Él, en el Espíritu Santo, la familia del Padre que está en los cielos. En esta familia, las nuevas relaciones, creadas por el Espíritu Santo, superan todos los lazos anteriores, fundados en la carne (Mt 7,21). Esto vale para María como para todo discípulo de Cristo. Ésta es la cruz personal que María debe llevar cada día para seguir a su Hijo. Fiel a Cristo hasta el momento de su cruz, María le sigue con la cruz de su maternidad divina. A la elección singular de María corresponde la singularidad de su cruz. En esa fidelidad, que la mantiene en pie junto a la cruz, se manifiesta la singular santidad de la Madre. La santidad de la "toda santa" no consiste únicamente en la ausencia de pecado, sino en su consagración total a Dios, con un corazón sin división alguna, íntegro para Dios, fiel sierva suya desde el principio al foral.

Jesús, que "sabía lo que iba a hacer" (Jn 6,6), busca con sus milagros suscitar y elevar, purificando, la fe de sus discípulos. Como en el *signo* de Caná, tipo de todos los demás, el fin que pretende Jesús es "la manifestación de su gloria", para que "los discípulos crean en Él" (Jn 2,11). No es el milagro en sí lo que cuenta. Jesús reprochará frecuentemente a quienes sólo buscan "signos y prodigios" (Jn 4,48), a los que le siguen "no porque han visto signos, sino porque han comido y se han saciado de pan" (Jn 6,26). Por eso insiste: "Buscad, no el pan que perece, sino el que da vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará" (Jn 6,27).

Jesús, partiendo del significado material, pasa a las realidades espirituales, de las que aquellas son signo: del templo de Jerusalén al templo de su cuerpo (Jn 2,19-22); del nacimiento en el seno materno al renacer del agua y del Espíritu (Jn 3,3-5); del agua del pozo de Jacob al agua de la palabra y del Espíritu (Jn 4,10ss); del pan material al pan de la voluntad de Dios (Jn 4,31-34); del sueño del reposo al sueño de la muerte (Jn 11,11-14)... Así Jesús se alegra de que "Lázaro haya muerto sin estar Él allí, *para que vosotros creáis*" (Jn 11,15), pues "si creen, verán la gloria de Dios" (Jn 11,40). Ésta es la pedagogía que usa también con su Madre en el itinerario de su fe. María es la primera en el camino de la fe:

A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre *se abría cada vez más a aquella novedad de la maternidad*, que debía constituir su papel junto al Hijo... María Madre se convertía así, en cierto sentido, *en la primera discípula de su Hijo*, la primera a la cual parecía decir: Sígueme, antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona (RM 20).

María, discípula de su Hijo, es la primera creyente, figura de todo discípulo de Cristo. A través de ella nos dice Jesús: "Mi misma madre, a la que llamáis feliz, lo es porque guarda en su corazón el Verbo de Dios, no porque en ella se encarnó el Verbo

para habitar entre nosotros, sino porque ha custodiado dentro de sí ese mismo Verbo por el cual ella misma fue creada, y que luego en ella se hizo carne".⁹

A la iniciativa de la gracia de Dios responde la santidad de María mediante su obediencia en la fe. "Su santidad es enteramente teologal. Es la perfección de la fe, de la esperanza y de la caridad. La esclava del Señor se oculta delante de Aquel que ha reparado en su pequeñez. Ella mira su poder y celebra su misericordia y su fidelidad. Ella se alegra sólo en Él. Ella es su gloria".¹⁰ La existencia de María es por entero un itinerario de fe, un perseverar en la radicalidad del abandono al Dios vivo, dejándose conducir dócilmente por Él en la obediencia a su palabra. Bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de las palabras del Señor, ella acoge en la fe la revelación del misterio, en la fe da testimonio de él, celebra las maravillas del Eterno, iniciadas en ella a favor del mundo entero, en la fe medita en el silencio de su corazón, viviendo "escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3), en la fe participa de la vida y muerte de su Hijo, en la fe vive la experiencia pascual y el comienzo de la Iglesia (RM 12-19).¹¹

C) MARÍA GUARDABA ESTAS COSAS EN SU CORAZÓN

La Virgen Madre es el modelo del discípulo, oyente profundo y no superficial de la Palabra. Mientras quienes "escuchaban lo que decían los pastores se quedaban admirados" (Lc 2,18), pero sin que sepamos ya nada de ellos, "María, por su parte, guardaba estas palabras y las meditaba en su corazón" (2,19). Lo mismo se repite al final del capítulo: "Su Madre guardaba estos recuerdos (palabras, hechos) en su corazón" (Lc 2,51). La repetición, al final de los relatos de la infancia, rubrica la continuidad de esta actitud de María.

Lo que recibe, María lo conserva en su corazón. Ella da vueltas a las cosas, las compara, las relaciona unas con otras. Ya en el momento del anuncio del ángel, "ella se pregunta qué significa semejante saludo" (Lc 1,29). Lo que pasa es tan misterioso que le es necesario escrutar incansablemente su sentido y, a fuerza de sondear su profundidad, su corazón se dilata, a la medida del Espíritu, que "lo sondea todo, hasta las profundidades de Dios" (1Co 2,10). Las palabras oídas, como los hechos vividos, la sobrepasan. El Hijo, que ha sido su alegría, crece y se vuelve su tormento: es la espada que le atraviesa el alma. Ésta no sólo la traspasó de dolor en el momento del Calvario. Durante toda su vida, María vive el martirio de la fe, muriendo a sí misma. Hasta el día pascual, en el que la muerte se muda en resurrección, en el que no se necesita ya hacer preguntas (Jn 16,23), en el que la madre puede creer en la alegría luminosa del Espíritu, que le "enseña todas las cosas" (Un 14,29), María camina en la fe, con la "fatiga del corazón".

Desde Pentecostés, María no necesita ya conservar todas las cosas en su corazón. Desde entonces es a Cristo mismo a quien lleva en el corazón. Para María valen las

⁹ SAN AGUSTÍN, *In Jon ev. trac.* X,2.

¹⁰ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 294.

¹¹ J. ALFARO, *María, colei che é beata perché ha creduto*, Casale Monferrato 1983.

palabras dirigidas a los apóstoles: "Aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros" (Jn 14,20). Pablo dice de sí: "Cristo está en mí" (Ga 2,20); pero lo afirma también de todos los creyentes: "Cristo en vosotros" (1Co 1,30). Nacido de María por el Espíritu Santo, Jesús está de nuevo presente en ella, inefablemente, por el mismo Espíritu por el que el Padre resucita al Hijo en el corazón de los fieles. Como Pablo, y más que él, ella puede decir: "Cristo vive en mí".

En conclusión, la fe de María establece entre ella y el Hijo una relación más estrecha que la misma maternidad física. Ella fue "la primera y la más perfecta seguidora de Cristo", "que en sus condiciones concretas de vida se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios; porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio" (MC 35).

Así María es la imagen del hombre creado y redimido, que responde en fidelidad al diálogo con Dios. María se presenta realmente en su situación de creyente ante la llamada de Dios, interpelada por Él. En el fiat de María, fruto de la gracia, resplandece la gratuidad creadora de Dios y el asentimiento de la libertad humana al proyecto divino. El Señor, que elige a María y recibe su consentimiento en la fe, no es el rival del hombre, sino el Dios que nos ha creado por amor y para el amor. Dios elige y llama gratuitamente, y el hombre, elegido y llamado, responde en la libertad y gratitud con su asentimiento. De esto es figura realizada María. Ella, Virgen fiel, imagen de la acogida del Hijo, es la creyente que en la fe escucha, acoge, consiente; ella, Madre fecunda, imagen de la paternidad de Dios, es la que engendra vida, la que en el amor da, ofrece, transmite; ella, Esposa casta, figura de la nupcialidad del Espíritu, es la criatura que en la esperanza une el presente de los hombres con el futuro de la promesa de Dios.

D) EL CRISTIANO, MADRE DE CRISTO

Los textos comentados subrayan el carácter espiritual del Reino de Dios, inaugurado por Cristo. A este Reino no se accede a través de vínculos naturales, sino mediante la fe. Frente a Cristo caen todos los privilegios de la descendencia de Abraham y los mismos derechos familiares; ni siquiera su madre puede sentirse "dichosa por haberlo llevado en su seno". Por muy excepcional que sea la gloria conferida a la Virgen por su maternidad divina, este privilegio permanecería fuera de la realidad de la vida cristiana si María no hubiera acogido a Cristo en la fe. El hecho de haber concebido al Hijo de Dios no es para María la fuente de la bendición divina. Ésta está ligada al hecho de que María es la fiel oyente de la Palabra, desde la Anunciación hasta la hora de la Cruz. Al llegar la "hora" de Jesús, el Hijo y la Madre se encontraron en una total comunión. "María fue llamada entonces a compartir en su corazón la pasión del Hijo, comulgando del deseo que había empujado a Jesús a cumplir la voluntad del Padre hasta su suprema inmolación (Jn 4,34; 14,31; 15,31). María pasó a ser madre, no ya solamente en virtud de la concepción virginal, sino en

razón de su participación, totalmente espiritual y al mismo tiempo totalmente materna, en la victoria de su Hijo".¹²

También la Iglesia es madre, que engendra a Cristo. Y cada fiel engendra a Cristo. María ha engendrado, por obra del Espíritu Santo, al Hijo de Dios encarnado; el cristiano es llamado a engendrar a Cristo en su interior por la gracia del Espíritu Santo, hasta poder decir: "No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20). Lo que se dice en singular de María y en general de la Iglesia, se afirma en particular de cada creyente: "Cada alma que cree, concibe y engendra al Verbo de Dios... Si según la carne es única la Madre de Cristo, según la fe, todas las almas engendran a Cristo cuando acogen la palabra de Dios".¹³ "Cristo nace siempre místicamente en el alma, tomando carne de quienes son salvados y haciendo del alma que lo engendra una madre virgen".¹⁴ Isaac de Stella, en la Edad Media, recogiendo toda esta Tradición, escribe:

Por su generación divina, los cristianos son uno con Cristo. El Cristo solo, el Cristo único y total, es la cabeza y el cuerpo. Él es Hijo único, en el cielo, de un Dios único; y en la tierra, de una Madre única. Es muchos hijos y un solo Hijo juntamente. Como la cabeza y los miembros son un solo Hijo, siendo, al mismo tiempo, muchos hijos, así también María y la Iglesia son una madre y muchas madres; una virgen y muchas vírgenes. Ambas son madres, ambas son vírgenes; ambas conciben virginalmente del Espíritu Santo. Ambas dan a luz, para Dios Padre, una descendencia sin pecado. María dio a luz a la cabeza sin pecado del cuerpo; la Iglesia da a luz por el perdón de los pecados al cuerpo de esa cabeza. Ambas son madres de Cristo, pero ninguna de las dos puede, sin la otra, dar a luz al Cristo total. Por eso, en las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la Virgen María; y lo que se entiende de modo especial de María, virgen y madre, se entiende de modo general de la Iglesia, virgen y madre. También se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda. Todo lo cual la misma Sabiduría de Dios, que es la Palabra del Padre, lo dice universalmente de la Iglesia, de modo especial de la Virgen María, e individualmente de cada alma fiel... Cristo permaneció nueve meses en el seno de María; permanecerá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia hasta la consumación de los siglos; y en el conocimiento y en el amor del alma fiel por los siglos de los siglos.¹⁵

Así lo entendió San Francisco de Asís: "Somos madre de Cristo cuando lo llevamos en el corazón y en el cuerpo por medio del amor divino y de la conciencia pura y sincera; lo engendramos a través de las obras santas, que deben resplandecer

¹² F.M. BRAUN, *La Mère des fideles. Eessi de théologie johannique*, Tournai-Paris 1954, p.92.

¹³ SAN AMBROSIO, *Exposición del Evangelio de Lucas II,28*. SAN AMBROSIO, *Exposición del Evangelio de Lucas II,28*.

¹⁴ SAN MÁXIMO CONFESOR, *Comentario del Padrenuestro: PG 90,889*.

¹⁵ ISAAC DE STELLA, Discurso 51: PL 194, 1863.1865. Cfr. Oficio de lecturas del sábado de la II semana de Adviento.

como testimonio para los demás".¹⁶ Y también San Agustín: "La Madre lo llevó en el seno; llevémoslo nosotros en el corazón; la Virgen se hizo grávida por la encarnación de Cristo, se transforme en grávido nuestro corazón por la fe en Cristo; ella dio a luz al Salvador; dé a luz nuestra alma la salvación y la alabanza. Que no sean estériles nuestras almas, sino fecundas para Dios".¹⁷

La experiencia de ser "madre de Cristo" es intrínseca al proceso de gestación de la fe que se da en todo hombre evangelizado por la Iglesia. "El que escucha mi palabra y la pone en práctica es mi madre". Todo hombre que escucha el Kerigma de la Iglesia, recibe como María el anuncio del ángel, del enviado de Dios: "Alégrate, el Señor está contigo, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios y concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús". Ante este anuncio, el hombre se sorprenderá seguramente como María, constatando la esterilidad del propio corazón, por lo que el apóstol tendrá que repetir las palabras del ángel: "No será obra humana, el Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza de Dios te cubrirá con su sombra. Por eso lo que ha de nacer será santo y será llamado Hijo del Altísimo". Ante este anuncio maravilloso, que se hace posible en el Espíritu de Dios, el hombre necesitado de salvación, consciente de su impotencia, podrá responder con María: "He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y en él se gestará un ser nuevo, en él se formará Cristo por la acción del Espíritu Santo.

El nacimiento virginal de Jesús, signo de la gratuidad absoluta de la Encarnación, constituye la base y el modelo de nuestro nuevo nacimiento como hijos de Dios. La concepción y el nacimiento virginales de Jesús son, pues, un signo de la acción plena de la gracia de Dios respecto a nosotros. La Encarnación es el don gratuito, la gracia por excelencia, sobre la que el hombre no tiene poder alguno. Puede, simplemente, recibirla (Jn 1,16). Cristo es el don del Padre a los hombres. "De su plenitud, nosotros recibimos gracia por gracia". En otros términos, para formar a Cristo en nosotros debemos hacer aquello que María hizo respecto de Jesús: "Es necesario que, por un prodigio maravilloso, nuestra Cabeza naciera corporalmente de una Virgen: quería dar a entender que sus miembros deben renacer, según el Espíritu, de la Iglesia Virgen".¹⁸

María, primera creyente, marca el camino de todo creyente en Cristo. Ella ha acogido el anuncio, ha llevado en su seno a Jesús y lo ha dado a luz para el mundo. Esta maternidad es dada al cristiano por obra del Espíritu Santo en la Iglesia. La maternidad de María le llevará a acompañar al Hijo en su misión, a darlo constantemente a los hombres. En el amor materno de María a su Hijo está incluido el amor hacia nosotros, los pecadores. De la misma manera, el cristiano, en cuyo espíritu habita Cristo, está llamado a amar a Cristo y a acompañarlo en su misión, a participar de su misión, amando a los pecadores, amando la misión de Cristo. Esta maternidad en toda su profundidad no se acaba con la gestación o el parto, sino que

¹⁶ SAN FRANCISCO DE ASÍS, Carta a los fieles 1.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, Sermo 189,3TL 38,1006.

¹⁸ SAN AGUSTÍN, De sancta virginitate 6: PL 40,399.

se prolonga en toda la vida de María. El cristiano será también educado progresivamente en esta maternidad a lo largo de un camino de fe continuo. Cristo mismo a través del Espíritu dará al cristiano esas entrañas maternas para acoger a los hombres y llevarles al amor del Padre.

La liturgia, cuando exhorta a los fieles a acoger la palabra del Señor, les propone con frecuencia el ejemplo de la Bienaventurada Virgen María, a la cual Dios hizo atenta a la palabra, y que, obediente cual nueva Eva a la palabra divina, se mostró dócil a las palabras de su Hijo. Por ello la madre de Jesús es saludada con razón como "Virgen creyente", "que recibió con fe la palabra de Dios" (MC 17). A la manera de la Bienaventurada Virgen "actúa la Iglesia, puesto que, sobre todo en la sagrada liturgia, oye y recibe la palabra de Dios, la proclama y la venera; y la imparte a los fieles como pan de vida" (Ibídem).¹⁹

¹⁹ Prenotandos al Leccionario de las Misas de la Virgen María, n.9.

11. JUNTO A LA CRUZ DE JESÚS ESTABA SU MADRE

A) MARÍA, CORDERA SIN MANCHA

Todo lo que estaba prefigurado en el primer signo de las bodas de Caná llega en la cruz a su cumplimiento. "Jesús, sabe que *todo se había cumplido*" (Jn 19,28) tras la escena de la Madre junto a la cruz con las palabras que dirigió a ella y al discípulo amado (v 25-27). El diálogo del Hijo con la Madre y el discípulo sella el cumplimiento de "todo", de toda la obra encomendada por el Padre a Jesús (Jn 4,34; 5,36; 17,4).¹ Como en Caná, Jesús desde la cruz se dirige a su madre con el título de "Mujer", que tiene como trasfondo las profecías sobre la "Hija de Sión", con su significación mesiánica. Ya en Caná Jesús habla de "su hora", aludiendo a la hora de su muerte y de su glorificación en la cruz. Pero es en la cruz donde reparte en plenitud el "vino bueno" de la salvación. La "hora" de Jesús, aún no llegada en Caná, ha llegado en el Calvario, cuando Jesús pasa de este mundo al Padre (Jn 13,1.19,27).

Y la "hora" de Jesús es también, en cierto sentido, la hora de su Madre, pues inaugura para ella una nueva maternidad en relación a los que su Hijo rescata muriendo en la cruz. La hora de Jesús es la hora del ingreso del Hijo del hombre en la gloria del Padre (Jn 13,31-32); es también la hora en que hace hijos adoptivos a aquellos por quienes muere, los mismos a quienes declara hijos de su Madre, representados en el discípulo amado. San Ambrosio dice que "mientras los apóstoles habían huido, ella estaba junto a la cruz y contemplaba con mirada de ternura las heridas de su Hijo, porque ella no se fijaba en la muerte del Hijo sino en la salvación del mundo".²

María está junto a la cruz, no sólo geográficamente, sino unida a Cristo en su ofrenda, en su sacrificio. María es la primera de quienes "padecen con Cristo" (Rm 8,17). Sufre en su corazón lo que el Hijo sufre en su carne. El cuchillo de Abraham subiendo al Moria junto a su hijo Isaac, en María se transforma en espada que le traspasa el alma. Melitón de Sardes, obispo de una de las Iglesias joanneas del Asia Menor, en una noche de Pascua entre el 160 y el 180, proclama:

La ley se ha convertido en el Verbo, el mandamiento en gracia, la figura en realidad, el cordero en el Hijo... Éste es el Cordero que no abre boca... Éste es el Cordero dado a luz por María, la inocente cordera; Él es el que en la tarde fue inmolado y que ha resucitado de entre los muertos.³

El Hijo único muere, el vínculo terreno con la madre se rompe; la primera alianza, fundada sobre la carne de Cristo, expira. En la persona de María, el Israel

¹ Desde la cruz Jesús ora al Padre con el salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" y, a un cierto punto, sintiendo el abandono del Padre y viendo junto a la cruz a la Madre, dice: "Tú eres quien me sacó del vientre, me tenías confiado en los pechos de mi madre; desde el seno pasé a tus manos, desde el vientre materno Tú eres mi Dios" (22,10-11).

² SAN AMBROSIO, Espositio in Lucam 10,132.

³ MELITÓN DE SARDES, Sobre la Pascua 7,71.

según la carne y la fe está sometido a Dios hasta en la muerte. Así se inaugura la Iglesia nueva, de la que se dice: "¿No sabéis que, al quedar unidos a Cristo mediante el bautismo, hemos quedado unidos a su muerte?" (Rm 6,3). En María, de pie junto a la cruz de Jesús, el Israel de la primera alianza se transforma en la Iglesia de la nueva alianza. La antigua alianza no queda abolida, sino transformada, alcanzando su cumplimiento. En Caná, las tinajas de agua no fueron vaciadas primero para hacer sitio al vino. El agua fue transformada en vino. Del mismo modo la vida terrena de Jesús no es negada en la resurrección. El Resucitado es el Crucificado. La cruz es para siempre el trono eterno de su realeza. Y María no deja de ser la madre de Jesús. Después de la resurrección del Hijo, "la madre de Jesús" está allí en medio de los discípulos (Hch 1,14). Su maternidad se despliega en nuevas dimensiones.

A María se la menciona "junto a la cruz de su Hijo", pero no se la menciona en la resurrección. En los Evangelios no hay huella de aparición alguna del Señor a su Madre. ¿Ha vivido María sólo mitad del misterio pascual de Cristo, que lo componen la muerte y la resurrección? Quien habla de María junto a la cruz es el evangelio de Juan. ¿Y qué es lo que representa para Juan la cruz de Cristo? Representa la "hora", la hora en que el Hijo del hombre es glorificado, la hora para la que ha venido al mundo (Jn 12,23.27; 17,1). El momento de la muerte es el momento en que se revela plenamente la gloria de Cristo. En el momento en que en el templo de Jerusalén se inmolaban los corderos pascuales, Jesús está ofreciéndose en la cruz como el Cordero pascual, que anula todos los sacrificios, inaugurando con su pascua la nueva alianza. Es el momento en que todo llega a "su cumplimiento".

Para Juan van unidas muerte y resurrección, cruz y exaltación: es el triunfo del amor sobre la muerte. Por ello en las Iglesias del Asia Menor, de las que Juan fue fundador y guía, celebraban la Pascua el 14 de Nisán, en el aniversario de la muerte de Cristo, y no en el aniversario de la resurrección como hacían las demás Iglesias. Celebrando la muerte de Cristo, celebraban la victoria sobre la muerte. Así, pues, colocando a María junto a la cruz de su Hijo, Juan sitúa a María en el corazón del misterio pascual. María, como Juan, ha visto "la gloria de Dios" en el amor manifestado en la cruz de Cristo. ¿Significa esto que María, junto a la cruz de su Hijo, no ha sufrido? ¿Acaso no sufrió Cristo aunque llamara a aquella hora la hora de su gloria?

María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (Jn 19,25), *se condolió vehementemente* con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma (LG 58).

B) MUJER, HE AHÍ A TU HIJO

Desde la cruz, "Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió con él" (Jn 19,26-27).

Jesús revela, pues, que su madre es también la madre de todos sus discípulos, hermanos suyos, gracias a su muerte y resurrección: "Ve donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre" (Jn 20,17; Hb 2,11-12). Desde la cruz Jesús ha entregado su madre a un apóstol, poniéndola bajo su custodia y, por tanto, la ha entregado a la Iglesia apostólica. Cristo hace a la Iglesia el don precioso de su madre. Con tal don la Iglesia es ya para siempre la esposa "sin mancha ni arruga", la "inmaculada", como la llama expresamente Pablo (Ef 5,27).

María está junto a la cruz como madre. Es la hora de la nueva maternidad. En Caná quiso marcar la hora a Jesús. Allí es ella quien habla a Jesús y a los sirvientes. Pero ahora, junto a la cruz, tras haber recorrido el camino de la fe, le llega realmente la hora, con los dolores del parto y la alegría del alumbramiento (Jn 16,21-23). Y ahora es Jesús quien habla y ella escucha: "Mujer, he ahí a tu hijo". Ha recorrido el camino desde la primera maternidad a la nueva maternidad, que abraza a los discípulos a quienes Jesús ama, a sus hermanos, hijos del Padre, "que escuchan y cumplen la voluntad del Padre" (Mt 12,50).

María no es llamada por su nombre, sino "Mujer" y tampoco Juan es llamado por su nombre, sino "el discípulo", es decir, los discípulos amados de Jesús. Éstos son entregados a María como sus hijos, lo mismo que a ellos es entregada María como madre. Es la palabra de Cristo la que constituye a María en madre y a los discípulos en hijos. Es una maternidad o filiación que no viene de María, de la carne o de la sangre, sino de la Palabra de Cristo. Es una gracia de Cristo en la cruz a la Iglesia, que está naciendo de su costado abierto.

Jesús, antes de morir en la cruz, revela que su madre, en cuanto "Mujer", es desde ahora la madre del "discípulo a quien Jesús amaba", y que éste, como representante de todos los discípulos de Jesús, desde ahora es hijo de su propia madre. De este modo revela la nueva dimensión de la maternidad de María. Y, al mismo tiempo, revela que la primera tarea de los discípulos consiste en ser "hijos de María". Esta nueva relación entre la madre de Jesús y sus discípulos es querida por Jesús, expresada en el momento supremo de la cruz. El acontecimiento, como sucede frecuentemente en Juan, adquiere un valor simbólico. Juan presenta las acciones simbólicas personalizadas en personas singulares, que son tipos de una realidad más amplia: como el encuentro con Nicodemo, con la samaritana, con Marta y María... También la madre de Jesús y el discípulo amado cumplen aquí una función representativa.

En este sentido, Juan jamás llama por su nombre al "discípulo a quien Jesús amaba" ni a "la madre de Jesús", queriendo indicar que no están nombrados en calidad de personas singulares, sino como "tipo". Se trata de la condición de madre o mujer, o de la condición de discípulo, por quien Jesús siente siempre amor. En el evangelio de Juan "los discípulos" en general son los "amigos" de Jesús (15,13-15). El "discípulo a quien Jesús amaba" representa, pues, a los discípulos de Jesús, quienes, como tales discípulos, son acogidos en la comunión de Jesús, hijos de su misma madre. El discípulo de Jesús es testigo del misterio de la cruz, donde es hecho hijo de la madre de Jesús, pues es acogido como hermano de Jesús (Jn 20,17). Como escribe

M. Thurian: "El discípulo designado como 'aquel a quien Jesús amaba' es, indudablemente, la personificación del discípulo perfecto, del verdadero fiel a Cristo, del creyente que ha recibido el Espíritu. No se trata aquí de un afecto especial de Jesús por uno de sus apóstoles, sino de una personificación simbólica de la fidelidad al Señor".⁴

Y si el título de "Mujer" es la personificación de la "Hija de Sión", vemos entonces cumplida la palabra en que la "Madre Sión" llama a sus hijos del exilio a fin de formar en torno a ella el nuevo pueblo de Dios sobre el monte Sión. En Isaías leemos: "Alza en torno tus ojos y mira; todos se reúnen y vienen a ti, llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas en ancas" (Is 60,4). Este texto profético, que ve a hijos e hijas volver del exilio, sirve de fondo a las palabras que Jesús pronuncia desde la cruz: "Mujer, he aquí a tu hijo". El discípulo que se hace hijo de la "Mujer" es la personificación de los "hijos de Israel" que en torno a María forman el nuevo pueblo de Dios sobre el monte Sión, junto a la cruz.

Bajo la cruz de su Hijo, María, como Sión tras el luto por la pérdida de sus hijos, recibe de Dios nuevos hijos, más numerosos que antes. El salmo 87, que la liturgia aplica a María, canta de Sión: "¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios: ...Filisteos, tirios y etíopes han nacido allí. Se dirá de Sión: Uno por uno todos han nacido en ella... El Señor escribirá en el registro de los pueblos: Éste ha nacido allí. Y cantarán mientras danzan: Todas mis fuentes están en ti". "¡Que pregón tan glorioso para ti, Virgen María!", nueva Sión. Es la antífona de este salmo en el Oficio de la Virgen María. María, como Sión reedificada después del exilio, puede decir: "Quién me ha dado a luz a éstos? Pues yo había quedado sin hijos y estéril, desterrada y aparte, ¿y a éstos quién los crió?" (Is 49,21). Abraham, por su fe y obediencia a la palabra de Dios, se convirtió en padre de una multitud "más numerosa que las estrellas del cielo" (Gn 15,5). María, madre del nuevo Isaac, por su fe y obediencia, se convierte en madre de la Iglesia, de los hijos de Dios dispersos por toda la tierra.

María, la madre de Cristo, es la madre de los discípulos de Cristo. María nos ha acogido como hijos cuando Jesucristo se ha hecho "primogénito entre muchos hermanos". Haciéndonos hijos adoptivos del Padre, nos ha entregado como hijos también a su madre: "He ahí a tu hijo". San Agustín nos señala la semejanza y la diferencia de esta doble maternidad de María:

María, corporalmente, es madre únicamente de Cristo, mientras, espiritualmente, en cuanto que hace la voluntad de Dios, es para Él hermana y madre. Madre en el espíritu, ella no lo fue de la Cabeza, que es el Salvador, de quien más bien nació espiritualmente, pero lo es ciertamente de los miembros que somos nosotros, porque cooperó, con su amor, al nacimiento en la Iglesia de los fieles, que son los miembros de aquella Cabeza.⁵

⁴ M. THURIAN, o.c., p.237.

⁵ SAN AGUSTÍN, La santa virginidad 5-6: PL 40,399.

Bajo la cruz, María ha experimentado los dolores de la mujer cuando da a luz: "La mujer cuando da a luz está afligida, porque ha llegado su hora" (Jn 16,21). La "hora" de Jesús es la hora de María, "la mujer encinta que grita por los dolores del parto" (Ap 12,1). Si es cierto que la mujer del Apocalipsis es, directamente, la Iglesia, la comunidad de la nueva alianza que da a luz el hombre nuevo, María está aludida personalmente como inicio y representante de esa comunidad creyente. Así lo ha visto la Iglesia desde sus comienzos. San Ireneo, discípulo de San Policarpo, discípulo a su vez de San Juan, ha llamado a María la nueva Eva, la nueva "madre de todos los vivientes". Con el "ahí tienes a tu hijo" María recibe su vocación y misión en la Iglesia. Ya Orígenes, partiendo de la idea del cuerpo de Cristo y considerando al cristiano como otro Cristo, interpreta la palabra dirigida por Cristo a Juan como dirigida a todo discípulo:

Nos atrevemos a decir que, de todas las Escrituras, los evangelios son las primicias y que, entre los evangelios, estas primicias corresponden al evangelio de Juan, cuyo sentido nadie logra comprender si no se ha inclinado sobre el pecho de Jesús y no ha recibido a María por madre de manos de Jesús. Y para ser otro Juan, es necesario hacerse tal que, como Juan, lleguemos a sentirnos designados por Jesús como siendo Jesús mismo. Porque María no tiene más hijos que Jesús. Por tanto, cuando Jesús dice a su madre: "he ahí a tu hijo" y no "he ahí a este hombre, que es también hijo tuyo", es como si le dijera: "He ahí a Jesús, a quien tú has alumbrado". En efecto, quien alcanza la perfección "ya no vive él, es Cristo quien vive en él" (Ga 2,20) y, puesto que Cristo vive en él, de él se dice a María: "He ahí a tu hijo", Cristo.⁶

San Ambrosio nos dice: "Que Cristo, desde lo alto de la cruz, pueda decir también a cada uno de vosotros: he ahí a tu madre. Que pueda decir también a la Iglesia: he ahí a tu hijo. Comenzaréis a ser hijos de la Iglesia cuando veáis a Cristo triunfante en la Cruz".⁷ El discípulo, en cuanto dirige la mirada al costado abierto de Jesús, guiado por la mirada de María, es transformado en hombre nuevo, se hace hijo de María e hijo de la Iglesia, es decir, cristiano. La *Lumen gentium*, colocando a María en la historia de la salvación y en el misterio de Cristo y de la Iglesia, ha formulado así la doctrina tradicional de María, madre de los cristianos:

La bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad cual Madre de Dios junto con la encarnación del Verbo por designio de la divina providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del divino Redentor y en forma singular colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras Él moría en la cruz, cooperó en

⁶ ORÍGENES, In Ioannem 1,4.

⁷ SAN AMBROSIO, In Lucam VII,5: PL 15,1787.

forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. *Por tal motivo es nuestra Madre en orden a la gracia* (LG 61).

Antes, el concilio ha precisado:

La misión materna de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo (LG 60).

¿Cómo podría ser diversamente? María, "la Madre de Dios es figura de la Iglesia, como ya enseñaba san Ambrosio, en el orden de la fe, de la caridad y de la *perfecta unión con Cristo*" (LG 63). Con relación a Cristo, María es madre y discípula. Con relación a la Iglesia es madre y maestra. Es madre y maestra nuestra en cuanto es la perfecta discípula de Cristo. A María se puede aplicar la palabra de Pablo: "Hacedos imitadores míos, como yo lo soy de Cristo" (1Co 11,1).

El Papa Pablo VI dio explícitamente a María el título de "Madre de la Iglesia": "Para gloria de María y para nuestro consuelo, proclamamos a María Santísima **Madre de la Iglesia**, es decir, de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman madre amantísima".⁸

María permanece *madre* por siempre. El sello materno que el Espíritu ha impreso en ella es indeleble. Tal es para siempre la identidad de María: *Theotókos* es su nombre. Ha quedado para siempre consagrada al misterio de su Hijo, al servicio de la concepción santa del Hijo en el mundo. Por eso, María se halla en su ámbito propio en la Iglesia, que también es siempre madre por la gracia del Espíritu Santo.

C) HE AHÍ A TU MADRE

Al lado de la Madre está el discípulo "a quien Jesús amaba" (v 16). Se trata del "tipo" del discípulo, que es objeto del amor del Padre y del Hijo: "El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre y también yo le amaré" (Jn 14,21). Es el discípulo fiel hasta la cruz, testigo del misterio de la sangre y del agua que brotaron del costado traspasado del Crucificado (Jn 19,35) y testigo privilegiado de la resurrección (Jn 20,8). Es el discípulo que "a partir de aquella hora acoge a la Madre como suya" (v27).

María y el discípulo amado, aunque tengan un significado simbólico, siguen siendo personas concretas, con su función personal y su significación propia en el

⁸ PABLO VI, Discurso de clausura de la 3ª etapa del concilio AAS 56(1984)1018.

misterio de la salvación. Sin duda, el misterio se hace en ellos más amplio, pero no hasta el punto de anular a las personas y convertirlas en puros símbolos. La madre de Jesús conserva su misión maternal y el discípulo que Jesús amaba ha de hacerse, de manera cada vez más perfecta, un verdadero discípulo de Jesús e hijo de María.

Es importante mantener unidas la significación personal y la significación simbólica de la maternidad de María. Al hacerse madre de todos los discípulos de Jesús, María se hace madre de toda la Iglesia. No hay contradicción alguna en decir que María es, a la vez, *imagen* de la Iglesia y madre de la Iglesia. Como persona individual, ella es la madre de Jesús. Pero su maternidad corporal con respecto a Jesús se prolonga en una maternidad espiritual hacia los creyentes y hacia la Iglesia. Y esta maternidad espiritual de María es la imagen y la forma de la maternidad de la Iglesia. La maternidad de María y la maternidad de la Iglesia son, inseparablemente, importantes para la vida filial de los creyentes.

Para hacerse hijos de Dios es necesario hacerse hijos de María e hijos de la Iglesia. Su Hijo único es Jesús, pero nos hacemos conformes a Él si nos convertimos en hijos de Dios e hijos de María (Jn 1,12-13). En la medida en que acogemos en la fe al Hijo único del Padre, crece en nosotros la vida de hijos de Dios. María que, en la Encarnación, concibió y dio a luz corporalmente a Jesús, concibe y alumbra espiritualmente a los discípulos de Jesús. Virginalmente en ambos casos.

María al pie de la cruz es la Iglesia naciente. Desde entonces la Iglesia es mariana. H. von Balthasar habla del "rostro mariano de la Iglesia". Y C. Journet escribe: "María se nos presenta como la forma, es decir, como el *modelo* y el tipo de la Iglesia. San Pedro pedía a los presbíteros de la Iglesia que fueran los modelos, los tipos del rebaño que se les había confiado (1P 5,3). En un sentido incomparablemente más elevado, María es modelo y tipo de la Iglesia. Ella es, en el interior de la Iglesia, la forma en la que la Iglesia se perfecciona como Esposa para darse al Esposo. Cuanto más se parece la Iglesia a la Virgen, más se hace Esposa; cuanto más se hace Esposa, más se asemeja al Esposo; y cuanto más se asemeja al Esposo, más se asemeja a Dios: porque estas instancias superpuestas entre la Iglesia y Dios no son más que transparencias en las que se refleja el único esplendor de Dios".⁹

La "Hija de Sión", la "Virgen Israel", en tiempos infiel, en María ha sido fiel, cumpliéndose la palabra de Jeremías: "Vuelve, Virgen Israel; retorna a tus ciudades. ¿Hasta cuando has de andar titubeando, hija descarriada? Pues hará Dios una cosa nueva en la tierra: la Mujer buscará a su marido" (Jr 31,22). María reanuda las relaciones de amor entre Israel y su Esposo Yahveh. Ella es el símbolo de la Iglesia en su relación esponsal con Cristo.

A partir de este texto de Jeremías, H. von Balthasar muestra el puesto de la mujer en la Iglesia. En el lenguaje simbólico únicamente la mujer puede simbolizar a la Iglesia-Esposa. En este sentido puede aplicarse a la Iglesia la escena de María y del discípulo amado al pie de la cruz. Una "Mujer" y un hombre permanecen junto a la

⁹ C. JOURNET, *L'Église du Verbe Incarné, II, Paris 1962, p. 432-433.*

cruz de Jesús, con una misión de representación tipológica. Pero el discípulo amado, como figura de todos los discípulos de Cristo, es también figura de la Iglesia. Él representa a los creyentes en Cristo, en cuanto discípulos, que escuchan la palabra de Cristo. Entre estos discípulos está también María, discípula fiel de Cristo. Pero María es, además, figura de la Iglesia en cuanto Madre, en cuanto comunidad en cuyo seno se congregan en Cristo los hijos de Dios dispersos. La figura principal no es el discípulo, sino la "Mujer": María. En cuanto al "discípulo que Jesús amaba", la primera misión que recibe no es ir a predicar el evangelio, sino aceptar a María por madre, hacerse "hijo" de María. Para él y para todos los demás apóstoles es más importante ser creyente que apóstol, nacer como hijo de María más que la misión apostólica. La misión apostólica le será confiada más tarde, después de la resurrección (Jn 20,21; 21,20-23). Ser hijo de María y de la Iglesia es el aspecto primero y fundamental de toda existencia cristiana.

Ser incorporado como hijos de Dios al misterio de la Iglesia, nuestra madre, es más esencial que ejercer un ministerio en la Iglesia. En el Calvario, en el momento en que la Iglesia nace en estas dos personas, en esta mujer y en este hombre, que simbolizan la Iglesia, las palabras de Jesús son fundamentales para su recíproca relación. No se trata todavía de enviar al discípulo en misión apostólica, ni de encomendarle la tarea de proclamar la Buena Nueva y de enseñar, sino hacerse previamente hijo de María, hijo de la Iglesia, es decir, un verdadero creyente en la Iglesia. Y aquellos que creen llegan a ser hijos de Dios, hermanos de Jesús, hijos de María e hijos de la Iglesia.

Lo fundamental en la Iglesia es ser miembro del pueblo de Dios, viviendo en alianza con Cristo y, en Él, con Dios. Éste es el rostro mariano de la Iglesia. En el plano simbólico, la Iglesia, como María, es "la Mujer", que vive en alianza con su Esposo, Cristo. Ésta es la estructura básica de la Iglesia en cuanto Esposa de Cristo y Madre del pueblo de Dios. La Iglesia es esto en primer lugar. Luego viene el rostro apostólico, representado en Juan o en Pedro. Ambos aspectos pertenecen a la estructura de la Iglesia. Pero el rostro mariano expresa el aspecto interior y más profundo del misterio de la Iglesia.

De aquí que la tradición patristica haya hablado constantemente de la misión materna de la Iglesia. Fundamentalmente la Iglesia es nuestra madre. A ella le debemos el haber nacido a la vida cristiana, pues ella nos ha hecho descubrir a Cristo, nos ha anunciado su palabra y en el bautismo nos ha engendrado como cristianos. Gracias a la Iglesia, nuestra madre, hemos renacido como hijos de Dios. Nos ha concebido por la palabra y el Espíritu Santo, nos ha dado a luz en las aguas del bautismo, nos ha educado con la catequesis, nos ha hecho crecer con la eucaristía, nos ha cuidado y levantado en nuestras caídas. Nos ha dado hermanos en la fe con quienes caminar en comunión y cantar en comunidad las alabanzas del Señor.

D) MADRE DE LOS CREYENTES

Una vez que Cristo nos ha dado su madre, ya puede decir: "todo está cumplido". Ya puede entregar su espíritu: "Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, inclinando la cabeza entregó su espíritu". Jesús acaba su obra fundando la Iglesia, de la cual su madre es el símbolo. El vínculo de maternidad y de filiación, que une a María y al discípulo, a la Iglesia y a los fieles, forman parte de la "hora", es decir, de la obra de la salvación. Por eso se puede pensar que el amor filial hacia María, igual que la pertenencia a la Iglesia, es para el cristiano una prenda de salvación. Todo el que pertenece vitalmente a la Iglesia tiene sus raíces en el reino de los cielos, del cual la Iglesia, en la tierra, es el sacramento. Y todo el que ama a María está vinculado a la Iglesia, de la que ella es el símbolo. Quien rechaza a la Iglesia, quien la desprecia, como quien no ama a María, se endurece en su orgullo: no es hijo de una madre.

La significación fundamental del misterio de María se encuentra, pues, en su función sponsal y materna. Ella es madre de Jesús y de los discípulos; y ella es la "Mujer", Esposa de Cristo, colaboradora de Cristo en su obra salvadora. Y lo mismo vale para la Iglesia, Esposa y Madre de Cristo. La túnica de Cristo, no rota por los soldados, es un signo de la unidad de la Iglesia, que se constituye por la unión entre María y el discípulo amado (Jn 19,24-25). Y esta unión de la nueva comunidad mesiánica, presente a los pies de la cruz, es reforzada por el Espíritu Santo, que Jesús infunde cuando, "inclinando la cabeza, entregó su espíritu" (Jn 19,30).¹⁰

Las nuevas relaciones entre la "Mujer" y el "discípulo", manifestadas por Cristo desde la cruz, son la expresión del amor extremo de Jesús en el momento de su hora. María, la madre de Jesús, simboliza a la Iglesia misma en su misión materna. Y si María es la Madre del Hijo de Dios hecho hombre, también tiene un papel en nuestro renacimiento como hijos de Dios. La maternidad de María, que comenzó en la Encarnación de Jesús, se prolonga en la vida de los cristianos. Ella es madre del Cristo total; por tanto, también de los discípulos y hermanos de Jesús.

La maternidad virginal de María, al extenderse a todos los creyentes, implica para nosotros una invitación a acogerla en nuestra vida y a considerarla como madre nuestra, al mismo tiempo que recibimos a aquel de quien ella es madre, a Cristo. En cada uno de nosotros ha de formarse Cristo; por ello también nosotros, como María, concebimos y damos a luz a Cristo en nosotros. Así lo expresa un texto anónimo del s. XVI:

Bienaventurada tú, alma virginal, porque de ti ha de nacer el Sol de justicia... Aquel que nos ha creado nace de nosotros. Y, como si no fuera suficiente que Dios quiera ser nuestro Padre, quiere que seamos su madre. Alma buena y fiel, ensancha el seno de tu corazón; abre hasta el extremo tu deseo; no vivas estrechamente en tu interior, a fin

¹⁰ María y el discípulo son los que ve Jesús al inclinar la cabeza: "Jesús, pues, *viendo* a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba." (Jn 19,26).

de que puedas concebir a Cristo, a quien el mundo entero no puede contener. Después de haberle concebido la bienaventurada Virgen María, continúa aún siendo concebido cada día en mí en virtud de la fe... Creo que damos a luz verdaderamente a Cristo en la medida en que nosotros recibimos de su plenitud (Jn 1,16). Es primeramente concebido en sus palabras; luego el alma fructifica y, por sus buenas obras, Cristo es alumbrado. Esto es lo que dice San Pablo: "Hijos míos, por quienes siento de nuevo los dolores del parto, hasta que se forme Cristo en vosotros" (Ga 4,19; 1Co 4,15). Hubo un tiempo en que Cristo fue llevado en el seno y alumbrado corporalmente por su madre, la Virgen; pero siempre es concebido y alumbrado espiritualmente por las vírgenes santas.¹¹

María cumple su misión como madre de todos los discípulos de Cristo, llevándonos a Cristo. Juan concluye su evangelio, diciéndonos: "Ellos miraban al que traspasaron" (19,31-37). ¿Quiénes son los que miran? Los que están presentes al pie de la cruz: María y el discípulo, y con ellos todos los discípulos, toda la Iglesia. En esa mirada de María y de los discípulos al costado abierto de Jesús, la madre de Jesús ejerce su misión de madre. Como en Caná dice a los sirvientes que hagan todo lo que Él les diga, orientándolos hacia Jesús, también ahora invita a mirar el costado abierto de su Hijo. El discípulo fija la mirada en el corazón de Jesús gracias a la mirada de la madre, que orienta siempre a los discípulos hacia el Hijo.

María y el discípulo amado, al pie de la cruz, con la mirada fija en el costado abierto de Jesús, forman conjuntamente la imagen de la Iglesia-Esposa, que contempla al Esposo, "levantado de la tierra, atrayendo a todos hacia Él" (Un 12,32). La vida profunda de Jesús, la vida de su corazón, simbolizada por el agua del Espíritu que sale de su costado, se convierte en la vida de la Iglesia. Así la Iglesia, como repiten los Padres, nació del costado traspasado de Jesús. María con su fe y con su mirada fija en la llaga del costado de Jesús invita a los creyentes, sus hijos, a acercarse al corazón de Jesús, donde la Iglesia habita en su misterio: "Cuando abrieron su corazón, ya había Él preparado la morada, y abrió la puerta a su Esposa. Así, gracias a Él, pudo ella entrar y pudo Él acogerla. Así pudo ella habitar en Él y Él en ella".¹²

Habiendo dado a luz en el mundo al Hijo único del Padre, la "Mujer vestida de sol" conoce una fecundidad inconmensurable (Ap 12,17). Ya el salmista había contemplado en la Sión mesiánica la madre de los pueblos: "Se dirá de Sión: uno a uno, todos han nacido en ella, y el Altísimo en persona la sostiene. El Señor escribirá en el registro de los pueblos: Éste ha nacido en ella. Y los que bailan cantan a coro: En ti están todas mis fuentes" (Sal 87). Transportada al cielo en la pascua de Jesús, la Jerusalén mesiánica se hace "la Jerusalén de lo alto, nuestra madre" (Ga 4,26). Siendo María el símbolo y síntesis de la Iglesia se le da a ella con prioridad la gracia de la

¹¹ Se trata de un tratado de teología mística sobre la inhabitación de Dios en el alma.

¹² Anónimo del siglo XVI, citado por I. DE LA POTTERIE, o.c.p.281.

maternidad universal. La experiencia de María junto a la cruz de Jesús dilató su corazón hasta hacerle similar a la "ciudad" abierta a todos los pueblos.

María, icono de la Iglesia madre, es mediadora por su santidad de amor, que la une a todos los fieles. Gracias a este vínculo de amor los fieles son amados por Dios, forman parte de la comunidad de los santos, donde reina la gracia del Espíritu Santo. María es mediadora del amor universal que el Espíritu deposita en su corazón. En realidad, todo verdadero cristiano es mediador de gracias: santifica a otros con el poder del amor que lo santifica a él. El privilegio de la mediación no separa a María de la comunidad. Su privilegio es de un amor incomparable que la distingue situándola en el corazón de la Iglesia. En ella la comunión de los santos es llevada a su máxima intensidad.

E) EL DISCÍPULO LA ACOGIÓ CONSIGO

"A partir de aquella hora el discípulo la acogió como suya" (Un 19,27). La madre, más que entrar en la casa del discípulo, entra en lo profundo de su vida, formando parte inseparable de la misma. El discípulo la considera su madre. Acoger a María significa abrirse a ella y a su misión maternal, introducirla en la propia intimidad en donde ya se ha acogido a Cristo y todos sus dones. Acoger a María expresa una actitud de fe, la "acogió en la fe", considerándose hijo de María. Desde este momento la madre de Jesús es también su madre.

Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, "acoge entre sus cosas propias" a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su "yo" humano y cristiano: "La acogió en su casa". Así el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella "caridad materna", con la que la Madre del Redentor "cuida de los hermanos de su Hijo", "a cuya generación y educación coopera" (RM 45).

Al momento del nacimiento del Hijo, Dios dice a José: "José, hijo de David, no temas acoger contigo a María" (Mt 1,20). Y José la tomó consigo. Ahora, en el momento de su muerte, Cristo encomienda, de nuevo, a Juan que acoja a María y, "desde aquel instante, Juan la tomó consigo". María, discípula de Cristo, desde el comienzo al final, vive sin tener donde reclinar la cabeza, necesitando ser acogida, dependiendo de Dios, que decide de su vida.

Pero Jesús no sólo confía su madre al discípulo, sino que se dirige primero a ella, señalando en primer lugar el papel de la Virgen María. La misión del discípulo queda subordinada a la de la Madre, que debe "congregar en la unidad a los hijos dispersos", que es para lo que ha muerto Él (Jn 11,51-52). La Madre de Jesús es la Madre de todos los hijos de Dios dispersos y, ahora, congregados por la muerte de Cristo, su Hijo. Siendo la Madre de Jesús, a los pies de la cruz, María es proclamada Madre de todos los que con Cristo son una sola cosa por la fe. El profeta Isaías decía: "Como una madre consuela a un hijo, así os consolaré yo; en Jerusalén seréis consolados" (Is 66,13). María, nueva Jerusalén, imagen de la Iglesia, es la refracción y transparencia materna de la consolación de Dios.

La Iglesia de todos los tiempos, nacida de la cruz de Cristo, es invitada a mirar a María como Madre y a acogerla con amor filial, como hizo el discípulo a quien Jesús amaba: "Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos, es decir, reconocer la relación esencial, vital y providencial que se da entre la Virgen y Jesús. Ella es la que nos abre la vía que conduce a Él".¹³ El discípulo es invitado a acoger a María, imagen de la Iglesia; como creyente, cada discípulo lleva en su corazón a la Iglesia como madre amada, confiada a él y a la que él ha sido confiado.

Con providente designio, Padre santo, quisiste que la madre permaneciese fiel junto a la Cruz de su Hijo, dando cumplimiento a las antiguas figuras. Porque allí la Virgen bienaventurada brilla como nueva Eva, a fin de que, así como la mujer cooperó a la muerte, otra mujer contribuyese también a la vida. Allí realiza el misterio de la Madre Sión, acogiendo con amor maternal a los hombres dispersos y congregados ahora por la muerte de Cristo.¹⁴

¹³ PABLO VI, Discurso en el Santuario de N. S. de Bonaria: ASS 62(1970)300-301.

¹⁴ Prefacio de la Misa "La Bienaventurada Virgen María junto a la cruz del Señor".

12. PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN CON MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

A) MARÍA, ICONO DEL MISTERIO TRINITARIO

En los Hechos se menciona a María en uno de los sumarios que describen la vida de la Iglesia naciente: "Todos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (1,14). Presente como protagonista en los comienzos de la vida terrena del Hijo con la disponibilidad total de su fe, María está igualmente presente en la comunidad orante de la Iglesia naciente, sobre la que descende el Espíritu Santo. Los discípulos viven con María la experiencia del Espíritu Santo, que ella ya ha tenido en la Anunciación.¹

La presencia de María en el cenáculo nos hace ver cómo ella era considerada ya el centro de la Iglesia apostólica. El Vaticano II une el momento de la Anunciación y el de Pentecostés, diciendo:

Como quiera que plugo a Dios no manifestar solemnemente el sacramento de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos a los apóstoles *perseverar unánimemente en la oración, con las mujeres y María la Madre de Jesús y los hermanos de Este* (Hch 1,14); y a María implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la Anunciación (LG 59).

Después de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo, se reúnen en torno a su Madre los que representaban a la familia de Jesús según la carne, "los hermanos", y los que representaban la familia en la fe, "los discípulos y las mujeres que le seguían". María, fiel a Cristo hasta la cruz, participa de su gloria, viendo reunidos en torno a ella a los rescatados por su Hijo. Su gloria es su nueva maternidad. Esta es la última imagen de María que nos ofrece la Escritura en su vida terrena: María, la madre de Jesús, en medio de los discípulos constantes en la oración. Es la presencia orante en el corazón de la Iglesia naciente.

Si la hora de la Anunciación determinó toda la existencia ulterior de María, algo semejante ocurre con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Lo que ocurre en los apóstoles nos ayuda a comprender lo que en aquella hora ocurrió en María. Hasta entonces los apóstoles están "ante" Jesús, sin comprenderle, a pesar de la familiaridad de su convivencia. Desde Pentecostés están "en" Él, saben de Él y hablan de Él como

¹ Son muchas las analogías entre la Anunciación y Pentecostés: A María se le promete el Espíritu Santo como "potencia del Altísimo", que "descenderá" sobre ella (Lc 1,35); a los apóstoles se les promete igualmente el Espíritu Santo "como potencia" que "descenderá de lo alto" sobre ellos (Hch 2,8). Y, recibido el Espíritu Santo, María comienza a proclamar, con lenguaje inspirado, las grandes obras cumplidas por el Señor en ella (Lc 1,46.49); igualmente, los apóstoles, recibido el Espíritu Santo, comienzan a proclamar en varias lenguas las grandes obras de Dios (Hch 2,11). Y todos aquellos a quienes María es mandada son tocados, movidos, por el Espíritu Santo (Lc 1,41; 2,27). Es ciertamente la presencia de Jesús la que irradia el Espíritu, pero Jesús en María, obrando a través de ella. Ella aparece como el arca o el templo del Espíritu, figurado en la nube que la ha cubierto con su sombra. Es esta presencia de Cristo en la Iglesia la que comunica el Espíritu Santo en todos los hechos de los apóstoles.

"testigos". Por sus palabras, los oyentes se hacen creyentes. En María este proceso se ha ido dando a lo largo de toda su vida, bajo la acción del mismo Espíritu, que la cubrió con su sombra en la Anunciación, pero el núcleo de la relación con Jesús es análogo al de los apóstoles. Tampoco ella, al principio, "comprende"; también ella vive en una fe perseverante, hasta que recibe la luz del Paráclito, que la "lleva a la verdad completa". La totalidad de la existencia de su Hijo se le hizo patente a la luz del Espíritu. Los diversos acontecimientos, actos, palabras, que "había guardado en su corazón", se los recuerda el Espíritu y se le vuelven transparentes. Entonces recibió la respuesta viva al "por qué", que su corazón había pronunciado tantas veces ante la actuación de su Hijo (Lc 2,48).

En Pentecostés puede realmente reconocer a su Hijo como el Hijo de Dios hecho hombre en su seno; comprende su vida como vida del Dios-Hombre y su misión como acontecimiento de redención de los hombres. También en aquella hora comprende del todo su misión personal de madre del Hijo de Dios y como primera redimida. Desde aquella hora, María pudo hacer suyas las expresiones de Pablo: "Cristo en mí", "yo en Cristo", "no vivo yo, sino que Cristo vive en mí". Allí, en el Cenáculo con los discípulos, comprendió la misión que su Hijo la encomendara desde la cruz: "He ahí a tu hijo". Su seno se dilató para acoger al cuerpo de Cristo, la comunidad de su Hijo.

Después de Pentecostés, como antes, Jesús era para ella su Hijo, con la entrañable exclusividad de esta relación. Pero, a la vez, ella le comprende ya profundamente como Cristo, Mesías, Redentor de todos los hombres. Entonces su amor de madre a Cristo se dilata hasta abrazar a todos los discípulos "a quienes *El* amaba". Su amor materno a Cristo asume a aquellos entre los cuales Cristo es "primogénito entre muchos hermanos". La Madre de Cristo se convierte en Madre de los creyentes. El Papa Pablo VI, en la *Marialis cultus*, comenta ampliamente la relación de María y el Espíritu Santo:

Ante todo es conveniente que la piedad mariana exprese la nota trinitaria... Pues el culto cristiano es, por su naturaleza, culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo o, como se dice en la liturgia, al Padre por Cristo en el Espíritu Santo... En la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El: en vistas a El, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo... La reflexión teológica y la liturgia han subrayado cómo la intervención santificadora del Espíritu en la Virgen de Nazaret ha sido un momento culminante de su acción en la historia de la salvación. Así, por ejemplo, algunos santos Padres y escritores eclesiásticos² atribuyeron a la acción del Espíritu la santidad original de María, *como plasmada y convertida en nueva creatura por El*; reflexionando sobre los textos evangélicos (...), descubrieron en la intervención del Espíritu Santo una acción que consagró e hizo fecunda la virginidad

² Cfr. en la encíclica las referencias.

de María y la transformó en *Aula del Rey, Templo o Tabernáculo del Señor, Arca de la Alianza o de la Santificación*. Profundizando más en el misterio de la Encarnación, vieron en la misteriosa relación Espíritu-María un aspecto sponsalicio, descrito poéticamente por Prudencio: *la Virgen núbil se desposa con el Espíritu* y la llamaron *Sagrario del Espíritu Santo*, expresión que subraya el carácter sagrado de la Virgen, convertida en mansión estable del Espíritu de Dios... De *El* brotó, como de un manantial, la plenitud de la gracia y la abundancia de dones que la adornaban: de ahí que atribuyeron al Espíritu Santo la fe, la esperanza y la caridad que animaron el corazón de la Virgen, la fuerza que sostuvo su adhesión a la voluntad de Dios, el vigor que la sostuvo durante su "compasión" a los pies de la cruz; señalaron en el canto profético de María (Le 1,46-55) un particular influjo de aquel Espíritu que había hablado por boca de los profetas; finalmente, considerando la presencia de la Madre de Jesús en el cenáculo donde el Espíritu Santo descendió sobre la naciente Iglesia (Hch 1,12-14; 2,1-4), enriquecieron con nuevos datos el antiguo tema María-Iglesia; y, sobre todo, recurrieron a la intercesión de la Virgen para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en su propia alma (MC 25-26).³

María, plasmada por el Espíritu Santo, es la mujer del misterio. Ya la escena de la Anunciación revela cómo está envuelta en el misterio de Dios, al acoger en sí misma por obra del Espíritu Santo al Hijo del Padre: "Su estructura narrativa revela por primera vez de un modo absolutamente claro la Trinidad de Dios. Las primeras palabras del ángel, que definen a María como la 'llena de gracia' por excelencia, son expresión del saludo del Señor, de Yahveh, del Padre, que ella como creyente hebrea conoce muy bien. Tras su aturdimiento sobre el significado de aquel saludo, el ángel le revela en una segunda intervención que nacerá de ella el Hijo del Altísimo, que será el Mesías para la casa de Jacob. Y a la pregunta de qué es lo que se esperaba de ella, el ángel le manifiesta en una tercera intervención que el Espíritu Santo la cubrirá con su sombra, de manera que su hijo será llamado con toda razón el santo y el Hijo de Dios".⁴

San Francisco de Asís, en una oración, expresa la relación de María con las tres personas de la Trinidad: "Santa María Virgen, no hay mujer alguna, nacida en el mundo, que te iguale, hija y sierva del Altísimo Rey, el Padre celestial, madre del santísimo Señor nuestro Jesucristo, esposa del Espíritu Santo..., ruega por nosotros a tu santísimo Hijo querido, Señor y Maestro".⁵ Y también el Vaticano II, sitúa a María en el misterio trinitario. El capítulo VIII de la LG comienza y termina con una referencia a la Trinidad. Implicada en el designio del Padre, María es cubierta por la

³ Aún es más extensa la enumeración de relaciones entre María y el Espíritu Santo en la Carta del mismo Papa Pablo VI al cardenal Suenens con ocasión del XIV Congreso Mariano Internacional del 1975. Cfr. CEC 721-726.

⁴ H.U. VON BALTHASAR, María nella dottrina e nel culto della Chiesa, en *María Chiesa nascente*, o.c.,p.48.

⁵ SAN FRANCISCO DE ASÍS, Oficio de la Pasión del Señor, *Fonti Francescane*,n. 281.

sombra del Espíritu Santo, que hace de ella la madre del Hijo eterno hecho hombre. Entre María y la Trinidad se establece una relación de intimidad única: "Redimida de un modo eminente en atención a los futuros méritos de su Hijo, y a El unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo" (LG 53). María es "el santuario y el reposo de la santísima Trinidad".⁶ La maternidad divina de María ha vinculado a María estrechamente con las personas trinitarias. Por ser madre del Hijo entra necesariamente en relación con el Padre y también con el Espíritu Santo, por obra del cual le concibe.

A las tres divinas personas hacen referencia los aspectos de la única Virgen-Madre-Esposa. En cuanto Virgen, María está ante el Padre como receptividad pura y se ofrece, por tanto, como imagen de aquel que en la eternidad es puro recibir, puro dejarse amar, el engendrado, el amado, el Hijo. En cuanto Madre del Verbo encarnado, María se refiere a El en la gratuidad del don, como fuente de amor que da la vida y es, por tanto, el icono maternal de aquel que desde siempre y para siempre comenzó a amar y es fontalidad pura, puro dar, el engendrante, la fuente primera, el eterno amante, el Padre. En cuanto arca de la alianza nupcial entre el cielo y la tierra, Esposa en la que el Eterno une consigo a la historia y la colma con la novedad sorprendente de su don, María se refiere a la comunión entre el Padre y el Hijo, y entre ellos y el mundo, y se ofrece, por tanto, como icono del Espíritu Santo, que es nupcialidad eterna, vínculo de amor infinito y apertura permanente del misterio de Dios a los hombres. En María, humilde sierva del Señor, se refleja, pues, el misterio mismo de las relaciones divinas. En la unidad de su persona se reproduce la huella de la vida plena del Dios personal.⁷

La fe, la caridad y la esperanza reflejan en María la profundidad del asentimiento a la iniciativa trinitaria y la huella que esa misma iniciativa imprime indeleblemente en ella. La Virgen se ofrece, pues, como el icono del hombre según el proyecto de Dios. Virgen-Madre-Esposa, María acoge en sí el misterio, lo revela al mundo, ofreciéndose como lugar de alianza sponsal. Dios escoge a una Virgen para manifestarse, a una Madre para comunicarse, a una Esposa para hacer alianza con los hombres.

B) MARÍA, HIJA E ICONO DEL PADRE

María conoció en su existencia terrena la triple condición de Virgen, Madre y Esposa, sin perder nunca ninguno de estos tres aspectos. María es "la Virgen". Así la reconoce la fe cristiana desde sus orígenes. El credo niceno-constantinopolitano confiesa, no que es una virgen, sino "la Virgen". La virginidad no es en ella una etapa de su vida, sino una cualificación permanente: es la "siempre Virgen".⁸ La condición

⁶ SAN LUIS MARÍA GRIÑÓN DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, en Obras, Madrid 1954, p.440.

⁷ B. FORTE, *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca 1993, p. 163ss.

⁸ DS 150.

virginal de María está de tal modo vinculada a la Madre del Señor que la fe de la Iglesia ha sentido la necesidad de confesarla como la "siempre Virgen".⁹

Frente a Israel, que pierde su virginidad cuando se aparta de la fidelidad al Señor, único Esposo del pueblo,¹⁰ la presentación de María como Virgen manifiesta su fidelidad plena a la alianza con Dios. La condición física de virginidad remite a una condición espiritual más profunda: María es la creyente, la bienaventurada por haber creído en el cumplimiento de las palabras del Señor, acogióndolas y meditándolas en su corazón. Profundamente femenina en la capacidad de acogida radical, de silencio fecundo, de receptividad del Otro, la Virgen se deja plasmar totalmente por Dios. Su virginidad es la expresión de la radical donación de sí misma a Dios Padre, dejándose habitar y conducir por El. Así, virgen en el cuerpo y en el corazón, vivió el inaudito acontecimiento de la anunciación y de la concepción, por obra del Espíritu Santo sin concurso humano, del Hijo de Dios hecho hombre.

La Virgen, sin dejar de serlo, es Madre. Y así, María es el icono maternal de la paternidad de Dios, que tanto amó al mundo que le entregó su Hijo: "El mismo engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, ha sido engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad".¹¹ El Hijo de María es el Hijo de Dios, verdaderamente Dios. Y el Hijo de Dios es el Hijo de María, verdaderamente hombre. Lo primero guarda relación con el misterio de la elección de María por parte de Dios para ser la Madre de su Hijo Unigénito: engendrado desde toda la eternidad en el seno del Padre es engendrado en el tiempo en el seno virginal de María. María es la tierra virgen en la que el Unigénito del Padre ha puesto su tienda entre los hombres. Pero también es verdad que el Hijo de Dios es verdaderamente Hijo de María. No recibió una apariencia de carne, no se avergonzó de la fragilidad y pobreza de la carne humana, sino que "se hizo" realmente hombre, plantó de veras su tienda entre nosotros. La Virgen Madre es verdaderamente el seno humano del Dios encarnado. El hecho de que el Dios encarnado tenga una Madre verdadera dice hasta qué punto El es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Llamar a María *Madre de Dios* quiere decir expresar de la única manera adecuada el misterio de la encarnación de Dios hecho hombre.

Dios ha manifestado a Moisés su Nombre: "El Señor, Dios misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico de gracia y fidelidad" (Ex 34,6). El término "misericordioso" en hebreo se dice *taraham*, que procede de la raíz *raham*, que significa "seno materno", "útero", "matriz". Dios se ha nombrado a sí mismo como "seno materno" que da la vida. Dios se nos ha revelado, pues, como Madre que da la vida en la ternura y el amor (Os 11,1-8; Is 63,15-16). Por ello, podemos decir que la imagen de Dios en la mujer se refleja en su misma fisiología, en todo lo que la hace

⁹ Concilio Constantinopolitano II, DS 422; Concilio Lateranense I, DS 503.

¹⁰ Os 2; Jr 18,13; 31,4.21; Am 5,1-6.

¹¹ Concilio de Calcedonia, DS 301.

capaz de concebir, llevar, nutrir y dar la vida física y espiritualmente. María constituye "el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre".¹²

Eva significa la "madre de la vida". María, nueva Eva, es este icono viviente de Dios dador de vida. Por esto es virgen. La virginidad, -de toda mujer-, es como un sello, que cierra a la mujer, haciendo patente que la mujer no es una hembra disponible a todos los machos, como ocurre con los animales, sino que está reservada para dar la vida, participando con el Dios creador y misericordioso: "Jardín cerrado eres tú, hermana mía, novia, huerto cerrado, fuente sellada" (Ct 4,12; Pr 5,15-20). El Espíritu Santo, que ha inspirado este texto, ha inspirado a la Iglesia cuando lo ha aplicado a María. Significa que María, la Virgen, es totalmente de Dios, en la unidad de su ser corporeo-espiritual. María pertenece a Dios en la totalidad de su existencia, íntegramente, virginalmente. Es el signo de lo que todo bautizado está llamado a ser: "una sola cosa con Cristo" (Rm 6,5).

La imagen de Dios que nos muestra la concepción virginal de María es la del Dios de la iniciativa gratuita de amor hacia su sierva y, en ella, hacia la humanidad entera. En María resplandece la imagen del "Padre de la misericordia" (LG 56), que sale del silencio para pronunciar en el tiempo su Palabra, vinculándola a la humildad de una hora, de un lugar, de una carne (Lc 1,26-27). En este asombroso milagro, Dios es el que tiene la iniciativa, invitando a María y suscitando en ella la capacidad de respuesta. María lo único que presenta es su virginidad de cuerpo y de corazón ante el poder de Aquel para quien nada es imposible (Le 1,37). Y gracias a este puro actuar divino, el fruto de la concepción es también divino, el Hijo del Altísimo. La virginidad de María no es causa, sino sólo la condición escogida libremente por Dios como signo del carácter prodigioso del nuevo comienzo del mundo. María es la Madre del Hijo de Dios, no por ser virgen, sino porque el Padre la ha escogido como virgen y la ha cubierto con la sombra del Espíritu. Pero la elección de una virgen expresa el carácter extraordinario del acontecimiento. La ausencia de un padre terreno pone de manifiesto cómo la única forma fecunda de situarse ante Dios es la de la acogida en la fe virginal. El silencio acogedor de un seno de mujer fue escogido por Dios como espacio en donde hacer resonar su Palabra hecha carne en el mundo. La virginidad de María se ofrece, pues, como signo del acontecimiento prodigioso que Dios ha realizado en ella, haciéndola madre de su propio Hijo.

Al confesar, más tarde, la virginidad en el parto, la Iglesia quiso transmitir el asombro frente a una maternidad virginal, que es signo de lo que sólo Dios puede realizar: la encarnación del Hijo eterno en la historia de los hombres. La negación de la virginidad de la Madre, escogida por Dios como lugar y signo del milagro de la encarnación del Hijo, se traduce inevitablemente en la negación de la condición divina del Hijo engendrado en ella. Separar el significado del hecho de este signo, como si lo uno pudiera subsistir sin lo otro, no es legítimo. Afirmar que la condición virginal no forma parte del "núcleo central del evangelio" ni constituye "un fenómeno histórico-biológico", sino que es tan sólo una "leyenda etiológica", "un símbolo

¹² Puebla 282.

preñante" del giro realizado por Dios en Jesucristo, es contradecir a la economía de la revelación, hecha de acontecimientos y de palabras íntimamente vinculados entre sí.¹³ "El hecho biológico de la concepción virginal no puede separarse jamás del sentido profundo escondido en él... Toda la obra de la salvación es una intervención de Dios en la historia por medio de hechos concretos. La revelación del plan de salvación querido por Dios se encuentra precisamente escondida en esos hechos y no puede separarse de ellos. Lo mismo ocurre con la concepción virginal de Jesús, que se convierte de este modo en un *símbolo* significativo del misterio".¹⁴ La negación del hecho de la concepción virginal, como signo del misterio encerrado en él, se convierte en negación del mismo misterio.

La Madre de Dios, como imagen maternal de la paternidad divina, nos permite percibir la imagen de un Dios al que corresponde la primacía y la gloria, pero cuyos rasgos fundamentales son los de la gratuidad, los del amor entrañable y maternal. Así se muestra ya en la fe de Israel, cuando habla del amor cariñoso y envolvente de Dios, parecido al *amor entrañable* de una madre.¹⁵ El cariño o la misericordia del Padre asumen un rostro, una configuración concreta en María. Es lo que intenta comunicar el famoso icono de la Madre de Dios de Vladimir, llamado "Virgen de la ternura", como los iconos de la llamada "Eleúsa", la tierna, la misericordiosa.¹⁶

Pero la Madre de Dios es icono materno del Padre también en su *maternidad espiritual* respecto a los que el Padre ha hecho hijos en el Hijo nacido de María: "Dios Padre ha comunicado a María su fecundidad, en cuanto una pura criatura era capaz de recibirla, para concederle el poder de producir a su Hijo y a todos los miembros de su cuerpo místico".¹⁷ A esta luz comprendemos la mediación maternal de María y su presencia, no sólo junto a su Hijo, sino también junto a todos los que son hechos hijos en el Hijo (LG 60-62; RM 21-24).

C) MADRE DEL HIJO

María es la Madre del Señor (Lc 1,43), según el testimonio de la Escritura; la Madre de Dios, como la define la fe de la Iglesia en Calcedonia (451): "Siguiendo, pues, a los santos Padres, todos a una enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo..., engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad".¹⁸ Y, antes aún, el concilio de Efeso (431) había precisado: "Porque no nació primeramente un hombre vulgar de la santa Virgen y luego descendió sobre él

¹³ Esta concepción aparece en el Nuevo catecismo holandés y en H. KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid 1977, p.580.

¹⁴ I. DE LA POTTERIE, o. c., p.146s.

¹⁵ *Rahem, rahamim* significa "útero materno", "amor entrañable", referido a la matriz. Cfr. Jr 31,20; Is 49,14-15; 66,13...

¹⁶ Cfr. G. GHARIB, Iconos, en *NDM*.

¹⁷ SAN LUIS GRIÑÓN DE MONFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, p.446.

¹⁸ DS 301.

el Verbo; sino que unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera, los santos padres no tuvieron inconveniente en llamar Madre de Dios (*Theotókos*) a la santa Virgen".¹⁹ Y ya antes la Iglesia en su oración había llamado a la Virgen "Madre de Dios", como aparece en el tropario del siglo III: "*Sub tuum praesidium*": "Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios..."

Esta maternidad abarca en primer lugar el nivel físico de la gestación y del parto, con todo el conjunto de cariño y solicitud que lleva consigo: "Dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada" (Lc 2,7.12.16). Al mismo tiempo abarca la preocupación maternal por aquel que "iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2,52). Esta preocupación la expresa María, al encontrarlo en el templo a los doce años: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando" (2,41-50). Las relaciones maternas eran tan perceptibles que Jesús es señalado simplemente como "el hijo de María" (Mc 6,3). La fidelidad a los textos nos hace percibir en estas alusiones la profundidad de la comunicación de vida y de afectos que existía entre Jesús y su Madre. Los episodios de Caná y el de la Madre al pie de la cruz son una prueba más de ello. Y, sin embargo, en estos textos se vislumbra la voluntad de Jesús de superar estas relaciones tan profundas, llevando a su Madre a otra dimensión más alta: la de la fe (Le 8,19-21; 11,27-28). El testimonio de la Escritura nos hace comprender cómo María supo aceptar y vivir este "paso a la fe".

El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que, de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyera a la vida... Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino se convirtió en Madre de Jesús y, al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente (LG 56).

El hecho de que aquellos que Cristo ha rescatado se hayan hecho, por medio del Espíritu Santo, hijos adoptivos del Padre, ha generado una nueva fraternidad: la fraternidad en el Padre y en el Hijo por medio del Espíritu Santo. Se puede hablar de una nueva familia: los hombres se han convertido en hermanos de Jesús, hijos del Padre, mediante el Espíritu Santo (Jn 20,17; Hb 2,11-12). Como hermanos suyos, Cristo les ha declarado hijos de su Madre, confiándoles a sus cuidados. Ella puede interceder ahora con todo derecho en favor de ellos, siempre que les falte el "vino", la alegría, la fiesta. Nueva Eva, madre de los vivientes, María es la "ayuda" ofrecida a Cristo para que se encarnara y, tomando verdaderamente la carne humana, verdaderamente nos redimiera, "llevando mediante su oblación a la perfección para siempre a los santificados". Para siempre María está como "ayuda" junto a Cristo

¹⁹ DS 251.

intercediendo por quienes el Hijo le ha confiado como hijos. María es mujer y madre y, por tanto, "ayuda".

La maternidad de la Virgen constituye, pues, la figura humana de la paternidad divina, como atestigua la oración litúrgica oriental, que dirigiéndose a María dice: "Tú has engendrado al Hijo sin padre, este Hijo que el Padre ha engendrado antes de los siglos sin madre".²⁰ La generación física del Hijo, seguida por la constante solicitud maternal, manifiesta la gratuidad del amor de la Madre, que se dilata a las relaciones de caridad atenta, concreta y cariñosa con los demás y a su maternidad espiritual universal. En este amor maternal se refleja el amor eterno del Padre, su amar sin verse obligado a amar, su amor totalmente gratuito. Dios Padre no nos ama porque seamos buenos, sino que nos hace buenos al amarnos. Esta gratuidad luminosa, este gozo de amar encuentra su imagen en la prontitud de María al asentimiento, en su disponibilidad para el don, aunque la lleve hasta la cruz. Realmente el Padre plasmó en María la imagen de su paternidad. Es primero y ante todo por su participación en la paternidad de la primera Persona como María llega a ser la madre del Hijo. El Hijo acepta esta filiación temporal del mismo modo que desde la eternidad acepta la procesión que le viene del Padre y le constituye Hijo. De esta manera, "Dios ha hecho de la filiación humana del Verbo una imagen de su filiación divina".²¹

María es la madre que acompaña en el amor durante toda la existencia humana del Señor entre nosotros. Su participación en la vida, muerte y resurrección del Salvador se caracteriza por el vínculo materno, el amor entrañable, que la lleva a acoger a Cristo, a presentarlo a Isabel, a los pastores y a los magos, a ofrecerle a Dios en el templo, y a invitar a todos a hacer "todo lo que El diga"... María no se interpone, sino que siempre colabora en la misión del Hijo. Lo mismo que el

Padre da su Hijo a los hombres, así María, icono materno del Padre, ofrenda el Hijo al Padre y a los hombres. Su participación en la redención no es otra que la de entregar su Hijo a los hombres, uniendo su intercesión y ofrenda al único y perfecto sacrificio de Cristo:

Efectivamente, la mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada (RM 38; Cfr.21-23).

Es claro que la fe cristiana confiesa que "Dios es único, como único también es el mediador entre Dios y los hombres: un hombre, Jesucristo, que se entregó a sí mismo para redimir a todos" (1Tm 2,5s). Pero la participación de María en la obra de su Hijo no oscurece esta única mediación de Cristo:

²⁰ Citado por P. EVDOKIMOV en *La mujer y la salvación del mundo*, p.159.

²¹ R. LAURENTIN, *La Vergine Maria*, Roma 1970, p.238.

Uno solo es nuestro mediador según las palabras del Apóstol... Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien, sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la sobreabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta (LG 60; Cfr. 62).

Esta mediación de María tiene su origen en el beneplácito libre y gratuito de Dios; se basa en el ser maternal de María, en el que el Padre ha impreso gratuitamente una huella de su paternidad; consiste en la doble misión de la "maternidad espiritual" por la que la Madre de Dios contribuye a engendrar a Cristo en el corazón de los creyentes, y de la "intercesión", en virtud de la cual María une su propia ofrenda y la de los fieles al sacrificio del Salvador, ofrecido y acogido por el Padre.

Dado que los dones y la llamada de Dios son irrevocables (Rm 11,29), la participación de María en el misterio de la generación del Hijo está grabada indeleblemente en su ser. El "ser maternal", que le ha sido concedido por Dios, es irrevocable en la eternidad de la fidelidad divina. María vive plenamente en la Trinidad como "Madre del Hijo" y, gracias a esta presencia viva en el misterio trinitario, actúa en la historia de la salvación conforme a ese ser maternal. Después de Pentecostés, los apóstoles, recibido el Espíritu Santo, parten a la misión, evangelizan, fundan comunidades cristianas. Pero de María no encontramos ni en los Hechos ni en las Cartas ni una palabra más. María queda en el silencio, como si de ella no hubiera más que decir que "estaba con los apóstoles perseverantes en la oración".

María es el icono de la Iglesia orante. Es lo que ha querido representar el Icono de María en la Ascensión de Jesús al cielo, de la escuela de Rublev (s.XV), conservado en la Galería Tretakob en Moscú. Este icono no se fija sólo en el momento de la Ascensión, sino que nos quiere mostrar la vida de la Iglesia y, en particular, el carisma de María tras la Ascensión de Jesús al cielo. Allí está también San Pablo que no estaba entre los apóstoles en el momento de la Ascensión. En el icono, María está en pie, con los brazos abiertos en actitud orante, como aislada del resto de la escena por la figura de dos ángeles vestidos de blanco. Pero está en el centro, como el árbol maestro que asegura el equilibrio y estabilidad de la barca. En torno a ella están los apóstoles, todos con un pie o una mano alzada, en movimiento, representando a la Iglesia que parte a la misión evangelizadora. María, en cambio, está inmóvil, bajo Jesús, justo en el lugar desde donde El ha ascendido al cielo, como queriendo mantener viva la memoria y la espera de El. Desde su asunción a los cielos "no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la

patria bienaventurada" (LG 62). 'Así, la que está presente en el misterio de Cristo como madre, se hace -por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo- presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo una presencia materna, como indican las palabras pronunciadas en la cruz: "Mujer, ahí tienes a tu hijo, Ahí tienes a tu madre" (RM 24).

D) ESPOSA EN EL ESPÍRITU SANTO

Se ha dicho del Espíritu que es la humildad de Dios. El está, en efecto, en total referencia a otros: al Padre, del cual él es el Espíritu de paternidad; y al Hijo, del cual él es el Espíritu de filiación. No se afirma nunca frente al otro; es su interioridad, su profundidad. El no es ni el engendrante ni el engendrado; no es el amante ni el amado, ni el revelador ni el revelado; él es el engendramiento, el amor, la revelación, todo al servicio del Padre y del Hijo. María, invadida por este misterio, vive en referencia al Padre, por quien ella es madre; a Cristo, del cual es madre. Del mismo modo que el Espíritu no tiene nombre, así María en el evangelio de Juan no tiene nombre, se eclipsa en su misión y es llamada "la mujer" o "la madre de Jesús". Pero la humildad es siempre exaltada. El Espíritu, que es la humildad de Dios, es también su gloria, llamado "Espíritu de gloria" (1P 4,14). En él brilla la inmensa grandeza de Dios, su poder de infinita paternidad, de amor ilimitado. La humildad es la acogida que María da al poder de Dios. En su desnudez se deja vestir del sol. "El Espíritu Santo, que por su poder cubrió con su sombra el cuerpo virginal de María, dando en ella inicio a la divina maternidad, al mismo tiempo hizo su corazón perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios, que superaba todo pensamiento y toda capacidad del hombre".²² El Espíritu Santo es, en María, el sello del amor personal del Padre y del Hijo.

María es obra del Espíritu Santo, según expresión de los Padres. Ocupa un lugar privilegiado en el misterio cristiano por obra del Espíritu Santo, que la enriqueció con sus dones para que fuera la Madre de Cristo y el modelo de la Iglesia. María es la llena del Espíritu Santo desde su concepción inmaculada y en su maternidad "por obra del Espíritu Santo". Y, en Pentecostés, en medio de la comunidad cristiana, está María para ser colmada de nuevo con el fuego del Espíritu Santo. Por eso en los textos litúrgicos se la llama la "Virgen de Pentecostés", "Nuestra Señora, la llena del Espíritu". El evangelio de San Lucas comienza destacando la relación del Espíritu Santo con María - "el Espíritu vendrá sobre tí"-, y termina con el nacimiento de la Iglesia por obra también del Espíritu: "recibiréis la fuerza del Espíritu que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos...".

San Francisco de Asís ha llamado a María Esposa del Espíritu Santo. Y es que Jesús ha unido para siempre a María y al Espíritu Santo, mucho más de lo que puede unir un hijo a su padre y madre. Jesús es para siempre, en el Reino del Padre, en la Iglesia, en la Eucaristía... el "engendrado por el Espíritu Santo y por la Virgen María". En María la Palabra se ha hecho carne por obra del Espíritu Santo. Este

²² JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem*, n.51.

título de "Esposa del Espíritu Santo" era frecuente en la piedad y teología antes del Concilio. Pero como no aparece en la Escritura ni en la tradición patristica el Vaticano II decidió evitarlo. En la Escritura la unión esponsal caracteriza las relaciones entre Yahveh e Israel; y en el Nuevo Testamento esta relación se transfirió a Cristo y la Iglesia. Los Santos Padres tampoco usan este título en relación a María; prefieren llamar a María "Sagrario del Espíritu Santo", "Arca de la Nueva Alianza", "Tálamo del Espíritu Santo". Así el Concilio ha reservado el término de esposo a Cristo y el de esposa a la Iglesia. A María le da el título de "Sagrario del Espíritu Santo" (LG 53), con el que se indica la relación de intimidad extraordinaria de María con el Espíritu Santo. Y creo que se puede hablar de María "Esposa en el Espíritu Santo".

Todo lo que ocurre en María realiza lo que la fe y la esperanza de Israel había confesado a través de la imagen de la alianza nupcial: "El Señor te prefiere a ti y tu tierra tendrá un esposo. Como un joven se casa con su novia, así se casará contigo tu constructor; así se gozará contigo tu Dios" (Is 62,4s). "Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en ternura; te desposaré en fidelidad, y tú conocerás al Señor" (Os 2,21-22)

El título de esposa es el que más inmediatamente sitúa a María en el misterio de la alianza. Y, puesto que la alianza prometida está vinculada al Espíritu y la Virgen ha sido cubierta por su sombra, en este título esponsal se evoca de modo especial la obra del Espíritu Santo en María. El misterio nupcial de la Virgen Madre la sitúa en relación con Aquel que es, en el misterio de Dios, la nupcialidad eterna del Padre y del Hijo y, en la historia de la salvación, el artífice de la alianza esponsal entre Dios y su pueblo.

La imagen de Dios que nos ofrece María, como esposa, es la del Dios cercano, que se hace Emmanuel, Dios con nosotros. En el seno de María Dios se une a los hombres en alianza nupcial. El Espíritu Santo, que cubre a María con su sombra, hace presente en el interior de nuestra carne el misterio trinitario. En el seno de María, por obra del Espíritu Santo, se unen el Padre engendrante y el Hijo engendrado tan realmente que el engendrado por María en el tiempo es el mismo y único Hijo de Dios, engendrado en la eternidad. El Espíritu Santo, amor personal, une en el seno de María, el Hijo amado con el Padre amante.

El Espíritu Santo es la nupcialidad, el vínculo de amor eterno entre el Padre y el Hijo, y también el vínculo de amor que une al Padre con el Hijo encarnado en el seno de María. El Espíritu Santo es también el vínculo de la alianza entre Dios y los hombres en la Iglesia. María, arca de la alianza, Esposa de las bodas escatológicas entre Dios y su pueblo, está íntimamente vinculada al Espíritu Santo, derramado sobre ella para actuar la nueva y eterna alianza, sellada en la sangre de Cristo. En el Espíritu Santo, María se une con el Padre y con el Hijo. En el Espíritu Santo, María participa de la fecundidad del Padre y de la filiación del Hijo. Esposa en el Espíritu, María se nos presenta como la transparencia de su acción esponsal, como vínculo de unidad, sello del amor divino en su vida trinitaria y en su actuación salvadora. Madre del Hijo de Dios, hija predilecta del Padre, María es "templo del Espíritu Santo" (LG

53), "sagrario" y "mansión estable del Espíritu de Dios" (MC 26). El Espíritu es el que hace de María la Esposa, haciéndola Virgen Madre del Hijo y de los hijos de la nueva alianza.

María es, por tanto, icono del Espíritu Santo. El Espíritu Santo siempre se manifiesta a través de la mediación de otra persona. No habla con voz propia, sino por medio de los profetas. Nadie tiene experiencia directa del Espíritu Santo, sino de sus efectos, de las maravillas que obra en el mundo y en la historia de la salvación. En María se refleja el ser y el obrar del Espíritu. Poseída por el Espíritu desde el primer instante, en la encarnación, en el Calvario, en Pentecostés y en la vida de la Iglesia coopera con El, actúa bajo su impulso y posibilita su transmisión a la Iglesia. Ella es la realización perfecta de la comunión con Dios que el Espíritu Santo suscita y lleva a cabo en la Iglesia. María no suplanta al Espíritu Santo, sino que da rostro humano a su acción invisible. La Virgen, pues, "plasmada por el Espíritu", es icono del Espíritu Santo, reflejo de su misterio nupcial:

Profundizando en el misterio de la encarnación, los Padres vieron en la misteriosa relación Espíritu- María un aspecto esponsalicio, descrito poéticamente por Prudencio: la Virgen núbil se desposa con el Espíritu (MC 26).

A través de imágenes bíblicas, San Luis Grignon de Monfort expresa la relación íntima y singular de María con el Espíritu Santo: María es la fuente sellada, el paraíso terrestre de tierra virgen, inmaculada, donde habita el Espíritu Santo. Este lugar tan santo es guardado, no por un querubín, sino por el mismo Espíritu Santo. Con el Espíritu Santo, María produce el más grande fruto que jamás se haya dado: un Dios-hombre. Por medio del Espíritu Santo, María continúa engendrando a los cristianos: "El Espíritu Santo, que se desposa con María, y en ella y por ella y de ella produjo su obra maestra, el Verbo encarnado, Jesucristo, como jamás la ha repudiado, continúa produciendo todos los días en ella y por ella a los predestinados por verdadero, aunque misterioso modo".²³

Jesús, al morir en la cruz, "inclinando la cabeza, entregó su espíritu" (Jn 19,30). Y, a continuación, del costado abierto de Cristo, salió sangre y agua, cumpliéndose la profecía de Jesús, que había anunciado que de su seno brotarían ríos de agua viva, corno signo del Espíritu que recibirían los que creyeran en El (Jn 7,39). Allí, bajo la cruz, estaban María y Juan. Ellos son los "creyentes en El" que asisten al cumplimiento de la promesa, recibiendo el Espíritu de Cristo. Bajo la cruz, pues, estaba María recibiendo el Espíritu Santo, como inicio e imagen de la Iglesia.

En Pentecostés, María queda inmersa en el fuego del Espíritu Santo. Ya no está sólo cubierta por la sombra del Espíritu Santo, sino penetrada por su fuego junto con los discípulos, fundida con ellos, transformada en el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Ella, en el corazón de la Iglesia, transfigurada por el Espíritu Santo, es la memoria viva, testimonio singular del misterio de Cristo. Y hasta el final de los

²³ S. LUIS GRIGNON DE MONFORT, o.c.

tiempos María permanece en el corazón de la Iglesia "implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo" (LG 59).

13. UNA MUJER VESTIDA DE SOL

A) ISRAEL-MARÍA-IGLESIA

El capítulo 12 del Apocalipsis nos recuerda el relato del Génesis (3,15), donde se anuncia la perenne enemistad entre la mujer y la serpiente, entre la descendencia de ésta y la descendencia de aquella, hasta que la descendencia de la mujer aplaste la cabeza de la serpiente, "serpiente antigua, que tiene por nombre Diablo y Satanás y anda seduciendo a todo el mundo" (Ap 12,9). También evoca el Exodo, con la alusión al desierto (v.6) y con "las alas de águila" dadas a la mujer para volar hacia él (v.14): "Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí" (Ex 19,4). Este trasfondo permite reconocer en la Mujer al Israel de la espera y, sobre todo, al nuevo Israel del cumplimiento.

Al centro aparece una figura gloriosa: es una mujer vestida de la luz del sol, como lo está Dios mismo (Sal 104,2), apoyada sobre la luna, coronada de doce estrellas. Esta mujer evoca a la del Cantar de los Cantares: "¿Quién es ésa que surge como la aurora, bella como la luna, esplendorosa como el sol, terrible como escuadrones ordenados?" (6,10). Esta Mujer es la Madre, la Esposa, la Ciudad Santa, símbolo de la salvación, encinta del Mesías. Los dolores del parto aparecen en los profetas como imagen del prelude de la llegada del Mesías.

Por ello, en esta Mujer, vestida del sol, del Apocalipsis, encontramos un gran símbolo del misterio de María, la Virgen Madre que da a luz al Mesías.¹ En la Tradición se ha visto en esta Mujer misteriosa el símbolo de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, y el símbolo de María, la Madre de Jesús. Pero, para entender este simbolismo, hay que partir viendo en esta Mujer el símbolo, en primer lugar, de Israel, la Hija de Sión, la Madre Israel, de la que ha nacido el Mesías: "la salvación viene de los judíos" (Jn 4,22). Jesús, en cuanto hombre, tiene una ascendencia judía, es hijo de la Mujer Sión. Pero, en el Nuevo Testamento, la Mujer Sión es la Iglesia. Y, uniendo a Israel y la Iglesia, aparece María, donde desemboca la esperanza de Israel y se inicia la Iglesia.

La mujer vestida de sol es el símbolo arquetípico de la Iglesia indestructible, de la Iglesia eterna. Ella soporta siempre sufrimientos y persecuciones; pero no es nunca abatida. Y al final alcanza la victoria como Esposa del Cordero. Sión-María-Iglesia es siempre la Mujer, que no pertenece a la tierra. Es una *figura celeste*, "vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas" (Ap 12,1). El adorno de esta Mujer del Apocalipsis es el que ya describiera Isaías: "Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh alborea sobre ti... Ya no será el sol tu lumbrera de día, ni te alumbrará el resplandor de la luna, sino que Yahveh será tu eterna lumbrera y tu Dios será tu esplendor. Tu sol no se pondrá jamás ni menguará tu luna, porque Yahveh será tu eterna luz" (Is 60,1.19-21). Por eso, al final, como Jerusalén celestial, "desciende del cielo, de junto a Dios, engalanada como una

¹ En el v. 5 se cita el salmo 2, que anuncia al Mesías.

novia ataviada para su Esposo... La Ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, tenía la gloria de Dios" (Ap 21,2.10-11). "El trono de Dios y del Cordero estará en la Ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche ni tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos" (Ap 22,3-5).

La luna puede ser muy hermosa. Cuando es luna llena, la naturaleza se nos ofrece magnífica en el profundo silencio de la noche. Todo produce una sensación de tranquilidad, de calma, de paz. Pero esta luz de la luna no le pertenece, es una luz recibida. La belleza de la luna no es más que un reflejo del esplendor del sol. Brillando con la luz que recibe del sol es maravillosamente hermosa. Los Padres han aplicado este simbolismo a la Iglesia y a María: "hermosa como la luna" (Ct 6,10). Pero la luz, el esplendor de la Iglesia, y de María, es gracia. En la Escritura y en la liturgia, la imagen del sol se aplica a Dios y a Cristo. El es el Sol de justicia: "Dios es luz" (Jn 1,5) y la fuente de la luz (Jn 1,7). La Mujer vestida del sol es la Iglesia vestida de Cristo. Pero, además, está "coronada con doce estrellas", donde la Tradición ha visto a los "doce apóstoles del Cordero" (Ap 21,14), fundamento de la nueva Jerusalén, que a su vez nos remiten a las doce tribus de Israel.

Así, la Mujer coronada de doce estrellas es una imagen del antiguo y del nuevo Israel en su perfección escatológica.

La Sión escatológica, que resplandece en todo su esplendor, no brilla con luz propia, sino gracias a la gloria de Dios: está revestida de la gloria de Dios: "Porque la gloria de Dios la ilumina y su lumbrera es el Cordero" (Ap 21,23). En la Tradición patristica y en la liturgia ha tenido una gran resonancia el símbolo de la luna: "el misterio de la luna".² Sión-María-Iglesia no tiene luz propia, sino cual luna misteriosa, junto al Sol, devuelve reflejada hacia los hombres la claridad de El, que resplandece en su rostro (LG 1).

La mujer estaba encinta y, precisamente por ello, revestida de sol. Dios mismo la había preparado su traje de bodas, cubriéndola con el Espíritu de gloria. Es la nube que guió al pueblo del éxodo, la que cubrió la cima del Sinaí, la que llenó la tienda de Dios en el desierto y el templo en el día de su dedicación. Es la gloria de Dios que, según el anuncio de Isaías (4,5), se extenderá sobre la asamblea reunida en el monte Sión, cuando lleguen los días profetizados. Es la nube que cubrió a Jesús en la transfiguración (Mc 9,7). Esta espesa nube de luz, cargada de la gloria de Dios, cubrirá a María, revistiéndola de luz. María es la mujer rodeada de la gloria de Dios. El Espíritu Santo, que es el Espíritu de la gloria de Dios (1P 4,14), envolverá a María con su sombra luminosa, nube de fuego. El Espíritu de gloria y de poder (Rm 6,4; 2Co 13,4; Rm 8,11) desciende sobre María y la hace madre del Hijo de Dios en el mundo.

² Cfr. H. RAHNER, "Mysterium lunae", en *La Ecclesiologia dei Padri*, Roma 1971.

Esta Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada con doce estrellas, es la *Mujer en trance de dar a luz*. Es la Mujer que está encinta y que grita con los dolores de parto. Son los dolores escatológicos de la Hija de Sión en cuanto madre. Así la describe el profeta Oseas: "Retuércete y grita, hija de Sión, como mujer en parto" (Mi 4,10). Y con gran vigor Isaías describe este gran acontecimiento escatológico: "Voces, alborotos de la ciudad, voces que salen del templo. Es la voz de Yahveh, que da a sus enemigos el pago merecido. Antes de ponerse de parto, ha dado a luz: antes de que le sobrevinieran los dolores, dio a luz un varón. ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio nunca algo igual? ¿Es dado a luz un país en un día? ¿Una nación nace toda de una vez? Pues apenas ha sentido los dolores, ya Sión ha dado a luz a sus hijos. ¿Voy yo a abrir el seno materno para que no haya alumbramiento?, dice Yahveh. ¿Voy yo, el que hace dar a luz, a cerrarlo?, dice tu Dios. Alegraos con Jerusalén y regocijaos con ella todos los que la amáis. Llenaos de alegría con ella los que con ella hicisteis luto" (Is 66,6-10).

El hijo, que la Mujer Sión da a luz, son todos los hijos del pueblo de Israel, del nuevo pueblo mesiánico. Jesús recurre a la misma imagen en la última cena, inmediatamente antes de la Pasión y Resurrección (Jn 16,19-22). Los dolores de parto de la mujer, con los que se compara la tristeza de los discípulos, son un signo del nuevo mundo que ha de hacerse realidad para ellos en el acontecimiento pascual. A través de la Cruz y la Resurrección tendrá lugar el alumbramiento doloroso del nuevo pueblo de Dios. La conexión entre las angustias de la mujer, el odio de la bestia y la elevación del hijo hace presente el misterio pascual, como nacimiento de la muerte a la vida del nuevo pueblo de Dios. La resurrección es expresada como concepción en la predicación de los apóstoles (Hch 4,25-28).

El *varón* que la Mujer da a luz es Jesús ciertamente (Ap 12,5), pero no se trata del alumbramiento de Belén, sino del nacimiento de Cristo, que tiene lugar en la mañana de Pascua. El nuevo Testamento describe en varias ocasiones la Resurrección como un nuevo nacimiento, como el día en que el Padre dice: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Hch 13,32-33). La Resurrección es el momento del "nacimiento" del Cristo glorificado, el comienzo de su vida gloriosa, de la "elevación del Hijo hacia Dios y su trono" (Ap 12,5), victorioso sobre el gran dragón.

El hijo es, ciertamente, el Jesús histórico resucitado y glorificado. Pero también es el Cristo total, Cabeza y miembros, "el resto de su descendencia", sus hermanos, que "son los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús" (12,17). Todos éstos son también hijos de la Mujer, los hijos que María ha recibido de Cristo desde la cruz, los hijos que la Iglesia da a luz a lo largo de los siglos. La maternidad de María se halla ligada al Gólgota. Allí María es llamada "Mujer" lo mismo que en el Apocalipsis. Es allí donde la madre de Jesús se convierte en madre del discípulo, de todos los discípulos de Jesús. Al pie de la cruz tiene lugar el nacimiento del nuevo pueblo de Dios, de la Iglesia, de la que María es a la vez imagen y madre: "Que el dragón designa al diablo, ninguno de vosotros lo ignora, ni

que esta mujer designa a la virgen María, que, en su integridad, ha traído al mundo a nuestro jefe, y que expresa en ella la imagen de la Iglesia".³

La pirámide mesiánica, que se eleva desde su ancha base (Gn 3,15), peldaño a peldaño, pasando por la raza de Sem, el pueblo de Abraham, la tribu de Judá, el clan de David, llega en María a su vértice. Las líneas ascendientes convergen en un solo punto: la primera Iglesia, cristiana por su maternidad, viene a identificarse con María. *Alégrate*, le dice el mensajero de Dios: la complacencia divina, que reposa sobre Israel, a causa del Hijo que ha de nacer, reposa sobre ti. Gabriel recoge la invitación a la alegría tantas veces dirigida a la hija de Sión. Toma el relevo de los profetas y trae la invitación a aquélla a quien, desde siempre, ha estado destinada.⁴

Por ello, tras la victoria de Cristo, cuando "se enfureció el dragón contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús" (12,7), la Mujer tiene que "huir al desierto", al lugar donde se selló la alianza entre Yahveh y el pueblo, lugar donde Israel vivió sus esponsales con Yahveh, lugar de su refugio, donde es especialmente protegido y conducido por Dios (1R 19,4-16). El desierto es un lugar de protección y defensa contra el peligro de los enemigos, porque es el lugar privilegiado del encuentro con Dios. Rodeada de pruebas y persecuciones, la Mujer, la Iglesia, huye al desierto para permanecer por un tiempo aún, hasta que sea definitivamente derrotado "el gran dragón, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás" (12,7), enemigo de la Mujer desde el comienzo hasta el final de la historia.

La Iglesia, nuevo Israel, conoce el tiempo de los dolores de parto y es objeto de la persecución del dragón. Pero así como su Señor ha salido vencedor de la muerte y del antiguo adversario en su resurrección, también la Iglesia superará la prueba y será salvada por el poder de Aquel que está junto al trono de Dios. El triunfo pascual del Hijo de la Mujer es anticipación y promesa segura del triunfo escatológico de la Iglesia, aun cuando en el tiempo presente viva en medio de los dolores de parto, atravesando su "desierto", que es tiempo de prueba y de gracia. Puede cantar: "Ya está aquí la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios. Ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba delante de nuestro Dios. Ellos mismos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron" (Ap 12,10-11).

Este tiempo es el período del testimonio de la Iglesia en el curso de su historia sobre la tierra. La Iglesia como testigo de Dios se ve sometida a pruebas, pero goza de la protección del Señor y tiene garantizada la victoria. María, su figura escatológica, es para ella el signo seguro de esperanza. La serpiente acechará su talón, pero será finalmente aplastada por el talón de la Mujer. La Iglesia, probada con la persecución, evoca a la Madre de Jesús, la Mujer, como el "gran signo" de esperanza frente a todas las amenazas del dragón a lo largo de la historia. En María, la Iglesia de los mártires

³ QUODVULTDEUS, *De symbolo ad catechumenos* 3,1: PL 60,349.

⁴ Za 9,9; So 3,14-17; Le 1,28.30.

ha reconocido la imagen triunfante de la victoria del Hijo que ella dio a luz, como aliento para su combate.

Por ello este tiempo es tiempo de combate. La Mujer esplendente, "hermosa como la luna, resplandeciente como el sol", es también "terrible como escuadrones ordenados" (Ct 6,10). Este sorprendente juego de imágenes, que expresa tanto el esplendor de la Mujer como su victorioso poder, muestra a la Mujer Sión y también a María. En María alcanzan su cumplimiento todas las promesas hechas a la Hija de Sión, que anticipa en su persona lo que será realidad para el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. En la liturgia se ha cantado a María con esta antifona: 'Alégrate, Virgen María, porque tú sola venciste a todas las herejías en el mundo entero'. La resonancia de los dogmas sobre la Virgen, vistos e integrados en el misterio de Cristo y de la Iglesia, asegura la solidez de la fe y fortalece en la lucha contra todas las herejías. En este sentido, María es "terrible, como escuadrones ordenados". Con la fe en todo lo que en María se nos ha revelado, la Iglesia está segura de la victoria final sobre las fuerzas del mal.

La "Mujer" simboliza, pues, al pueblo de Dios que da a luz al Mesías y a los creyentes. Es la figura de la Iglesia y de aquella que la personifica, María, la Madre de Jesucristo, la Madre de Dios, la "Mujer", nueva Eva, Madre de los creyentes.

B) LA ASUNCIÓN DE MARÍA A LOS CIELOS

En María tenemos el primer testimonio de la victoria de su Hijo sobre la muerte. Con su ascensión al cielo en cuerpo y alma, María es la primera testigo viviente de la resurrección. En su persona misma, María nos testimonia que el reino de Dios ha llegado ya. Ella proclama el triunfo de la obra salvadora del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el "cielo aparece como *signo*" de esta victoria para toda la Iglesia. La ascensión de la bienaventurada Virgen en cuerpo y alma al cielo afirma sobre María aquello que confesamos para nosotros en la fórmula de fe del símbolo apostólico: la resurrección de la carne y la vida eterna.

La maternidad divina y la virginidad perpetua (los dos primeros dogmas) y la concepción inmaculada y la ascensión en cuerpo y alma a los cielos (los dos últimos) salvaguardan la fe cristiana en la Encarnación del Hijo de Dios, salvaguardando igualmente la fe en Dios Creador, que puede intervenir libremente sobre la materia y nos garantiza la resurrección de la carne. Las dos primeras expresiones mariológicas se formularon en el contexto de las controversias cristológicas; las dos últimas responden a las cuestiones de antropología teológica sobre el estado original, el pecado original, la donación de la gracia y el destino final del hombre.

Las fiestas marianas del 15 de agosto y del 8 de diciembre representaron un fuerte estímulo para profundizar en el misterio de María: como glorificación de Dios en María se afirmó su Inmaculada concepción en el comienzo; y en el final, su Ascensión a los cielos en cuerpo y alma. Así los dos últimos dogmas marianos son un "acto de culto" a Dios, a quien se da gloria por las maravillas realizadas en María, como signo de las maravillas que desea realizar en todos nosotros. Esta intención se

señala expresamente en la bula de la definición: "Para honor de la santa e indivisa Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios declaramos"; "para gloria de Dios omnipotente..., para honor de su Hijo..., para mayor gloria de la misma augusta Madre..., proclamamos, declaramos y definimos".⁵

Al mismo tiempo estas definiciones se proclaman "para gozo y regocijo de toda la Iglesia". Es la dinámica de la fe eclesial la que se expresa en estos dogmas, en su deseo de profundizar en el conocimiento del misterio cristiano, dentro de una contemplación creyente y adorante del mismo: "después que una y otra vez hemos elevado a Dios nuestras preces suplicantes e invocado la luz del Espíritu de verdad".⁶

Junto a esta intención primera, estas dos últimas definiciones responden a dos reduccionismos opuestos en el ámbito de la antropología teológica: por un lado se responde a la exaltación moderna del hombre en su subjetividad y en su protagonismo histórico, llevado hasta el extremo de negar a Dios. Y por otro lado se responde al pesimismo de la Reforma protestante, que, para exaltar a Dios, anula al hombre. Entre estos dos extremos -la gloria del hombre a costa de la muerte de Dios y la gloria de Dios a costa de la negación del hombre- se sitúa la fe de la Iglesia, que une lo humano y lo divino en la unidad de la persona del Verbo encarnado. Y, como en los dos dogmas primeros, también ahora María es el vehículo para presentar la auténtica fe de la Iglesia.

En contra de la idea del hombre como árbitro absoluto de su propio destino, en el dogma de la Inmaculada concepción de María se afirma la absoluta primacía de la iniciativa de Dios en la historia de la redención: "Declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el mismo instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser por tanto firme y constantemente creída por todos los fieles".⁷

La Inmaculada nos muestra la soberanía de Dios sobre la creación. María es vista, en el proyecto de salvación de la Trinidad santa, totalmente referida a su Hijo. La elección por parte del Padre, absolutamente libre y gratuita, se realiza para María -como para todos- a través de la mediación única y universal del Hijo Jesús, por cuyos méritos ante el Padre quedó preservada inmune del pecado original desde el momento de su concepción. María viene a la existencia por obra del Padre mediante el Hijo en el Espíritu. Esta visión celebra el triunfo de la gracia de Dios. En el comienzo del misterio de María todo es gratuito. Ella queda colmada de la gracia de Dios desde el primer instante, antes de haber podido hacer ningún acto meritorio. Ella entra en el mundo envejecido llena de la gracia de Dios, que devuelve en ella la creación a su origen primordial.

⁵ Bula *Ineffabilis Deus* del 8-12-1854: DS 2803; y constitución apostólica *Munificentissimus Deus* del 1-11-1950: DS 3903.

⁶ DS 3903.

⁷ DS 2803.

Y María, la transformada por la gracia de Dios en el instante mismo de su concepción, terminada su peregrinación por la tierra, es asunta en cuerpo y alma al cielo. Frente al pesimismo de la reforma en relación al hombre, la Iglesia proclama con el dogma de la Asunción que Dios no rivaliza con el hombre y su gloria, sino que la afirma. En la Asunción de María se verifica el antiguo axioma de San Ireneo: "La gloria de Dios es el hombre vivo". El Dios que actúa en la historia de la salvación se complace en la salvación del hombre, que la acoge. Lo mismo que María es inmaculada porque el Espíritu de Dios la colmó de gracia y la preservó del pecado en atención a los méritos del Hijo, así la victoria sobre la muerte, realizada en Cristo resucitado, resplandece plenamente en María, que tiene con *El* un lugar en el cielo. Recogiendo la tradición eclesial, el *sensus fidei*, la constitución *Munificentissimus Deus*, del 1 de noviembre de 1950, afirma: "Proclamamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado que la inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial".⁸

Las razones de este acto divino se evocan en los títulos que se atribuyen a María en la misma definición: Inmaculada, Madre de Dios, siempre Virgen. Estos títulos remiten a la relación de María con su Hijo, en el marco de la elección por parte del Padre y bajo la acción del Espíritu Santo. En el misterio de María se manifiesta anticipadamente lo que su Hijo divino realizó por nosotros al resucitar de entre los muertos, es decir, la victoria sobre el pecado y sobre la muerte. En María resplandece para nosotros el proyecto divino sobre el hombre. La dignidad y vocación del hombre aparece plenamente iluminada en la Virgen María, elevada a la gloria celestial. De este modo es para nosotros un signo de esperanza, ya que manifiesta el destino de nuestra peregrinación terrena y alimenta la fe de nuestra resurrección, garantizada por la resurrección de Cristo.

La virginidad de María es ya un anuncio de su glorificación escatológica. Isaías había entrevisto la gloria eterna de Jerusalén como centro del mundo (Is 2,2-3), llamándola "virgen hija de Sión" (Is 37,22-29). Así Jerusalén era figura de la Jerusalén celestial (Ap 22,9), Esposa del Cordero. La visión de Isaías ha hallado su cumplimiento en María. Cristo, nuevo Adán, en su concepción virginal inicia una nueva genealogía de la humanidad. María virgen es, en su persona, el signo de este mundo nuevo, la primera elegida, anticipación del estado de resucitados, en el que los hombres serán igual a los ángeles (Lc 20,34ss). De este modo la Virgen María es el anuncio de la ciudad celeste, Esposa del Cordero (Ap 19,7-9; 21,9), morada de todos los elegidos, que serán llamados vírgenes (Ap 14,4), porque siguen al Cordero dondequiera que va.

Quedando en pie la absoluta primacía de Dios, gracias a su voluntad e iniciativa libre y gratuita en Cristo, Dios y Hombre, lo humano queda redimido y la vida divina se hace accesible, de modo que la gloria de Dios es el hombre vivo y la vida plena del

⁸ DS 3903. La tradición eclesial escrita arranca con la homilía de SAN MODESTO DE JERUSALEM, *In Dormitionem Virginis Mariae*: PG 86B,3277-3312.

hombre es la visión de Dios.⁹ La Inmaculada concepción y la Asunción de María no son el fruto de un nuevo mensaje de Dios, sino una explicitación de lo revelado por Dios en la historia de la salvación a la luz del Espíritu Santo, que conduce a la Iglesia a la verdad plena de lo que Cristo enseñó (Jn 14,26; 16,13). Su definición "es el sello de dos intuiciones de la Iglesia relativas al principio y al final de la misión de María, que se fueron aclarando progresivamente al profundizar en las relaciones de la Virgen con Cristo y con la Iglesia".¹⁰ Ningún cristiano puede renunciar a la verdad sobre la Virgen porque comprometería la verdad salvífica sobre Cristo y sobre Dios, Trinidad santa:

María, por su íntima participación en la historia de la salvación, reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe. Cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre (LG 65).

La representación de María -en la imagen de la Medalla milagrosa, según las apariciones de 1830 a santa Catalina Labouré- une los dos puntos, inicial y final, de su existencia. Es la Virgen de Nazaret, que apoya sus pies sobre el mundo y aplasta la cabeza de la serpiente: el mal no tuvo poder sobre ella. Y es la Virgen glorificada, inundada de luz, mediadora de gracia, que derrama los dones divinos sobre el globo.¹¹

C) IMAGEN E INICIO DE LA IGLESIA GLORIOSA

Hoy es preciso mirar a María, verla en el Evangelio como ella se presenta y no como nosotros nos la imaginamos. Es necesario mirar a María para contemplar el papel esencial que ella tiene en el misterio de Cristo y en el misterio de la Iglesia. En ella, como imagen de la Iglesia, se nos muestra el sello con el que nosotros debemos ser modelados: cada cristiano y la Iglesia entera. Más que mirar a renovar la Iglesia según las necesidades del tiempo presente, escuchando las críticas de los enemigos o siguiendo nuestros propios esquemas, es necesario alzar los ojos a la imagen perfecta de la Iglesia, que se nos muestra en María.

La Iglesia contempla a María "como purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser" (SC 103; MC 22). Basándose en la tradición patristica y medieval, H. de Lubac dice que la conciencia cristiana "percibe a María como la figura de la Iglesia..., su sacramento..., el espejo en el que se refleja toda la Iglesia. Ella la lleva ya y la contiene toda entera en su persona".¹² María es el inicio, el germen y la forma perfecta de la Iglesia; en ella se encuentra todo lo que el Espíritu derramará sobre la Iglesia. En María se celebra la promesa y la anticipación del triunfo de la Iglesia. De este modo, María "no eclipsa la gloria de todos los santos

⁹ SAN IRENEO: "Gloria Dei vivens horno est; vita hominis vicio Dei".

¹⁰ R. LAURENTIN, *Compendio di mariología*, Roma 1956, p.113.

¹¹ S. DE FIORES, *María en la Teología contemporánea*, Salamanca 1991, p.491.

¹² H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p.251-252.

como el sol, al levantarse la aurora, hace desaparecer las estrellas", como se lamentaba santa Teresa de Lisieux de las presentaciones de la Virgen. Al contrario, la Virgen María "supera y adorna" a todos los miembros de la Iglesia.¹³

El dogma de la Asunción fue promulgado no el 15 de agosto, sino el 1 de noviembre, en la fiesta de todos los santos. No se trata de glorificar a María en sí misma, sino de glorificar en ella la bondad y poder del Salvador. La Asunción no es un privilegio singular, sino la anticipación de lo que espera a todos los creyentes, destinados desde su bautismo a la gloria del cielo, pues "si perseveramos con El, reinaremos con El" (2Tm 2,12). María es la garantía de lo que todos esperamos. La Asunción es una profecía para nosotros. Después de Pentecostés María no sale, como los apóstoles, a predicar; pero con su Asunción proclama y testimonia el anuncio de todos los apóstoles: que la muerte ha sido vencida por el poder de Cristo resucitado: "Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria" (1Co 15,54).

María, entre los santos, es la primera salvada, la primera en quien el poder de Dios se ha realizado plenamente. Pero, como la gracia de la Inmaculada Concepción, no la substrajo de la condición humana, tampoco la Asunción ha separado a María de la Comunión de los Santos, sino que la ha situado en el corazón de la Iglesia celeste. María, revestida del Sol de la gloria de Dios, nos manifiesta luminosamente la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte. María, la primera redimida, es también la primera glorificada.

María, "figura de la Iglesia", es el espejo de la Iglesia. En ella se refleja la luz de Cristo y en ella la Iglesia se ve a sí misma en todo su esplendor y belleza. Confrontándose con esta imagen la Iglesia se renueva y embellece cada día para presentarse como Esposa de Cristo. Contemplar a María como figura de la Iglesia y como Palabra de Dios a la Iglesia tiene que llevar a "poner por obra la Palabra y no contentarse sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que *contempla su imagen en un espejo*, pero, apartándose, se olvida de cómo es" (St 1,22-24).¹⁴

María es el inicio y la primicia de la Iglesia. La Iglesia nace de la Pascua de Cristo. Pero el fruto de la Pascua se anticipa en María. Las fiestas de María nos llevan a celebrar en María lo que esperamos que se realice en nosotros. Por eso, en la liturgia, se la llama repetidamente "tipo", "inicio", "exordio", "aurora de la salvación", "principio de la Iglesia". María nos enseña a vivir, como ella, abiertos al Espíritu, para dejarnos fecundar por su sombra. En la Eucaristía invocamos al Espíritu para que "santifique los dones de pan y vino aquel Espíritu que llenó con su fuerza las entrañas de la Virgen María" (Misal mariano).

¹³ SAN BUENAVENTURA, *De nativitate B.M. V, sermo 3*.

¹⁴ R. CANTALAMESSA, *María, un espejo para la Iglesia*, Milán 1992.

"Del mismo Espíritu del que nace Cristo en el seno de la madre intacta, nace también el cristiano en el seno de la santa Iglesia")¹⁵ Como María, la Iglesia "da a luz como virgen, fecundada no por hombre, sino por el Espíritu Santo".¹⁶ La total apertura y acogida de la Virgen a la acción del Espíritu Santo es la que le llevó a ser Madre de Dios. En eso aparece como imagen y primicia de lo que la Iglesia es y está llamada a ser cada vez más: arca de la alianza, esposa bella "sin mancha ni arruga", "pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

María es realmente *imagen de la Iglesia*, su mejor realización completa, en perfecta comunión con Cristo. María, por ello, es llamada "hija de Sión", como personificación del pueblo de Israel y del nuevo Israel, la Iglesia. El prefacio de la fiesta de la Inmaculada canta a la Virgen "como comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura". Y en la fiesta de la Asunción la celebramos, gloriosa en el cielo, "como inicio e imagen de toda la Iglesia". En ella celebramos lo que Dios tiene preparado para nosotros al final de la historia. Por ello el prefacio de la fiesta canta: "hoy ha sido llevada al cielo la Virgen Madre de Dios: ella es figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo todavía peregrino en la tierra". Recogiendo esta expresión de la fe del pueblo de Dios, el Catecismo de la Iglesia Católica llama a María "icono escatológico de la Iglesia" (n.972). Otro de los prefacios marianos del Misal romano da gracias a Dios porque "en Cristo, nuevo Adán, y en María, nueva Eva, se revela el misterio de la Iglesia, como primicia de la humanidad redimida".

Como *primera cristiana* nos invita con su palabra y con su vida a seguir a Cristo: "haced lo que El os diga"; a acoger la palabra de Dios: "Hágase en mí según tu palabra"; a vivir en la alabanza: "proclama mi alma la grandeza del Señor". Como la llama Juan Pablo II, María "es la primera y más perfecta discípula de Cristo" (RM 20). Como primera creyente es la primera orante, la que escucha la palabra y la medita en su corazón. Como dice otro prefacio: "María, en la espera pentecostal del Espíritu, al unir sus oraciones a las de los discípulos, se convirtió en el modelo de la Iglesia orante". Como primera discípula de Cristo es también maestra, que nos enseña la fidelidad a Cristo. En la santidad de María, la Iglesia descubre la llamada de todos sus hijos a la santidad:

Mientras la Iglesia ha alcanzado en la santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (Ef 5,27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos (LG 65).

La Iglesia, contemplando la santidad de María, aprende el camino de la santidad. María testimonia a todos los cristianos la experiencia del Espíritu, que la ha colmado de gracia, les remite a Cristo, único mediador entre los hombres y el Padre,

¹⁵ SAN LEÓN MAGNO, *Sermo* 29,1: PL 54,227B.

¹⁶ SAN AMBROSIO, *De Virginitibus* I,6,31: PL 16,197.

para asemejarse cada día más a su Esposo, como María se conformó a El en la fe. Mirando a María, esperanza realizada, la Iglesia aprende a vivir con los ojos puestos en las cosas de arriba, afianzándose en la certeza de los bienes futuros, sin instalarse en lo efímero y caduco de la escena de este mundo que pasa.

La Virgen Madre es el *Icono de la Iglesia*. En ella resplandece la elección de Dios y el libre consentimiento de la fe a esa elección divina. En ella se ofrece a los ojos del corazón creyente la ventana del misterio. Lo mismo que "el icono es la visión de las cosas que no se ven",¹⁷ así también María es, ante las miradas puras de la fe, el lugar de la presencia divina, el "arca santa" cubierta por la sombra del Espíritu, la morada del Verbo de vida entre los hombres. Pero, si lo visible del icono es perceptible para todos, lo invisible se ofrece a quien se acerca a él con corazón humilde y con docilidad interior. Sólo acercándose a María con esta actitud se puede descubrir en ella el misterio de Dios actuando en ella.

En la singularidad de María la Iglesia se reconoce a sí misma. La Iglesia, pueblo de Dios, es más que una estructura y una actividad. En la Iglesia se da el misterio de la maternidad y del amor sponsal, que hace posible tal maternidad. La Iglesia es el pueblo de Dios constituido cuerpo de Cristo. Pero esto no significa que la Iglesia sea absorbida en Cristo. La expresión "cuerpo de Cristo", Pablo la entiende a la luz del Génesis: "dos en una sola carne" (Gn 2,24; 1Co 6,17). La Iglesia es el cuerpo, carne de Cristo, en la tensión del amor en la que se cumple el misterio conyugal de Adán y Eva que, en su "una carne", no elimina el ser-uno-frente-al-otro. La Iglesia, pueblo de Dios constituido cuerpo de Cristo, es la esposa del Señor. Este es el misterio de la Iglesia que se ilumina a la luz del misterio de María, la sierva que escucha el anuncio y, en absoluta libertad, pronuncia su *fiat* convirtiéndose en esposa y, por tanto, en un cuerpo con el Señor.

En la figura concreta de la Madre del Señor, la Iglesia contempla su propio misterio. En ella encuentra el modelo de la fe virginal, del amor materno y de la alianza sponsal a la que está llamada. Por eso, la Iglesia reconoce en María su propio arquetipo, la figura de lo que está llamada a ser: templo del Espíritu, madre de los hijos engendrados en el Hijo, pueblo de Dios, peregrino en la fe por los senderos de la obediencia al Padre. El Vaticano II, con San Agustín, ha confesado a María en la Iglesia como "madre de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza".¹⁸ "Por este motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera como madre amantísima, con afecto de piedad filial" (LG 53).

Virgen-Madre-Esposa, icono del misterio de Dios, es, por tanto, análogamente icono del misterio de la Iglesia. Como en María, la comunión trinitaria se refleja también en el misterio de la Iglesia, "icono de la Trinidad". La comunión eclesial

¹⁷ P. EVDOKIMOV *La mujer y la salvación del mundo*, Salamanca 1980, p.14.

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6.

viene de la Trinidad, que la suscita por la iniciativa del designio del Padre y las misiones del Hijo y del Espíritu. La luz que irradia la santa Trinidad resplandece en su icono María-Iglesia, criatura del Padre, cubierta por la sombra del Espíritu para engendrar al Hijo y a los hijos en el Hijo. Los padres de la Iglesia han relacionado la fuente bautismal de la que salen los regenerados por el agua y el Espíritu Santo con el seno virginal de María fecundada por el Espíritu Santo. María virgen está junto a toda piscina bautismal. Así San León Magno relaciona el nacimiento de Cristo con nuestro nacimiento en el bautismo:

Para todo hombre que renace, el agua bautismal es una imagen del seno virginal, en la cual fecunda a la fuente del bautismo el mismo Espíritu Santo que fecundó también a la Virgen.¹⁹ El Espíritu, gracias al cual Cristo nace del cuerpo de su madre virgen, es el que hace que el cristiano nazca de las entrañas de la santa Iglesia.²⁰

Icono de la Iglesia Virgen en la acogida creyente de la Palabra de Dios, María es igualmente *icono de la Iglesia Madre*: "La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios" (LG 64; MC 19). Esta relación se basa en el misterio de la generación del Hijo y de los hijos en el Hijo: "Al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia" (RM 43). Por eso puede decirse que la maternidad de la Virgen es un trasunto acabado de la maternidad de la Iglesia. De aquí que hablar de María sea hablar de la Iglesia. La una y la otra están unidas en una misma vocación fundamental: la maternidad.

Los testimonios de los Padres son numerosísimos:

"La Iglesia es virgen. Me dirás quizás: ¿Cómo puede alumbrar hijos si es virgen? Y si no alumbró hijos, ¿cómo hemos podido dar nuestra semilla para ser alumbrados de su seno? Respondo: es virgen y es madre. Imita a María que dio a luz al Señor. ¿Acaso María no era virgen cuando dio a luz y no permaneció siendo tal? Así también la Iglesia da a luz y es virgen. Y si lo pensamos bien, ella da a luz al mismo Cristo porque son miembros suyos los que reciben el bautismo. 'Sois cuerpo de Cristo y miembros suyos', dice el Apóstol (1Co 12,28). Por consiguiente, si da a luz a los miembros de Cristo, es semejante a María desde todos los puntos de vista".²¹ "Esta santa madre digna de veneración, la Iglesia, es igual a María: da a luz y es virgen; habéis

¹⁹ 19 SAN LEÓN MAGNO, *Sermo* 25,5:PL 54,211c.

²⁰ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón* 29,1.

²¹ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 213,7: PL 38,1064.

nacido de ella; ella engendra a Cristo porque sois miembros de Cristo".²²

"María dio a luz a vuestra cabeza, vosotros habéis sido engendrados por la Iglesia. Por eso es al mismo tiempo madre y virgen. Es madre a través del seno del amor; es virgen en la incolumidad de la fe devota. Ella engendra pueblos que son, sin embargo, miembros de una sola persona, de la que es al mismo tiempo cuerpo y Esposa, pudiéndose así también comparar con la única Virgen María, ya que ella es entre muchos la Madre de la unidad".²³

Icono materno de la paternidad de Dios, la Iglesia está siempre unida a María, dando a luz a sus hijos: "No puede tener a Dios por Padre el que no tiene a la Iglesia por madre".²⁴ La Iglesia, imitando a María, tiene la misión de hacer nacer a Cristo en el corazón de los fieles, a través del anuncio de la palabra de Dios, de la celebración del bautismo y de los otros sacramentos y mediante la caridad: "Como madre, recibe la semilla de la palabra eterna, lleva a los pueblos en su seno y los da a luz".²⁵ "La Iglesia da a luz, alimenta, consuela, cuida a los hijos del Padre, hermanos de Cristo, en el poder del Espíritu Santo. Por la palabra de Dios y el bautismo, da a luz en la fe, la esperanza y la caridad a los nuevos creyentes; por la eucaristía, los alimenta con el cuerpo y la sangre vivificantes del Señor; por la absolución, los consuela en la misericordia del Padre; por la unción y la imposición de las manos les da la curación del alma y del cuerpo".

En la escuela de la Madre de Dios, la Iglesia madre aprende el estilo de vida de la gratuidad, del amor que no espera contracambio, que se adelanta a las necesidades del otro y le trasmite no sólo la vida, sino el gozo y el sentido de la vida: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres" (LG 65). La virginidad de María, como consagración a Dios, disponibilidad y obediencia integral en la fe, le recuerda a la Iglesia su comunión teologal en la fe, esperanza y caridad. La maternidad de la Virgen, por la que acoge la palabra de Dios y coopera activamente en la salvación del mundo, le recuerda a la Iglesia su misión maternal de servicio en vistas al reino de Dios. Por su íntima unión con Cristo, como madre y discípula perfecta, María induce a la Iglesia a considerarse como encarnación continuada de Cristo a lo largo de los siglos, invitándola a seguir sus huellas. Y la Virgen, "que avanza en la peregrinación de la fe" para participar luego de la victoria definitiva de Cristo en la gloria, indica a la Iglesia su condición peregrinante en tensión hacia la parusía del Señor.²⁶

²² SAN AGUSTÍN, Sermo 25,8: PL 46,938.

²³ SAN AGUSTÍN, Sermo 192,2: PL 38,1012D.

²⁴ SAN CIPRIANO, *De unitate ecclesiae* 6: PL 4,502.

²⁵ SAN PAULINO DE NOLA, *Carmen* 25,155-183.

²⁶ S. DE FIORES, *María nel mistero di Cristo e della Chiesa*, Roma 1984.

La maternidad de María respecto al pueblo de Dios se ve sobre todo en su cooperación en la obra del Hijo: "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente sin par a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por esto es nuestra madre en el orden de la gracia" (LG 61). Y más adelante, se añade: "Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna" (LG 62; CEC 963-975).

La realidad profunda de la Iglesia es femenina, porque es el cuerpo de Cristo, Esposa del Cordero. María es virgen y también la Iglesia es virgen, porque sólo de Dios recibe su fuerza y fecundidad, sin confiar en el vigor "del varón". Así María es esposa y símbolo de la Iglesia esposa. María ha dado a Jesús su carne y Jesús da a la Iglesia su propia carne, haciéndose con ella una sola carne. La Eucaristía, en el corazón de la Iglesia, es este don total del Esposo a la Esposa, para hacer de nosotros carne de la carne de Dios. María es madre y símbolo de la Iglesia madre, que continuamente da la vida y el alimento de esa vida. María, desde el pesebre hasta la cruz, ha cuidado del cuerpo de Cristo y continúa este ministerio en la Iglesia. Juan Pablo II, en su carta a las mujeres del mundo, les presenta así a María:

En la feminidad de la mujer creyente... se da una especie de "profecía" inmanente, un simbolismo muy evocador, podría decirse un fecundo "carácter de icono", que se realiza plenamente en María y expresa muy bien el ser mismo de la Iglesia como comunidad consagrada totalmente con corazón "virgen", para ser "esposa" de Cristo y "madre" de los creyentes.²⁷

D) SIGNO SEGURO DE ESPERANZA

María es el icono escatológico de la Iglesia, el signo de lo que toda la Iglesia llegará a ser. En la *Lumen gentium* leemos: "La Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el siglo futuro, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (2P 3,10), antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo" (LG 68). Contemplando a María asunta al cielo, la Iglesia marcha hacia la Parusía, hacia la gloria donde la ha precedido su primer miembro. La Iglesia sabe que, acogiendo al Espíritu como María, se cumplirá en ella todo lo que se le ha prometido, y que en ella no ha hecho más que iniciarse, pero que lo contempla ya realizado en María, la Esposa de las bodas eternas. Y mientras peregrinamos por este mundo, María nos acompaña en el camino de la fe con corazón materno. Como dice un prefacio del Misal: "desde su ascensión a los cielos,

²⁷ Carta de Juan Pablo II a las mujeres del mundo, del 29-6-1995.

María acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina y protege sus pasos hacia la patria celeste, hasta la venida gloriosa del Señor".

María, la humilde sierva del Señor, es un signo de esperanza para todos los creyentes. Envuelta y bendecida por el poder del Altísimo, se ha convertido en la imagen de su presencia entre los hombres. Glorificada con Cristo, la ascensión a los cielos inaugura para María una vida nueva, una *presencia* espiritual no ligada ya a los condicionamientos de espacio y tiempo, un influjo dinámico capaz de alcanzar ahora a todos sus hijos:

Precisamente en este *camino, peregrinación eclesial* a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas, **María está presente**, como la que es "feliz porque ha creído", como "la que avanzaba en la peregrinación de la fe", participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo (RM 25).

Podemos aplicar a María la palabra del profeta Isaías: "Esta es la vía, id por ella" (Is 30,21). San Bernardo decía que María es "la vía real" por la que Dios ha venido a nosotros y por la que nosotros podemos ahora ir hacia El.²⁸ "María coopera con amor de Madre a la regeneración y formación" de los fieles (LG 63). Ella "está presente en la Iglesia como Madre de Cristo y a la vez como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu a todos y a cada uno en la Iglesia; acoge también a todos y a cada uno por medio de la Iglesia" (RM 47).

María, con el *fiat* de la Anunciación, recibe en su seno a Cristo, aceptando la voluntad del Padre de redimir a la humanidad por la encarnación del Verbo. Esta aceptación del plan redentor de Dios se le fue aclarando poco a poco a lo largo de su vida, en el itinerario de la fe tras las huellas de su Hijo. De este modo fue tomando conciencia de su misión maternal respecto a nosotros. Según se fue desplegando dentro de la historia el misterio de su Hijo, a María se le fue dilatando su seno maternal, hasta llegar al momento de la cruz (y de pentecostés) en que su maternidad llegó a su plenitud, abrazando a toda la Iglesia y a todos los hombres. Y ahora, glorificada en el cielo, María es perfectamente consciente de su misión maternal dentro del plan de salvación de Dios. Por ello sigue totalmente unida, en voluntad e intención, con la voluntad e intención salvífica del único Salvador de la humanidad, Cristo glorificado.²⁹

El tema de la intercesión de María, como la intercesión de los santos, es constante en la liturgia, donde se presenta a Cristo como el único mediador y redentor. Esto significa que la intercesión de María no se añade a la intercesión de Cristo, ni la sustituye, sino que se integra dentro de ella. Se puede comparar con la intercesión de los cuatro hombres de Cafarnaúm que colocan al paralítico ante Cristo y "con su fe" obtienen el perdón de los pecados y la curación del paralítico (Mc 2,5).

²⁸ SAN BERNARDO, *Sermón I para el Adviento 5*, en Opera IV, Roma 1966, p.174.

²⁹ E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la redención*, Madrid 1974.

María, gracias a la victoria de Cristo sobre la muerte, puede seguir cumpliendo esta intercesión más allá de la muerte. La vida nueva, fruto de la victoria de Cristo sobre la muerte, permite a cuantos la han heredado, seguir participando en la vida de la Iglesia después de su muerte. Ellos están llamados a impulsar con Cristo la llegada plena del Reino de Dios. Los mártires, que han testimoniado con su muerte, esta nueva vida, y los que lo han hecho con su vida, los santos, han sido venerados en el culto de la Iglesia desde los primeros siglos. Entre ellos, en primer lugar y de un modo singular, es nombrada en la liturgia la Virgen María.

E) MARÍA, ESPLENDOR DE LA IGLESIA

Descubriendo el carácter eclesial de María descubrimos el carácter mariano de la Iglesia. María es miembro de la Iglesia, como la primera redimida, la primera cristiana, hermana nuestra y, a la vez, madre y modelo ejemplar de toda comunidad eclesial en el seguimiento del evangelio. María es hermana y madre nuestra. María no puede ser vista separada de la comunión de los santos. Se la puede llamar "madre de la Iglesia", porque es madre de Cristo y, por tanto, de todos sus miembros. Y, sin embargo, María sigue siendo "nuestra hermana".³⁰

La tradición hebrea interpretó el salmo 45 en clave mesiánica, como encuentro nupcial del Mesías con la comunidad de Israel. La carta a los Hebreos lo aplicó a Cristo para exaltar su supremacía sobre los ángeles, los "compañeros" del salmo, y para celebrar su obra salvífica en la muerte y resurrección. El salmo así adquiere una dimensión nueva, convirtiéndose en el retrato anticipado de Cristo Rey glorificado, salvador y guía de los redimidos. Luego, los Padres continuarán este proceso interpretativo aplicando todo el salmo a Cristo y a la Iglesia, iluminando el salmo con otros textos del Nuevo Testamento que presentan este simbolismo nupcial: "Este misterio es grande: lo digo en relación a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,32), "pues os he desposado con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo" (2Co 11,2).

Y tras esta interpretación fue fácil pasar a la interpretación mariana, pues la belleza y el esplendor de la Iglesia brilla con los rasgos del salmo en María. Ella es la esposa y reina por excelencia. "De pie a tu derecha (de Cristo) está la reina enojada con oro de Ofir. El Rey está prendado de tu belleza. El es tu Señor... Toda espléndida, entra la hija del Rey con vestidos en oro recamados; con sus brocados es llevada ante el Rey. Vírgenes tras ella, compañeras tuyas, donde El son introducidas; entre alborozo y regocijo avanzan, al entrar en el palacio del Rey".

Pío XII en 1955 instituyó la fiesta de María Reina que, según la última reforma litúrgica, celebramos el 22 de agosto como complemento de la solemnidad de la Asunción con la que está unida, como sugiere la *Lumen gentium*: "Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de la vida terrena, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su

³⁰ SAN ATANASIO, *Carta a Epicteto* 7: 26,1061.

Hijo, Señor de los que dominan (Ap 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte" (LG 59).

En la gloria, María cumple la misión para la que toda criatura ha sido creada. María en el cielo es "alabanza de la gloria" de Cristo (Ef 1,14). María alaba, glorifica a Dios, cumpliendo el salmo: "Alaba, Sión, a tu Dios" (Sal 147,12). María es la hija de Sión, la Sión que glorifica a Dios. Alabando a Dios, se alegra, goza y exulta plenamente en Dios.

"Ven, te mostraré la novia, la esposa del Cordero" (Ap 21,9) dice el ángel del Apocalipsis, invitando a contemplar "la ciudad santa, Jerusalén, que desciende del cielo, desde Dios, resplandeciente con la gloria de Dios". Si esta ciudad no está hecha de muros y torres, sino de personas, de los salvados, de ella forma parte María, la "Mujer", expresión plena de la hija de Sión. Igual que, al pie de la cruz, María es la figura y personalización de la Iglesia peregrina naciente, así ahora en el cielo es la primicia de la Iglesia glorificada, la piedra más preciosa de la santa ciudad. "La ciudad santa, la celeste Jerusalén, -dice San Agustín-, es más grande que María, más importante que ella, porque es el todo y María, en cambio, es un miembro, aunque *el miembro más excelso*".³¹

"Al celebrar el tránsito de los santos, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos" (SC 104). La fiesta de la Asunción de María celebra el pleno cumplimiento del misterio pascual de Cristo en la Virgen Madre, que por designio de Dios estuvo durante toda su vida indisolublemente unida al misterio de Cristo. Asociada a la encarnación, a la pasión y muerte de Cristo, se unió a El en la resurrección y glorificación. La segunda lectura (1Co 15,20-26) de la celebración sitúa la Asunción de María en relación con el misterio de Cristo resucitado y glorioso, como anticipo de nuestra glorificación:

En verdad es justo darte gracias, Padre santo, porque hoy ha sido llevada al cielo la Virgen, Madre de Dios; ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra.³²

³¹ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 72 A.

³² Prefacio de la Asunción de la Virgen María.

SIGLAS

- LG= *Lumen gentium*, sobre la Iglesia.
DV= *Dei Verbum*, sobre la revelación divina.
SC= *Sacrosanctum Concilium*, sobre la liturgia.
GS= *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.
MC= *Marialis cultus*, de Pablo VI.
RM= *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II.
CEC= *Catechismus Ecclesiae Catholicae*.
DS= Denzinger-Schonnetzer, *Enchiridium Symbolorum*.
PG= *Patrología griega*, Migne.
PL= *Patrología latina*, Migne
NDM= *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid 1988.